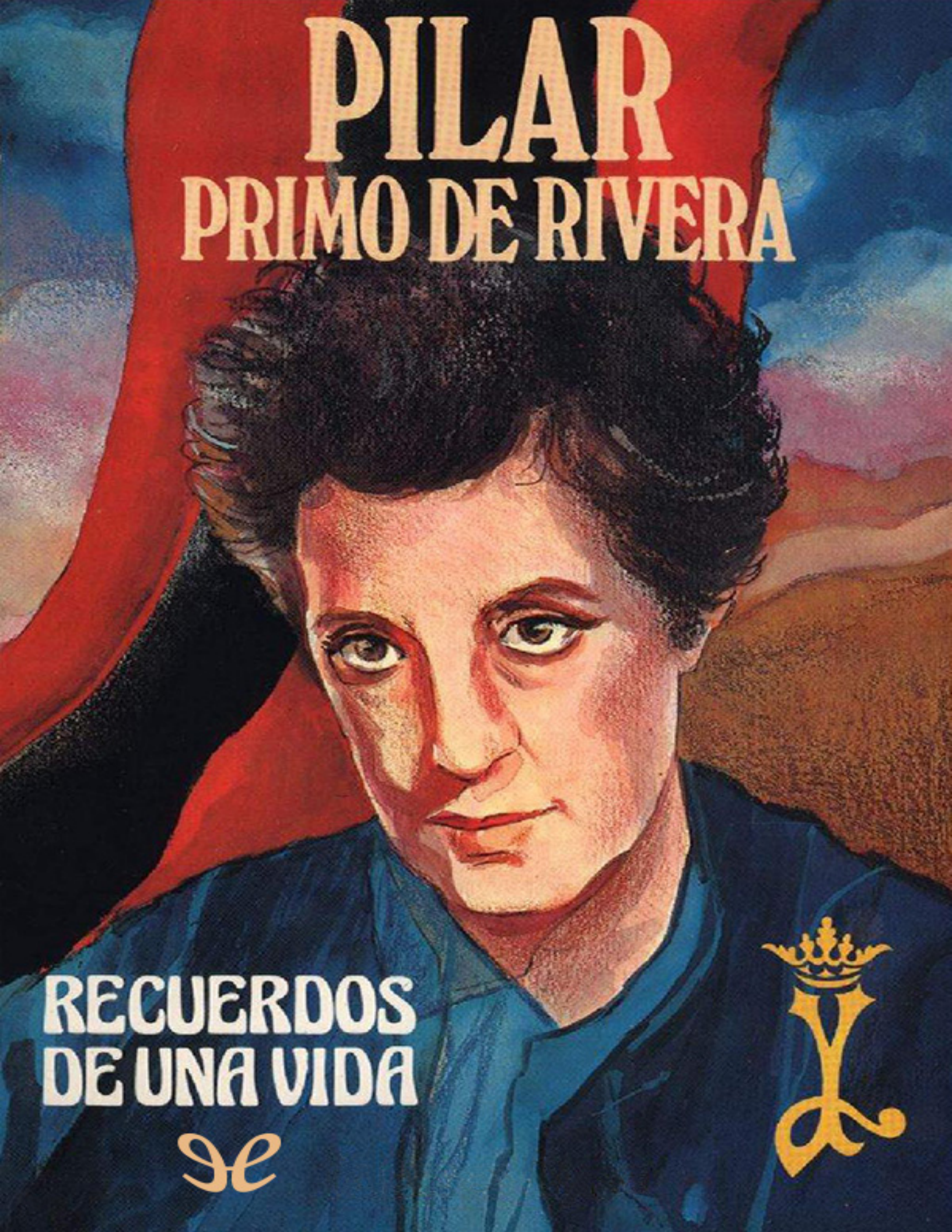
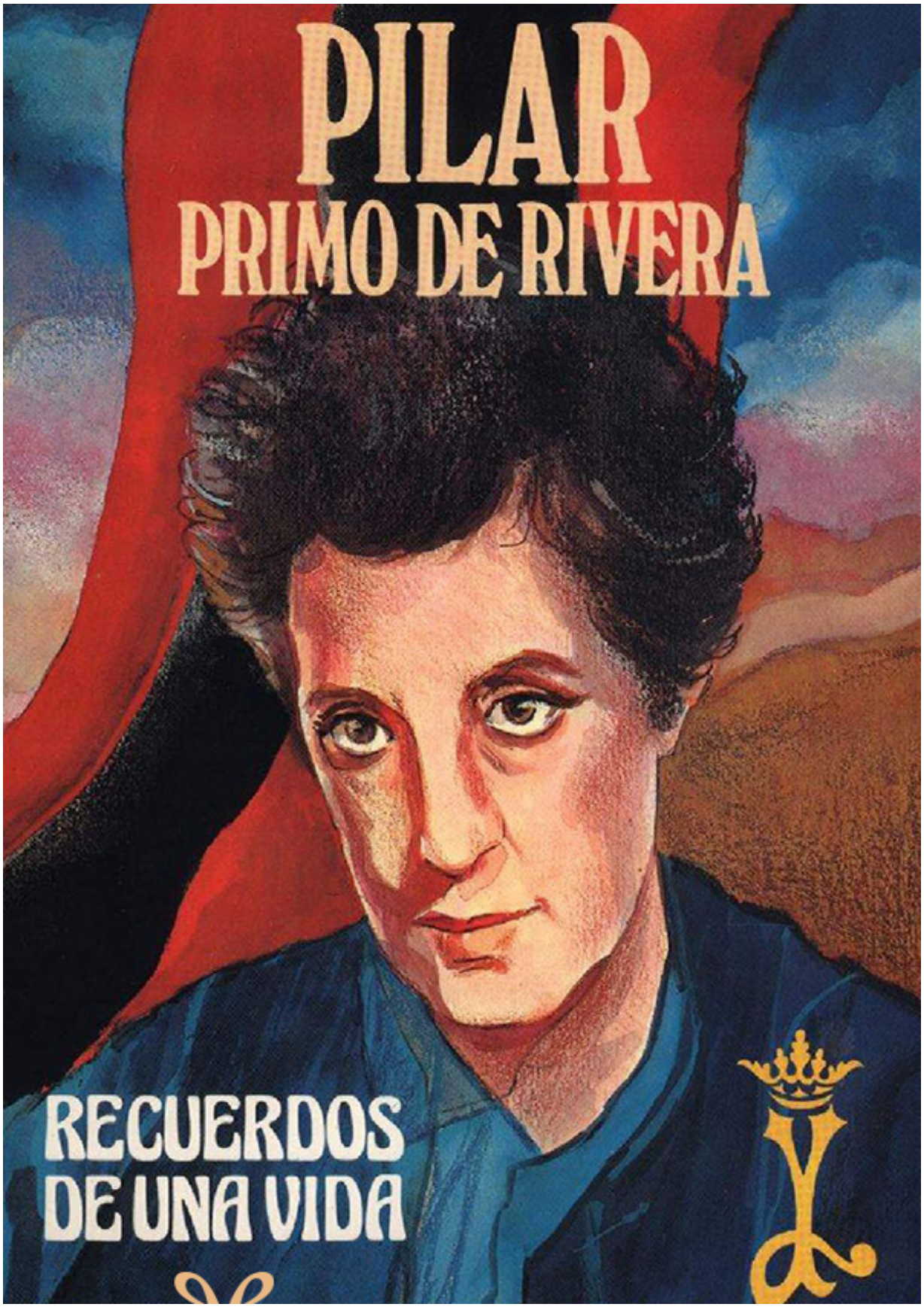
PILAR PRIMO DE RIVERA



RECUERDOS DE UNA VIDA


PILAR
PRIMO DE RIVERA
RECUERDOS
DE UNA VIDA

Este es un libro singular.

Lo es por la personalidad de su autora, Pilar Primo de Rivera, a quien las circunstancias familiares y su propia vocación situaron desde la infancia, y a lo largo de toda su vida, en una privilegiada atalaya como testigo directo de acontecimientos múltiples. Como ella misma evoca, recordando una anécdota familiar de la que fuera protagonista una tía suya, hija del primer Marqués de Estella, pertenece a una familia de los «Episodios Nacionales».

Y le es, también, por su contenido. En esta obra los recuerdos y vivencias directas de la autora se entremezclan con la peripecia diaria de hechos decisivos que cambiaron el rumbo de la historia de Empaña y hasta la propia manera de ser de los españoles: desde la Dictadura de su padre el general Primo de Rivera, hasta el «cambio» por el que se despeña hoy, patéticamente, la realidad nacional.

En estos «Recuerdos de una vida» se incluyen momentos estelares de los últimos sesenta años: el golpe de Estado que el 13 de septiembre de 1923, con la ausencia del rey don Alfonso XIII y el respaldo popular, llevó a don Miguel Primo de Rivera a la Presidencia del Gobierno. La «dictablanda» y la caída de la Monarquía. La proclamación y crisis de la II República con la fundación de Falange Española y de la Sección Femenina. El drama de la guerra civil y la muerte de José Antonio. Y, sobre todo, la obra germinadora que ha sido la razón de ser de Pilar: la Sección Femenina. Su sacrificada entrega al ideal de José Antonio operó el milagro de transformar la mujer española a través de la labor cultural, asistencial, social y jurídica en la que colaboraron millares de mujeres hasta la muerte de Franco y la liquidación de una etapa histórica de España que abre la gran incógnita del futuro.

Pilar Primo de Rivera

Recuerdos de una vida

ePub r1.0
Titivillus 04-11-2018

Título original: *Recuerdos de una vida*
Pilar Primo de Rivera, 1983
Diseño de cubierta: José Manuel Prados de la Plaza

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

A la Sección Femenina
y a todos los muertos
de la Falange

Prólogo

GLOSA

Pilar es conmovedora. Lo es perpetua, incesantemente; cada día, en cualquier ocasión. Que en su presencia se nos anudase la garganta cuando el tiempo de nuestro guerrear, se comprende. Que luego, entre la paz y el funeral, camino entre Alicante y El Escorial, se acrecentara aquélla aún, no sorprende… Pero, ¿y después? ¿En la normalidad civil, en la oscura política de misión? ¿Entre la pedagogía y la burocracia? ¿En el tráfago cotidiano y hacendoso? ¿Llamando al teléfono, comprando provisiones en el andén? ¿Compulsando ficheros, haciendo estadística? ¿Junto al refresco de la Embajada, entre el auditorio aburrido por un conferenciante? ¿Y cuando ya un luto familiar se ha diluido en la viudez épica de España? ¿Y cuando aquélla, su casi infantil fragilidad, se evapora sin que la fortaleza haya curado el aspecto de agobio?

Esa presencia emotiva ha de responder a un secreto. Y yo creo encontrar la clave de este secreto con una calidad. No hablo ahora simbólicamente, sino literalmente; con recurso a materialidades físicas, inclusive… Julián Pemartín era, en este sentido, un ciprés sonoro. Pilar Primo de Rivera es una lámpara votiva: tiene todo lo de una lámpara votiva, la consagración inacabable, el ardor silencioso, la docilidad obstinada, el recogimiento llameante, la caricia a las tinieblas, el suave aceite, la pacífica luz.

Precisaré todavía mis imágenes. Muchos de mi tiempo habrán alcanzado todavía, de infancia, aquellas tiendas de ciudad, aquellos paradores de ruta donde, en un rincón, en lo alto de una pared, coronando acaso un anaquel cualquiera, en el mismo lugar del comercio y de su despacho, un nicho, hornacina, altarcete o simple cajón contenían la

imagen de un santo de familiar o gremial devoción; y, ante ella, una de esas lamparillas sumarias que reciben la denominación de «palomitas»... Me acuerdo ahora, como si la tuviera delante, de una cochería de alquiler barcelonesa, en la plaza de Santa Ana. Por el amplísimo y siempre abierto portal velase, desde la calle, la agitación de los vehículos, el lavotear de los mozos, el desvestirse de los cocheros antes de uniformarse; se oían las palabrotas de éstos y el pateo y el relincho de los caballos; se olía el relente de paja y estiércol. Todo esto lo presidía —y lo absorbía—, como en continua plegaria a San Antón, una tenue llamita en alto.

Pues bien: así como esta lucecita, así exactamente, veo la figura de Pilar. Tan cerca de nosotros, tan íntima a lo nuestro, tan contradicha, amenazada, en apariencia, a cada instante por nuestros disturbios y querencias, por nuestras pasiones y veleidades, por nuestras disensiones y tráficos. Y ella, indemne siempre. Indemne y tranquila. Indemne y sencilla. Indemne y alta. Alta, lo suficiente tan sólo para que, con saber del forraje y de los detritus, con oír el relincho y el reniego, con alcanzarle el rumor promiscuo de la vida, pueda ya interceder por el perdón de todo ello. Y, si en la confusión llega la noche, darnos todavía un poco de consoladora claridad.

EUGENIO D'ORS

A manera de presentación

Escribo este libro porque creo que, por haber vivido muchas cosas, debo dejar constancia del esfuerzo de tres generaciones por servir a España, sin personalismo y sin pasión, sólo que la vida, por las circunstancias, me ha colocado desde la infancia en una situación de privilegio para ser testigo de muchos acontecimientos. Una tía mía, llena de sagacidad, cuando una prima suya, hija del primer Marqués de Estella, iba a contraer matrimonio, llamó en un aparte al futuro contrayente y le dijo: «Pero Juanito (Juan Loygorri era el nombre del pretendiente), ¿lo has pensado bien? Mira que vas a meterte en la familia de "Los Episodios Nacionales"». Y desde entonces acá cuántas y cuántas cosas nos han sucedido… Pero todos, eso, sí, tenemos el orgullo de que han sido en función de España. Desde mi tío-abuelo, padre de la contrayente de la anécdota, gobernador general de Filipinas y víctima de un atentado siendo capitán general de Madrid, pasando por mi padre, que había ganado ya, de teniente, en Marruecos, su primera Laureada, a los 22 años; la muerte de mi tío Fernando al frente de sus jinetes, en Monte Arruit, hasta los asesinatos de mis hermanos José Antonio y Fernando, y de tantos camaradas, hombres y mujeres, que con su muerte o con su esfuerzo han entregado y seguirán entregando sus vidas a España; incluso hasta en este malhadado tiempo del cambio, en que se nos ha roto, en virtud de no se sabe qué compromisos, la irrevocable unidad histórica de la Patria.

Mención especial merecerá para mí la Sección Femenina, institución nacida a impulsos de la Falange e inspirada en la autenticidad, el rigor y la inquietud revolucionaria que José Antonio infundió a su Movimiento, y que ha sido, en lo grande y en lo pequeño, norma de todo nuestro quehacer.

Voy a explicar aquí mis vivencias directas, porque de las no vividas no podría responder con autenticidad, además de que ya numerosos escritores narran lo que yo no haría sino repetir, quizá con menos acierto, por otro lado, tampoco quiero que sea éste un libro de anécdotas, sino el relato veraz en el que se entrelazan personas y sucesos según han ido apareciendo en la escena nacional y en mi vida.

Pero como si lo cuento todo seria interminable, voy a dividir la obra en dos volúmenes: éste, que contiene lo que pudieran ser memorias, y otro, que, en el futuro, contendrá discursos, escritos y conferencias.

CAPÍTULO I

PRIMEROS AÑOS

Esta es la vida de cualquier familia española cuyos hijos nacieron en la primera década del siglo, cuando la vida de España, después de la triste pérdida de las colonias, era, en general, despreocupada, amable y fácil para las clases altas y medias; dura para los trabajadores. Los problemas políticos, aparte la preocupante guerra de Marruecos, cuyas consecuencias sufrían, sobre todo, las familias de los militares, eran, por lo común, insignificantes. Maura y Romanones alternaban en el poder, cuyas decisiones, si no eran de su agrado, se resolvían a veces con manifestaciones de señoras muy ensombreretadas, que lo mismo protestaban contra las leyes laicas de un gobierno liberal, como organizaban roperos o fiestas benéficas para los pobres.

Había pobres y el pueblo vivía mal; sin embargo, casi siempre se resignaban con su suerte, aparte los que ya se agrupaban alrededor de las ideas socialistas, que, cada vez con más fuerza, luchaban por los justos derechos de los trabajadores. Existían también los anarquistas, que promovían conflictos, como la semana trágica de Barcelona, y ponían bombas a los Reyes.

La vida de España no tenía proyección. Señores de casino, capillas públicas en palacio, largos veraneos para las clases acomodadas, chismes sociales y desinterés con respecto a los problemas del mundo. Todo en pequeño, pan y toros, Joselito o Belmonte, hasta la guerra europea del 14, en la que también quedamos fuera, y entonces se dividieron los españoles, además, en francófilos y germanófilos, para sus tertulias de café.

La Universidad era, asimismo, patrimonio de las clases acomodadas; sin embargo, lo más pujante de aquella época, junto con la dignidad de los

militares, que defendían a la Patria en Marruecos, y sabían, aun en medio de aquella España tan chata, inculcar a sus hijos el orgullo de haber nacido españoles.

Era un tiempo sin torturas mentales, pero también sin ambiciones. Quizás estaba demasiado cerca nuestra derrota colonial y, por ende, el cansancio de tantos años de hegemonía; más que el patriotismo, se exaltaba la patriotería, y eran de la orden del día las recomendaciones y los padrinazgos. Las buenas familias se dedicaban a proteger a quienes, generalmente, vivían y servían en sus casas.

Mi padre, el entonces teniente coronel Miguel Primo de Rivera, era natural de Jerez de la Frontera, ese maravilloso pueblo andaluz, y se había casado a los 32 años. Mi madre, Casilda Sáenz de Heredia, era de origen riojano, o sea, castellana, aunque nacida en San Sebastián, la bella San Sebastián; era bastante más joven que él, de ojos azules, dulce y valerosa, y con mucha entereza de carácter. Como murió muy joven, sólo José Antonio, de entre nosotros, la recordaba vagamente.

Se casaron en 1902 y mi padre fue destinado inmediatamente a Barcelona, la también bella Barcelona.

El 24 de abril de 1903 nace José Antonio, el mayor, en Madrid, en la calle de Génova, 22, y en Madrid nacimos todos. Mi padre, como militar, ocupaba distintos destinos, y ellos obligaban a la familia a cambiar con frecuencia de residencia, pero mi madre acudía siempre a Madrid (era hija única entre seis varones, y allí residían sus padres) cuando iba a tener un hijo.

Así, Miguel, el segundo, y mi gemela y yo nacimos en la calle de Monte Esquinza, 11, en casa de unos hermanos de mi madre; José Antonio, como ya he dicho, y Fernando, en Génova, 22, y Carmen, la tercera, en la calle de Orfila, que sería, me imagino, la casa de otros tíos o familiares.

Todos fuimos bautizados en la parroquia de Santa Bárbara, porque a ella pertenecían las casas de nuestros nacimientos.

Madrid era entonces una ciudad pequeña, entrañable, simpática y alegre. La recorrían tranvías y simones (coches de alquiler), y eran frecuentes los puestos de horchata y los pregones de los vendedores ambulantes que ofrecían sus mercancías. Recuerdo también el mercado que

se instalaba en la plaza de Santa Cruz cuando se acercaba la Navidad. Allí nos llevaba todos los años, en un simón, una de mis tías para comprar las figuras del Nacimiento que poníamos luego en casa, lleno de contradicciones. También íbamos de paseo a la plaza de Oriente, donde había unos cochecitos con campanillas, tirados por burros, que subir en ellos era nuestra ilusión más apetecida. Pero mi tía Inés nunca nos dejó, porque decía que en ellos se cogían enfermedades. Fue la primera y pequeña frustración que recuerdo de mi vida.

Sin embargo, debo decir que yo prefiero este Madrid de ahora, industrializado y floreciente, como corresponde a la capital de España, aparte del acervo cultural e histórico que de siglos tiene Madrid, y, además, porque los separatistas —así se lo oí decir a uno de ellos, alcalde de Barcelona—, andando el tiempo, hubieran, sin duda, preferido una capital pequeña o sin arraigo, como Washington o Brasilia, para desmontarla más fácilmente en bien de las autonomías, que ya latían, y no como puedan ser París, Londres o Bruselas, más en consonancia con nuestra correspondencia europea, de la que tanto se habla hoy. La verdad es que, en el fondo de muchos planteamientos, subyacen los rencores políticos.

A los nueve días de nacer Fernando murió mi madre. Debió ser un terrible golpe para mi padre, ya que eran un matrimonio feliz. Fue una muerte cristiana, como siempre había vivido, y, además, heroica. Ella sabía, posiblemente, desde el primer momento, que podía morir al tener un hijo, y, sin embargo, cumplió con su deber de casada, porque así se lo pedía su conciencia de verdadera cristiana. «Miguel, nuestros hijos», encargó a mi padre al sentir ya su muerte segura. Mi tío-abuelo, el Marqués de Estella, al asistir a su entierro, dicen que comentó: «Esta muerte ha tenido tanto mérito como una muerte en campaña».

Ella no hubiera consentido nunca la legalización del aborto.

Al encontrarse mi padre solo, con seis hijos pequeños y con una carrera cuyos servicios como militar le obligaban a desplazarse con frecuencia, sobre todo a Marruecos, decidió que nos quedásemos en Madrid, pero hizo venir desde Jerez, para atendernos, a su madre, de 70 años; a dos hermanas, soltera una, viuda la otra, Inés y María, y a un hermano soltero, Sebastián. Es de notar el sacrificio que suponía para personas no ya demasiado jóvenes

abandonar una vida provinciana, llena de comodidades, de paz y de parientes y amigos, para venir a instalarse en Madrid a cuidar de seis niños pequeños que, por supuesto, eran un enigma. Por otro lado, mi padre, y sabiendo que con ello habría dado gusto a mi madre, encargó de una manera especial nuestra educación religiosa a tía Ma, así la llamábamos, y a tía Inés, que todos los días buscaba el momento de llevarnos a San Pascual para que rezáramos al Santísimo cuando pasábamos por el paseo de Recoletos, no sin cierta resistencia por nuestra parte, que estábamos deseando que algún día se distrajera y pasáramos de largo sin entrar.

Mi abuela y mis tías aceptaron esta misión desde el principio con amor y entusiasmo; realmente podemos decir todos los hermanos que, en vez de una madre, tuvimos tres, ya que las tres, cada una en su momento, fueron para nosotros todo abnegación y ternura.

Mi padre, como he dicho, era militar, y en nuestra infancia lo veíamos poco, porque casi siempre estaba en la guerra, pero era, como suele ser el padre para todos los hijos, la persona más admirada de la Tierra, sólo que en nuestro caso con doblada razón, porque era de verdad admirable. Venía cuando podía y se ocupaba mucho de nosotros. Le llamábamos «padre» y le hablábamos de usted; quizás esto nos distanciaba un poco en la confianza, pero, por otra parte, aumentaba el respeto que le teníamos y él era siempre muy cariñoso.

Desde pequeños iba procurando que naciera en nosotros el amor a la Patria. Nos llevaba a palacio, a ver el relevo de la Guardia —«La Parada»—, y nos enseñaba a saludar a la Bandera cuando pasábamos delante de ella; así, poco a poco, iba despertando en su prole ese amor y respeto a España que debía influenciar todas nuestras vidas.

También intervenía en nuestra vida material y la organizaba un poco como la de un regimiento; confeccionaba horarios que colocaba en los pasillos y a los que debíamos atenernos durante el día: levantarse, estudiar, comer, dormir… También, al estilo militar, se preocupaba a veces de nuestra indumentaria. Cuando necesitábamos zapatos nos llevaba a la zapatería y se compraban igual para todos. Una vez comprados, decidía hasta cuándo debían estar en servicio. Más o menos resultaba exacto el cálculo, menos para Miguel, que los destrozaba despiadadamente.

Mis primeros recuerdos son de cuando vivíamos en la calle Orilla, la abuela Inés, madre de mi padre, las tías, una inglesa encantadora y un sinfín de muchachas, porque si bien nuestra situación económica no era holgada, en aquella época era muy fácil tener un nutrido servicio doméstico. Entonces en Madrid nevaba muchísimo, mucho más que ahora, y recuerdo cuánto nos gustaba mirar, tras los cristales, cómo caía la nieve en un viejo jardín al que daban algunos de los balcones de ese piso antiguo, con muchas habitaciones y pasillos, como eran los de entonces, y más si se necesitaba albergar en ellos a una familia tan numerosa como la nuestra.

De las dos tías que vivían con nosotros Inés era la apacible, la timorata, viuda a los seis meses de casarse, con Pedro Pemartín, su vida se redujo a la eterna fidelidad a la memoria de su marido y a educarnos a nosotros; tía Ma era la enérgica y emprendedora, llevaba la casa y se interesaba por todo, libros, política, novedades. Las dos sabían guisar estupendamente y escribían sus recetas en cuadernos que aún todavía subsisten.

En la decoración familiar había otros personajes y otros ambientes: los tíos por parte de padre y madre, infinidad de primos, el tío-abuelo, y algo que se grabó en nuestra mente infantil como imborrable: los veranos en Robledo de Chavela.

La tía Juana, hermana de mi padre, vivía muy cerca de nosotros, y, sin hijos en su matrimonio, éramos también como suyos; con frecuencia nos llevaba de paseo y nos convidaba a merendar en una confitería del contorno, que, en opinión de tía Ma, era muy bodriera, y que Miguel, sin reparos, se lo soltó un día a la confitera con la mayor de las inocencias.

Nuestras horas transcurrían casi todas en compañía de la inglesa, miss Galballie, en el llamado cuarto de los leones, donde nos era permitido todo, romper, destrozar, pelearnos, fantasear. Allí aprendimos las primeras letras y el inglés.

La imaginación de la miss era prodigiosa; como buena inglesa, tomaba té a todas horas y nos hacía creer a nosotros, de cuatro o cinco años, que los posos del té dejaban en la taza visiones fantásticas: hadas, caballos, estrellas. Ella veía de todo, pero nosotros, Carmen, Fernando y yo, por mucho que mirábamos no veíamos nada, aunque, por no quedar mal, nos

uníamos al coro de su fantasía. Nos enseñaba versos en inglés que Fernando y yo, con más o menos soltura, recitábamos cuando venían visitas.

Nos leía los cuentos de Grimm con láminas en color de Hansen y Gretel perdidos en el bosque, o del enano Trasgolisto saltando de contento a la puerta de su casa ante la ilusión de casarse con la princesa.

Angelita, mi gemela, estaba siempre enferma, pero, de inteligencia muy despierta, quería hacer lo mismo que hacíamos los demás: salir con mi padre cuando nos llevaba a todos al circo y participar en los juegos. Cogimos el sarampión y ella lo cogió también, pero su débil naturaleza no pudo superarlo. Murió Angelita a los cinco años, y murió la abuela de un ataque al corazón.

En esa época éramos muy aficionados a poner motes a las personas; además de tía Ma, a la tía viuda la llamábamos Inesa; a la tía Juana, casada con Juan: Nísima y Nísimo; a una de las muchachas, mi predilecta, Tesia, en vez de Teresa, y a un pequeño, como hermano nuestro, hijo de Polo, asistente de mi padre, que vivía también con nosotros, Polín. Polín era un elemento y uno más en la comunidad fraternal, con su propia personalidad.

Probablemente para estar más cerca de mi padre, casi siempre en Marruecos, fuimos a pasar un verano a Algeciras. De allí no recuerdo sino un pan riquísimo y las rabietas que costaba a Fernando, entonces muy pequeño, el bañarse en el mar con esos bañadores rayados que llevaban los chicos.

De Orfila nos mudamos a Chamartín. Un chalet que mi padre había mandado construir para mejorar la salud de su madre y la de Angelita, muertas las dos antes de acabarse las obras. Por una medalla encontrada en el suelo mientras se construía la casa, se le puso al chalet «Santa Teresa», como una premonición de lo que luego esta Santa debía ser para la Sección Femenina.

Hacia 1914, nos instalamos en la calle de Piamonte, 7. Allí mis recuerdos son los de una infancia normal, con las felicidades y disgustos de todos los niños. Hacíamos colecciones de sellos con los primos Sáenz de Heredia, escribíamos periódicos y organizábamos exposiciones de pintura, bajo la dirección de José Antonio, que era muy organizado, y no sólo nos dirigía en nuestros ensayos artísticos, sino que moderaba nuestros

entusiasmos para que no presentásemos demasiadas obras a las exposiciones, ya que había momentos en que nuestro entusiasmo pictórico llegaba a los treinta o cuarenta «cuadros» diarios. Desde niño se había determinado en José Antonio su vocación por las letras. De estirpe militar por todos sus antepasados paternos, no recuerdo que jamás se le ocurriera ser general o coronel. Le gustaba la literatura y desde muy pequeño componía versos y piezas poéticas. Así, escribió «La Campana de Huesca», de carácter histórico, y alguna otra. A estas preferencias literarias no era ajeno el tío Antón Sáenz de Heredia, hermano de mi madre, que lo orientaba en muchas de sus lecturas. José Antonio tenía mal genio, sobre todo con Miguel, segundo en edad, inmediatamente después de él, y mucho amor propio para los estudios. Era tímido, pero, a pesar de su timidez, tenía muy buen humor, gracia y oportunidad en la conversación. Cariñosamente nos recriminaba a mi hermana y a mí cuando soltábamos alguna frase un poco rimbombante y, al indagar su origen, resultaba que la habíamos leído en la hojilla del almanaque. De entre los hermanos tuve la suerte, con Fernando, de ser bastante preferida.

Su infancia fue veraz, intransigente, rigurosa, siempre con un abierto sentido crítico.

El que inventaba las diabluras más insólitas era Miguel, artista por otro lado. Le encantaba la música y la escultura, y un poco menos los estudios, pero terminó, en definitiva, su carrera de abogado estudiando en la cárcel una de las veces que estuvo preso.

Fernando era inteligente —después lo demostró ampliamente—, y el que sostenía con más firmeza sus opiniones. Desde pequeño apuntaba en él una sensibilidad acusada y una inclinación a compartir lo suyo con los demás. Era cariñoso; para él el peor castigo era decirle que no se le quería. Sin embargo, lo sobresaliente en él era la limpieza de intención. No contaba con el engaño, porque él era incapaz de engañar; creía en la bondad de las gentes. No concebía la doblez ni la malicia: era limpiamente sano. Recuerdo un día de Reyes en que sus diabluras debieron ser tantas durante el año que no había más que carbón en sus zapatos cuando abrimos el balcón para buscar los juguetes. Todos nos quedamos atónitos y compadecidos, aunque detrás del carbón estaban también a su nombre los

regalos, en espera de un año de mejor conducta. Como a muchos niños de su edad, le gustaban las truculencias; así, en la redacción de periódicos organizada por José Antonio, entre los hermanos, el suyo se llamaba «La Fuente Negra». El mío, más femenino, «La Campanilla».

Yo seguía en sus juegos a los chicos; Carmen, en cambio, era más moderada. Me acuerdo de que cuando de pequeños hablábamos de nuestro futuro todos queríamos ser archipámpanos de las Indias, y ella, llena de naturalidad, decía que lo que quería ser era «señorita cursi», o sea, persona normal.

Teníamos pájaros, entre ellos un canario que un día aciago amaneció muerto. La muchacha de la casa comunicó la triste noticia por el patio a su amiga del piso de arriba, y ésta, toda compungida por algo que nos entristecía tanto, sólo contestó lacónicamente: «Dios le haya perdonado».

Por aquellos días hicieron la primera comunión los tres mayores j untos, en el convento de las Reparadoras de la calle de Torrija, y al año siguiente la hice yo. Tanto Carmen como yo, por no gastar, o por conservar el recuerdo, la hicimos sucesivamente con el traje con que la hizo mi madre. Como antiguamente se hacía con más edad, recuerdo mi tormento porque los zapatos tenían un poco de tacón y yo no sabía andar con ellos.

Por tradición familiar, la vida nuestra se desenvolvía en un ambiente religioso. Se hacía el mes de María, no sé por qué delante de un cuadro del Sagrado Corazón, y de la bendición de Pío X, que era el Papa de nuestra infancia. De pequeños cantábamos las flores: «Venid y vamos todos con flores a María, con flores a porfía, que Madre nuestra es…» Tía Ma, ¿quién es porfía?, preguntábamos. Después escuchábamos asombrados los ejemplos candorosos de un libro que, con la mayor devoción, nos leían alternando las tías. Gracias quizás a esa costumbre nos habituamos a invocar a la Virgen y a confiar en ella con amor. Se rezaba el Rosario en familia y se frecuentaban los Sacramentos.

En aquella casa de Piamonte, 7, nos llegaron las primeras noticias de la guerra de Marruecos; mi padre nos enviaba postales con camellos y moros. Los nombres de Melilla y Ceuta empezaban a sernos familiares y admirábamos el valor de nuestros soldados. Sabíamos que nuestro padre ganó su primera Laureada a los 22 años, en 1893, por haber salido del

fuerte de Cabrerizas Altas, bajo una lluvia de balas, a recoger —con cinco soldados— una pieza de artillería que había quedado fuera y conseguir rescatarla y meterla de nuevo en el interior.

Como hijos de militar no muy adinerado, nunca tuvimos juguetes caros ni gastos superfluos: Carmen y yo heredábamos los vestidos de la prima Pilar, única nieta de nuestro tío-abuelo (muerta más tarde trágicamente), y de vez en cuando nos llegaba un regalo especial que recibíamos de nuestros padrinos. Los chicos, lo mismo, sobre todo Fernando, que era el pequeño, y que «estrenaba» muy contento un traje heredado de José Antonio o de Miguel, que antes había sido ya de mi padre. Era un ambiente de economía familiar en que no se carecía de nada, pero tampoco sobraba nada. Esta estrechez económica fue una buena escuela para nosotros, ya que aprendimos a vencer muchas dificultades y a no ver saciados todos nuestros caprichos, sólo compensados cuando el tío Fernando aparecía en casa con una bandeja de pasteles de Lhardy que nos sabían a gloria.

En verano íbamos a Robledo de Chavela, en donde el tío-abuelo —a falta de abuelos le llamábamos abuelo a él— tenía una casa. Iban también tío Fernando, héroe después de Monte Arruit, con su mujer y sus hijos, que eran como hermanos para nosotros. Allí teníamos más libertad que en Madrid. Nuestra mayor diversión era ir al monte y subirnos a los árboles, y nuestro mejor amigo, un burro, que, con grandes dificultades y reuniendo todos nuestros ahorros, conseguimos comprar, y que nos costó, en aquellos momentos, 50 pesetas, que para entonces era caro. Teníamos así nuestro «Platero» particular. A las temporadas de Robledo acudía también, como amigo de la familia, Raimundo Fernández Cuesta, que luego habría de jugar papel importante en la Falange.

Después destinaron a mi padre a Cádiz como gobernador militar, y allí fuimos todos. Jugábamos en la plaza de San Antonio con los chicos que a ella acudían y que a veces se peleaban con mis hermanos, a los que, para insultarles, les llamaban madrileños con tono burlón, porque les chocaba nuestra manera de hablar. Pequeña rabieta que nunca quedaba sin contestación.

La casa del Gobierno Militar daba al mar, y un día de tormenta en que había unas olas tremendas y una barca de pescadores azotada por ellas,

Fernando, detrás de los cristales, seguía con angustia la lucha de los pescadores diciendo sin cesar: «Que se hunden, ¡que los salven!» No creo que los pescadores, muy acostumbrados, necesitaran ayuda, pues sin la de nadie salieron del apuro, pero la angustia de Fernando, llevado de su gran corazón, que ya en la niñez se manifestaba, no tenía limites. Allí en Cádiz fue donde él hizo la primera comunión, mientras los mayores continuaban el bachillerato y las dos niñas íbamos al colegio de las Esclavas, al tiempo que, por deseo de mi padre, nos pusieron un profesor de música. Nuestra vida se desarrollaba sin tropiezos hasta el día en que, en un acto oficial, mi padre hizo un discurso que no gustó en Madrid y le destituyeron.

De momento quedó sin destino, y como estábamos muy cerca de Jerez, que era su tierra, allí nos fuimos unos meses. Ese fue nuestro primer contacto con la ciudad natal de nuestro padre y con nuestros primos jerezanos. Los chicos continuaban su bachillerato yendo al Instituto, y a Carmen y a mí nos pusieron en el colegio del Santo Ángel. También ahí, en Jerez, fuimos felices, y sobre todo lo fueron tía Ma y tía Inés, que volvieron a revivir sus días de juventud.

Poco tiempo después nos volvimos a Madrid y nos instalamos en Serrano, 25, en la misma casa en que vivía nuestro tío-abuelo Fernando y los primos, hijos de tío Fernando. Vivíamos muy unidos, y la vida familiar feliz continuaba. Como todos los niños, teníamos una gran afición a leer los «tebeos» de entonces, y Fernando y yo estábamos suscritos a unas revistas infantiles que devorábamos con avidez. Pero un día encontramos que en una de ellas se hablaba con poco respeto de los grandes días de la Semana Santa. Sin titubeos, decidió Fernando que debíamos borrarnos de aquella suscripción y entregar el importe de ella a un niño ciego que pedía limosna a la puerta del Cristo de la Salud.

Los chicos no iban ya al Instituto, sino que continuaban el bachillerato por libre, con un profesor en casa, don Álvaro Rodríguez Moya; nosotras, Carmen y yo, fuimos, para empezar, a las Damas Negras, que era un colegio estupendo para la enseñanza, pero… teníamos una tía religiosa Esclava que se empeñó en que fuéramos a su colegio, y allí fuimos a parar, donde también nos enseñaban con rigor. Por cierto que, en las Damas Negras las clases se enumeraban por colores: verde, roja, lila, 1.ª y 2.ª División… y

Carmen y yo, en los dos años de nuestra escolaridad allí, caímos siempre en las clases lilas, con lo que mi padre comentaba en broma que cómo seríamos cuando no habíamos conseguido salir de las clases lilas, y la realidad fue que nos cambiaron de colegio.

Al poco tiempo nombraron a mi padre capitán general de Valencia, y allí se fue él con los dos mayores; los demás, para evitar cambios constantes de colegio y piso, nos quedamos en Madrid, a donde vino pronto mi padre como capitán general. Pero, como en Cádiz, hizo un discurso que no fue del agrado del Gobierno y le volvieron a dejar disponible. Esa repetición de discursos que no gustaban a la superioridad hizo decir a José Antonio: «Cada vez que padre pronuncia un discurso nos tenemos que mudar de casa».

No duró mucho tiempo la disponibilidad; acabábamos de irnos a vivir a la calle de la Magdalena, 12, cuando le nombraron capitán general de Cataluña, y allí se fue, llevándose consigo, de momento, a los tres chicos. Carmen y yo nos quedamos en Madrid con las tías y el tío Sebastián, que tenía parálisis progresiva. Cuando él murió pudimos irnos ya a Barcelona, con gran alegría por nuestra parte, al estar de nuevo reunida la familia.

CAPÍTULO II

LA DICTADURA

Barcelona y, en general, España estaban muy mal en esos momentos; huelgas, bombas, asesinatos, los desastres de Marruecos, inseguridad en las calles. Mi padre, para levantar la moral de la ciudad, salía con los chicos a pasear por ella en un viejo coche con un enorme caballote que había en Capitanía General.

José Antonio y Miguel hicieron allí su servicio militar como voluntarios, en el Regimiento de Dragones de Santiago, y si bien José Antonio no demostró nunca vocación militar, sus preferencias eran por la jurisprudencia, allí se le movió la sangre castrense de sus antepasados y le apasionó el servicio y la vida en el cuartel. Por otro lado, esta estancia de José Antonio en Barcelona, en plena formación de su personalidad, puede decirse que fue definitiva para su futura proyección política. No es lo mismo vivir los problemas de lejos, enfocados a veces por cerriles comentaristas, como vivirlos de cerca. Y más para un espíritu observador como el suyo, en el conocimiento de sus gentes, de las tradiciones seculares, muchas veces también de sus razones incomprendidas. Es decir, José Antonio empezó a enfocar España desde un punto de vista distinto y con un entendimiento y un cariño hacia esta región que trasciende después, en toda su trayectoria política. Porque si bien es verdad que su primer planteamiento es la irrevocable unidad histórica de España, tiene, sin embargo, una comprensión para los problemas locales, un respeto para las lenguas nativas y la diversidad regional, que quizá, de no haber vivido en Barcelona, no los hubiera alcanzado en tal alto grado. Bien claras están sus intervenciones en el Parlamento con respecto al problema catalán, tratado con verdadero tacto en aquellos momentos separatistas ya, pero en los que

distingue muy bien lo que puede haber de amor a la tierra nativa, siempre respetable, del por supuesto intolerable afán de disgregación y de rotura de la unidad española propuestas por los gobiernos de Euzkadi y de la Generalidad de Cataluña. Sin embargo, eso sí, ante el problema separatista era inflexible, porque entendía que España sin Cataluña, sin las provincias Vascongadas perdía su condición de entidad histórica con proyección en lo universal… «… España —decía— es más que una forma constitucional; España es más que una circunstancia histórica; España no puede ser nunca nada que se oponga al conjunto de sus tierras y a cada una de sus tierras».

El tiempo iba pasando y la situación de España era cada vez más difícil. Aumentaban los asesinatos, las huelgas, las bombas; se agudizaban los separatismos y en África se habían sucedido los desastres militares. En el año 21 las derrotas sin precedentes de Annual y Monte Arruit, en donde murió, en su defensa, mi tío Fernando, que, por su comportamiento, mereció la Laureada, ya que llegó, incluso, a dar una última carga al paso por estar los caballos agotados, fueron las causas que decidieron a mi padre dar el golpe de Estado para salvar España. Mi padre, en casa, no hacía comentarios sobre ello; le veíamos preocupado y barruntábamos que preparaba algo que, de salirle mal, podría costarle la vida. Nosotras, entonces con las tías, lo que hicimos fue rezar. La noche del 12 al 13 de septiembre nos la pasamos en una tribuna que desde la Capitanía General daba a la iglesia de la Merced, y allí estuvimos las horas pidiendo a la Virgen por España y por mi padre.

Más adelante, el teniente coronel José Ibáñez, que era ayudante suyo, nos contó la conversación que mi padre había sostenido con el ministro de la Guerra cuando éste le llamó desde Madrid:

> —El ministro: «Mi general, me dicen que esta usted sublevado con la guarnición de Cataluña».
> —«Así es, en efecto» —contesta mi padre.
> —Voz del ministro: «Pues queda usted destituido».
> —Contestación de mi padre: «No, el que queda destituido es el Gobierno».

Al día siguiente el Rey le llamaba desde San Sebastián para que fuese a Madrid a hacerse cargo del Gobierno, lo que me hace pensar que el Rey no debía estar del todo ajeno a lo que iba a pasar. Aunque este extremo para mí es sólo una suposición probable, nacida, por otro lado, de informaciones leídas en el libro «Convulsiones de España», de Indalecio Prieto. Pero José Antonio (página 169 del libro de Agustín del Río y Enrique Pavón Pereyra) sostiene la tesis de que no contó con el Rey.

Cuando mi padre salió hacia Madrid, Barcelona entera acudió a despedirle a la estación, que estaba atestada; había gente subida hasta en los techos de los vagones y gritando, como quien se libera de una pesadilla: «¡Viva el salvador de España!» «General, ¡no desmayes, sigue adelante, todos estamos contigo!» Había sido un golpe limpio, sin derramamiento de sangre y deseado por la mayoría de los españoles.

En Barcelona dejó mi padre, y dejamos todos nosotros, amistades que han perdurado a través de los años, porque una de las cualidades del carácter catalán, que no se entrega fácilmente, es esa fidelidad en la amistad cuando es verdadera.

De vuelta a Madrid, mi padre se instaló con Miguel en el Ministerio de la Guerra, y los demás en una casa muy próxima, en la calle de Los Madrazo, 26, donde José Antonio montó también su despacho de abogado, teniendo como pasantes a Garcerán, Gaceo, La Cuerda y Sarrión, después muy vinculados a la Falange y los dos últimos, asesinados en la guerra…

Mi padre gobernaba España, pero nosotros no entrábamos en la política, aunque estábamos, por supuesto, de acuerdo con él. Nuestra vida era la de una familia corriente. Los parientes de Jerez, que estaban estudiando en Madrid, venían los domingos a almorzar: Julián Pemartín, Sancho Dávila, los Camacho… Llamaban a nuestra casa «el consulado de Jerez». Todo esto, dentro de un ambiente familiar, porque mi padre no mezcló nunca la vida oficial con la privada. También quiero hacer constar aquí, para aclarar malos entendidos, que mi padre no bebió en su vida ni una gota de alcohol, ni siquiera vino en las comidas. Tampoco probaba la fruta, cosa que quizá le perjudicó en su salud. En cambio, sí le gustaba mucho fumar, y era yo la encargada de conservar frescos sus puros.

También acudían a casa, de vez en cuando, militares, compañeros de mi padre, como el Duque de Tetuán, el general Sanjurjo, o jefes que habían luchado a sus órdenes. Recuerdo con qué admiración Carmen y yo contemplábamos al entonces teniente coronel Agustín Muñoz Grandes un día que fue a almorzar a casa lleno de vendajes de las heridas recibidas al frente de sus Regulares. Era la personificación del héroe.

Mis hermanos no participaron directamente en la Dictadura, ni formaron parte de la Asamblea Nacional ni de la Unión Patriótica. José Antonio seguía su vida universitaria y su vocación intelectual. No había titubeado cuando llegó el momento de escoger una carrera. Quiso ser abogado por vocación de siempre. Fue, indudablemente, un verdadero universitario y enemigo de todo lo que en la Universidad supusiera grupos y capillitas ajenos a los intereses de estudiar. No entendía, cosa que sucedía entonces, por qué los hombres tenían que dividirse en católicos y no católicos por el hecho de estudiar una profesión. Eso iba con su línea de no mezclar la religión con la política. Por esta razón de estimar los valores universitarios, él, Ramón Serrano Suñer y Lamana se esforzaron en la Universidad, frente a los grupos reaccionarios, en apoyar la candidatura de Joaquín Garrigues para la cátedra de Derecho Mercantil.

No recuerdo bien si fue entonces cuando se hizo socio del Ateneo, en aquellos momentos de tendencias izquierdistas, pero tenía una buena biblioteca y José Antonio quería aprovecharla. Leía muchísimo, y de los españoles de su tiempo recibió la influencia inmediata y muy directa de Unamuno, Marañón, Ortega y Gasset, Eugenio D'Ors, Menéndez Pidal, Valle Inclán… En lo profesional, de Sánchez Román y Clemente de Diego.

Como poetas, influyeron en él los Machado, Alberti, Juan Ramón Jiménez y Rubén Darío. También, hasta cierto punto, Federico García Lorca.

En su afán de acercar los intelectuales a la Dictadura, organizó un homenaje a los Machado por su obra «La Lola se va a los puertos», al que asistió mi padre, entonces jefe del Gobierno. José Antonio era, en sus hechos y en sus dichos, un poeta. Toda su obra y su vida están impregnadas de un creador sentido poético. Su misma conducta, sujeta siempre a una rigurosa norma estética, demuestra hasta qué punto repelía las situaciones

fáciles o chabacanas. Una de las cosas que más afeaba en nosotros era la repetición de frases hechas o de vulgaridades sin atisbos de personalidad; eso lo habría podido contestar igual un analfabeto, nos decía, para hacernos recapacitar sobre nosotros mismos y que fuésemos cada uno lo que debíamos ser. Para fomentar nuestra cultura, nos regalaba libros importantes. Recuerdo de esa época: «La España del Cid», «Platero y yo», los «Sonetos», de Lope de Vega, Rubén Darío, «Castillos en Castilla» y muchos más, y a mí, porque conocía mis aficiones, me empujaba a estudiar el bachillerato, raro en las chicas de aquella época, pero cometí la estupidez de no hacerle caso.

Pero sigamos con la Dictadura, ya que no puedo terminar este período de nuestra vida sin hablar, aunque sea rápidamente, de la obra de mi padre, a la que no siempre se ha hecho justicia.

En menos de siete años que duró su gobierno:

—Terminó con la guerra de Marruecos.

—Puso orden en España; se acabaron las huelgas y el terrorismo.

—Se pararon los desmadres autonómicos.

—Se saneó la Hacienda lo suficiente para poder desempeñar del Monte de Piedad, con el sobrante, los patrimonios de los más necesitados.

—En obras públicas se hizo la primera red importante de carreteras y los primeros paradores de turismo, así como los primeros e importantísimos embalses.

—Las exposiciones universales de Sevilla y Barcelona. Esta última, en la montaña de Montjuich, que no era sino una fortaleza militar, y se convirtió en un parque lleno de jardines, entre los que aparecía «El Pueblo Español» y una piscina olímpica.

—La Sociedad de Naciones, en un reconocimiento universal a la obra de la Dictadura, se reunió en Madrid, sin que nadie echara de menos a la democracia, lo que fue como si ahora se reuniese aquí la Asamblea General de la ONU o el Mercado Común, que, a pesar de estar nosotros por fin en democracia, no nos hacen más que desprecios.

—Promocionó también las primeras mujeres en la Administración, tales como la Vizcondesa de Llanteno, María Echarri y Nieves Sáenz de Heredia, en el Ayuntamiento de Madrid, como otras en las demás provincias.

Aparte de esto, quiero hacer constar de una manera especial que si mi padre no hubiera terminado con la guerra de Marruecos, merced al desembarco de Alhucemas, la misma guerra de España del año 1936 hubiera sido más difícil al fallarle el Ejército de África y las tropas regulares, y encontrarse con dos frentes, uno por delante y otro por detrás.

Por cierto que, respecto al desembarco de Alhucemas, escribió después el general Goded: «De cualquier manera que naciera la idea del desembarco de Alhucemas, indudablemente, y de justicia es reconocerlo, la voluntad de ejecutarlo fue por completo del general Primo de Rivera… Absolutamente suya, y mantenida tenazmente contra la opinión y contra la creencia de todos, y aun con la desconfianza en el éxito de nuestros propios aliados».

Por supuesto, en España mi padre era querido y admirado por la mayoría de los españoles; en sus viajes a las provincias era aclamado y recibido siempre en olor de multitud. El pueblo comprendía hasta qué punto se sacrificaba por él y con cuánta eficacia. Sólo algunos grupos reducidos, que incluso luego reconocieron su error, eran hostiles a la Dictadura. Nosotros casi nunca le acompañábamos en los viajes, pero en algunos en que le acompañamos —por Galicia y Asturias— Carmen y yo fuimos testigos del desbordante entusiasmo con que se le acogía.

Para celebrar el fin de la guerra de Marruecos se organizó allí un viaje de los reyes, uno de cuyos actos fue un almuerzo al que asistimos también Carmen y yo con Blanca O'Donnell, hija del Duque de Tetuán, amigo y colaborador de mi padre, y también innumerables militares, entre ellos el general Dámaso Berenguer. A los postres, los discursos, como es natural, eran todos en elogio del feliz término de la campaña cuyo artífice principal, secundado por el glorioso Ejército de África, había sido mi padre, quien, en un arranque de su enorme generosidad, al levantarse a hablar, pidió al Rey, delante de todos, el condado de Xauen para el general Berenguer, quien no reconoció nunca esta generosidad. Incluso con cicatería, después de la muerte de mi padre, llegó a decir en la nota oficial del Gobierno, al comunicar su fallecimiento, que la pacificación de Marruecos «acaeció» durante su mandato, como si hubiera sido una pura casualidad.

La Dictadura tuvo ministros y colaboradores de primera categoría, como Calvo Sotelo, Aunós, Guadalhorce, Jordana, Martínez Anido… Como

cosa curiosa, en cuanto había un ministro soltero lo casaban con mi hermana Carmen, que, sin duda, era más mona que yo. Por cierto que tanto los ministros de la Dictadura como mi padre acordaron no cobrar la pensión de ex-ministros, después que abandonaran el cargo, por la causa que fuera, porque sólo estaban al servicio de España.

Pero los viejos políticos, la envidia, la incomprensión y los altos poderes minaron los cimientos de la Dictadura, que cayó, por fin, en los comienzos de 1930.

Mi padre se marchó a París en destierro voluntario y se instaló en una sencilla habitación del hotel Pont Royal, en la rué du Bac, en el centro del viejo París, y en esa habitación que daba a un patio interior, lindante con la iglesia de Santo Tomás de Aquino, una antigua iglesia del barrio de Saint Germain, vivió hasta su muerte. Leía todos los días periódicos españoles llenos de anatemas contra la Dictadura y para todo lo que ésta consiguió, y con frecuencia repetía: «Como sigan así, antes de un año vendrá la República…» Sin embargo, esperaba en que España no acabaría, según carta escrita al Marqués de Sotelo el 10 de marzo de 1930:

> *«Querido Carlos:*
>
> *Una agudización diabética, provocada por un fuerte enfriamiento, me ha tenido ausente diez días de nuestra vida en los momentos que más podía interesarme. Conozco las ingratitudes y las injusticias y no me quebrantan; tengo fe inconmovible en los destinos de España. Esto es temporal que hará más rico y abundante el fruto. Si tengo salud, yo, y si me falta, otro español cualquiera, volverá a dar la mano a la Patria, y ella seguirá su camino con firmeza y pronto, para que lo veamos tú y yo, aunque seamos viejos.*
>
> *Un abrazo: Miguel».*

Él murió de diabetes, pero sobre todo de tristeza, al ver cómo se estaba deshaciendo España, el 16 de marzo de 1930, y el 14 de abril del año siguiente caía la Monarquía. Miguel, Carmen y yo habíamos ido a acompañarle y le encontramos muerto al volver de misa, porque ese día era

domingo. Como dice José Antonio, «para merecer el título de gobernante no basta con ofrecer a la Patria los mejores esfuerzos; no basta con ofrendar la vida por el bien del pueblo que se gobierna. Dios quiso hacer del oficio de gobernante uno escogido entre los escogidos, por eso, sin duda, permitió que los más ilustres directores de pueblos recogieran amarga cosecha de ingratitudes». Durante su estancia en París numerosos españoles venían, desde España, a visitarlo, entre ellos Calvo Sotelo, que, como todos los ministros de la Dictadura, le fue siempre fiel.

Los franceses se portaron muy bien con él, le rindieron honores militares y el mariscal Pétain acudió al hotel para orar ante su cadáver.

Aún hoy, en el hotel Pont Royal dejan visitar la habitación que ocupó y están orgullosos de haberle albergado.

En sus últimos tiempos repetía con frecuencia que, en España, el pueblo le quería, y bien se demostró cuando a su muerte le trajeron, pues desde Irún hasta Madrid las estaciones estaban rebosantes de público que, silenciosamente, aguardaba el paso del cadáver a cualquier hora del día o de la noche.

Al salir mi padre para Francia el Gobierno había quedado en manos del general Berenguer, que empezó inmediatamente a deshacer la obra de la Dictadura, y, en contraste con el comportamiento de los franceses, al llegar su cadáver a Madrid lo hizo llevar por las Rondas para ocultarlo en lo posible, cosa que no le valió de nada, porque el pueblo en masa lo acompañó en su recorrido hasta el cementerio de San Isidro, donde quedó enterrado, y donde, después, fue profanado su cuerpo vandálicamente durante la guerra civil de 1936. Ahora reposan sus restos en la iglesia de la Merced, de Jerez de la Frontera.

A su llegada a la estación del Norte, de Madrid, se dijo una misa a la que asistió el Rey. Era justo que lo hiciera por alguien que le había salvado siete años antes y prolongado esos siete años la Monarquía, en entredicho ya al advenimiento de la Dictadura.

A Berenguer le sucedió el almirante Aznar.

Después de la muerte de mi padre, los intelectuales, que en su mayoría habían estado en contra de la Dictadura, formularon, como Ortega y Marañón, juicios muy favorables sobre su personalidad; Marañón escribe a

José Antonio en un ejemplar de su obra «El Conde Duque de Olivares»; «Como la lectura de mi libro ha suscitado tantos comentarios, hasta el punto de establecer algunos un parangón con la interpretación que doy a mi biografiado y a la figura de su padre, tengo interés en que sepa usted, admirado José Antonio, que esto no responde a ningún propósito determinado, ya que la figura del general Primo de Rivera aparece de día en día más clara y alta, diáfana y sincera en el pensamiento de los españoles, agigantándose ante la labor del historiador».

Y Ortega se expresa así al hablar de mi padre: «Un hombre de alma cálida, espíritu templado, cabeza clarísima y extraordinaria facultad de intuición, de adivinación y de comprensión».

José Antonio, como ya he dicho, había estado al margen de la política de la Dictadura creada por mi padre, y no porque no estuviera compenetrado con él, le adoraba y le admiraba. Más adelante se verá cómo le defendió.

Sin embargo, la muerte de mi padre y la consiguiente y desastrosa situación de España le empujaron a la política.

Al caer la Dictadura todas las fuerzas hostiles se dedicaron a ultrajar la memoria de mi padre. Él, como hijo y como hombre, tenía que defenderla, y para ello se presentó en las primeras elecciones como diputado por Madrid. Esta vez no salió, pero ya a su alrededor se había organizado un grupo, principalmente de los partidarios de mi padre, del que, casi sin darse cuenta, se vio cabeza. Metido en esa corriente de defenderle —«hay que oír a los acusados», como él decía—, tomó parte en una coalición de derechas con Calvo Sotelo, Guadalhorce y otros, saliendo diputado por Cádiz. Pero éste no era ni su mundo ni su camino. El no era hombre para ser diputado de derechas al viejo estilo. Tampoco fue nunca partidario de las derechas españolas, a las que encontraba fuera de la realidad social de su tiempo. Sin embargo, aprovechó su paso por el Parlamento para, como siempre, con una valentía, una claridad y una sinceridad impresionantes, centrar todos los problemas de aquella España en descomposición. Como él decía, se presentó candidato sin fe y sin respeto; pero una vez ante la responsabilidad usó de aquel cabo como de todos los que se le tendieron en la vida.

El matrimonio Primo de Rivera, en 1902, año de su casamiento. La foto fue tomada el 26 de agosto. Don Miguel era ya un militar importante. Doña Casilda muestra en su rostro una serena belleza

En 1916, don Miguel Primo de Rivera, general de Brigada, fue invitado por el Gobierno británico a visitar el frente del Somme, durante la I Guerra Mundial, acompañado por los generales Martínez Anido y Aranaz

Doña Casilda Sáenz de Heredia, esposa de don Miguel Primo de Rivera, en una foto juvenil. Puede observarse el enorme parecido que con ella guardarían sus hijos José Antonio y Pilar

Don Fernando Primo de Rivera y Sobremonte, primer marqués de Estalla, cuando era capitán general de Madrid y se sumó al pronunciamiento de Martínez Campos en Sagunto, que determinó la Restauración

Don Miguel Primo de Rivera, de teniente coronel, cuando mandaba el Batallón de Cazadores de Talavera, de guarnición en Algeciras. Era el año 1906

Foto familiar de los Primo de Rivera. Don Miguel sostiene en sus brazos a José Antonio, su primogénito, y doña Casilda, a Miguel, el segundo de sus hijos

José Antonio y Miguel Primo de Rivera, en una foto infantil poco conocida, posan junto a su perro tocados con unos curiosos gorros de estilo militar

Esta es una de las pocas fotografías que se conocen en la que los seis hermanos Primo de Rivera aparecen juntos el lado de su padre. El primero a la izquierda, apoyado en el cochecito, es José Antonio. Seguidamente, Angelita, gemela de Pilar, que fallecería a los cinco años de edad. Junto a ella, Carmen y detrás, Miguel. Delante, Pilar y Fernando

A la muerte de doña Casilda asumió el gobierno de la casa doña María Primo de Rivera y Orbaneja, tía Me. En torno a ella aparecen su hermano don Miguel y los hijos de éste: Miguel, José Antonio, Fernando, Carmen y Pilar

José Antonio al cumplir los dieciocho años. Era ya un aventajado alumno de la Facultad de Derecho y destacado dirigente dela Asociación de Estudiantes, junto a Ramón Serrano Suñer, opuesto a la politización y división que propiciaba la Asociación de Estudiantes Católicos

Los hermanos Primo de Rivera, en una clásica foto oval, al estilo de los años veinte. De izquierda a derecha, José Antonio, Miguel, Carmen, Pilar y Fernando, por riguroso orden de edad

El general Primo de Rivera, asomado el balcón de la Capitanía General de Cataluña, en Barcelona, el día 13 de septiembre de 1923, fecha en la que consumó el .golpe militar. que traería la Dictadura, por la que clamaban tanto los intelectuales como las clases populares

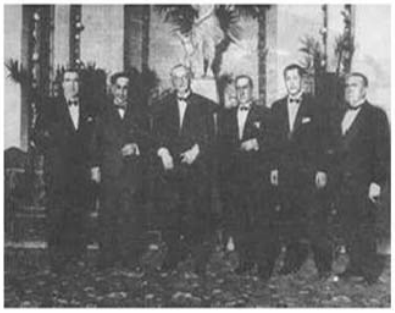
Don Miguel Primo de Rivera, presidente del Gobierno de la Dictadura, el salir del Palacio Real de Madrid, tras su audiencia con el Rey Alfonso XIII. El golpe de Estado evitó el expediente Picasso y prolongó durante siete años la vida de la Monarquía

El Rey Alfonso XIII, fotografiado en el Palacio Real junto el primer Directorio militar encabezado por don Miguel Primo de Rivera, que aparece a la derecha del Monarca (izquierda del lector)

A la puerta del Palacio Real, José Antonio, alférez de Caballería, da la novedad a su padre, don Miguel, presidente del Gobierno. José Antonio estaba destinado en el Regimiento de Húsares de la Princesa

Don Miguel Primo de Rivera, durante un homenaje que le fue ofrecido en el popular restaurante Lhardy. Don Miguel contó desde el principio con el apoyo de la mayoría de los españoles. Al fondo, a la derecha, aparece su hijo Miguel

Don Miguel durante uno de sus discursos al final de un banquete celebrado en su honor en uno de sus viajes por España



El 27 de noviembre de 1929 don Miguel Primo de Rivera presidió el homenaje ofrecido a los hermanos Manuel y Antonio Machado por el éxito de su obra conjunta «La Lola se va a los puertos». En él José Antonio pronunció uno de sus primeros discursos públicos resaltando el valor de la función intelectual. En la foto, don Miguel flanqueado por los poetas Antonio y Manuel Machado, y, junto a éste, José Antonio

José Antonio, con uniforme militar de la Orden de Santiago, preside el entierro de su tío Fernando, héroe de Monte Arruit y conde de San Fernando de la Unión

El Rey Alfonso XIII, que tanta responsabilidad tuvo tanto en la decisión del golpe de Estado como en la dimisión del general Primo de Rivera, acudió a la estación del Norte para asistir a los funerales y dar el pésame a la familia. En la foto, con José Antonio, a quien dijo: «Ojalá no tengamos que arrepentirnos demasiado de lo sucedido con tu padre. » Sería ya una lamentación tardía

Muerto en París el general Primo de Rivera, su cadáver fue trasladado a Madrid en medio del reverencial homenaje del pueblo español. En la estación del Norte (Príncipe Pío) fue recibido por sus hijos José Antonio, Miguel y Fernando, que aparecen aquí con su tío José y el general Berenguer, presidente del Gobierno

Solamente un grupo de leales despidió a la Reina en Galapagar, cuando, desde El Escorial y en tren, hubo de abandonar España tras la proclamación de la II República. Entre ellos estaba José Antonio, quien aparece en la foto (tercero por la izquierda), y su hermana Carmen. Miguel y Pilar la despedirían en la misma estación de El Escorial

Como candidato independiente por Madrid, José Antonio se presentó a las elecciones de 1931 para las Constituyentes. Su lema fue: «Hay que oír a los acusados.» Trataba de defender la memoria de su padre, y, aunque salió derrotado, fueron muy Pocos los votos que le faltaron para conseguir escaño

La II República fue acogida con alegría y esperanza por el pueblo español. Pero sus mentores llegaron cargados de resentimiento y sectarismo. Las infundadas acusaciones contra la Dictadura dieron ocasión a José Antonio para destacar como abogado. En la foto de arriba, con don Galo Ponte, su defendido

En la foto inferior, un grupo de generales encartados en la causa sobre «responsabilidades de la Dictadura», junto a sus abogados. Entre éstos figuraban José María Gil Robles (tercero por la izquierda) y José Antonio (tercero por la derecha, en segundo plano)

La primera presentación de su candidatura a Cortes dio ocasión a José Antonio para viajar por diversas provincias españolas, y en torno a él fueron agrupándose seguidores que serían germen, dos años más tarde, para la formación de la Falange. En la foto, con un grupo de Sevilla

Un joven candidato a diputado y un joven periodista, ya famoso: José Antonio y César González Ruano. Este escribió una entrevista laudatoria que marcaba ya la capacidad dirigente de José Antonio, cuyos Primeros escarceos Políticos determinaron, finalmente, su destino

La muerte de don Miguel y los avatares de la política agruparon más aún a los miembros de la familia. José Antonio con sus hermanas Pilar y Carmen, en su casa de Chamartín.

en el mismo lugar, en otro grupo familiar, José Antonio, Pilar, Carmen, tía Me y Fernando Primo de Rivera y Cobo de Guzmán. Con ellos, un amigo de siempre: Raimundo Fernández Cuesta y su esposa, las dos hijas del matrimonio y Lola Primo de Rivera y Cobo de Guzmán, así como el Conde de Montelirios

En la boda de Fernando con Rosario Urquijo, José Antonio actuó de padrino. Ofició el cardenal y nuncio, monseñor Tedesch in i

También fue padrino José Antonio en el bautizo de los hijos de Marjoris Munden, una inglesa convertida al catolicismo, que luego sería activa colaboradora en la Sección Femenina fundacional; aparece a la derecha de la foto

El 29 de octubre de 1933, domingo, se celebró en el teatro de la Comedia de Madrid, un acto de afirmación nacional pro-candidatura de José Antonio. Sería considerado, históricamente, como el fundacional de Falange Española. En la foto, una vista de la sala. En el palco se aprecian los perfiles de Carmen y Pilar Primo de Rivera, junto a un grupo de amigas que se integrarían en Falange

Los tres oradores del mitin de La Comedia: Alfonso García Valdecasas, Julio Ruiz de Alda y José Antonio Primo de Rivera.

CAPÍTULO III

LA REPÚBLICA

En España todo iba de mal en peor y por fin el 14 de abril, como resultado de unas elecciones municipales que tuvieron lugar el día 12, se proclamó la República, una República que mi padre, desde su exilio, veía avanzar inexorable y que llegó un año y un mes después de su muerte.

El Rey, de acuerdo con la Junta republicana, y según dijo para no derramar sangre, abandonó España en un barco de guerra desde Cartagena, pero la Reina y los Infantes salieron más tarde por ferrocarril, después de pasar la noche en palacio. El tren debían cogerlo en El Escorial, pero antes hicieron una parada en Galapagar, donde un grupo de fieles les acompañó; muy pocos, según atestiguan los documentos gráficos de la época; entre ellos estaban José Antonio y Carmen, que no quisieron abandonar a la Reina y a los Infantes en esos momentos tan tristes para ellos, y porque la Reina siempre se portó bien con mi padre, lo que no podíamos decir del Rey, y además fue una buena Reina.

Miguel y yo nos desplazamos a El Escorial para decirles también adiós, y también entre los poquísimos que les despidieron; recuerdo, eso sí, al Conde de Romanones sentado en un banco de la estación. La Reina, al vernos, dijo tristemente: «Si vuestro padre hubiera vivido no hubiera pasado esto». Estaba también el general Sanjurjo.

En honor de la sensibilidad del pueblo español, tengo que decir que el gentío que abarrotaba la estación, toda adornada con banderas republicanas, y que con cantos y jaleo celebraban la proclamación de la República, tuvo la elegancia y el respeto de estar en silencio mientras la Reina y los Infantes permanecieron en la estación. En cambio, al arrancar el tren se produjo el

desbordamiento, y los pocos que habíamos ido a rendir un deber de españoles no lo pasamos muy bien.

La República, justo es decirlo, fue recibida con esperanza, sobre todo por la juventud. El célebre manifiesto «Al servicio de la República», suscrito por Ortega y Gasset, Marañón y Pérez de Ayala, arrastró a gran parte de los españoles, que habían perdido la esperanza en la ya caduca Monarquía. Como diría José Antonio más tarde, no exento de nostalgia, bien lo indica con su frase «la alegría melancólica del 14 de abril»: «El 14 de abril de 1931 —hay que reconocerlo en verdad— no fue derribada la Monarquía española. La Monarquía española había sido el instrumento histórico de ejecución de uno de los más grandes sentidos universales. Había fundado y sostenido un imperio y lo había fundado y sostenido cabalmente, por lo que constituía su fundamental virtud: por representar la unidad de mando. Sin la unidad de mando no se va a parte alguna. Pero la Monarquía dejó de ser unidad de mando hacía bastante tiempo…» «La Monarquía, que empezó en los campamentos, sigue diciendo José Antonio, se recluyó en las Cortes; el pueblo español es implacablemente realista; el pueblo español, que exige a sus santos patrones que le traigan lluvia cuando hace falta, y si no se la traen les vuelve la espalda en el altar, el pueblo español, repito, no entendía este simulacro de la Monarquía sin poder; por eso, el 14 de abril de 1931 aquel simulacro cayó de su sitio sin que entrasen en lucha siquiera un piquete de alabarderos… Pues bien, nosotros entendemos, concluye diciendo, sin sombra de irreverencia, sin sombra de rencor, sin sombra de antipatía, muchos incluso con mil motivos sentimentales de afecto; nosotros entendemos que la Monarquía española cumplió su ciclo, se quedó sin sustancia y se desprendió como cáscara muerta el 14 de abril de 1931. Nosotros hacemos constar su caída con toda la emoción que merece, y tenemos sumo respeto para los partidos monárquicos que, creyéndola aún con capacidad de futuro, lanzan las gentes a su reconquista; pero nosotros, aunque nos pese, aunque se alcen dentro de algunos reservas sentimentales o nostalgias respetables, no podemos lanzar el ímpetu fresco de la juventud que nos sigue para el recobro de una institución que reputamos gloriosamente fenecida».

Quizá, por estas y otras razones, ni José Antonio, ni Miguel, ni Fernando tuvieron nada que ver con el intento del 10 de agosto, a pesar de la amistad que nos unía con el general Sanjurjo, cabeza del levantamiento, fiel siempre a mi padre y artífice con él de la pacificación de Marruecos, y cuya actitud, por este motivo, el 14 de abril del 31 no fue de apoyo a la Monarquía. Fernando, militar todavía, estaba de guardia en Getafe y cumplió con su deber de militar, tal como lo reconoció el propio Gobierno de Azaña. A José Antonio le cogió en Francia, y a Miguel, en San Sebastián; sin embargo, fueron detenidos, y al ser trasladados a Madrid para ingresar en la Dirección General de Seguridad preguntó José Antonio, todo alterado: «¿Por qué me han traído aquí?» «Porque, dado su apellido, se cree que está complicado en la sublevación». «Es decir, se me detiene por ser hijo de padre honrado y conocido. A Angelito Galarza, el director general de esta casa, no podrían detenerle nunca por eso», les replicó, dando suelta a su feroz maestría para el sarcasmo.

Pero la República, tan bien recibida, perdió su oportunidad al dedicarse a herir sentimientos, en vez de hacer obra constructiva. Los separatismos, la quema de los conventos, la expulsión de los jesuitas, las grandes manifestaciones comunistas, que recorrían las calles puño en alto gritando U.H.P., las persecuciones injustificadas provocaron reacciones contrarias, sobre todo entre la juventud, que empezó a agruparse en cenáculos disconformes. Uno de ellos fue el que, formado alrededor de José Antonio, dio lugar a los fundamentos de la Falange.

A la casa de Chamartín, donde vivíamos entonces, acudían Raimundo Fernández Cuesta, Rafael Sánchez Mazas, Julián Pemartín, Agustín de Foxá, Ruiz de Alda, Eugenio Montes, quien me dijo en una ocasión que guardaba con devoción una tarjeta mía, porque le gustó la manera de expresarme, comentario para mí importantísimo, viniendo como venía de un intelectual de su categoría; al despacho de José Antonio y a la tertulia de «La Ballena Alegre» acudían Miquelarena, Víctor de la Serna, Luis Bolarque, Luys Santamarina, Julio Ruiz de Alda, Agustín Aznar, Tellería —posteriormente autor de la música del «Cara al Sol», himno que empezó siendo de la Falange y luego ha sido de España entera, con el que se asaltaban las trincheras y con el que se hundió el Baleares—. También

acudía Giménez Caballero, que, con su libro «Genio de España», que todos leímos con admiración, tuvo enorme influencia en esos momentos. Algunos militares como Rodríguez Tarduchy, Claudio Rivera, Luis López Pando, Rada acudían a aquellas reuniones, como otros muchos militares jóvenes que en África y en la Península, según cuenta Ricardo de la Cierva, se vincularían después a la Falange.

La trayectoria política de José Antonio había variado completamente. De ser parte de los grupos de derechas, en los que entró principalmente para defender a mi padre, pasa a ser cabeza de un movimiento renovador que venía a liberar España de las dos losas que la oprimían: por un lado, el pesimismo histórico; por otro lado, la injusticia social. Venía el movimiento limpio de contornos, sin compromisos anteriores, ofreciendo, además de un pensamiento nuevo, una ética para las conductas. A la ilusión de ese movimiento se unieron no sólo valores jóvenes de lo más florido con que contaba España, sino también la juventud y la Universidad, donde después se constituyó el Sindicato Español Universitario —S.E.U.—, al que pertenecieron Manolo Valdés, como primer jefe; Fanjul, Matías Montero, Agustín Aznar —destacadísimo en las luchas contra la F.U.E.—, Alejandro Salazar, José Miguel Guitarte, David Jato, Narciso Perales, los Aguilar, Barroso, Lostau, Salvador Vallina, Carlos Juan Ruiz de la Fuente, Roberto Reyes, su hermano Fernando, Diego Salas Pombo, Mercedes Fórmica, Justina Rodríguez de Viguri, Gerardo González San Pedro, los Nieto y otros.

Pero no sólo los jóvenes estaban desilusionados; también los intelectuales, que, con su postura, habían contribuido en gran manera a traer la República, compartían esta desilusión. El «No es esto, no es esto» de Ortega demuestra claramente su descontento.

CAPÍTULO IV

FUNDACIÓN DE LA FALANGE

Por fin, el 29 de octubre de 1933, José Antonio, Ruiz de Alda y Alfonso García Valdecasas presentan, en el Teatro de la Comedia, el Movimiento que nace ese día, y que había ido configurándose en las reuniones de Chamartín, «La Ballena Alegre» y la casa del Marqués de Bolarque. Como persona de respeto habían puesto en la presidencia del acto a Narciso Martínez Cabezas, al que cariñosamente llamábamos «el abuelo», porque tenía bastantes años más que nosotros. Narciso habló, en primer lugar, para presentar a los oradores; luego lo hicieron Alfonso García Valdecasas y Julio Ruiz de Alda, y, por fin, José Antonio, que nos explicó lo que, según él, debían ser las bases doctrinales de ese Movimiento: la unidad de España, la justicia social, ni izquierdas ni derechas; José Antonio habló así: «… El Movimiento de hoy, que no es de partido, sino que es un Movimiento, casi podríamos decir un antipartido, sépase desde ahora, no es de derechas ni de izquierdas. Porque en el fondo la derecha es una aspiración a mantener una organización económica, aunque sea injusta, y la izquierda es, en el fondo, el deseo de subvertir una organización económica, aunque al subvertirla se arrastren muchas cosas buenas. He aquí lo que exige nuestro sentido total de la Patria y del Estado que ha de servirla:

> —Que todos los pueblos de España, por diversos que sean, se sientan armonizados en una irrevocable unidad de destino.
>
> —Queremos… que no se canten derechos individuales de los que no pueden cumplirse nunca en casa de los famélicos, sino que se dé a todo hombre, a todo miembro de la comunidad política, por

el hecho de serlo, la manera de ganarse con su trabajo una vida humana justa y digna.

—… Y queremos, por último, que si esto ha de lograrse en algún caso por la violencia no nos detengamos ante la violencia, porque, ¿quién ha dicho al hablar de todo "menos la violencia" que la suprema jerarquía de los valores morales reside en la amabilidad? ¿Quién ha dicho que cuando insultan nuestros sentimientos, antes que reaccionar como hombres estamos obligados a ser amables? Bien está, sí, la dialéctica como primer instrumento de comunicación. Pero no hay más dialéctica admisible que la dialéctica de los puños y las pistolas cuando se ofende a la justicia y a la Patria…»

Estos planteamientos causaron estupor entre los grupos de derechas, que esperaban de José Antonio una defensa más en consonancia con sus principios. A nosotros aquello no nos cogió de sorpresa porque habíamos ya vivido en nuestra casa de Chamartín los prolegómenos de la Falange.

Asistimos al acto mi hermana Carmen, mis dos primas, Inés y Lola, y yo, con Luisa M.ª de Aramburu, y en el mismo momento en que habló José Antonio yo quedé decidida a entregarme a la Falange con todas mis fuerzas, y también mis dos primas, Inés y Lola, a las que, por esta causa, les tocó vivir difíciles vicisitudes. Inmediatamente quisimos afiliarnos, pero al principio no querían admitir mujeres, y en vez de aceptarnos como afiliadas nos incorporaron al S.E.U., donde figuraban ya como estudiantes Justina Rodríguez de Viguri y Mercedes Fórmica. Por cierto que Justina se tuvo que inscribir como «Justino», porque cuando ella lo hizo no admitían mujeres; después fue nombrada por José Antonio delegada nacional del S.E.U.

Antes de que la Falange tomara forma se produjo el intento de publicar la revista *El Fascio*. El proyecto no cuajó. Las autoridades republicanas recogieron íntegra la edición del primero y único número, que llevaba fecha 16 de marzo de 1933. No se repitió la aventura, debido a que la Falange quiso clarificar desde el primer momento sus contornos, y el nombre de *El Fascio* se prestaba a confusión, porque la Falange no fue nunca un

movimiento totalitario al estilo de los establecidos en Europa, como observa Luis González Vicen, la forma externa totalitaria la toma más bien en plena guerra, cuando ya José Antonio estaba fuera de combate. Bien claras están sus manifestaciones en este sentido y su negativa a asistir al Congreso Internacional Fascista de Montreux, a pesar de la admiración que sentía por Mussolini.

Aunque en aquellos tiempos todos los partidos, aun los más reaccionarios, tenían sus camisas de un color determinado y sus saludos correspondientes, como los monárquicos, la CEDA, etcétera…

Más tarde salió el periódico *FE*. Entonces empezaron las algaradas callejeras, las persecuciones y los asesinatos de camaradas; entre ellos asesinaron por la espalda a Matías Montero, seuista destacado y uno de los mejores falangistas, como lo fueron también, y también cayeron asesinados, Ruiz de la Hermosa, Corpas, Manuel Rodríguez Jimeno, José García Vara, Francisco de Paula Sampol, Tomás Polo, Juan Lara, Manuel Carrión…

Matías Montero era estudiante de Medicina; sabía que lo iban a matar, porque se lo habían dicho, pero sabía también que la Falange no podía esconderse ante aquellas amenazas y murió en acto de servicio una mañana llena de sol. Llevaba en el bolsillo un artículo escrito por él sobre las flechas de Isabel y Fernando para publicarlo en *FE*. La reacción que produjo esta muerte dentro y fuera de la Falange fue enorme. Puede decirse que desde aquel día empezaron a aumentar las inscripciones. Casi todos los compañeros de Matías Montero, procedentes como él de la F.U.E., venían a alistarse en nuestras filas. Al día siguiente tuvo lugar el entierro. Después del responso, José Antonio, brazo en alto, dijo estas palabras que encierran en sí toda la voluntad de no olvidar por lo que caían nuestros muertos: «… que Dios te dé su eterno descanso y a nosotros nos niegue el descanso hasta que hayamos sabido ganar para España la cosecha que siembra tu muerte».

Estas luchas dieron lugar particularmente a comentarios diversos sobre la violencia y la mansedumbre en la Falange, pero, para poner las cosas en su lugar, nada como las propias palabras de José Antonio en una réplica a Prieto en el Parlamento el 3 de julio de 1934, ante las afirmaciones de Prieto de que era fascista, sentimental y violento. Poco más o menos lo que

el escritor Ian Gibson más tarde ha querido demostrar, sin el menor conocimiento de la figura de José Antonio ni de su doctrina.

—«Yo le aseguro al señor Prieto —dice José Antonio— que no es eso. Lo que pasa es que todos los que nos hemos asomado al mundo después de catástrofes como la de la gran Guerra Mundial y como la crisis, y después de acontecimientos como el de la Dictadura y el de la República española sentimos que hay latente en España, y que reclama cada día más insistentemente que se la saque a la luz —y eso lo sostuve aquí la otra noche— una revolución que tiene dos venas: la vena de una justicia social profunda que no hay más remedio que implantar, y la vena de un sentido tradicional, de un tuétano tradicional español que tal vez no reside donde piensan muchos y que es necesario, a toda costa, rejuvenecer.

»Como ve el señor Prieto, esto no es una actitud sentimental ni es una actitud violenta. Yo no pensé ni por un instante que estas cosas se tuvieran que mantener por la violencia, y la prueba es que mis primeras actuaciones fueron completamente pacíficas; empecé a editar un periódico y empecé a hablar en unos cuantos mítines. Y con la salida del periódico y con la celebración de los mítines se iniciaron contra nosotros agresiones, cada vez más cruentas y por manos movidas seguramente con intención no tan limpia como la de mis amigos, tal vez movidos después a represalias. Pero estas represalias vinieron mucho después; tanto después que muchas personas que nos suponían a nosotros venidos al mundo para jugarnos la vida en defensa de su propia tranquilidad —incluso en periódicos conservadores nos afeaban que no nos entregásemos más al asesinato—, imaginaban que nos estábamos jugando nuestra vida y las vidas de nuestros camaradas jóvenes para que a ellos no se les alterase su reposo. Esto es tan importante, señor Prieto, que yo le digo, yo no me hubiese dedicado para nada, no a usar de la violencia, sino ni siquiera a disculpar la violencia, si la violencia no hubiese venido a buscarnos a nosotros».

Al fin no hubo más remedio que usar la violencia, pero José Antonio, por el respeto que como cristiano y como jurista le merecía el ser humano, se resistió a ello cuanto pudo.

«Por otro lado —sigue José Antonio—, porque resulta que nosotros hemos venido a salir al mundo en ocasión en que en el mundo prevalece el

fascismo —y esto le aseguro al señor Prieto que más nos perjudica que nos favorece—, porque resulta que el fascismo tiene una serie de accidentes externos intercambiables que no queremos para nada asumir; la gente, poco propicia a hacer distinciones delicadas, nos echa encima todos los atributos del fascismo, sin ver que nosotros sólo hemos asumido del fascismo aquellas esencias del valor permanente que también habéis asumido vosotros, los que se llaman los hombres del bienio; porque lo que caracteriza el período de vuestro gobierno es que, en vez de tomar la actitud liberal bobalicona de que al Estado le da todo lo mismo, de que el Estado puede estar con los brazos cruzados en todos los momentos, a ver cuál es el que trepa mejor a la cucaña y se lleva el premio contra el Estado mismo, vosotros tenéis un sentido del Estado que imponéis enérgicamente. Ese sentido del Estado, ese sentido de creer que el Estado tiene algo que hacer y algo en que creer, es lo que tiene de contenido permanente el fascismo, y eso puede muy bien desligarse de todos los alifafes, de todos los accidentes y de todas las galanuras del fascismo, en el cual hay unas que me gustan y otras que no me gustan nada».

CAPÍTULO V

FUNDACIÓN DE LA SECCIÓN FEMENINA

La tremenda persecución a la Falange por los partidos políticos y desde el mismo seno del Gobierno —el ministro de la Gobernación, Casares Quiroga, se había declarado beligerante contra nosotros— será lo que provoque al fin el nacimiento de la Sección Femenina como tal, en el mes de junio de 1934. Se crea para ocuparse de los camaradas presos, atender y acompañar a sus familias y a las familias de los caídos, que iban ya siendo muchos, recoger dinero para ayudarles y también para ocuparse de la propaganda. Poco tiempo después Quesada y Pérez Sopeña, del S.E.U., al que pertenecíamos, se reunían para nombrar los mandos de esa Sección Femenina que acababa de formarse y que quedaron como sigue:

Jefe nacional: Pilar Primo de Rivera.

Secretaria nacional: Dora Maqueda.

Jefe provincial de Madrid: Luisa María de Aramburu.

Secretaria provincial: Inés Primo de Rivera.

Fueron fundadoras también, aunque de momento sin cargos: Dolores Primo de Rivera, María Luisa Bonifaz, posteriormente superiora de una Orden misionera, y Marjorie Munden, de nacionalidad inglesa pero vinculada a nuestra familia por haber sido José Antonio padrino de un hijo suyo.

Como consigna primera se dio la de que cada afiliada debía traer otras cinco. De esta forma rápidamente nos convertimos en un grupo numeroso, pero así y todo con dificultad dábamos abasto a nuestra misión, pues cada día eran más los caídos, los presos, los perseguidos. Por aquel entonces, en Navidad organizábamos para todos los detenidos una cena especial que les preparábamos en una taberna enfrente de la Cárcel Modelo y, a pesar de

nuestra penuria, les poníamos hasta un puro atado con una cinta de la bandera de Falange para que no les faltara nada en fecha tan señalada. Y era tal la ilusión que esto les producía que uno de los presos al que soltaban aquella noche prefirió quedarse hasta el día siguiente para cenar con sus camaradas. Eran tiempos difíciles, pero nadie nos podía quitar nuestro ánimo. Un día, Inés, mi prima, y yo entramos en el propio Ministerio de la Gobernación y en el ascensor de Casares Quiroga dejamos pegados los sellos con el yugo y las flechas de la Falange. Y más que como flechas bajamos después las escaleras para que no nos vieran los guardias.

Con las persecuciones empezaron también las detenciones en la Sección Femenina; así, en la cárcel estuvo mi prima Lola, que fue la primera detenida, con 18 años, y que nos pedía para entretenerse libros de «mucho amor»; su hermana Inés, Dora Maqueda, Josefina Veglisón, las hermanas Moscoso, Gloria González Alias, Amelia Rizar, Jesusa y Matilde Landa, Josefa Sánchez Puertas y Rita Alias. Uno de los motivos de los encarcelamientos era el de que asistíamos a los juicios contra camaradas y promovíamos en ellos, junto con los chicos, protestas y alboroto cuando nos parecían injustas las sentencias; también por asistir a entierros de caídos; otras veces tan sólo por pertenecer a Falange. A mí también me buscaban con ahínco, pero, de casualidad, no pudieron encontrarme. Estas camaradas conseguían salir de la cárcel gracias a las generosas gestiones de algunos diputados de la CEDA, que, vinculados a la Falange por amistad o solidaridad, aprovechaban su situación para ayudarnos, como el Conde de Mayalde, Fermín Daza (asesinado después), Ramón Serrano Suñer, Rey Mora y algunos más que siento no recordar.

En 1935 empezamos a pensar en organizar las provincias, y así Dora y yo, con un kilométrico de segunda clase y 500 pesetas por todo capital en el bolsillo, hicimos un primer recorrido por: Huesca, Zaragoza, Pamplona, Bilbao, Santander, Asturias, León, Orense, La Coruña, Santiago, Vigo, donde dejamos de jefe a Lila Ozores, que había sido «Reina de la Belleza», Palencia, Valladolid, Zamora y Salamanca.

Con 500 pesetas para dormir y mantenernos durante todo el viaje, no podíamos hacer despilfarras. Por lo general nos hospedábamos en casa de algún camarada y otras en pensiones de mala muerte. Comer, comíamos lo

que se terciaba, muchas veces un bocadillo para todo el día. En Pamplona nos alojó en su hotel, «La Perla», el jefe de Falange José Moreno. La jefe provincial que dejamos nombrada fue Josefina Arraiza, que luego sería mujer de José Antonio Elola, combatiente durante la guerra, auténtico falangista, delegado nacional después del Frente de Juventudes, y recto y responsable en todos los cargos que desempeñó. Fue un ejemplo. Más tarde, cuando ambos éramos procuradores en las Cortes, nombrados por el Caudillo, para aunar nuestras posturas, me ponía a veces de acuerdo con él por la confianza que me inspiraba.

Y antes de dejar Navarra, en esta nuestra visita, quiero dedicar también, a posteriori, un recuerdo a Rafael García Serrano, tan pamplonica él, compañero y cronista después de nuestros Coros y Danzas por todo el mundo hispano. Pero de esto ya hablaremos en su momento.

En Santiago dejamos encargadas a Vicky Eiroa, Pilar Lago y María Laura Colmeiro, estudiantes en la Universidad. Con estos primeros nombramientos iban ya destacándose los futuros puntales de la organización.

En Asturias el día que nos marchábamos bajaron a despedirnos a la estación varios camaradas, que lo hicieron brazo en alto y al grito de «Arriba España» cuando arrancó el tren. Había en la estación grupos de comunistas, y de allí salimos entre brazos en alto y puños cerrados.

En Valladolid era jefe provincial Onésimo Redondo, unido ya con sus fuerzas a la Falange desde el 4 de marzo, en que se hizo la fusión con las J.O.N.S., presididas por Ramiro Ledesma Ramos, que aportó camaradas de categoría como Juan Aparicio, Santiago Montero Díaz y otros, y nos propuso como jefe a Rosario Pereda. Onésimo desde la fusión, por su categoría personal, formó siempre parte de la Junta de Mando de la Falange, y José Antonio, desde Alicante, le escribió numerosas veces sobre los problemas que se vivían. Onésimo murió en plena guerra civil, en una emboscada que le tendieron en Labajos cuando iba a visitar a los falangistas de Valladolid que estaban en el Alto del León, que, desde entonces, y en homenaje a ellos, se llamó «de los Leones de Castilla». Estaba casado con Mercedes Sanz Bachiller, que más tarde organizó el Auxilio Social, y

posteriormente, ya casada con Javier Martínez de Bedoya, el Servicio Social de la Mujer, que después pasó a la Sección Femenina.

También durante este año fuimos Inés, Lola, Dora y yo a Segovia en viaje de inspección, íbamos las cuatro en un Morris pequeño que yo conducía, llenas de hojas de propaganda y con una canción recién estrenada: el «Cara al Sol», para enseñársela a los de Segovia.

Para aprenderla bien, fuimos cantando todo el camino, camino que se nos hizo más largo porque aquel Morris tan simpático, al que nunca le pasaba nada en nuestros viajes de propaganda falangista, se le ocurrió pararse subiendo el puerto, y allí fue Troya. Yo sabía conducir, pero de mecánica nada, y aquello no andaba ni a la de tres. Por suerte recordé un consejo casero, que soplando en una especie de filtro que tenía en el motor podía ponerse en marcha, y así fue, efectivamente, como pudimos seguir nuestro rumbo a Segovia.

Como en todas partes, por aquel entonces los falangistas eran pocos y las falangistas, menos aún, pero los camaradas de Madrid nos habían ya encaminado a tiro hecho a casa de los Ridruejo. En Segovia, me había dicho José Antonio, encontraréis un chico estupendo, Dionisio Ridruejo; nosotras ya teníamos comunicación con su hermana Angelita, encargada de organizar la Sección Femenina segoviana. En efecto, desembocamos en la plaza de la Merced, y allí, en una casa acogedora, grande como las casonas de provincia, vivían los Ridruejo. La madre de aquellos falangistas era el clásico tipo de la señora castellana, fina de facciones, encantadora de trato, y me pareció compenetrada con la arriesgada vida de sus hijos, porque entonces la Falange era un verdadero riesgo. Allí estaba Laly, la hermana mayor, y uno de los puntales después, por su inteligencia y equilibrio, de la Sección Femenina, y Tina (Cristina), la más joven de todos, que ya tomaba parte en las primicias de la organización. No recuerdo si había alguien más. ¡Han pasado tanto tiempo y tantas cosas!

Hablamos, merendamos y, lo que viene al caso, les dijimos que les íbamos a enseñar el «Cara al Sol», y con mejor intención que dotes musicales cantamos y cantamos para que lo aprendieran, porque el «Cara al Sol», con su música y su letra, venía como a completar nuestro ímpetu de revolución.

No hay ansia revolucionaria verdadera que no produzca su música: la Marsellesa, la Internacional. Por eso la Falange, que caló en el pueblo por su razón histórica y popular, trajo también la suya, y hasta hoy, cuando España quiere demostrar su ilusión o su rabia, es lo único que canta.

Más tarde, ya anochecido, salimos a dar una vuelta por Segovia, la maravilla de Segovia, y recuerdo cómo, debajo de un farol, en la plaza de la Catedral, seguimos hablando del inagotable tema, que llenaba toda nuestra juventud: la Falange; Dionisio, ya poeta, nos hacía revivir sobre palabras de José Antonio la magnitud de la España que nacía o que, al menos nosotros, creíamos así, y, por supuesto, lo deseábamos con alma y vida en la unidad de sus tierras y en la justicia de pan para todos los hombres.

Volvimos a Madrid, pero allí ya quedó para siempre el «Cara al Sol» entre las piedras del Acueducto.

Otras visitas hicimos a Toledo y provincias cercanas; poco a poco nuestra Sección Femenina iba tomando forma, y también en las provincias empezaron a detener a las falangistas: Rosario Pereda, en Valladolid; Angelita Ridruejo, en Segovia; María Azancot, en Sevilla, y Manuela Castro, en Galicia.

Entretanto, y para servir también a la Falange, Inés, Lola y yo nos hicimos enfermeras en la Facultad de San Carlos. Inés y yo nos examinamos con el doctor Jiménez Díaz, y tengo el orgullo de que me dio sobresaliente. Eso fue, para mí, un estímulo muy importante, por la categoría del profesor que nos había examinado. Me había ayudado a prepararme Fernando, mi hermano, médico ya y ayudante del doctor Marañón.

El tiempo pasaba y llegamos a 1936. La situación era cada vez más difícil e insostenible; ya no teníamos centros para reunirnos y nos transmitíamos las consignas recibidas en el Museo del Prado. El arsenal de camisas azules, brazaletes que las camaradas habían cosido en secreto, lo ocultábamos en nuestras casas, y aparecieron triunfantes en aquellas provincias donde ganó el Movimiento; en las otras hubo que esconderlo con gran peligro, y en muchos casos, quemarlas. En este ambiente de persecución llegaron las elecciones, en las que dos enormes bloques llenos de posibilidades y de dinero —el Frente Popular y la CEDA— se

enfrentaban a la Falange, plena de posibilidades humanas pero carente de fondos económicos. En una ocasión en que hizo falta dinero para pagar unos carteles electorales, en Madrid, hubo que recurrir, incluso, a 19 pesetas con cincuenta céntimos que habíamos recaudado la Sección Femenina para el socorro de presos. Tal era la penuria de la Falange frente a los millones manejados por los otros partidos. Y, claro, entre eso, la minoría de edad de casi todos los falangistas, sin derecho a voto, y las intrigas gubernamentales, la Falange perdió las elecciones. Sobre todo tuvo el Gobierno un enorme empeño en que José Antonio, que se presentaba por Cuenca, no saliera para que perdiera así la inmunidad parlamentaria que había tenido anteriormente y poderle detener. Y, en efecto, así fue. Cuenca votó casi unánimemente a José Antonio, pero los enjuagues que allí se hicieron, anulando una primera elección en la que ganó José Antonio, las actas que se perdieron o falsificaron, y toda clase de chanchullos, dieron el triunfo al candidato contrario. De todo esto fue testigo mi hermano Miguel, que ayudó enormemente en las elecciones de Cuenca. Una pequeña anécdota, con motivo de las elecciones, que demuestra, a pesar de todo, el buen humor de la Falange. La CEDA había instalado en la Puerta del Sol, encima de la confitería La Mallorquina, un enorme cartel con la efigie de Gil Robles señalando hacia abajo, ante una inmensa multitud, con la frase parodiando al cardenal Cisneros de «estos son mis poderes». Lo que hacía decir a los falangistas que sus poderes eran solamente los pasteles de La Mallorquina.

En casa ese año tuvimos cientos de registros que tía Ma aguantaba con todo estoicismo, sentada y leyendo un periódico para disimular, porque sabía ella, como sabíamos los demás, que detrás del piano había una trampa llena de propaganda, de fichas y muchas más cosas. Recuerdo que uno de los policías que, con otros, era enviado a estos registros había conocido a mi padre e incluso había estado con él, y cuando llegaba se sentaba en el vestíbulo y decía: «Yo en esta casa no puedo registrar», y allí se estaba hasta que sus compañeros terminaban. Más adelante, en uno de estos registros, el 27 de abril de 1936, según dijo la Policía, habían aparecido en casa dos pistolas, pistolas que ninguno habíamos visto en nuestra vida y que hasta quién sabe si fueron puestas allí exprofeso para tener pretexto de

procesar a José Antonio, detenido ya en la cárcel Modelo, de Madrid, de orden gubernamental, por supuesto delito de asociación ilegal, desde marzo, aun en contra del fallo favorable a la Falange emitido por el Supremo, declarando el Movimiento legal y confirmando así una resolución de la Audiencia de Madrid. Desde la cárcel seguía José Antonio dirigiendo la Falange con enlaces de fuera, entre ellos la Sección Femenina, cuya vida se hacía también cada vez más difícil.

Además de las detenidas, yo estaba amenazada de muerte por la represalia contra un grupo de «Chíbiris» en la que había muerto Juanita Rico. Dieron en decir que en el grupo que atacó a los «Chíbiris» iba una mujer y que esa mujer era yo. Era mentira, y muy gorda, porque la Sección Femenina jamás intervino en las luchas callejeras; eran demasiado hombres los hombres de la Falange para meternos a nosotras en estos menesteres. Yo, por mi parte, he sido incapaz en mi vida de manejar un arma, pero corrió la especie y aún sigue corriendo. «Calumnia, que algo queda».

Las cosas habían sucedido así: los rojos tenían unas organizaciones a las que llamaban «Chíbiris», que iban los domingos al campo, y un domingo en que habían ido de excursión a El Pardo se encontraron con unos falangistas que también pasaban el domingo allí. Cuando los «Chíbiris» vieron el pequeño grupo de falangistas los atacaron violentamente, porque no quisieron cantar con ellos la Internacional; por el contrario, valientemente, les hicieron cara, pero cogieron a uno de ellos, Juan Cuéllar, de 18 años, y lo mataron destrozándole la cabeza con una piedra. Falange entonces se decidió a hacer un escarmiento para castigar el hecho, y a la tarde de ese mismo día, cuando los socialistas volvían de su excursión, salieron a pelearse con ellos, y en la calle de Eloy Gonzalo murió Juanita Rico, y hubo, además, dos o tres heridos. A resultas del suceso salimos amenazados en el *Mundo Obrero* el camarada Ruiz Gallardón, por sobrenombre «el Cejas», y yo, hasta el punto de que José Antonio —ya en la cárcel, como antes he dicho— me ordenó: «Vete de casa, porque a ti te matan»; y eso fue lo que me salvó, porque como entonces no me conocían como ahora, deambulando por Madrid, refugiada primero en casa de mi hermano Fernando, después en la de mis primos los González Valerio —ella Carmen Sáenz de Heredia— puede ir esquivando el bulto. Ruiz Gallardón fue

asesinado posteriormente, como lo fue también Julio González Valerio, en cuya casa me refugié.

Tengo que agradecer a Calvo Sotelo, que había sido ministro con mi padre, la defensa que hizo de mí en el Parlamento cuando se me atacó allí por la muerte de Juanita Rico. Pero no quedó todo en esto, sino que aun durante la guerra civil se llegaron a poner en algunas calles pasquines con mi retrato y el de Ruiz Gallardón para que se nos detuviera.

El 5 de junio del 36 José Antonio y Miguel que estaban en la Modelo, fueron trasladados a Alicante, y a Alicante se marcharon, para acompañarles en su prisión, tía Ma, Margot, la mujer de Miguel, y Carmen; yo, por deseo de José Antonio, permanecí en Madrid. Fueron enlaces de José Antonio entre la cárcel y los de fuera los diputados Conde de Mayalde, Rafael Garcerán, Fermín Daza (asesinado luego, como ya se ha dicho), Sarrión. Ruiz Valdepeñas. Antonio Bermúdez Cañete (asesinado también) y Serrano Suñer, en cuyo domicilio se había celebrado, el 12 de marzo, una entrevista de José Antonio con el General Franco, al que, ya en el 34, le escribe una larga carta sobre los males de España en aquellos momentos, lo que prueba la esperanza que en él concebía (libro «Presente», Prensa y Propaganda, 1942). También tía Ma, Margot y Carmen servían de enlaces entre los pueblos de Alicante, y un día fueron perseguidas, a tiros, por la carretera, portadoras de un mensaje de José Antonio, a un pueblo cercano. José Antonio tomó contacto también desde la cárcel con los tradicionalistas, con el general Mola y el teniente coronel Yagüe, y encargó de la dirección de la Falange a nuestro hermano Fernando, quien, con una serenidad una inteligencia en él consustanciales, manejó todos los hilos del difícil Movimiento, hasta ser detenido también, el 12 de julio. En la madrugada del 12 al 13 fue asesinado Calvo Sotelo por los Guardias de Asalto, servidores del Gobierno.

El 17 de julio, en la última comunicación seminormal por el rastrillo de la cárcel de Alicante, la camarada Llanitos Marcos, de la Sección Femenina, informa a José Antonio que ha estallado una sublevación militar en Marruecos. Ya antes, el día 15, José Antonio, a través del Conde de Mayalde, portavoz de un mensaje para Mola, ratifica su decisión de ir al Alzamiento junto con el Ejército. Y ese mismo día, por medio del camarada

Sarrión, asesinado después, cursa instrucciones a los enlaces militares Álvarez-Rementería y comandante Fernández. El 17 se dio a conocer su último manifiesto incitando a los españoles a la revolución nacional.

Tanto en el pensamiento de José Antonio como en el de Fernando el Alzamiento llegó demasiado pronto a una Falange que, por tan perseguida, no había podido colocar sus peones, aun reconociendo todos que en aquellas circunstancias el Alzamiento del 18 de Julio era absolutamente imprescindible.

CAPÍTULO VI

EL 18 DE JULIO

Así, yendo de un lado para otro, el levantamiento nacional me cogió en casa del camarada Martínez Hoyuelos (más tarde asesinado por los rojos), en donde me había refugiado con mi tía Marichu, viuda de Fernando primo de Rivera, mis dos primas, Inés y Lola, y Dora Maqueda. Este camarada vivía en la plaza de España, frente al Cuartel de la Montaña, y desde su casa vimos el sitio del cuartel y el asalto que siguió a la entrada en él de los rojos, con las consabidas muertes de soldados y falangistas que allí se habían metido para hacer la resistencia sobre Madrid: Jaime Aznar, Sarrión, Vicente Gaceo y muchos más de nuestros camaradas.

Había, sin embargo, entre nosotros un gran optimismo, en la certeza de que todo terminaría rápidamente y que Franco entraría en Madrid como Santiago, en un caballo blanco, el 25 de julio, que era su fiesta. Eso creíamos nosotros, y miles de madrileños que, encerrados en sus casas, esperaban que se abriesen las cárceles y salieran todos los presos unidos a la Guardia Civil, que, según se decía, estaba también de nuestro lado. Nosotras nos quisimos preparar reuniendo camisas azules para ir a aclamar a las tropas cuando entrasen en Madrid. Yo, que había aprendido corte, me ofrecí a hacer una camisa al camarada que nos albergaba, convencida de que iba a salir una obra de arte, y… el resultado fue una especie de blusón de lechero, lleno de vuelos, en el cual cabían tres como él.

Nuestra esperanza comenzó a tambalearse cuando empezamos a ver camiones de guardias que, forzados por la situación, pasaban bajo los balcones saludando con el puño cerrado, y todavía se vino más abajo cuando pasó Santiago y Madrid no se rendía. Entonces comprendimos que la cosa no debía ser tan fácil, pero, en fin, pensábamos, sería la Virgen de

agosto la que nos traería el día feliz. Mas llegó la Virgen y pasó la Virgen y los rojos continuaban en Madrid, y el Alcázar de Toledo, donde desde el primer día se había atrincherado el coronel Moscardó con el Ejército, numerosos Guardias Civiles, falangistas, requetés y voluntarios, seguía resistiendo, y Prieto, cada vez más envalentonado, creía ya jugar con el triunfo en su mano. Mientras tanto, y a pesar de todo, la Sección Femenina no perdía el tiempo. En agosto de 1936, María Paz Unciti y un reducido número de camaradas habían puesto los cimientos de lo que, pasado el tiempo, sería el «Auxilio Azul». Su principal labor era buscar alojamiento en embajadas y casas particulares a buen número de personas cuya vida corría grave riesgo por su significación falangista o simplemente de derechas.

Durante bastante tiempo prosiguieron esta labor con eficacia, y la necesidad de proporcionar alimentos a alguna de estas personas escondidas les obligó a buscar fondos con gran urgencia.

Con dinero se conseguía comida, se obtenía la complicidad de algunas personas, se facilitaban documentos falsos, se salvaban vidas…

La obra había ido ampliándose hasta que, en noviembre de 1936, se produjo un derrumbamiento de esta labor.

María Paz fue asesinada por los rojos a los 18 años de edad. Cayó en acto de servicio, ya que fue sorprendida cuando buscaba refugio para un camarada.

Pero pasados los primeros momentos de desconcierto se continuó la tarea bajo el mando de Carina Unciti, hermana de María Paz. Aumentó el número de colaboradores, aumentaron las recaudaciones, todo dentro de la más rigurosa clandestinidad, para evitar nuevos peligros y nuevas víctimas.

Madrid, Barcelona, Valencia y Alicante eran los sitios donde se desenvolvía de una manera más destacada la actuación de la Sección Femenina en la España roja.

Las persecuciones sufridas hasta entonces se reducían a nada si se comparan con las desencadenadas en aquellos momentos, pero, sin embargo, las pocas afiliadas con que contaba la Falange en cada provincia cautiva fueron suficientes para dar razón de su presencia y ser, como siempre, ayuda de los camaradas. España había quedado partida en dos

zonas, en cada una de las cuales dominaba una idea, pero los falangistas, tanto en una como en otra, siguieron portándose como tales.

En la zona roja ya lo de menos era ir a la cárcel; allí cualquier servicio o sospecha de servicio era castigado con la muerte, y muchas veces con la tortura de una checa, porque esta parte de tierra perdida para España estaba dominada por las ideas y los procedimientos traídos de Rusia.

Al principio del Movimiento las camaradas que llevaban la organización de la Sección Femenina estaban más o menos dispersas, y los puntos de contacto, absolutamente rotos por el rotundo triunfo de los rojos en Madrid. Así, en los primeros días hubo un poco de desconexión en la actuación de la Sección Femenina, pero siempre, y aunque fuera aisladamente, se daba asistencia a los camaradas, noticias bajo cuerda de los falangistas que caían, y se seguían cosiendo y bordando las camisas en los escondites para entregarlas en el momento del triunfo, cuando salieran de la cárcel, donde estaban la mayoría de ellos. De vez en cuando, de escondrijo en escondrijo, una voz por teléfono comunicaba que habían matado a tal o cual camarada. Un día Perico Pombo, más tarde Fernando y Federico Primo de Rivera y Cobo de Guzmán, José María Arriaga, Rafael Aznar, José y Fernando Serrano Suñer, y así todos los días. Los Laguna, que murieron cuatro, Canalejo, jefe de La Coruña; Gerardo González Sampedro, los García Noblejas, Barroso, Luis Aguilar y todos los que habíamos estado viendo durante los días de los tres años más difíciles y dramáticos pero más esperanzadores de nuestra vida.

Sin embargo, presentíamos que algún día triunfaríamos, aunque esta seguridad sólo se basaba en que la mano de Dios está sobre todas las cosas, porque la realidad no podía ser más dura.

Como los registros eran continuos, no podíamos quedarnos mucho tiempo en ningún sitio, y así comenzamos a ir peregrinando de pensión en pensión. Naturalmente, llevábamos documentación falsa que nos habían proporcionado Rafael Aznar, Fermín Daza y otros camaradas, enlaces entre los escondidos, y los que aún se defendían libres, hasta que poco a poco los fueron matando a todos.

Uno de nuestros refugios fue la casa del arquitecto Solana, persona extraordinaria, aunque de ideas distintas a las nuestras, pero que al ver el

cariz que tomaban los acontecimientos se dedicó a ayudar a los que estaban perseguidos, entre ellos a nosotras, metiéndonos en su casa sin pensar en lo que esto podía comprometerle, como así fue, porque, enterados por fin los rojos de sus manejos para salvar gente, lo asesinaron a él también.

Estando en esta casa me enteré del asesinato de mi hermano Fernando en la cárcel Modelo, el 23 de agosto. Cosa verdaderamente increíble, aquella noche yo veía entre sueños que a Fernando le pasaba algo, así como que le perseguían, y, al despertar, se lo conté a las que estaban conmigo: ¡Mira que sueñas cosas raras! «Toda la noche he estado viendo a Fernando en peligro, cuando yo creo que están en más peligro los de Alicante (en Alicante estaban en la cárcel José Antonio, Miguel, tía Ma, Carmen y Margot, la mujer de Miguel; éstas habían sido detenidas el 1 de agosto y encerradas en el reformatorio de adultos). Porque a los de la cárcel Modelo no se atreverán a tocarlos, pensaba yo, aunque sólo sea por cubrir el expediente con el exterior». Sin embargo, poco después llegó a vernos la camarada Zaracondegui, y nos contó que la víspera por la noche habían asaltado la cárcel Modelo y que había habido muertos. Le pedimos que por favor intentase tener más detalles. Volvió por la noche con la noticia de que Fernando había sido asesinado, junto con Julio Ruiz de Alda, Martínez de Velasco, Melquíades Álvarez, Rico Avello y muchos más.

Fernando, de quien ya he hablado varias veces explicando su carácter, era, además, inteligente, valeroso, brillante, religioso y muy entero. Fue asesinado sin juicio ni formación de causa, pero no sin dejar antes constancia de su temperamento, al encararse con quienes venían a fusilarle, y que, en un alarde de chabacanería, pretendieron pegarle, tirando por alto unos trabajos de medicina que en aquellos momentos escribía: «A mí podréis matarme si queréis —les dijo—, pero no consiento a ninguno que me ponga un dedo encima». E invocando a Dios y pensando en España, en la Falange, en su mujer y en sus hijos, murió este hombre excepcional a los 27 años de edad.

Había sido número uno en la Academia de Caballería cuando decidió ser militar, número uno cuando se pasó a Aviación y número uno en Medicina, profesión por la que cambió la carrera militar, para no compartir el régimen que siguió a la Dictadura, y al que, por ser militar, estaba sujeto,

y decidió hacerse médico. Fernando no dejó, pues, que quede claro, la carrera militar sólo por la ley de Azaña.

También desde casa de Solana, por una radio clandestina, nos enteramos de la muerte de Onésimo Redondo y de su entierro en Valladolid. Nos parecía mentira en aquel Madrid rojo oír el «Cara al Sol» y los gritos de «Arriba España» que acompañaban el paso del cadáver del que había sido el jefe de las Falanges de Castilla.

Después de unos días en la Embajada argentina, a donde fui conducida por José María Jardón, medio español, medio argentino, gracias a cuyos buenos oficios, y a las Embajadas de Argentina y Alemania, logré salir de Madrid como argentina, casada con un alemán y con pasaporte de esta última nacionalidad. Me llevó a la estación y vino conmigo en el tren hasta Alicante José María Jardón, extraordinaria persona, a quien nunca agradeceré bastante su interés. Yo, la verdad, sin ningún alarde de valentía, iba en el tren tan tranquila y durmiendo, a pesar de los controles rojos que continuamente pasaban por los vagones. Jardón estaba atónito de mi serenidad, que no tenía ningún mérito, porque llega un momento en la vida en que lo mismo te da todo. Acababan de matar a Fernando; el resto de mi familia, incluida tía Ma, estaba en la cárcel y no sabía lo que podía pasarles… ¿Para qué quería yo seguir viviendo sin ninguno de ellos? Indudablemente, el no temer a la muerte ayuda a preservar la vida, por aquello de que «la muerte menos temida da más vida».

Al pasar por Alicante no pude ir a ver a José Antonio ni a Miguel, porque no podía comprometer a las Embajadas alemana y argentina, que me habían proporcionado el pasaporte, ni a José María Jardón, que se había responsabilizado de mí en el viaje. Embarqué en un barco de guerra alemán, el «Graf Spee», que vigilaba, a lo largo de las costas españolas, y a los pocos días aparecieron también en el barco mi prima Lola y mi cuñada Rosario, la viuda de Fernando, con los dos niños que tenía, Miguel y Rosario, y ella a punto de dar a luz.

En el barco nos trataron con toda consideración, y seguimos en comunicación con los marinos del «Graf Spee» hasta su hundimiento posterior en la guerra del 40. Un día mi cuñada Rosario creyó que iba a nacer el niño, y, avisado el médico de a bordo, comentó con algo de

preocupación: «Esto no ha pasado nunca en un barco de guerra». Menos mal que todo quedó en una falsa alarma.

Por agradecer en algo lo que hacían con nosotras, yo repasaba la ropa de los marinos y así les aliviaba e ellos en esos menesteres, más propios de mujer.

Después de quince o veinte días de navegación, nos desembarcaron en Sevilla y allí fuimos a vivir a una casa que tenían los Urquijo.

Un momento del acto: habla García Valdecasas. En la mesa (primero de la izquierda), José Antonio. En el extremo de la derecha borrosamente se aprecia la figura de Julio Ruiz de Alda

Otra vista del teatro. El acto causó conmoción, fue retransmitido por radio y, aunque desilusionó a la derecha reaccionaria, entusiasmó a la juventud.

Grupo de asistentes a la comida que siguió al mitin. Al fondo se ve a José Antonio, García Valdecasas, Ruiz de Alda y Rafael Sánchez Mazas, entre otros

José Antonio en su escaño de diputado. Pronto destacaría en el Parlamento por su verbo cálido y el rigor intelectual de sus discursos

José Antonio instantes antes de participar en un mitin en Arcos de la Frontera, en plena campaña electoral. Le acompañan, a su derecha, Paco Andes, marqués de la Eliseda. A su izquierda, José Cuevas, José María Pemán y García Atance

La concentración falangista en el aeródromo de Estremera conmocionó a la opinión pública y a las autoridades republicanas en pleno estado de excepción. El periódico Luz publicó -escrito por Juan Aparicio- un extenso reportaje. Arriba, José Antonio arengando a las centurias.

La Guardia Civil levanta su atestado.

vista de las formaciones

José Montero Alonso fue otro de los jóvenes y ya famosos periodistas madrileños que entrevistaron a José Antonio, con quien le vemos aquí junto a Julio Ruiz de Alda, en el despacho oficial de Falange

El camino hacia la fusión de Falange Española y las JONS era lógico e inevitable. El entendimiento entre José Antonio y Ramiro Ledesma Ramos, también; pese a las posteriores reticencias que ciertos sectores alentaron interesadamente. En la foto, los dos dirigentes, mano a mano, cuando ya FE y las JONS eran un solo movimiento político

Los años 1934 y 1935 supusieron un esfuerzo organizativo para la naciente Falange. En la foto superior, el fundador en la inauguración del local falangista en Jerez de la Frontera (Cádiz)

José Antonio durante su intervención en un mitin falangista en el teatro Eslava, de Jerez de la Frontera. En la presidencia, Sancho Dávila, y, junto a él, el jefe territorial, Joaquín Bernal

El 4 de marzo de 1934 se celebró en el teatro Calderón, de Valladolid, el acto público que anunciaba la fusión de Falange Española con las JONS. En la foto superior, una vista del escenario durante la intervención de Ruiz de Alda. A su lado, en la mesa, esperan su turno como oradores Onésimo Redondo, José Antonio y Ramiro

Reunión de José Antonio, Ramiro Ledesma y Julio Ruiz de Alda, en casa del primero. Las JONS aportaron a la Falange un bien templado nervio revolucionario

Acto de FE y JONS, con la presencia de Ruiz de Alda, Ledesma Ramos y José Antonio Primo de Rivera. Junto a Julio Ruiz de Alda, José María Alfaro

Reunión de la Junta Política de FE de las JONS, en Madrid. De izquierda a derecha, Alejandro Salazar, Raimundo Fernández Cuesta, José Antonio, Julio Ruiz de Alda, Manuel Valdés y, sentados, de espaldas, Andrés de la Cuerda, Agustín Aznar y Manuel Mateo

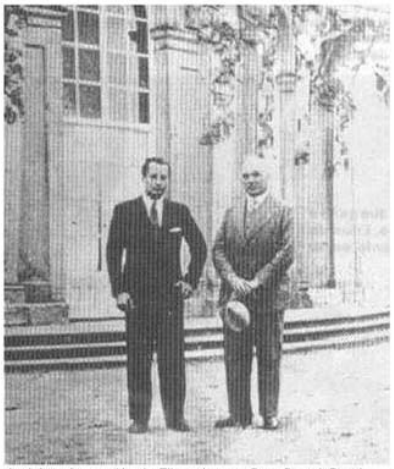
José Antonio, ya jefe nacional tras la Junta Política de octubre de 1934, pasa revista a la Falange de Peñafiel (Valladolid) y su primera línea.

Le acompañan Luis Aguilar, Gracia y Corujedo, quien aparece en primer plano en la foto

En 1935, José Antonio habla de nuevo en Valladolid. A su derecha, Rosario Pereda, y a su izquierda, Manuel Hedilla Larrey, que un año y pico más tarde asumiría la jefatura de la Junta Provisional de Mando, ya en plena guerra civil

El acto de Mota del Cuervo fue un aldabonazo importante que ganó a gran parte de la provincia de Cuenca para la Falange.

Eduardo Ródenas durante su discurso. A la derecha, José Antonio en su intervención



Testimonio gráfico de la actividad de José Antonio, durante su discurso en Peñafiel. Junto a él, Luis Aguilar.

José Antonio con el barón Elbreechen, en Sans Soussi, Postdam, durante su visita a Alemania en mayo de 1934

José Antonio durante un discurso

El 7 de octubre de 1934, entre el asombro y el temor de un Madrid sometido al paqueo de las milicias socialistas, medio millar de falangistas iniciaron una manifestación por la unidad de España. Pronto arrastró a una gran multitud enardecida.

La multitud ante el edificio de Gobernación reclama la presenció del presidente del Gobierno, Alejandro Lerroux. José Antonio, a quien se distingue encaramado en la tapia de la izquierda, dirigió un vibrante discurso recordando el aniversario de la Batalla de Lepanto y la unidad de España

Encabezaba José Antonio, recién elegido jefe nacional de FE de las JONS. En las fotos, junto a él, se distinguen: Gaceo, Ruiz de Alda, Valdés, Bassas -que llevaba la pancarta-, Ramiro, Alfaro, Fernández Cuesta y Jesús Suevos

En 1935, la Junta Nacional de FE de las JONS se reunió en el Parador de Turismo de Gredos. Arriba, José Antonio rodeado de los asistentes a la reunión en la que se llamó después «peña histórica».

Arriba, la manifestación al desembocar en la Puerta del Sol.

En diálogo con Ruiz de Alda, Francisco Bravo y Onésimo Redondo

José Antonio, en su discurso del 17 de noviembre de 1935, en el cine Madrid, con motivo de la clausura del II Consejo Nacional. En la foto se ven, de izquierda a derecha, Manuel Hedilla, Onésimo Redondo y Manuel Mateo. Una larga lista de Caídos jalona el telón defondo

El cine Madrid había sido escenario, también, del mitin del 19 de mayo que congregó a diez mil falangistas de toda España. En la foto, José Antonio transita -su imagen aparece borrosa- por el pasillo central camino del escenario. Un bosque de brazos en alto saluda a su paso

Otro aspecto del mitin de mayo de 1935.J osé Antonio pronunció un importante discurso en el que perfiló la doctrina revolucionaria de FE de las JONS. En la foto se vea Agustín Aznar, al frente de los jóvenes de Primera Línea. En la presidencia se distinguen, de izquierda a derecha, Valdés, Onésimo, Ruiz de Alda, José Antonio, Sánchez Mazas, Raimundo, Salazar y Giménez Caballero

El año 1935 fue decisivo para la elaboración doctrinal de José Antonio, quien aparece en la foto de abajo durante su conferencia en el Círculo de la Unión Mercantil, bajo el título «Ante una encrucijada en la historia política y económica del mundo», que causó una honda impresión

Constitución del SEU en Valladolid. Arriba, José Antonio, junto a Ruiz de Alda y Valdés, presiden la reunión.

Entre los seuistas se reconoce a David Jato, Diego Salas Pombo, Alejandro Salazar, Vicente Gaceo, Ródenas, Mercedes Fórmica, Justina Rodríguez de Viguri y Narciso Perales

El 11 de abril de 1935, José Antonio presidió en Madrid el I Consejo Nacional del SEU. El sindicato universitario fue calificado de «gracia y levadura de la Falange». En torno al jefe nacional de FE de las JONS se distinguen Fernández Canepa, Carlos Ruiz de la Fuente, Salas Pombo, Víctor Fragoso del Toro, Mercedes Fórmica, Salazar, Justina Rodríguez de Viguri, Goya, Aguilar, Agustín Aznar y Vicente Gaceo

En diciembre de 1935, José Antonio pronunció un importante discurso en el frontón Betis, de la capital sevillana. Fue una declaración de posturas ante el asedio de la derecha y de la izquierda, frente a las presiones de una y otra. Junto a José Antonio se ve a Ruiz de Alda y a Fernández Cuesta

La historia de la naciente Falange fue un continuado rosario de martirologio, en el que los mejores jóvenes caían asesinados por los grupos socialistas. Vender el semanario « FE» suponía riesgo de muerte. Arriba, José Antonio, tras el entierro de Juan Cuéllar.

CAPÍTULO VII

LA ZONA NACIONAL - SALAMANCA

En Sevilla, y a poco de llegar, nació una niña de la que yo fui madrina, y a la que, en recuerdo de su padre muerto, se le puso por nombre María Fernanda. Las niñas con nombre de varón en femenino, las Fernandas, las Alfonsas, las Leopoldinas, fueron las hijas nacidas después de los asesinatos de sus padres.

Dora y yo, en Madrid, nos habíamos teñido el pelo de rubio con la esperanza de desfigurarnos y que así no nos conocieran. Pero cuál fue mi sorpresa cuando, a los dos o tres días de llegar a Sevilla, encontré por la calle a la Marquesa de Valencina, amiga de siempre, que se precipitó en mis brazos con grandes aspavientos de alegría al verme a salvo. Ante mi extrañeza por ser reconocida tan pronto, me dijo con gran naturalidad: «Si estás igual». Así que el disfraz no me hubiera servido de nada.

En seguida me puse en contacto con las camaradas de Sevilla: Syra Manteola, Amelia Medina, Mercedes Fórmica, Carmen Azancot, que era la que ejercía de jefe, y envié una circular a las provincias liberadas.

Como el Cuartel General estaba en Salamanca, en cuanto pudimos, allí nos trasladamos Lola, mi prima, novia de Agustín Aznar, y yo. Nos instalamos en un pisito de la plazuela de San Julián, 16. El día que llegamos hacía un frío tan grande que no pudimos dormir en toda la noche, y, en un rasgo de despilfarro, decidimos gastar el último dinero que nos quedaba en comprarnos unas mantas.

Para ayudarnos en la casa habíamos encontrado una mujer llamada Pura, que se ocupaba de todo y nos hacía la comida, entre otros guisos unas maravillosas patatas, cuya receta aún subsiste en la familia con el nombre de «las patatas de Pura». Más tarde, al salir de la cárcel, llegaron también a

ese piso tía Ma y mi hermana Carmen, que habían vivido toda la tragedia del fusilamiento de José Antonio. Carmen traía el crucifijo que él tuvo entre sus manos para morir, recuerdo inapreciable, que hoy guardan sus hijos como una reliquia, y más adelante escribió un emocionante artículo en la revista «*Y*» sobre los últimos momentos de José Antonio y la despedida que con tía Ma, Margot y ella tuvo antes del fusilamiento, que se transcribe en el capítulo IX.

Este piso de la plazuela de San Julián, con su acogedora camilla, se convierte pronto en un centro de la Falange. La Falange oficial estaba montada en el colegio Trilingüe de la Universidad, y allí estaba también la oficina de la Sección Femenina, pero en la plazuela se reunía lo más granado de la Falange, hombres y mujeres, desde Girón, que estaba en el frente y cuando venía acudía a la plazuela para ver si podíamos darle ropa y algo de ayuda para los combatientes, y ni que decir tiene que siempre se conseguía poder darle algo, hasta Agustín Aznar, que había estado preso en Vitoria, y después, ya libre, se trasladó a Salamanca para intentar la liberación de José Antonio con aquiescencia del Caudillo, que le había dado el dinero necesario para la operación. Por eso no es verdad todo lo que se dice de que el Caudillo no tuvo interés en liberar a José Antonio. Agustín llegó con ese dinero hasta Alicante, con la idea, de acuerdo con el cónsul alemán Von Noblock, y muy ayudado por las camaradas de Alicante Carmen y Matilde Pérez, de sacar de la cárcel a José Antonio mediante soborno y embarcarlo en un barco alemán que ya esperaba, pero fue descubierto y hubo que abandonar la operación. El relato de esta odisea figura en la revista *Historia 16*, de 1 de mayo de 1976, firmado por el historiador Ángel Viñas, y, sobre todo, lo confirma el propio testimonio de Agustín Aznar. Según éste, Franco hizo una gestión directa con el almirante jefe de la flota alemana del Mediterráneo para que fuera puesto a disposición de los falangistas mandados por Agustín Aznar, que iban a realizar la operación, el cazatorpederos «Iltis» y un millón de pesetas que por orden suya les proporcionó Queipo de Llano. Entre ellos figuraba mi primo Miguel.

Pero al llegar a Alicante el consejero de la Embajada alemana no les dejó desembarcar. Sólo pudo bajar Agustín, de acuerdo con el cónsul Von

Noblock, para tratar con soborno de sacar a José Antonio, pero fue descubierto y hubo de abandonar la operación.

Al volver de Alicante, Agustín comunicó a Franco el resultado del intento y le propuso un nuevo proyecto de liberación mediante la concentración en Sevilla de sesenta o setenta falangistas; se intentaría un nuevo asalto a Alicante, después de un bombardeo del «Canarias». El Caudillo llamó a Martín Moreno, jefe del Estado Mayor, para planearlo. Pero entre trámites y unas cosas y otras pasaron los días y se enteraron los rojos, por lo que, ante el temor de que mataran a José Antonio, hubo que desistir también del empeño.

Asimismo algunas personalidades intentaron gestiones diplomáticas para sacar a José Antonio de la cárcel, entre ellos Eugenio Montes, por medio del Conde de Romanones, en comunicación con el Gobierno de París. Hizo, asimismo, una gestión la Princesa Bibesco con Azaña, quien le contestó de la siguiente y sorprendente manera: «Que sentía muchísimo la situación de José Antonio Primo de Rivera, por quien no podía interceder, pues él también era un prisionero». A tal desorden e incontrol habían llegado las cosas. Esta misma Bibesco, inglesa de nacimiento, casada con rumano, recurrió al Foreing Office, que no se dignó ni contestar. También parece que trataron de salvarlo, con gestiones en la Corte inglesa, el Rey Alfonso XIII; Sánchez Román, Miguel Maura y Santiago Alba.

Otro intento se proyectó por los falangistas concentrados en Sevilla, donde también intervino Agustín Aznar, pero, igualmente, hubo que renunciar a él.

Acudían a la plazuela también Luis González Vicen, Pedraza, mi primo Miguel, Antonio Navas, simpático como nadie, Dionisio Ridruejo…

A Dionisio yo le conocía ya desde que habíamos ido a Segovia, y en Salamanca nos ayudó en todo desde el primer momento, como asesor, camarada y amigo, en nuestra reciente organización. Yo confiaba en su inteligencia, en su fidelidad a José Antonio y en su buen criterio, tan limpio siempre de ambigüedades; Dionisio fue un gran amigo hasta el final. Cuando las ideas en que él creía le parecieron mistificadas, se apartó de la vida política en momentos que para él fueron muy difíciles, y le supusieron destierro y cárcel, pero su amistad se mantuvo hasta el fin; así, en Navidad

de 1939, pudo ponerme como dedicatoria, en su libro «Primer libro de amor»; «A Pilar, primera entre nosotros. Por todo lo que recordamos y esperamos juntos, en la Falange y en la amistad. Fervorosamente, con mi cariño —Dionisio—. Navidades de 1939, en Madrid». En 1948, ya vividas muchas vicisitudes y angustias, me escribía también, al dedicarme su libro de «Elegías»; «A Pilar Primo de Rivera estos cantos de nuestra melancolía que no eximen nuestra esperanza. Con la amistad fiel de Dionisio —Alella —, agosto, 1948». Por supuesto, conservo todos sus libros y muchas cartas suyas, y le visité en Ronda cuando estuvo desterrado. La actitud de Dionisio fue siempre sincera, no como la de otros, que ocuparon altos cargos en el Régimen de Franco y sólo después de la muerte del Caudillo han manifestado su disconformidad con aquel sistema y su insuperable amor a la democracia.

En Salamanca conocí también más a fondo a Ramón Serrano Suñer. Yo sabía que era amigo de José Antonio, que habían estudiado juntos en la Universidad y que estaba casado con una cuñada de Franco (Zita), persona encantadora, pero donde realmente le aprecié, y ya para siempre, fue en Salamanca. Para mí fue un descubrimiento por su inteligencia y por su fidelidad a la amistad con José Antonio, aunque no del todo a su política. Esto hizo que desde el primer momento nos apoyáramos en él, quizá con alguna reserva, y pienso que también él confiaba en nosotros, posiblemente, asimismo, con alguna reserva. Era un hombre brillante que quería servir a España y al Caudillo, en estos momentos entregado sobre todo a la guerra, pero sin abandonar por ello, porque eso no lo hizo nunca Franco, los problemas nacionales. Los falangistas en general recelaban un poco de Serrano, porque antes del Movimiento había pertenecido a la CEDA. En estos momentos era casi omnipotente por el lugar que ocupaba. Se le llamaba, por esta razón, «el Cuñadísimo», pero su gestión fue muy importante, y siempre, como antes decía, con el deseo de servir a España y también a la Falange. Para mí, uno de los hombres más sinceros e importantes que he conocido, quien siempre me inspiró confianza, y yo creo que él también se fiaba de mí. Fue, en cuanto a política exterior, muy amigo del Conde Ciano, yerno de Mussolini, y orientó, al menos en formas exteriores, al Movimiento en un estilo fascista, lo que no nos beneficiaba

para nada esclarecer nuestra postura, aparte de la admiración que todos sentíamos por Mussolini y que José Antonio fue el primero en manifestar. Yo me enorgullezco de tener un retrato del Duce con la siguiente dedicatoria: «A la Sig. Pilar Primo de Rivera. Arriba España. Mussolini. Roma, 11 XheXVII 1938».

¡Qué hallazgo fue para mí Salamanca! Antes de la guerra no la había visitado apenas, fui, eso sí, en un viaje con mi padre, pero el vivir allí fue como un regalo de Dios. Se entienden tantas cosas de España en aquel ambiente, en general en el ambiente de Castilla: la sabiduría, la mística, la belleza… Allí entendí mejor a Unamuno y él también a nosotros. Tiempo atrás, de la mano de Francisco Bravo, entonces jefe provincial de Salamanca, había asistido al mitin que dio allí José Antonio, y estuvo después almorzando con los camaradas. Cuando Unamuno falleció fue la Falange, con Víctor de la Serna, la que recogió su cuerpo muerto y lo llevó a enterrar. Es verdad que tuvo, con respecto a Falange, sus altibajos; don Miguel era así, pero su valoración con respecto a José Antonio queda bien patente en estas manifestaciones que posteriormente escribió al escritor argentino Lisandro de la Fuente: «Apenas si se sabe nada de su suerte. Imagínese mi zozobra. Ahora que nos da por arrasar la inteligencia, no es lícito que aguardemos con demasiado optimismo lo que la contienda puede depararle. Le he seguido con atención y puedo asegurar que se trata de un cerebro privilegiado. Tal vez el más prometedor de la Europa contemporánea».

Nada más llegar a Salamanca empecé a reorganizar la Sección Femenina. Como Dora Maqueda estaba aún en zona roja, nombré secretarla nacional provisional a Marichu de la Mora (que más tarde sería directora de la revista *Y*).

Por aquel entonces estaba en Valladolid Mercedes Sanz Bachiller, viuda de Onésimo Redondo, mujer dotada de muy buenas cualidades y, muy segura de sí misma, empezó en cierto modo a agrupar a la Sección Femenina. Tenía la facilidad de haber estado siempre en zona nacional, lo que le había permitido organizar la de Valladolid e Influir en otras provincias limítrofes. Al llegar yo a Salamanca, me encontré con ese problema que se crea a veces en períodos de crisis, y que no siempre es

efecto de mala voluntad, sino de deseos de servir. Por otro lado, en un viaje que Mercedes Sanz Bachiller hizo a Alemania había estudiado allí la organización del partido nazi y algunas de sus facetas, entre éstas el «Auxilio de Invierno», que se llamó después «Auxilio Social», y lo estableció en la España liberada. Fue, sin duda, el «Auxilio Social» una gran obra que vino a resolver muchos problemas en la retaguardia nacional. Más tarde creó también el Servicio Social de la Mujer, que obligaba a todas las mujeres a dar seis meses de servicio a España en comedores, hospitales, oficinas, etcétera… Una especie de «servicio militar» femenino, con algunas excepciones. Este servicio debía cumplirse entre los 17 y los 35 años. Estas dos organizaciones estaban, naturalmente, nutridas por mujeres, de manera que si no dependían de la Sección Femenina ésta tenía, en cambio, y controlaba las mujeres de que se nutría, y, por lo tanto, gran parte de la Sección Femenina se convertía por el momento en sólo un fichero con el que proporcionar camaradas a Auxilio Social y al Servicio Social; ya que, por otro lado, Frentes y Hospitales que agrupaba igualmente mujeres dependía también de una delegación aparte, dirigida por María Rosa Urraca Pastor, valiosa persona perteneciente a la Comunión Tradicionalista.

Todo esto suponía dificultades para la Sección Femenina, y había que usar de mucha diplomacia, pero, al mismo tiempo, de una tenacidad Insobornable para poner las cosas en su sitio y devolver a cada cual su contenido.

Por aquellos días, y en otro orden de cosas, quisimos reforzar nuestras defensas espirituales, y envié una circular a las provincias liberadas proclamando a Santa Teresa, Patraña de la Sección Femenina.

¿Por qué escogí a Santa Teresa? Metidas en los avatares de la guerra, nuestra incipiente organización, nacida el año 34 como parte femenina de la Falange, no había casi tenido tiempo, a causa de las persecuciones y de las incomprensiones, de la falta de dinero y de tantas cosas más, de expansionarse en proporción a lo que de nosotras entonces reclamaba España. Pero ahora, ya inmensamente grande y con muchísimas responsabilidades, pensé que debíamos buscar apoyos sobrenaturales que vinieran en ayuda de nuestra limpia intención de servir, y, sin dudarlo, la elección recayó en Santa Teresa.

Nadie como ella, humana y divina, mujer andariega, como nosotras entonces, con una vida interior rayando en lo sublime, con un magisterio espiritual que hoy la ha llevado al Doctorado de la Iglesia, con una naturalidad y una autenticidad, al mismo tiempo, que la hacían andar con los pies sobre la tierra, nadie como ella podía ser nuestra Patraña, y así fue elegida, desde Salamanca, en un día de 1937. Y ni que decir tiene cuánto le debemos en la Sección Femenina de apoyo y comprensión, y cuánto nos ha enseñado a través de sus escritos para mejorar nuestra deficiente condición.

Y así, la Sección Femenina, que la escogió por Patraña en un primitivo entusiasmo entre místico y español, ha podido comprobar, en el transcurso del tiempo, viviendo, amando, leyendo a Santa Teresa, la magnitud de su grandeza y hasta dónde fue afortunada la elección por la transformación que en nuestras obras y en cada una de nosotras se ha ido operando al contacto con su figura. Sólo una duda me cabe: si Santa Teresa no hubiera sido española, ¿la hubiéramos elegido igual?

Me temo que no, porque en aquel fervor patriótico no concebíamos más que a los héroes españoles. Pero es que da la casualidad de que a Santa Teresa, como a nuestra Patria, le vienen estrechos los límites geográficos, la configuración del cuerpo humano, y tienen que desbordarse en la mística y en el Universo. Por eso, ella, fiel reflejo de la España de su época, lo era también de la España de siempre, de su Ávila natal, de la España que nosotras queríamos. Quizá por eso ella ha estado siempre a nuestro lado, desde que empezamos nuestra tarea. Y si es verdad que en la Sección Femenina hay autenticidad, generosidad, ausencia de melancolía, rectitud de intención, a Santa Teresa se lo debemos. Teniéndola por Patraña no caben melindres ni falsedades, sino verdad, alegría, decisión, necesidad de llegarse a Dios.

Después, por una circular a todas las provincias de la España nacional, organizamos el primer Consejo Nacional, que tuvo lugar en la misma Salamanca. Se inauguró el 6 de enero de 1937, y se clausuró en Valladolid el 9 del mismo mes. A este Consejo, el primero de la Sección Femenina, asistieron las delegadas provinciales de todas las provincias liberadas, entre otras, por Navarra, Josefina Arraiza Goñi; por Teruel, Caridad Valero, posteriormente prisionera de los rojos cuando el sitio de Teruel; por

Segovia, Angelita Ridruejo; por Madrid, Dolores Primo de Rivera; por La Coruña, Ricarda Canalejo, sobrina de Juan Canalejo, asesinado por los rojos; por Soria, María Moscardó, hija del general Moscardó; por Valladolid. Mercedes Sanz Bachiller; por Salamanca, Cándida Cadenas, promotora de la Educación Física en la Sección Femenina. Como camarada destacada, recuerdo a Carmen Werner, que gozó siempre de la predilección de José Antonio, pero que, con algunas otras, no creía que yo hubiera hecho el discurso de inauguración, ¡con lo que me costó enjaretarlo…! Porque la verdad es que a mí nunca nadie me ha escrito nada. Buenos, malos o regulares, todos mis discursos y artículos han sido obra personal, porque de siempre me ha gustado escribir más que hablar, por una timidez innata, y la escritura suele ser el supremo recurso de los tímidos.

Mi discurso fue una norma de vida para la Sección Femenina, basada en la justicia, la verdad, la ejemplaridad, la fidelidad a nuestros muertos, la exigencia de la revolución, y «nada os será difícil ni trabajoso, les dije a las delegadas, si pensáis en los camaradas que luchan en el frente…»

Y como aún no se sabía de la muerte de José Antonio, acabé con las esperanzadoras palabras del salmo: «… Mil saetas caerán a tu diestra y a tu siniestra diez mil, mas ninguna te tocará, porque El mandó a ti sus ángeles para que te guarden en todos tus caminos…»

Asistieron a este Consejo, como ya he dicho, las jefes de las provincias liberadas, y era emocionante oír el nombre de toda una provincia española y ver levantarse, para representarla, a una chica de veinte o veinticinco años.

Por la Nacional asistimos: Marichu, como secretaria; Clarita Stauffer, como prensa y propaganda; Dionisio Ridruejo, nuestro asesor desde el principio, y yo, como jefe nacional.

La Sección Femenina contaba ya, en este momento, con miles de afiliadas dispuestas a servir a España, en las que no se miraba su procedencia, sino únicamente su voluntad de servir, porque entre nosotras esa reconciliación que ahora tanto se preconiza empezó desde el primer momento.

Por aquellos días, y en Salamanca, se casaron Lola, mi prima, y Agustín Aznar, y fuimos padrinos el padre de Agustín y yo.

CAPÍTULO VIII

LA UNIFICACIÓN

Como decía más arriba, José Antonio estaba aún supuestamente preso; Raimundo Fernández Cuesta, secretario general, también, así que la Falange se hallaba sin mandos, y fue necesario nombrar un jefe interino. El nombramiento recayó en Manuel Hedilla. Hedilla era un camisa vieja de Santander, serio, limpio de espíritu, sano moralmente y muy fiel a la Falange, a la que le tocó dirigir en momentos muy difíciles, incluso de luchas internas entre los falangistas, en una de las cuales murió Goya. Como yo no viví aquellos momentos no puedo juzgarlos, pero sí puedo decir que esto, en la retaguardia de una guerra, fue, sin duda, una seria complicación.

Por otro lado, estaban también como fuerzas civiles los requetés, del Partido Tradicionalista. Menos numerosos que la Falange pero igualmente unidos a la guerra desde el principio del levantamiento, con una heroica aportación, sobre todo en las provincias del Norte y, especialmente, Navarra.

Las luchas intestinas entre falangistas de Salamanca y esta dualidad de movimientos combatientes, entre los que también había dimes y diretes, llevaron a Franco, el 19 de abril de 1937, a la idea de unificar, bajo su capitanía, como jefe nacional, los dos grupos, y aceptar como base doctrinal 26 de los 27 puntos de la Falange, bajo el nombre de Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S. Así empezó lo que se llamó después el «Movimiento Nacional».

Hedilla, no sin algunas dudas, aceptó la unificación, pensando que, en bien de la guerra, esta unificación era conveniente para evitar luchas intestinas.

Mientras todo esto ocurría yo estaba con Marichu de la Mora visitando las provincias de Galicia y León, y en León fue donde, a través de la radio, nos enteramos de lo que sucedía, y, la verdad, nos sentó muy mal, sobre todo porque aún no sabíamos a ciencia cierta la muerte de José Antonio; se le seguía considerando «el Ausente», y esa sustitución, aunque fuera por Franco, en la jefatura de la Falange no nos gustó nada. Franco seguramente conocía ya el asesinato de José Antonio, acaecido el 20 de noviembre de 1936, y por eso lo hizo.

Por otro lado, la supresión del punto 27, que tendía a evitar toda participación con otros grupos, quedaba eliminado. Decía así: «Nos afanaremos por triunfar en la lucha con sólo las fuerzas sujetas a nuestra disciplina. Pactaremos muy poco, sólo en el empuje final por la conquista del Estado gestionará el mando las colaboraciones necesarias, siempre que esté asegurado nuestro predominio».

Marichu y yo, inmediatamente después de oír por la radio la noticia de la unificación, salimos flechadas para Salamanca, que encontramos toda en ebullición por este motivo, y decidimos oponernos también nosotras. La plazuela de San Julián se convirtió en un foco de rebeldía a donde acudían los disconformes. Empujado quizá por todos los falangistas, entre ellos por mí, Hedilla se volvió atrás, y eso le costó el cese y la cárcel. Hedilla fue condenado a muerte, pero Serrano Suñer consiguió la conmutación, que yo también traté de gestionar con una visita a doña Carmen Polo de Franco, quien me contestó que estuviese tranquila, porque «estando aquí Ramón (a Serrano Suñer se refería) los falangistas tienen un defensor bien seguro».

A Hedilla lo visité en la cárcel de Palma. Algún día habrá que hacer a Hedilla la justicia que se merece, porque fue fiel a sus ideas y el tiempo que actuó al frente de la Falange lo hizo con sinceridad. Por este motivo de la Unificación fueron detenidos también José Luis de Arrese y Agustín Aznar. Después comprendimos que posiblemente Franco llevaba razón, la guerra había que ganarla, y toda división interna era un tremendo inconveniente. Por otra parte, nuestro recelo no iba tampoco contra los tradicionalistas, que cubrían, como nosotros, con todo valor, los menesteres de la guerra, y a los que había que admirar; era, sobre todo, el deseo de no perder nuestra integridad doctrinal.

En fin, aceptada aunque a regañadientes la Unificación, en la Sección Femenina, de momento, nos limitamos a nombrar jefes y secretarias provinciales, alternando una falangista y una tradicionalista, como estaba mandado. Fue una época de difícil adaptación y de difícil nombre, que los falangistas, en broma, alargaban más todavía llamándole «Falange Española Tradicionalista de las Juntas Ofensivas Nacional-Sindicalista y de los grandes expresos europeos».

También se hizo, de momento, una distribución de poderes entre falangistas y margaritas (parte femenina de los tradicionalistas), con los siguientes nombramientos:

—Delegada nacional de la Sección Femenina del Movimiento: Pilar Primo de Rivera.

—Delegada nacional de Auxilio Social: Mercedes Sanz Bachiller.

—Delegada nacional de Frentes y Hospitales: María Rosa Urraca Pastor (tradicionalista).

Por otro lado, la parte femenina de juventudes se incorporó a la Delegación Nacional de la O.J. (Organizaciones Juveniles), que regentaba Sancho Dávila, con Carmen Werner como regidora central.

Esta dispersión de quehaceres femeninos era, sin duda, una complicación para la Sección Femenina, que, prácticamente, se quedaba sin función. Pero la verdad es que comprendí que no debía amilanarme, y que lo más conveniente era aceptar por el momento, ya que a la larga, sin duda, volvería a nosotras lo que en aquel momento parecíamos perder. Carmen Werner, regidora central de juventudes, así lo reconoció, llena de nobleza, al sentirse parte de nuestro descalabro. Pero con la vieja táctica de «estate por ahí, que ya te llamaré», al cabo del tiempo todo volvió a nosotras: el Servicio Social de la Mujer, entonces atribuido a Auxilio Social, gran parte de lo que habíamos perdido en Frentes y Hospitales, y la recuperación total de las Juventudes Femeninas.

En medio de estos trajines se vivía en Salamanca todo el ambiente de la guerra, aunque parezca mentira, con alegría y confianza, porque nadie concebía que la guerra se pudiera perder. El prestigio del Caudillo y sus dotes de estratega no nos dejaban lugar a la duda. Por otro lado, un voluntariado entusiasta, unido al Ejército (falangistas y requetés), daban un

aire de optimismo a lo que en realidad era una tragedia, pero tragedia unificadora y liberadora de España. Se cantaban canciones alusivas a la guerra: «La jaca que montaba Manolo Mora/la mataron de un tiro desde una loma». «Si te quieres casar con las chicas de aquí/tienes que ir a luchar al frente de Madrid», con el consabido «No hay quien pueda, no hay quien pueda, con la gente marinera». Sólo más adelante, ante la certeza de la muerte de José Antonio, estas canciones perdieron ilusión: «Échale amargura al vino y tristeza a la guitarra;/compañero, nos mataron al mejor hombre de España».

Las banderas de Falange eran numerosas por todos los frentes; yo fui madrina, a medias, con Carmen Franco (entonces una niña) de una bandera en Asturias y de la séptima de Castilla, en Robregordo, del frente de Madrid, a tercios con Angelita Ridruejo, delegada de Segovia, y María Jesús Ocampo, delegada de Valladolid.

Entretanto, estábamos ya preparando el Consejo de Segovia, el segundo de la Sección Femenina. Tuvo lugar en enero de 1938 y lo clausuramos en Ávila. En la preparación del Consejo nos ayudaron los Ridruejo, que allí vivían. Angelita, su hermana Laly, incorporada ya a la Nacional, y Dionisio. Figuró, por derecho propio, como secretaria nacional Dora Maqueda, recién salida de zona roja. Este Consejo fue inaugurado con un discurso de Raimundo Fernández Cuesta, felizmente incorporado a la zona nacional y a la Falange como secretario general del Movimiento, después de ser liberado, igualmente, de la cárcel, en canje por Justino Azcárate. Hablaron, además, Dionisio Ridruejo sobre el tema «Nación, unidad, imperio»; Antonio Tovar, Agustín de Foxá, con su incomparable ingenio, y el Marqués de Lozoya, entre otros.

Antonio Tovar era también asesor y profesor de la Sección Femenina. Escribió un hermoso libro, «El imperio de España», uno de cuyos ejemplares me dedicó en 1941: «Para Pilar Primo de Rivera, con la adhesión de su camarada Antonio Tovar». Y dio, años más tarde, una estupenda conferencia en el Consejo de Investigaciones Científicas sobre «Lo que a la Falange debe el Estado», a la que asistimos todas.

Mi discurso de inauguración fue, como siempre, un conjunto de normas a la Sección Femenina: «… al buscar a alguna camarada para entregarle un

puesto de mando, tenéis que mirar únicamente sus cualidades personales, la moral de aquella camarada y sus dotes de inteligencia, organización, capacidad, espíritu de justicia, conocimiento de nuestras normas y todas esas cosas que se requieren para desempeñar bien una jefatura local o cualquier delegación de servicio… os pedimos la ayuda de todas y ni una sola negará su trabajo fecundo». Y, como siempre, apoyé mis argumentos en palabras de José Antonio, que era lo que de verdad iba a aleccionar a las camaradas. «… En cuanto llega un trance de prueba nacional o de prueba moral, nos entendemos todos los jóvenes españoles, a quien nos resultan estrechos los moldes de la izquierda y de la derecha. En la derecha y en la izquierda tuvieron que alistarse los mejores de quienes componen nuestra juventud, unos por reacción contra la insolencia, otros por asco contra la mediocridad, pero al revolverse contra lo uno y contra lo otro, al alistarse por reacción de espíritu bajo las banderas contrarias, tuvieron que someter el alma a una mutilación, resignarse a ver a España sesgada, de costado, con un ojo como si fueran tuertos de espíritu; en derechas e izquierdas juveniles arde, oculto, el afán por encontrar en los espacios eternos los trozos ausentes de sus almas partidas, por hallar la visión armoniosa de una España que no se ve del todo si se mira de un lado, que sólo se entiende mirando cara a cara y con los ojos abiertos».

En este Consejo está casi todo el embrión de lo que sería después la Sección Femenina. No son quizá más que ideas, o tímidas iniciativas, pero allí se habló ya de escuelas de mandos, de la hermandad de la ciudad y el campo, de competiciones deportivas, de escuelas de hogar, de escuelas de enfermeras, de la recogida del folklore, del servicio exterior…, es decir, de todo lo que iríamos desarrollando a lo largo de los años, y que sería nuestra misión, sin olvidar, por supuesto, lo más importante en aquellos momentos, que era la guerra. Iban destacándose ya las camaradas que serían base de la organización: Dora Maqueda, Laly Ridruejo, Carmen Werner, Syra Manteola, María Luisa Terry, que con Irene Larios, sus hermanas Maribel y Marilú, fueron las promotoras de la asistencia del frente de Madrid, junto con Chelo Larrucea y el grupo de Valladolid; Fe Fernández, Clementina Naverán, procedente de la Comunión Tradicionalista, honrada y noble

persona que, aunque en apariencia discrepante, se mataba por España igual que nosotras y se encontraba en nuestro ambiente como pez en el agua.

En nuestro afán ya de cultura nos dio en el Consejo un estupendo concierto Ataúlfo Argenta, movilizado como soldado, y a quien por poco le cuesta un arresto su desplazamiento a Segovia si no llega a ser por los buenos oficios de la autoridad militar.

Naturalmente, ninguna de nosotras cobraba un céntimo, y a las camaradas desplazadas de sus provincias a la Nacional se les daba 300 pesetas al mes para pagar alojamiento y manutención.

Continuamente visitábamos los frentes. Así estuvimos en los de Asturias, Granada, Teruel, Madrid… en algunos con cierto pánico porque había que entrar en ellos por un pasillo abatido a tiros por los dos lados. Por cierto que en el frente de Oviedo los combatientes tenían en los parapetos el retrato de José Antonio, lo que supone que aquellos soldados luchaban por la España que él preconizaba.

Fuera ya de lo bélico, lo visitábamos todo: en Granada, por ejemplo, Dora, más dada a hablar en público que yo, tuvo que arengar a las masas desde el balcón del Ayuntamiento, y en otro orden de cosas nos sucedían anécdotas curiosas. Con Marichu de la Mora habíamos ido varias veces a Valladolid. Allí parábamos siempre en el mismo hotel, donde rellenábamos nuestra hoja de llegada, entonces bastante controlada, a causa de la guerra, cumplíamos nuestros menesteres y hasta otra. Pero con este afán inveterado de las mujeres de quitarnos años, Marichu y yo, aunque entonces éramos de verdad muy jóvenes, cada vez que pasábamos por Valladolid y nos entregaban la hoja a rellenar nos quitábamos dos o tres años, según nos parecía. Hasta que un día el dueño del hotel nos dice, con toda clase de consideraciones: «Por favor, señoritas, pónganse ustedes en la hojilla de entrada la edad que quieran, pero pónganse siempre la misma, porque luego se arman unos líos con la Policía…»

Ya desde Burgos íbamos con frecuencia también a Málaga, donde funcionaba nuestra primera Escuela de Mandos, de la que fue jefe Justina Rodríguez de Viguri. Para ir había que pasar por Extremadura, y según a qué hora se llegaba allí era preciso quedarse a dormir, porque por necesidades del frente no se podía pasar ya. Una vez en que llegamos

demasiado tarde tuvimos que ir a un hotel bastante primitivo; nuestros escasos medios no nos permitían otra cosa. Al pedir las habitaciones pedimos, sobre todo, que las sábanas estuvieran limpias, y con gran satisfacción me aseguraron que sí que lo estarían, porque sólo había dormido en ellas un portugués la noche anterior. En aquella época se pasaba por todo con la mayor naturalidad. Como había pocos trenes y malos (de estos tiempos es el chiste de que el tren por fin llegó a su hora, pero… al día siguiente), se viajaba con cualquiera sin conocerlo, con tal de aprovechar el coche, y todo el mundo lo encontraba muy natural.

En 1937, la «Hermandad de la Ciudad y el Campo» organizó un servicio que consistía en ir a trabajar en el campo para suplir a los hombres que estaban en la guerra. Íbamos a ayudar en grupos de cinco o seis camaradas. Yo fui con Syra Manteola, mi prima Lola, Rosario, mi cuñada, y Angelita Pía, que era la que nos dirigía, a trabajar en un campo de Mingorría, en la provincia de Ávila. Empezábamos a las cinco de la mañana y nos enseriaron a manejar la hoz y a coger, de una cierta manera, con la mano, un montón de espigas para cortarlas de una vez. Al regresar para desayunar en Ávila nos cogió un bombardeo de los rojos.

A la salida de un funeral en Santa Bárbara

Nuevos entierros y funerales. Arriba, José Antonio, acompañado por Ramiro Ledesma Ramos, Ruiz de Alda, De la Cuerda y otros camaradas en el entierro de Ángel Montesinos, obrero falangista asesinado.

En el entierro de Matías Montero, estudiante de Medicina, asesinado por la espalda por el grupo «Vindicación», de Santiago Carrillo.

Rodeado de camaradas después de un funeral. Junto a él, Luis Aguilar. Detrás, De la Cuerda y Fernández Cuesta

Onésimo Redondo fue una pieza clave en la consolidación de FE de las JON S. En Valladolid había fundado el grupo de las Juntas Castellanas de Actuación Hispánica, que se transformaron en las JONS al fusionarse con el grupo de Ramiro Ledesma, procedente de La Conquista del Estado. En 1935 se mantuvo junto a José Antonio, en la leve escisión que se produjo

El tiempo ha dejado su huella en esta vieja foto que rememora el mitin de Quintanar del Rey (Cuenca). Los números corresponden, sucesivamente, a José Antonio, Isidoro Valbuena, jefe local; Manuel Mateo, Vicente Gaceo, Cipriano Palacios, Miguel Palacios, Vicente Chocano, Eduardo Ródenas, Teodosio Pedroche, José María Pedroche, Juan Manuel Valbuena, Sinforiano Guerrero, Félix Cobo y Cenovio Peñalver

Homenaje a Eugenio Montes. José Antonio tuvo especial empeño en subrayar el perfil intelectual de la Falange en sus palabras de homenaje al insigne escritor gallego; habló de la entraña y el estilo como componentes de España. En torno al homenajeado, De la Cuerda, Goya, Salazar, Gaceo, Ruiz de la Fuente, Luis Mª de Aramburu, Ruiz de Alda, Sánchez Mazas y Fernández Cuesta

La unidad de España, en la variedad de sus hombres y sus tierras, fue constante doctrinal de José Antonio. En la foto aparece en la estación de San Sebastián junto a José Manuel Aizpurúa y Manuel Quintana, heroicos falangistas vascos

Desde el principio, José Antonio y su organización estuvieron abiertos a todos los españoles, y muy especialmente a los obreros. La foto corresponde a uno de sus viajes a Ciudad Real, y aparece rodeado de los obreros católicos que acudieron a visitarle

El acto de Villagarcía de Arosa (Pontevedra) fue decisivo para la consolidación de las Falanges Gallegas. Allí pronunció José Antonio uno de sus más apasionados discursos que entusiasmó a un auditorio frecuentemente víctima de los caciquismos locales y las injusticias seculares

Una vista general del banquete que siguió al acto de Don Benito, en la provincia de Badajoz. La Falange extremeña, y singularmente la de Don Benito, se caracterizó por su valor y heroísmo, en un ambiente revolucionario que ganó para sus filas a lo mejor de la juventud. Con José Antonio se distingue a Julio, Raimundo, Ezquer, Luna y Manuel Mateo

José Antonio por las calles de Zaragoza, camino del frontón Cinema, donde pronunció un discurso. Le acompañan Ruiz de Alda, Muro, Moreno y Merino.

Un momento de su discurso en el teatro Principal, de Alcañiz (Teruel)

Discurso en el teatro Liceo, de Ávila. Habla José Antonio. Junto a él, Goya, Onésimo Redondo y Julio Ruiz de Alda.

Discurso en Cáceres. En la presidencia, Mateo, Luna y Carende

El 2 de febrero de 1936, José Antonio habló, simultáneamente, en los cines Padilla y Europa, de Madrid. Eran vísperas electorales, y la temperatura revolucionaria, hirviente. Arriba, un momento del discurso en el cine Padilla, que sirvió de prolegómeno

José Antonio, durante su discurso de Callosa del Segura, en la Vega Baja. Asistían huertanos y campesinos de la comarca, murcianos y alicantinos. En julio de 1936 aquellos hombres escribirían con sangre el heroico intento de rescatar de la cárcel alicantina a José Antonio

Durante el año 1935, la creciente acción política de la Falange hizo que se acumularan sobre ella multitud de procesos, incoados, la práctica totalidad de las veces, desde el hostigamiento y la revancha política. José Antonio ejerció en defensa de sus camaradas su buen oficio de abogado. Arriba le vemos a la salida de las Salesas, acompañado de sus pasantes De la Cuerda y Sarrión.

En la primavera de 1936, José Antonio, con toga, acompañado por Serrano Suñer y otros abogados, antes de informar en el juicio sobre la legalidad de Falange ante el Tribunal Supremo. El Alto Tribunal dictó sentencia de legalidad que el Gobierno del Frente Popular ignoró y transgredió

José Antonio en el patio de la cárcel Modelo, de Madrid, tras su detención y la de toda la Junta Política de Falange, el 14 de marzo de 1936. De la acción y organización en la calle se encargó su hermano

Fernando antes de que también fuese encarcelado

A la cárcel Modelo fueron llegando los mandos de Falange, después de que Casares Quiroga manifestase su beligerancia personal contra ella. El robo de actas y las anomalías de todo género en las elecciones en Cuenca dejaron a José Antonio sin inmunidad parlamentaria. Arriba aparece junto a Carrasco, Valdés, Brediñacha, Ruiz de Alda, Palao y Jiménez.

Abajo, el equipo de fútbol formado en la cárcel por José Antonio, Quevedo, González, Valdés, Alvargonzález, Hernández Canepa y Ruibelles

José Antonio y su hermano Miguel, tras las rejas del locutorio en la cárcel de Madrid.

José Antonio, Ruiz de Alda y Fernández Cuesta, en el comedor de la cárcel

Fachada de la cárcel alicantina donde fue trasladado José Antonio en junio, acompañado de Miguel

Rincón del patio de la enfermería de la prisión de Alicante, donde fue fusilado José Antonio en la madrugada del 20 de noviembre de 1936, por orden del gobernador comunista Jesús Monzón, y sin que el Consejo de Ministros llegase a entender sobre el suplicatorio que José Antonio elevó por error en el proceso. En el momento del fusilamiento le acompañaron en el sacrificio dos falangistas y dos requetés

Mientras sus hermanos permanecían encarcelados, Pilar hubo de permanecer oculta en diversos domicilios hasta lograr, finalmente, pasara zona nacional. En la foto, recién llegada a Salamanca, durante un acto político de la Sección Femenina

CAPÍTULO IX

BURGOS

A mediados del 38 el Cuartel General se trasladó a Burgos, y entonces nosotras también nos fuimos allí. La Delegación Nacional de la Sección Femenina se instaló en un departamento del convento de las Esclavas, generosamente cedido por las monjas, y tía Ma, mi hermana Carmen y yo alquilamos un piso en la calle Condestable. En Burgos, el 19 de diciembre de 1938, se casó Carmen en la catedral, con Juan Peche, marqués de Rianzuela, que desde tiempo atrás la pretendía. Carmen llevaba sobre el traje de novia el yugo y las flechas de la Falange.

Ya en Burgos fue designada secretaria nacional Syra Manteola, valiosa camarada que entregó todos sus esfuerzos a la Sección Femenina hasta el momento de su muerte, y también apareció entonces en nuestro horizonte Lula de Lara como regidora de Cultura, persona inteligente y culta, artífice después de nuestra Regiduría de Prensa y Propaganda, y de una fidelidad invariable a nuestros principios.

Por aquel entonces, metidas en los trajines de la guerra, andaba yo preocupada porque nuestra organización, con cientos de miles de afiliadas, era ya inmensamente grande, y pensaba que necesitábamos alguien que ordenara espiritualmente nuestra vida religiosa.

Procedentes casi todas nosotras de colegios de monjas, lo natural hubiera sido dirigirnos a aquellos núcleos de donde procedíamos para que nos aconsejaran en nuestro empeño y hasta nos designaran a alguien en quien confiar. Pero no. Estábamos en nuestra casa de la calle del Condestable hablando del asunto, cuando don Severino Aznar, sabio profesor y padre de nuestro camarada Agustín, se dejó caer con que en Silos había un monje, espiritual y erudito —fray Justo Pérez de Urbel—, que, sin

duda, sería más que bueno para el caso. Y sin más consideraciones, con el informe de don Severino, en quien confiábamos plenamente, aquella misma tarde cogí el coche y me dirigí a Silos decidida a hablar con fray Justo para proponerle nuestros planes.

En la abadía, en ese momento, no estaba fray Justo, metido también, como todos, en los avatares de la guerra; pero el abad, padre Serrano, con quien hablé, no puso ningún inconveniente; sólo me dijo —después de explicarle yo lo que era la Sección Femenina— que se lo diría a fray Justo para contar con su voluntad. No habían pasado dos o tres días cuando recibí una llamada del abad diciendo que fray Justo aceptaba ser nuestro asesor, y, gracias a él, hechas a asociaciones y devociones piadosas, pero limitadas, entramos en todo un mundo nuevo que nos llevaba hacia Dios. La misa, como centro de la vida religiosa, con las lecturas en español, la ordenación de los rezos en nuestras escuelas, basados en las Sagradas Escrituras; el uso del Misal, entonces casi desconocido; la lectura de la Biblia, los colores litúrgicos en los altares de nuestras capillas, la maravilla del canto Gregoriano, las antífonas a la Virgen, según cada tiempo del año litúrgico; la celebración de la Navidad con el «Adeste Fidelis» que antes desconocíamos; la de la Semana Santa en toda su plenitud, con la belleza, al final, de la Vigilia Pascual… y todo esto sin forzar a nadie, voluntariamente; sólo las oraciones de la mañana y de la tarde eran obligadas como actos de la vida de la escuela, pero ni la misa en los días de trabajo, ni, por supuesto, la comunión, jamás. Tal era el atractivo y la fuerza de esta formación, que afiliadas llegadas a nosotras sólo por servir a España, sin mayores preocupaciones ni inquietudes espirituales, al contacto de esta vida, por su propia voluntad, la adoptaban ya a su existir diario, porque quizá sin notarlo ellas mismas habían llegado a la necesidad de Dios.

Por otro lado, fray Justo no fue sólo el asesor religioso, fue el profesor, ordenador de nuestros programas no exclusivamente de religión…, sino en muchos casos de Historia por su eximio magisterio en esta materia. Fue el consejero general y particular de los casos difíciles, el que nos acercó de manera definitiva a la Orden Benedictina, cuya influencia a través de la Sección Femenina ha trascendido a millones de personas que han pasado

por escuelas, colegios mayores y menores, albergues, cátedras ambulantes, Servicio Social de la Mujer y cursos de toda índole. Todo esto, y para siempre, se lo deberá España a fray Justo, que esperamos siga acordándose de nosotras desde su eterna gloria en las mansiones de Dios.

Por aquel entonces, en Burgos, íbamos algunas noches al hotel Condestable a oír el parte de guerra, y allí conocimos a un grupo de marinos, hecho que para algunas de nosotras fue trascendental. La vida después nos llevó por otros caminos, pero ese conocimiento ha sido, al menos para mí, lo más importante que ha sucedido en mi existencia.

Fue también por esta época cuando el entonces heroico comandante García Morato quiso dar a su gloriosa escuadra el nombre de José Antonio, cosa que le fue denegada, y con cuyo motivo me escribió la emocionante carta que publico a continuación y que me llenó de orgullo:

> «Pilar Primo de Rivera:
>
> Al abrir tu carta con nuestra felicitación devuelta, sentí el temor de que no la aceptaras; poco después leía tu carta y me tranquilizaba; en la nueva te envío todo mi respeto y admiración, que bien mereces.
>
> Recordarás que el día de los funerales de José Antonio, ¡presente!, te indiqué había decidido solicitar del Generalísimo el nombre suyo para mi escuadra de caza; tú me dijiste, y no lo olvido, que esto le gustaría a él mucho, y aquello me dio ánimos en mi solicitud. Hoy veo que no han sido cumplidos nuestros deseos porque el general Kindelan no se decide a ello, quizá alegando que somos una unidad pequeña para ese nombre. Por mi parte, te he de decir que tengo en la escuadra 3 grupos con un total de 75 aviones y un plantel de chicos con un amor a España, que siempre procuran tener contento a José Antonio, que nos vigila.
>
> Puedes suponer el dolor que esto nos supone, ¡pero más sufrió él!
>
> Te saluda, brazo en alto, tu buen amigo.
>
> Joaquín García Morato»

En Burgos, como en Salamanca, la Sección Femenina: Laly Ridruejo, Vicky Eiroa, Carmen García del Salto, alguna más y yo formábamos grupo con el departamento de propaganda, donde acudía la intelectualidad de entonces: Dionisio, Antonio Tovar, Pedro Laín Entralgo, Javier Conde, Gonzalo Torrente Ballester, que nos leyó las primicias de su libro «El viaje del joven Tobías», Emilio Aladrén, Jiménez Rosado, José Vicente Puente, como más asiduos, que giraban todos en torno a la Falange y en su fidelidad a José Antonio. De ese grupo, sobre todo de Dionisio, nació la idea de hacer la «Corona de sonetos a José Antonio» cuando ya se tuvo la certeza de su muerte. En la «Corona de sonetos» tornaron parte, además de los dichos, don Eugenio D'Ors, Gerardo Diego, Luis Rosales, Luis Felipe Vivanco, Manuel Machado, Eduardo Marquina… Todos ellos, en la órbita del grupo, y sobre todo don Eugenio como maestro indiscutible.

En Burgos también supimos directamente, por el Caudillo, la muerte de José Antonio, en una junta, donde nos la comunicó. El lo sabía ya, por supuesto, pero nosotros queríamos aún mantener la esperanza. Estaba allí Mercedes Sanz Bachiller, que, en estos momentos de triste certidumbre, se portó muy bien conmigo.

Otra persona importante que conocimos en Burgos fue a Enrique Sotomayor, seuista valioso, que concibió la idea del Frente de Juventudes y murió después en Rusia, como un héroe, en la División Azul. ¡Cuántas muertes, cuántos sacrificios! A veces se piensa que ¿para qué? Aunque yo estoy convencida de que nunca se malogra un esfuerzo, y mucho menos una muerte.

Entretanto iban cayendo ciudades: Lérida, Tarragona, a todas iba detrás de las tropas la Sección Femenina, llevada de su ilusión redentora socialmente revolucionaria. No bien se liberaba una ciudad, se volcaba en lo que tanto habíamos aprendido en nuestra doctrina y soñado: en la redención cultural y social de un pueblo históricamente abandonado. Era emocionante entrar en las ciudades liberadas. La gente nos abrazaba por las calles llorando de alegría. Eran rostros famélicos, demacrados, casi irreconocibles. Muchos en realidad habían estado escondidos durante estos casi tres años con el constante miedo de ser descubiertos y posiblemente asesinados.

En enero del 39 se celebró el tercer Consejo Nacional, en Zamora, con clausura en León. En cada Consejo aparecía el mismo entusiasmo, se aportaban nuevas realizaciones y se veía cada vez más cerca el momento en que, la guerra terminada, podríamos dedicarnos de verdad a nuestra tarea.

Este ir y venir por Castilla, donde nos tocó vivir la guerra, iba, sin duda, también formando nuestro temple. Sus gentes, sus ciudades, sus campos, su historia, su cultura, su sentido universal; como dice José Antonio: «… sobre esta tierra absoluta, el cielo absoluto. El cielo tan azul, tan sin celajes, tan sin reflejos verdosos de frondas terrenas, que se dijera que es casi blanco de puro azul. Y así, Castilla, con la tierra absoluta y el cielo absoluto mirándose, no ha sabido ser nunca una comarca, ha tenido que aspirar siempre a ser imperio. Castilla no ha podido entender lo local nunca: Castilla sólo ha podido entender lo universal, y por eso Castilla se niega a sí misma, no se fija en dónde concluye, tal vez porque no concluye, ni a lo ancho ni a lo alto».

Y seguían cayendo las ciudades importantes que estaban aún en poder de los rojos, y por fin cayó Barcelona, el 26 de enero del 39. La Sección Femenina se instaló en los locales del Círculo Ecuestre, situado en el paseo de Gracia. Un gentío Inmenso lo llenaba; venían a pedir las cosas más increíbles y menos a nuestro alcance, pero era tal la confianza que les merecía la nueva situación que, fuera como fuera, se les solucionaba; hasta un ataúd tuvimos que proporcionales en una ocasión.

Montserrat Romañá era por entonces secretaria provincial de Barcelona, y al llegar a una casa donde su hermano, famoso astrónomo conocido en el mundo entero, el padre jesuita Antonio Romañá, había estado escondido durante toda la guerra y había organizado una academia en donde se daban cursos de bachillerato y, además, se proporcionaban pasaportes, etcétera, fue recibida por los niños, brazo en alto y cantando el «Cara al Sol».

Pero no sólo venía la gente a pedir favores. Muchísima venía a ofrecerse para ayudar y servir; entonces conocimos a algunas futuras camaradas que a lo largo de los cuarenta años posteriores nunca desmintieron su espíritu de servicio y entrega. Entre ellas, Teresa Missé de Porta, que desde el primer momento empezó a ayudar, no sólo con su trabajo, sino con su dinero. Teresa Porta tenía una academia de corte y confección, y en esta academia

se cortaron y cosieron gratis, y a toda prisa, camisas azules, y allí se hicieron la mayor parte de las banderas españolas que engalanaron la ciudad durante el primer desfile, y todo ello no fue más que el principio de una colaboración que duró hasta la desaparición de la Sección Femenina y el fallecimiento de Teresa.

No se puede hablar de Barcelona sin recordar a Luys Santamarina, intelectual, camisa vieja, amigo de José Antonio, que estuvo preso durante la guerra y dirigió después el periódico *Solidaridad Nacional*, «La Solí», como lo llamaban los falangistas. Fue él quien propuso, en un Consejo de Falange, antes del Movimiento, la camisa azul como distintivo para los camaradas, aceptada la idea inmediatamente por José Antonio, por aquello de que era un color «neto y proletario». Intimo amigo de Santamarina fue José Maluquer, estupendo falangista de siempre, también.

Por fin el 28 de marzo cayó Madrid, y con ello vino el fin de la guerra. Los perseguidos, los escondidos, los encarcelados, los que habían hecho servicios clandestinos con riesgo de sus vidas, salieron todos llenos de alegría al reencuentro de España. La Sección Femenina, como siempre, y Auxilio Social entraron con sus servicios para alivio de hambres y miserias y para dar cauce y acogida a los cientos de personas que acudían para servir en nuestras filas.

Dos días aún duró la desbandada de los últimos restos del Ejército rojo, que ofrecía resistencia retrocediendo hacia el Mediterráneo, mientras los dirigentes huían en barcos y aviones fuera de España. El 31 de marzo, por la mañana, las tropas nacionales habían cubierto todos sus objetivos, y por la noche, desde el hotel Condestable, de Burgos, como tantas otras veces, escuchamos el último parte de guerra, anunciando el fin de la contienda:

«En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado.

Burgos, 1 de abril de 1939.-Año de la victoria.

El Generalísimo Franco».

Al terminar la guerra la Sección Femenina contaba con 57 camaradas caídas, unas en el frente y otras asesinadas en zona roja, varias mutiladas, como Ángeles García Tuñón, de Oviedo, además de los cientos que estuvieron en las cárceles y de las que fueron hechas prisioneras por servir en los frentes, como Caridad Valero, con parte de la Sección Femenina en Teruel, y Maribel y Marilú Larios, en el frente de Madrid, durante la batalla de Brunete, entre otras.

La relación de las caídas es la siguiente:

M.ª Luisa Terry
M.ª Paz Unciti
Carmen Tronchoni
Rosa Bríos
Julia Sáenz
Agustina Simón
Francisca Magdalena de la Hoz
Sagrario Muro
Carmen Mieres
Vicenta Chabás
M.ª Inmaculada Chabás
Casilda de Castellví
Jesusa Lacambra
Juliana Lacambra
María Mira
María Luisa Gil
Ángeles Soria
Matilde Soria
Carmen Soria
Concepción Garrudo
Luisa Cobos
Sagrario del Amo
Pilar Madrazo
Teresa Ribera
María Ribera
Francisca Salto
Eutimia Muñoz
Francisca Ribas
María Castán
Carmen Vidal
Catalina Viader
Rosa Fortuny
Sara Jordá
Alba Bosch
Olvido Serrano
Carmen Cabezuelo
Josefina M.ª de Aramburu
Marina Moreno
M.ª Dolores Pla
Gregoria García
Esperanza Sancho
Pilar Castro

María Suárez
Ana Villegas
Ana M.ª Garnica
Luz Madera
Rosario Vázquez
Elena Díaz
Josefa Fernández
Rosa Fernández
Sagrario Fernández
Elia G. de Aguilar
Amalia Abad
Florencia Caerols
M.ª Cruz Jiménez
Joaquina Sot
Carmen G. de Aguilar
M.ª Dolores Moyano
Balbina E. Robledo

Pero antes de terminar con el fin de la guerra conviene recordar lo que entonces se supo más concretamente de la muerte de José Antonio y de su vida en la prisión. Además de los intentos de liberación por parte de Agustín Aznar y de los falangistas de zona nacional, los camaradas del Levante español trataron también en varias ocasiones de salvar a José Antonio en verdaderos alardes de heroísmo y camaradería. Los de Callosa de Segura y de Rafal, que fracasaron en su intento, fueron fusilados 61 de ellos el 7 de septiembre del 36. Por otro lado, mi hermana Carmen, testigo directo, por estar presa también en Alicante, describe con las siguientes emocionantes palabras los últimos momentos de José Antonio:

«El director de nuestra cárcel nos dijo que José Antonio había pedido tres cosas en caso que se llevara a cabo la sentencia: un confesor, que le permitieran despedirse de su familia y un notario. Las tres cosas le fueron concedidas. Le pedimos al director que sólo, en último extremo, fuera a sacarnos de nuestra cárcel para evitarnos lo que con razón considerábamos dolorosísimo. Serían las 9 de la noche del día 19 de noviembre, hora avanzadísima en una prisión, cuando sentimos unos ligeros golpes en la puerta de nuestra celda.

—Prepárense ustedes —se nos dijo— para ir a la Provincial — comprendimos que la sentencia había sido confirmada.

—Entonces, ¿es que no hay esperanza…? —le dijimos.

—Todavía no se sabe…, pero es preferible que vayan ustedes, ya que la autorización es para hoy.

No nos convenció, pero tratamos de engañarnos unas a otras. Yo, acaso la más cobarde, no pude contener mis lágrimas…

—Esperen aquí —nos dijeron—, y nos metieron en una habitación. Al cabo de poco tiempo vinieron a buscarnos y nos internaron aún más en la prisión. Llegamos a una celda donde había una cama, y no habían transcurrido dos minutos cuando vimos aparecer, al fondo de la galería, a José Antonio, que venía en dirección a nosotras con un miliciano rojo a cada lado y varios más detrás.

Es imposible decir con palabras la impresión de estos momentos. No existe ninguna que la pueda expresar. El hermano a quien adorábamos venía hacia nosotras por última vez, imposibilitado, a pesar de su talento y de cuanto valía, de salvar su propia vida.

Al vernos, sonriente y sin perder ni un momento la serenidad, nos abrazó a las tres. Yo, entonces, no pude dominarme más, y loca, entre el esfuerzo que venía haciendo y la emoción enorme, rompí a llorar. El me besó con toda su alma mientras me decía:

—No llores, Carmen, todavía hay esperanzas…

—No es posible… José —le dije yo—, no es posible que puedan hacer eso contigo.

—Es lo natural; han sido tantos los de la Falange que han caído ya, que yo, que soy el jefe de ellos, es natural que caiga también. Pero aún hay esperanzas; tengo tres probabilidades contra siete…, pero puede ser…

Y vuelto al director que nos acompañaba le preguntó:

—¿Es que me las trae usted porque me han negado el Indulto? Esto me hace pensar que es así.

—No —le dijo categóricamente el director—, aún no ha llegado la confirmación de la sentencia.

Cambió en seguida la conversación y entonces nos preguntó por Fernando. Nosotras no sabíamos que Fernando había caído asesinado, pues nos habían dicho que estaba en Sevilla, y se lo dijimos a él así.

—Se ha salvado —repitió—; entonces soy yo solo.

Esto lo decía con la Inmensa alegría de pensar que sólo era él quien debía morir. (Porque a través del cónsul alemán en Alicante le había llegado la noticia de que yo me había salvado en un barco alemán).

Luego, volviéndose a tía María, le dijo:

—No te preocupes, tía Ma; he confesado y estoy muy tranquilo. Ha bajado un sacerdote que está también preso y he confesado con él; además, desde que nos metieron en este proceso feroz me estaba preparando por si llegaba este momento, y todos los días he hecho oración y rezado el rosario. Además, me han dado muy bien de comer; no hay nada como estar condenado a muerte para que le cuiden bien a uno. En vez del rancho que nos dan todos los días, me han dado sopas de ajo con huevos y una carne estupenda…

Estaba más delgado. Los rojos que presenciaban la entrevista no perdían una sola de sus palabras y tenían reflejadas en sus caras la admiración hacia aquel hombre que, a las mismas puertas de la muerte, tenía un espíritu tan fuerte y no perdía un momento de su valor.

Yo, que conservaba un crucifijo, se lo di y le dije:

—Sólo con mirarlo tiene indulgencia plenaria para la hora de la muerte… Te lo traigo por si acaso…

Al día siguiente, 20 de noviembre, a las siete menos veinte de la mañana, nosotras mismas oímos la descarga que ponía fin a su vida. El fusilamiento fue en el patio de la Provincial.

Las últimas palabras, cuando momentos antes le fueron a buscar, y al despedirse del director, fueron éstas:

—Director, sí algo malo he hecho o le he molestado, perdóneme…»

También Miguel nos describe su última entrevista, transcrita por Luys Santamarina en su libro «Hacia José Antonio».

«Al llegar a su celda, José Antonio, rodeado por dos milicianos, estaba vistiéndose con parsimonia; un miliciano encontró que tardaba y se lo dijo: "Como sólo se muere una vez, contestó José Antonio, hay que morir correctamente". Y, como si quisiera mantener la corrección hasta el último momento, le dijo a Miguel, en inglés, para que no lo entendieran los milicianos: "Ayúdame a morir con dignidad"».

El relato completo de estos momentos está en el libro dicho, páginas 162 y siguientes, así como una importante carta a Rafael Sánchez Mazas. Por otro lado, en el libro «José Antonio íntimo», de Agustín del Río Cisneros y Enrique Pabón Pereyra, hay otras muchas dirigidas a Julián

Pemartín, Sancho Dávila, Onésimo Redondo, Francisco Bravo, Joaquín Bernal, al tío Antón Sáenz de Heredia y a Carmen, la monja.

Después, tía Ma, Carmen y Margot fueron canjeadas por los hermanos Irujo, uno de los cuales, dirigiéndose a tía Ma, le dijo con deferencia: «Tengo mucho gusto en ser canjeado por usted».

Más tarde, en otro canje, salió también de la cárcel Miguel, porque el Caudillo tenía el criterio de salvar, si era posible, al último hombre que quedaba de las familias que, como la nuestra, se iban quedando sin ellos. Por otro lado, al terminar la guerra, aparte de mis hermanos, habían sido asesinados mis primos Fernando y Federico Primo de Rivera, compañero mío este último en los conciertos del Monumental, y que no era tan falangista como los demás, pero, visto el cariz que tomaban las cosas en la zona roja, nos dijo, ya en plena persecución: «Si me matan, contadme como falangista», y así, por supuesto, lo hemos considerado siempre.

Fueron asesinados también el tío Goyo, hermano de mi madre, y tres de sus hijos: Andrés, José y Joaquín, muerto el primero, de tendencia más bien tradicionalista, en el entierro del alférez Reyes, de la Guardia Civil, en las revueltas anteriores al 18 de Julio. También murió asesinado Julio González Valerio, marido de Carmen Sáenz de Heredia, y en el frente murieron Chápalo Sáenz de Heredia, abatido como aviador nacional en combate, y Juan León y Orbaneja, muerto en el frente con la bandera falangista de Manolo Mora Figueroa.

CAPÍTULO X

LA PAZ

Para conmemorar la victoria pensamos en organizar una gran concentración de la Sección Femenina en Medina del Campo, al pie del castillo de la Mota, en recuerdo de la reina Isabel la Católica, que, con Santa Teresa, habíamos escogido como ejemplos para nosotras. Esta concentración sería un homenaje al Caudillo y al Ejército después de la victoria.

La concentración debía demostrar lo que, en principio, pretendíamos hacer en el futuro, además de elevar el nivel cultural y social de las mujeres españolas. Así, habría bailes regionales, demostración de educación física y una ofrenda al Caudillo de flores y frutos de todas las tierras de la España reconquistada.

Encargamos la parte musical al maestro Benedito, músico dedicado al folklore que yo había conocido antes de la guerra. Luis Agosti se encargó de organizar la demostración de educación física; las pintoras Julia Minguillón, Marisa Roesset y Rosario Velasco, de dar un aire artístico a la ofrenda de frutos de las provincias, y Carmen Sala, de preparar un ballet. Toda la concentración fue de una gran belleza y supuso algunas dificultades, al ser tan reciente el fin de la guerra, pero ya nos habíamos acostumbrado a vencer tantas que nada nos amilanaba.

La ofrenda de los frutos apareció como un inmenso y maravilloso bodegón pletórico de colorido en aquel sol de Medina, ofrecido por las camaradas de todas las provincias ataviadas con sus trajes regionales y con el fondo de canciones típicas de cada región, y por primera vez hubo una incipiente demostración de coros y danzas, que más tarde habían de recorrer triunfalmente el mundo entero. Se hizo también una exhibición de

educación física, y las flechas que habían cumplido los 17 años entraron en las filas de la Sección Femenina.

Para preparar la concentración vivíamos en tiendas de campaña cedidas por el Ejército, y de comer y dormir, más bien poco, porque todo había que improvisarlo.

La demostración de educación física, gracias a la pericia del doctor Agosti, salió a pedir de boca, por el orden que había puesto en muy poco tiempo para la formación de los cuadros que debían agruparse alrededor de unos palos. Raimundo Fernández Cuesta y yo salimos a la carretera para buscar a Franco, cuando aún seguía Agosti gritando: «¡Niñas, a los palos!», y al volver al campo, cubierto de camisas azules de nuestro uniforme, un mar de boinas rojas saludaba al Caudillo al grito de ¡Franco, Franco, Franco! ¡Dios nos había ayudado!

Después se entregó una bandera al Ejército, otra a la Marina y otra a la Aviación, como homenaje agradecido de la Sección Femenina a los que habían ganado la guerra.

Para esta concentración se desplazaron unas diez mil camaradas de todas las provincias, y las encargadas de la organización fueron María Antonia Villalonga, Lula de Lara, Elvira Hernández, Beatriz García Ramos y Chelo Larrucea.

Jimena Menéndez Pidal, que presenció la concentración, comentó después: «Cuando vi aquello comprendí que nacía algo importante».

En la concentración el Caudillo nos habló, y antes dije yo unas palabras, que, resumidas, fueron más o menos así:

> «Camaradas:
>
> Hoy vais a escuchar la voz de vuestro Caudillo. La misma voz que ha ordenado más de cien batallas victoriosas viene ahora a hablaros a vosotras. La voz que escuchan atónitas las naciones viene a deciros hoy cuál es vuestra misión, la misión de las mujeres dentro del Movimiento. Por lo tanto, abrid vuestros sentidos para que no perdáis ni una sola de sus palabras, para que no perdáis ni uno solo de sus gestos.

Y ahora, mi general, estas son las Secciones Femeninas de la Falange, las que acudieron desde el principio de la guerra, en número de más de 400.000, a prestar sus servicios voluntarios en Auxilio Social, en hospitales, en los lavaderos de los frentes, en el campo y en todos aquellos puestos en que la Patria reclamó su presencia.

Aquí están las camaradas que entraron en las ciudades recién liberadas para repartir el pan. Aquí las hay mutiladas en servicios de guerra. Están las que se pasaron noches enteras velando junto a los lechos de los soldados heridos, y aquí está representada, en estas 10.000 camaradas, toda la Sección Femenina de Falange Española Tradicionalista y de las JONS, que quiere ofrecer al Ejército el primer homenaje que reciba después de la victoria».

A continuación, dijo el Caudillo:

«Camaradas de la Falange Femenina, delegada nacional de las Secciones Femeninas y españoles todos que me escucháis:

Yo recibo orgulloso el homenaje de la mujer española, por cuanto representa en cariño a nuestros soldados y en honor a nuestros combatientes… Vosotras, mujeres españolas, sois las que habéis dado el ejemplo, ¿o es que no dicen nada las enfermeras ovetenses en los días del duro pelear, cuando, derrumbado el hospital, sacaban en hombros a sus heridos?, ¿es que no llama al corazón de todos los españoles el ejemplo de aquellas mujeres de Belchite?, ¿es que puede nadie permanecer indiferente ante el heroísmo de Huesca, de Teruel, de Madrid, Carrascalejo y tantos puntos de los frentes que vieron el valor de la mujer española?

… No acaba vuestra labor con lo realizado en los frentes, en vuestro auxilio a las poblaciones liberadas, vuestro trabajo en los ríos, en las aguas heladas lavando la ropa de vuestros combatientes. Todavía os queda más, os queda la reconquista del hogar. Os queda formar al niño y a la mujer española. Os queda hacer a las mujeres sanas, fuertes e independientes… Tengo fe en vuestra obra. Yo os

ayudaré. Yo haré que a todos los hogares españoles pueda llegar la comida y la alegría. Yo haré que en este vetusto nido se forje la primera escuela de la Sección Femenina, donde se preparen las mujeres al conjuro y al recuerdo de aquella reina ejemplar, de aquella española suprema que marcó de un modo indeleble los caracteres de España.

Españoles todos, queridas camaradas femeninas, gritad conmigo:

¡Arriba España! ¡Viva España!»

Y así fue como el castillo de la Mota, en ruinas, pudo en breve convertirse en el castillo de la Mota actual, escuela mayor para la formación de nuestros mandos, que, por su importancia, merecerá, a su tiempo, un capítulo especial.

Como recompensa a las Secciones Femeninas, el Ministerio de Marina organizó un crucero en el «Ciudad de Alicante» para que las camaradas visitaran los puertos de España y Portugal.

En otoño de este mismo año (1939) tuvo lugar el traslado de los restos de José Antonio desde Alicante a El Escorial. Ello se acordó en una junta política presidida por Serrano Suñer, en la cual Dionisio fue el promotor de la idea de que El Escorial era el sitio más adecuado. Para recuperar su cuerpo, un grupo de camaradas se trasladó a Alicante, entre ellos Carmen Werner, falangista de Málaga y muy compenetrada siempre con José Antonio, hasta el punto de haber sido destinataria de una de sus últimas cartas desde la cárcel.

El traslado se haría a pie, por relevos de todas las provincias, marchando día y noche sin descanso, pero por sobradamente conocido no voy a relatarlo ahora, sólo quiero decir que todo el tránsito por las tierras de España fue de una grandeza y de una belleza incomparables. Parecía como si José Antonio hubiera querido todavía recorrer este trozo de España para hablarle de la Falange. Estas tierras y estas aldeas, que quizá no le oyeron nunca, iban a escuchar su última lección. Pueblos de Levante y del centro de España: no olvidéis nunca su tránsito por vuestro suelo; que si otros oyeron su voz y su doctrina, a vosotros os reservaba la enseñanza tremenda

de cómo a los 33 años se muere por la Falange y por descubrirle a las gentes que España, por encima de todo, es una unidad de destino en lo universal.

En la junta donde se acordó el traslado, éste tuvo la aquiescencia de todos los allí reunidos, entre los cuales me encontraba, excepto la de alguno, que consideraba, por respetos monárquicos, que José Antonio no debía ir a lo que para ellos era, sobre todo, panteón real. Pero por fin José Antonio descansó en el lugar que le correspondía, y donde armonizaba perfectamente el clasicismo de su personalidad con la estructura del monasterio. Aunque más tarde, y por las mismas razones aducidas en la junta, fue trasladado al Valle de los Caídos, como más adelante detallaré.

A nuestra llegada a Madrid no teníamos dónde instalarnos, y el Duque de Medinaceli, generosamente, nos cedió para sede de la Delegación Nacional su palacio de la plaza de Colón. Era entonces un enorme caserón bastante destartalado, porque había servido de cuartel de milicias durante la guerra. No había calefacción y hacía un frío de pelarse. Pero lo importante era tener donde estar, donde trabajar, colocar nuestros archivos y nuestras mesas de despacho y empezar a organizarnos de verdad.

¿Cuál era nuestro activo en aquel momento, aparte de todos los servicios de guerra que, gracias a Dios, no se necesitaban ya?

Una escuela de mandos en Málaga, otra de educación física en Santander, y en Barcelona, donde nada más llegar nos habíamos hecho cargo de la escuela «Residencia de Ángeles Mateu», en la que habíamos instalado otra escuela de mandos y dependencias.

Pero más que nuestras sedes nos importaba ayudar a levantar España, y acudimos lo primero a resolver los problemas de cultura y asistencia que en nuestra mano estaban.

Una de las primeras cosas fue montar, de acuerdo con Sanidad, el servicio de «lucha contra la mortalidad infantil», pues entonces en España era éste un grave problema, sobre todo en los pueblos, por la ignorancia de las campesinas, y los niños se morían a chorros. Con este fin, y como auxiliares de los médicos rurales, se creó el cuerpo llamado de «divulgadoras», en que, por medio de unos cursos especiales orientados por

el doctor Bosch Marín, se las preparaba para ayudar a los médicos en su misión de atender y enseñar a las madres el cuidado de los hijos.

También fue en estos primeros momentos cuando empezamos a organizar el servicio llamado de «escuelas de formación», mediante el cual las camaradas maestras que ejercían en pueblos o distritos de bajo nivel educativo debían dar, gratuitamente, dos horas de su tiempo, al cerrar la escuela para enseñanza de las mujeres analfabetas, ya que la Sección Femenina, desde los primeros momentos, proyectó sus esfuerzos en mejorar la cultura a todos los niveles.

Teníamos también ya a nuestro cargo el Servicio Social de la Mujer, que consistía en que todas, entre los 17 y los 35 años, debían dar seis meses de trabajo gratuito a España. Una especie de servicio a la Patria que se dividía en dos partes: tres meses de prestación gratuita en comedores de Auxilio Social, hospitales, oficinas, etcétera, y tres meses de formación personal, durante los cuales tenían clases de cultura general, de música y enseñanzas del hogar. Esta última parte formativa se daba en las escuelas de hogar que acabábamos de crear, también para elevar el nivel cultural de las mujeres.

Las escuelas de hogar, que llevaban años funcionando en Francia, Bélgica, Suiza y otros varios países, eran casi desconocidas en España, y por creerlas de utilidad para la vida familiar, sin afán de mimetismos, decidimos crearlas aquí también. El día que se inauguró la primera escuela en Madrid, en la calle de Villalar, 7, el célebre barman Perico Chicote dio en ella un «coktail» para celebrarlo, completamente gratis. Porque lo cierto es que en aquellos momentos todo el mundo colaboraba con verdadero entusiasmo. Asistieron a la inauguración doña Carmen, la esposa del Caudillo; el Conde de Mayalde, entonces director general de Seguridad, y otras personalidades.

Las cumplidoras del Servicio Social hacían en estas escuelas sus tres meses de enseñanzas de formación y hogar. Más tarde estas enseñanzas, a instancias de la Sección Femenina, fueron también obligatorias en los Institutos femeninos, dentro de los estudios del Bachillerato, y sus profesoras fueron reconocidas oficialmente por el Ministerio de Educación Nacional. Dependían de la Regiduría Central de Cultura, y la camarada que las había organizado y era responsable de ellas, Montserrat Romañá, fue

nombrada por el Ministerio inspectora nacional de todas las escuelas, tanto las que pertenecían a la Sección Femenina como las instaladas en los Institutos femeninos dependientes del Ministerio. Era entonces ministro de Educación Ibáñez Martín; director general de Enseñanza Media, Luis Ortiz, y director general de Primera Enseñanza, Romualdo de Toledo. Los tres nos ayudaron mucho. Hasta ese momento, para esta labor no teníamos subvenciones fijas ni sueldos para las profesoras; todo se conseguía a fuerza de entusiasmo.

Enero de 1940 se nos echaba encima y era preciso pensar en la organización del IV Consejo Nacional. Este tuvo lugar en Madrid y se clausuró en Toledo. A este Consejo asistieron el general Muñoz Grandes, prestigioso general e África y en nuestra guerra, entonces secretario general del Movimiento; Serrano Suñer, presidente de la Junta Política; Dionisio Ridruejo, Eugenio Montes, García Valdecasas, Laín Entralgo, el padre Félix García, el Marqués de Lozoya y Jesús Suevos. Queríamos dar siempre a nuestros Consejos una mayor altura con la participación de quienes podían enriquecer nuestros saberes.

Para inaugurarlo, yo dije unas palabras de apertura, y el general Muñoz Grandes ensalzó, en un discurso con verdadero entusiasmo, la labor de la Sección Femenina. Dionisio, como siempre, nos dio su lección: «Si recordáis, hace cinco años, la Falange era un pequeño grupo que atravesaba la carretera de la vida española, vigilado por la hostilidad de la orilla derecha y de la orilla izquierda. Normalmente la Falange no encontraba enemigos de frente que ocupasen esta misma carretera real por donde andaba su espléndida andadura…, querían hacerle perder su sentido solitario y central para inclinarla a una de las dos alas áridas o sembradas… y se empeñaron en que habíamos de ser de derechas o de izquierdas…»

Laín Entralgo, en su conferencia que llamó «Reflexiones de un español en la muerte de José Antonio», nos dijo con palabras de aquél: «… La muerte unos creerán que la necesitamos como estímulo, otros creerán que nos va a deprimir. Pero ni lo uno ni lo otro. La muerte es un acto de servicio. Es decir, estar a la posibilidad de morir, al plano de lo cotidiano. En consecuencia, camaradas —siguió diciendo—, esta lección de la muerte de José Antonio no puede quedar cumplida si no ligamos nuestras vidas,

nuestros destinos, no solamente al cumplimiento de la personal tarea, sino también al de este común destino, al de esta común empresa que es la Patria. La más alta voz de todas las españolas, aquella que ordenó hablar al cañón y con él ganar la victoria; dijo en la ocasión solemne de El Escorial que "quería ganar para España la cosecha de esta muerte…"»

También fue importante el discurso de Valdecasas, que nos habló en el Teatro de la Comedia:

«En este mismo sitio, mujeres que me escucháis, se alzó por vez primera ante España la voz de la Falange. Hoy os habla aquí la única voz superviviente de aquel día… Y yo diría también que allá en esos sitios que vosotras ocupáis estaba representado todo lo que España quería ser. Se diría que había en aquel acto, como en la obertura de una gran sinfonía, el preludio de los temas que después habían de exponerse en este tremendo poema que ha sido el Movimiento español…»

Después se expuso la labor realizada por la Sección Femenina hasta el fin de la guerra:

—En la guerra, sostenimiento y asistencia de lavaderos y enfermerías del frente, con una movilización de 1.140 camaradas.

—Asistencia a los hospitales de sangre, 10.000 camaradas.

—Prestación de todo el personal femenino a Auxilio Social en la España liberada y para la entrada en Málaga, Tarragona, Lérida, Barcelona, Gerona, Madrid, Valencia, Alicante, Castellón, Murcia, Albacete, Jaén, Almería, Cuenca, Guadalajara y Ciudad Real.

—Organización de la Sección Femenina en estas provincias.

—Prestación de personal femenino para organismos del Estado y del partido.

—Montaje de 972 escuelas para analfabetas (escuelas de formación).

—Primeras escuelas de hogar.

—Educación física. I Campeonato Nacional de la Sección Femenina en Barcelona, con asistencia de 39 provincias, 58 equipos y 1.500 camaradas de gimnasia.

—Campamentos de verano de Organizaciones Juveniles regidos por la Sección Femenina.

Y como Madrid había sido escenario de todas nuestras luchas hicimos, con Dora Maqueda, que todas las había vivido, un recorrido por los lugares más importantes, y en cada uno nos explicó su significado: fuimos a la casa de la calle del Marqués de Riscal, donde, el 6 de octubre de 1934, se celebró el I Consejo de la Falange masculina, donde se creó la Sección Femenina y se nombraron los primeros mandos. Visitamos la calle de Augusto Figueroa, esquina Barquillo; la de Fuencarral, delante del convento del Servicio Doméstico; las de Arrieta, Mendizábal, Alberto Aguilera, la cárcel Modelo, lugares todos ellos en que habían caído camaradas nuestros.

El Consejo de Madrid se clausuró en Toledo, con visita, por supuesto, del Alcázar y a todo lo que Toledo significa en la historia de España, y en el almuerzo Serrano Suñer nos dirigió las siguientes palabras: «La Sección Femenina es, a mi juicio, lo más puro, lo más vivo y efectivo del acervo actual de la Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S. Yo creo que la mística, el fanatismo, la pasión de aquellas horas primeras rigurosas y señeras de la Falange Española, nadie, en las filas de la Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S. las conserva con tanta pureza como vosotras. Y voy a daros un consejo, en cuanto sea posible, una orden: guardad con avaricia esas virtudes y defendedlas con intransigencia».

Con nuestra instalación en Madrid, y como valor importante, empezó a destacarse Maruja Sampelayo, entonces regidora provincial de Cultura, y más tarde, ya como regidora central, exigente continuadora de la pureza y autenticidad de los «Coros y Danzas», que tanto prestigio han dado a la Sección Femenina, obra creada por mí aún en plena guerra.

Por esta época era delegada provincial de Madrid Gloria González Alias, y también aparece por entonces en nuestro horizonte María de Miranda, extraordinaria enfermera en Málaga durante la guerra y regidora central de Educación Física después, en la Nacional. Entonces conocimos también a María de Maeztu, persona tan importante y de tanto prestigio intelectual con la que quedamos vinculadas para siempre, por lo que nosotras recibíamos de ella y lo que ella recibía de nosotras, hasta el punto que me llegó su última carta desde América, cuando ya había muerto, haciendo planes comunes para la Sección Femenina.

Y en el orden de esta nuestra vida de siempre, entre los intelectuales, músicos y artistas, debo destacar nuestra asiduidad, Carmen Isasi, Lula, y yo a la «Academia Breve», fundada en su casa de la calle del Sacramento por don Eugenio D'Ors, en donde se reunía, como dice la canción, la crema de la intelectualidad. Como homenaje al maestro, se pensó en regalarle entre todos un ángel, símbolo de su «angeología», al cual debíamos contribuir con cinco duros cada uno. Pero don Eugenio, que fue siempre todo ternura para mí, decidió que yo no pagara los cinco duros. Por otro lado, tengo que agradecerle la maravillosa glosa «Lámpara votiva» a mí dedicada en su «Novísimo glosario» y un ejemplar que me firmó. La glosa sirve de prólogo a estos recuerdos míos.

Como en la guerra, también estos días acompañaban a la vida española canciones del momento, así, «La vaca lechera», insólita y extravagante canción, pero que a todos los que vivimos por entonces nos recuerda la alegría de la post-guerra, como los biscuters, los topolinos, los gasógenos, nacidos todos del ingenio español en aquellos momentos de dificultades y racionamientos.

CAPÍTULO XI

EL CASTILLO DE LA MOTA

El castillo de la Mota merece en esta historia un capítulo aparte, no sólo por lo que ha significado para la Sección Femenina, sino por la importancia que, una vez restaurado, ha alcanzado en todo el ámbito de España, y aun en su proyección universal.

El llevar la concentración a Medina del Campo no fue a humo de pajas, en la Sección Femenina no solíamos hacer las cosas sin una razón de ser, y la razón de ir a Medina fue porque pensamos que ningún ambiente mejor encontraríamos para formar a nuestra gente que el del castillo de la Mota, entonces hecho una ruina. En él podrían enlazarse la tradición y la revolución, bajo «el cielo absoluto y la tierra absoluta de Castilla», que no se para en melindres, y para enlazar lo antiguo y lo nuevo pensamos ponerle el nombre de José Antonio, cifra y razón de nuestro existir político.

Y esta idea nuestra la debió de intuir el Caudillo, puesto que en el discurso que nos hizo en la concentración anunció ya la entrega ala Sección Femenina del castillo para nuestra escuela mayor.

Y en su restauración nos metimos inmediatamente con el optimismo y el empuje del que cree de verdad en lo que está realizando. Se inauguraron las obras el 2 de julio de 1939, y fue encargado de dirigirlas el comisario del Patrimonio Artístico Nacional, Pedro Muguruza, quien nombró para llevarlas a cabo al arquitecto Íñiguez, que realizó un bellísimo proyecto, respetando las líneas primitivas, pero sin olvidar, a un tiempo, las exigencias modernas, de manera que, sin perder nada de su belleza y estructura, fuera posible vivir y trabajar en él con sentido y eficacia. Por su parte, Luis Feduchy se encargó del mobiliario y decoración interior.

En la vigilancia de las obras intervino muy directamente Laly Ridruejo, regidora central de Administración, para nuestra desgracia fallecida en 956. Por cierto que entonces Dionisio, su hermano, estaba en la cárcel y fui yo a interceder para que le dejaran salir a acompañarla en este trance. Era entonces ministro de la Gobernación el general don Camilo Alonso Vega, que accedió sin dificultad.

En nuestro deseo de proteger el arte y la cultura, pensamos desde el primer momento en enriquecer las estancias del castillo con obras de los mejores artistas de la época, y así pedimos al escultor José Ciará que nos hiciera una Virgen y después un San José para la capilla de la Mota.

Para adecuarlas al ambiente fue conmigo al castillo, y allí estudió dónde debían estar situadas y de dónde les vendría la luz. Hizo unos apuntes a modo de boceto que tuve la suerte de que me regalara; al poco tiempo presidía nuestra capilla una maravillosa imagen que, bajo la advocación de «Santa María del Castillo», ha ayudado en su afán a muchas promociones de camaradas. En honora la Mota, los emolumentos de Ciará fueron verdaderamente simbólicos, y se los sacamos al gobernador de Valladolid, Tomás Romojaro, porque nosotras no teníamos ni una perra.

Más adelante también se enriqueció la ornamentación de la Mota con obras de Benjamín Palencia, que, por rara casualidad, pagamos nosotras; de Sotomayor, que nos regaló el Caudillo; de Emilio Aladrén, una cabeza de José Antonio, por la que no nos cobró nada; de Aguiar, de Viladomat y cuadros cedidos en depósito por el Patronato del hospital Simón Ruiz, de Medina.

Ya las obras terminadas, bajo la supervisión, en todo momento, del Marqués de Lozoya, director general de Bellas Artes, apareció el decreto de cesión del castillo a la Sección Femenina, el 29 de mayo de 1942. La credencial ha estado hasta hace poco colgada en un cuadro en la sala de honor, y dice así:

«Entre los vestigios venerables de la historia de España, es el castillo de la Mota, en Medina del Campo, uno de los más ricos en contenido histórico… El nuevo Estado, que considera como obra urgente devolver a los monumentos nacionales toda la dignidad de su alto destino histórico…

ninguno más apropiado que el de servir de escuela mayor de mandos de la Sección Femenina de FET y de las JONS, y en su virtud, dispongo:

Artículo 1.— Para instalar la Escuela Mayor de Mandos "José Antonio", se cede el castillo de la Mota, de Medina del Campo, a la Sección Femenina de FET y de las JONS.

Artículo 2.— El castillo de la Mota, de Medina del Campo, en su calidad de monumento nacional, continuará bajo el patrimonio del Ministerio de Educación y Ciencia, y, por tanto, en su conservación y régimen de obras seguirá sujeto a la legislación establecida para los monumentos nacionales.

Así lo dispongo por el presente decreto, dado en Medina del Campo, a 29 de mayo de 1942.— Francisco Franco».

Los mandos de la Sección Femenina se habían formado hasta entonces en escuelas de provincias, donde se vivía todavía como en régimen de guerra. Con la escuela de la Mota empezaban nuestras fundaciones y una nueva etapa en la vida de la Sección Femenina, que no era ya una organización asentada sobre bases provisionales. A partir de la del castillo se empezaron a crear en provincias escuelas mayores, menores y de especialidades, siempre para formación de mandos y profesorados y para reciclaje —como se dice ahora— de afiliadas que estaban ya sirviendo y colaborando en distintos pueblos, para atender a los múltiples servicios creados por la Sección Femenina.

Pero la de la Mota era la que servía de norma para todas las demás. Tenía una perfecta organización, en donde se exigía el esfuerzo con naturalidad, con soltura, y que hacía que las camaradas procedentes de todas las provincias se sintieran a gusto y en plenitud de camaradería y confianza con mandos y alumnas. Así ha funcionado durante 34 años, adecuándose siempre a la realidad del momento social e histórico de España, para no caer en el inmovilismo y la rutina, y el sistema de enseñanza ha ido evolucionando según los métodos imperantes en el mundo de las ciencias pedagógicas, porque jamás en la Sección Femenina hemos sido inmovilistas.

En todos los cursos, fueran de la clase que fueran, se daba, además, educación física, formación religiosa, política y cultura general, así como

convivencia social para desterrar de la vida diaria vulgaridades y chabacanerías y exigir en las alumnas el rigor que preconizaba José Antonio.

La formación religiosa estuvo siempre orientada por fray Justo Pérez de Urbel, siguiendo, paso a paso, el camino de la liturgia, orientación que se ha adelantado, casi en veinte años, a las normas del Concilio Vaticano II, como ya he dicho anteriormente, y que se implantó desde el principio con carácter de voluntariedad, excepto la misa de los domingos.

En la formación política, basada sobre todo en José Antonio, se incluía, además, la historia de las ideas políticas y política internacional, y para completar la formación de las alumnas se les daba Historia de la Cultura, Sociología y Psicología. Se reforzaban las enseñanzas con conferencias, conciertos, teatro, excursiones culturales, trabajos de grupo y trabajos individuales sobre los temas estudiados. Con todo ello, la formación del alumnado se asentaba en una base importante. Y para que nadie quedara fuera de poder cultivarse, también se daban clases al personal subalterno.

En 1948 empezó en el castillo otra tarea de gran responsabilidad: la formación de cumplidoras del Servicio Social que lo desearan en régimen de internado.

Durante el verano habla también cursos de licenciadas colaboradoras de la Sección Femenina, y muchas de ellas mandos de la misma.

Por otro lado, se reservaba en todos los cursos plazas para alumnas hispanoamericanas becarias de la Sección Femenina, en nuestro afán de aproximarnos al mundo hispánico, preocupación primordial desde siempre en la organización.

En 1952 se hizo una importante repoblación forestal, que hoy día embellece los alrededores del castillo y permanece crecida y hermosa, después de un primer intento que se comieron las cabras.

En un sótano del castillo aparecieron cuatro bombardas del siglo XV. Regalamos tres al Alcázar de Segovia, donde figuran con una placa que hace constar la donación de la Sección Femenina, y la otra está en el castillo de las Navas, restaurado y habilitado también por nuestra organización como escuela de instructores de juventudes y del magisterio.

Desde siempre se dio participación al pueblo de Medina en las actividades culturales del castillo, ya que las relaciones entre el castillo y Medina del Campo fueron excelentes, cosa que nunca agradeceremos bastante a sus habitantes, a los que, por su parte, el castillo ha procurado también corresponder. En este momento, entre tantos amigos y colaboradores, recordamos especialmente a los sucesivos alcaldes, Aurelio Rojo y Juan Antonio Cendón, en los cuales hemos encontrado siempre apoyo y comprensión; a los doctores Miguel Diez Gil, médico titular de la escuela, que con verdadera abnegación y acierto asistió clínicamente durante todo el tiempo a las alumnas, y Federico Velasco, que impartió las clases de Puericultura.

Para esta compenetración con el pueblo se organizaron, con textos muy escogidos, lecturas teatrales y representaciones de romances y autos-sacramentales, dentro del mismo castillo o en los salones del Instituto Técnico Laboral «Emperador Carlos», que nos cedía amablemente don Ignacio Sánchez López, director del mismo, y también gran colaborador nuestro. Se interpretaron, entre otras obras: «La Anunciación a María», de Claudel; «Asesinato en la catedral», de S. Eliot; «El pequeño príncipe», de Saint Exupery; «La zapatera prodigiosa», de Federico García Lorca; «Antígona», de Sófocles; «Fedra», de Unamuno… y como actividades musicales se dieron recitales del Cuarteto de Praga, del Grupo de Madrigalistas, de Luis Galve, de Gonzalo Soriano…

Y, sobre todo, dos motivos que ligan definitivamente mi persona a Medina y a su castillo. Uno, cuando el Caudillo me concedió el título de Condesa del Castillo de la Mota. Otro, cuando en 1940 recibí, de manos del alcalde, Aurelio Rojo, el título de hija adoptiva de Medina del Campo y la Medalla de Oro de la Villa, a cuyas concesiones contesté con las siguientes palabras:

> «Señor alcalde:
>
> Pocas cosas en la vida son para mí tan agradables como ésta de hija adoptiva de Medina del Campo. Medina es para mí no un lugar más de los muchos que recorro al cabo del año; Medina es para mí lugar de predilección.

Asentada la Falange en la tradición histórica, yugo y flechas en el emblema sobre nuestra camisa, la Medina de Isabel I no podía estar ausente de los fundamentos de la Sección Femenina. Por eso trajimos aquí la concentración de 1939, y por eso, con la generosa ayuda del Caudillo, hemos levantado de nuevo las almenas de la Mota.

Pero todo esto no lo hicimos a humo de pajas, porque si bien es verdad que Medina nos debe algo a nosotras, nosotras le debemos mucho más a Medina, le debemos: el ambiente que circunda a la Mota, el espíritu de sus gentes, el peso de su historia, que van calando en el alma de las alumnas y haciéndolas mejores. Porque sabíamos eso, tuvimos empeño en traer nuestra escuela mayor al castillo y que por aquí pasaran las que serían en el futuro los mandos primeros de la Sección Femenina.

Esto, unido a la eficacia demostrada por los sucesivos mandos que han ido regentando la Mota, ha hecho, indudablemente, de esta escuela la clave del éxito que hayamos podido alcanzar en la Sección Femenina.

Por eso le debemos tanto a Medina, depositaría del último aliento de la reina Isabel, de los pasos fundacionales de Teresa de Jesús y de tantas vidas y cosas; Fernando de Aragón, San Juan de la Cruz, que por aquí pasaron, y son para nosotras ejemplo y medida en nuestra inquietud actual de buscar y desear para nuestro tiempo "la Patria, el Pan y la Justicia".

Que eso hemos querido hacer de la Mota: síntesis de la tradición y la revolución al modo joseantoniano, y bajo la inspiración de su nombre, que enarbola el castillo.

Por último, aún otra vinculación, por gracia del Caudillo, me liga a la Mota, su nombre unido a mi nombre para toda la vida, como en una mayor exigencia de preocupación por lo que a estas tierras atañe.

No en el sentido benefactor de otros tiempos, sino buscando la raíz de sus problemas para tratar de darles solución. Por ejemplo, ahora, quizá problemas económicos puedan redundar en graves

problemas políticos si no se atiende a razones que no son pura casualidad, sino invariantes permanentes de los pueblos. Estas gentes de Castilla que nunca piden nada, que tienen la dignidad de ocultar sus dificultades, que forman el núcleo de la unidad española, tienen que emigrar, en muchos casos, a tierras más feraces y de economías más prósperas para poder sobrevivir. Esto que en un principio pudiera parecer un simple cambio de clima es, sin embargo, a mi modo de ver, un grave problema histórico para el futuro de España. Si Castilla se despuebla, ¿quién aglutinará la diversidad de las regiones?

Ahí está la cuestión para quien pueda resolverla. Y ahora, muchas gracias por esa medalla que me obliga a una mayor exigencia, y que es mi orgullo…»

En el año 1959, cuando se trasladaron al Valle de los Caídos los restos de José Antonio, se colocó en la capilla la losa que, en El Escorial, había cubierto su sepultura.

En 1969, a petición del presidente de la Diputación de Valladolid. José Luis Mosquera, se celebró allí la clausura de los actos que venían celebrándose por el V Centenario de la boda de los Reyes Católicos. Asistieron invitados del mundo hispano-americano, embajadores y representantes de muchos países acompañados por el presidente del Instituto de Cultura Hispánica, Gregorio Marañón Moya, buen amigo y camarada de siempre.

En 1971, el Caudillo me había concedido el collar de la Orden de Cisneros, y en el castillo, en un acto lleno de hondura, me lo impuso Torcuato Fernández Miranda, entonces ministro secretario general del Movimiento, en cuyo acto nos dio una estupenda lección política, estimulante para la Sección Femenina y especialmente para mí.

Durante todo este tiempo han sido innumerables las visitas de profesores y profesionales importantes que han pasado por sus estancias, algunos de los cuales, amigos y entusiastas colaboradores de entonces, han tenido después empeño manifiesto en demostrar su disconformidad con aquello que sirvieron con tanta asiduidad, y, al parecer, con tanto

convencimiento. Estas desilusiones de personas en quienes confiaste siempre son amargas.

Entre los entrañables camaradas o amigos que asiduamente nos acompañaban recuerdo a Raimundo Fernández Cuesta, Carlos Ruiz, José Antonio Elola Olaso, Carlos María Rodríguez de Valcárcel, Francisco Labadíe Otermín, Dionisio Martín Sanz, José Martínez Emperador, Diego Márquez, Miguel, mi hermano; Conde de Mayalde, José Luis Zamanillo, Diego Salas Pombo, Eugenio Montes, Agustín de Foxá, Martín Almagro, Gerardo Diego, Pedro Laín Entralgo, Antonio Tovar, Julián Pemartín, que dio la primera clase al inaugurarse el castillo; Jesús Suevos, Torrente Ballester, Julián Marías, Felipe Ximénez de Sandoval, Eduardo Adsuara, José Miguel Ortí Bordás, Eduardo Navarro, Francisco Eguiagaray, Ricardo de la Cierva, Cruz Martínez Esteruelas, Rodolfo Martín Villa, David Jato Miranda, Manuel Ballesteros Gaibrois, Manuel Cantarero del Castillo, Fernando Suárez, Luis González Seara, Marcelo Arroita-Jáuregui, Eugenio Lostau, Ismael Medina, Pedro Farias, Juan Velarde Fuertes, Ernesto Giménez Caballero, Fernando Castiella, Mergelina, rector de la Universidad de Valladolid; Leopoldo Panero, Víctor de la Serna, George Uscatescu, José Luis Sáenz de Heredia, Claude Popelín, Maurice Legendre, tan hispanista, y Fray Justo Pérez de Urbel, que para nosotras era mucho más que un profesor.

También ha sido visitado el castillo por innumerables personalidades de todo el mundo, especialmente del mundo hispano-americano. Pensadores y profesores que daban clases allí, como Jaime Eizaguirre, Alfonso Junco, César Pico, Luis Garibay, Ignacio Anzoátegui, Enrique Larreta, Mario Amadeo, José Vasconcelos, Juan Carlos Goyeneche, Eduardo Carranza y por un sinnúmero de españoles que lo visitaban con admiración.

Aparte del Caudillo que nos lo entregó, recibimos allí a Don Juan Carlos y a Doña Sofía, aún Príncipes de España, doña Carmen Polo de Franco, monseñor Escrivá de Balaguer y Álvaro del Portillo, Otto de Habsburgo, Rachele Mussolini y su hija Ana María, don Marcelo González Martín, después cardenal primado de España; el ministro de Educación Nacional, José Ibáñez Martín; don Alfonso y don Gonzalo de Borbón Dampierre, Eva Duarte de Perón, Joaquín Ruiz-Giménez, Jimena Menéndez

Pidal, Daniel Vázquez Díaz, Enrique Pérez Comendador, Lafuente Ferrari, y, como visita muy destacada, tuvimos la de don José Ortega y Gasset. Fuimos desde Madrid con él la Duquesa de Dúrcal, la Condesa de Yebes y yo, que no perdíamos palabra de las que decía, y también nosotras le contábamos nuestras vivencias de la España que él no había vivido. Recuerdo su placer al hacer desde Madrid este viaje por Castilla y las cosas prodigiosas que sobre Castilla nos pudo decir. El insigne pensador, después de pasar un día en el castillo y almorzar con nosotras, quedó admirado de la corrección y el orden con que se desenvolvían las alumnas y, tras asistir a un acto cultural, comentó: «Con cincuenta escuelas como ésta se transformaba España».

Los visitantes eran siempre recibidos con unos laudes gregorianos de la Edad Media que había implantado fray Justo.

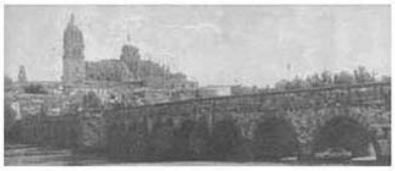
Por otro lado, el castillo se ha adentrado en el ser de la vida humana. Toda la vida pasó por allí: ha habido bautizos, primeras comuniones, bodas y hasta la tristeza de una muerte. Allí se bautizó una hija de Tomás Romojaro, a la sazón gobernador de Valladolid, y gran protector de la Mota, que recibió el nombre de María del Castillo; hizo la primera comunión Alfonso Diez Cifuentes, hijo de Miguel, el médico, que después se casó, igualmente en la Mota, con Carmen García Sánchez. Se casaron también, entre otros, Chelo Larrucea con Antonio Tovar, Pilar Lago con José María Cernuda, Josefina Veglisón con el doctor Juan Martínez Díaz…

Toda esta inmensa labor de 34 años de escuela ha estado presidida por tres jefes, catalanas las tres, cada cual en su momento: Mercedes Sanz Punyed, antigua delegada de Tarragona, jefe del segundo viaje de Coros y Danzas a Hispanoamérica, dotada de claro sentido político y de responsabilidad; Asunción Olivé Noy, antigua delegada de Gerona y cuarta secretaria nacional de la Sección Femenina, y Nuria Vives Carnicer, instructora general de Juventudes de Barcelona, a quien, por su cultura, sensibilidad política y social, inteligencia y refinamiento se le debe, sin duda, gran parte de la eficacia y éxito del castillo.

El castillo siguió funcionando hasta 1977, en que, al disolverse las Organizaciones del Movimiento por R. Decreto Ley de 21-1-77, se ordenó la formación de nuevos órganos que recogerían los cometidos y contenidos

de algunas delegaciones nacionales del Movimiento, uno de los cuales fue el Ministerio de Cultura que en 1982 ha publicado un folleto detalladísimo sobre el castillo de la Mota, pero esta inmensa labor realizada por la Sección Femenina durante 37 años, desde que empezó la restauración del castillo, se la despacha con tres líneas en la página 20, donde dice: «Que en el año 39 el Caudillo donó a la Sección Femenina el castillo de la Mota, que lo restauró con todo respeto y rigor arquitectónico». Menos mal que por lo menos nos reconocen eso, pero de la labor cultural, de enriquecimiento artístico, de expansión universal, de todo eso, nada.

Al margen de este reconocimiento tan poco glorioso por parte de la Administración, el 7 de mayo de 1977 un grupo de camaradas y amigos, especialmente las autoridades de Valladolid y Medina, quisieron rendir en mi persona homenaje a la Sección Femenina antes de su disolución, del cual hablaremos en el momento oportuno.



Vista panorámica de Salamanca, con el puente sobre el Tormes

Las milicias de Falange aportaron el mayor contingente de voluntarios que se registró en la guerra. Manuel Hedilla preside, en la foto de arriba, un desfile de falangistas voluntarios, en Burgos. Le acompaña el jefe provincial, José Andino. Los acontecimientos de Salamanca supusieron la destitución y encarcelamiento de Hedilla.

Una escena de las habituales en la capital salmantina: los soldados desfilan bajo los arcos plateresco de la plaza Mayor

La Sección Femenina se organizó activamente en zona nacional en las más diversas tareas asistenciales. Arriba, enfermeras falangistas en un hospital de Mallorca.

Comedores infantiles de Auxilio Social.

Hermandad de la Ciudad y del Campo, para suplir los brazos masculinos en las tareas campesinas

Otra de las sacrificadas tareas de la Sección Femenina: lavaderos del frente, aparece reflejada en la foto de arriba.

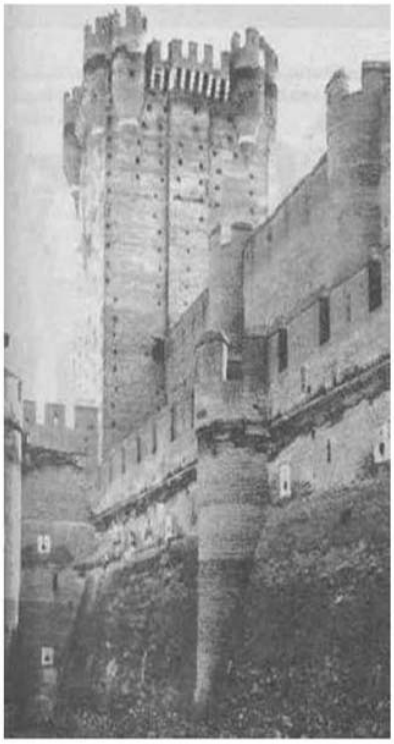
Pilar en su visita a una de las escuelas de formación de mandos de la Sección Femenina, en plena guerra.

Las tareas formativas que fueron característica esencial de la S.F. Se iniciaron cuando aún se combatía en las trincheras, y queda reflejada en la foto

La guerra no interrumpió, antes bien estimuló, la celebración de Consejos Nacionales de la Sección Femenina para analizar y programar sus actividades. En la foto, Pilar preside el II Consejo Nacional, celebrado en las ciudades de Segovia y Ávila. Le acompaña Dora Maqueda, ya en zona nacional, que había asumido de nuevo la Secretaría nacional de la Organización

El III Consejo Nacional, ya pletórico de realizaciones, se clausuró en Zamora, en enero de 1939, y ante el presentimiento del fin de la guerra preparó los caminos y acciones de la paz. En la foto, Pilar Primo de Rivera saluda brazo en alto, junto a Carlos Pinilla, entonces gobernador civil y jefe provincial

En mayo de 1939, un mes después de la Victoria, la Sección Femenina, concentrada en Medina del Campo, rindió homenaje de gratitud, en nombre de la mujer española, a las Fuerzas Armadas y a la persona de Franco. En la foto, un momento de la concentración.



Castillo de la Mota.

Pilar y el Marqués de Lozoya, inspeccionando la obras de restauración del castillo que había de ser escuela matriz de la Sección Femenina.

Franco condecora a una enfermera de la Sección Femenina. Le acompaña Fernández Cuesta. La aportación femenina a la guerra fue heroica y sacrificada.

El Jefe del Estado y del Movimiento en la inauguración del castillo de la Mota como Escuela Nacional de la Sección Femenina

Durante la inauguración del castillo de la Mota como Escuela de Mandos, Pilar Primo de Rivera entrega al Caudillo los libros «Consejos Nacionales», que resumían ¡atarea realizada por la Sección Femenina en los años transcurridos

Durante la inauguración del castillo de la Mota como Escuela de Mandos, Pilar Primo de Rivera entrega al Caudillo los libros «Consejos Nacionales», que resumían ¡atarea realizada por la Sección Femenina en los años transcurridos

La liberación de las provincias sometidas al dominio marxista aportó una pesada carga de miseria que hubo de superarse con sacrificios y racionamientos. Arriba, un comedor de Auxilio Social.

Todavía en Burgos de 1938, Serrano Suñer, Fernández Cuesta y Dionisio Ridruejo.

Jóvenes segovianas en las faenas del campo

En el frente de Granada, 1938, Mercedes Sanz Bachiller y Narciso Perales pasan revista a una unidad militar de Falange.

Las hermanas María Luz y María Isabel Larios, enfermeras de la Sección Femenina, en el frente de Madrid, que después de caer prisioneras en Brunete, fueron canjeadas y condecoradas con la Cruz Militar con distintivo rojo

Vieja fotografía familiar de María Paz Uniciti, quien en el Madrid rojo de 1936 organizó clandestinamente el «Auxilio Azul», también conocido como «Socorro Azul». Miles de vidas se salvaron así del fusilamiento y la muerte violenta o por hambre. María Paz Unciti pagó con su vida, y fue fusilada en las tapias del cementerio de Vallecas. Su hermana Carina tomó el relevo y acentuó la eficacia de la organización.

Una escena habitual en las ciudades liberadas. Con la vanguardia, las mujeres falangistas de Auxilio Social reparten víveres a la población civil. Esta escena corresponde a Tarragona, el día de la liberación

Al liberarse Alicante, una delegación falangista procedió a la exhumación del cadáver de José Antonio, que pasó de la fosa común a un nicho preparado para ello. Fue el 4 de abril de 1939. La foto de arriba refleja el instante del traslado.

Medallas y escapularios encontrados en el cadáver del fundador de Falange.

Escuadristas de la Falange, junto al féretro, antes de iniciar el traslado a pie desde el cementerio de Alicante hasta el monasterio de San Lorenzo, en El Escorial

La comitiva fúnebre hace alto en Aranjuez, donde la Falange local toma el relevo, tal como aparece en la foto superior.

El paso por la capital de España. El clero, con Cruz alzada, precede al féretro, que es portado en hombros, por la calle de Alcalá

Los hermanos Miguel y Pilar Primo de Rivera, presiden el traslado de los restos que, en Madrid, recibieron honores militares. Millares y millares de madrileños jalonaron el paso de la comitiva, en un homenaje Póstumo al fundador de la Falange.

El féretro, a su paso por la plaza de Cibeles, con el edificio de Correos al fondo

Veinte años después, los restos de José Antonio son trasladados de nuevo. Esta vez, desde El Escorial al Valle de los Caídos. Arriba, el instante en que se abrió el enterramiento.

CAPÍTULO XII

EL DESCONTENTO DE LA FALANGE

Y la Sección Femenina seguía con sus quehaceres, cada vez más amplios: cátedras ambulantes, regiduría de Trabajo, leyes para la promoción de la mujer, escuelas profesionales y rurales, consejos nacionales que marcaban la pauta…, pero nuestro espíritu no estaba contento. Por los condicionamientos que consigo trajo la guerra, el Régimen no era un Régimen falangista, como habíamos soñado. Gran participación de los grupos capitalistas y de derechas, escasos ministros falangistas, le daban un talante que a veces poco tenía que ver con nosotros, a pesar de que el nuevo Estado se basaba en los 26 puntos de la Falange. Muchos camaradas en altos puestos hicieron lo que pudieron: Raimundo Fernández Cuesta, quien mantuvo siempre un fiel e inteligente magisterio de la doctrina de José Antonio; Girón, promotor de las grandes reformas sociales, que dieron al mundo trabajador mucho más de lo que nunca pudo soñar, y que en el orden sindical continuaron Gerardo Salvador Merino y José Solís; Arrese, que tanto batalló en defensa de nuestra política; Miguel, mi hermano; Carlos Rein, Sanz Orrio, José Antonio Elola Olaso, Jesús Romeo, Jesús Rubio, Lamo de Espinosa, Germán Álvarez de Sotomayor, Dionisio Martín Sanz… También algunos gobernadores falangistas: Carlos Ruiz, Utrera Molina, Pardo de Santayana, José Luna, Pinilla, Labadíe, Julve, Tomás Romojaro, Rincón de Arellano, Salas Pombo… y, por supuesto, la Sección Femenina, que era tercamente seguidora del pensamiento de José Antonio y como el reducto donde se conservaban en su integridad los principios falangistas, con el consentimiento tolerante del Caudillo, que nos dejaba andar a nuestro aire y que siempre nos apoyó.

Hacia fuera podía pensarse que la Falange establecía la norma, pero en el fondo no era así; había que hacer partícipes a los grupos que, de una manera o de otra, ayudaron a la guerra, y nuestra presencia en muchas cosas era más aparente que real, a pesar de la enorme participación falangista en la contienda. Por otro lado, aumentaron este descontento los sucesos de Begoña que el año 42 costaron la vida al camarada Domínguez y otros castigos infligidos por los estamentos oficiales a camaradas de la Falange. También lo aumentó en alto grado el traslado de José Antonio del Escorial al Valle de los Caídos, por motivos no muy explicables, de carácter monárquico, que sustentaba, sobre todo, el almirante Carrero Blanco, muerto después trágicamente asesinado, porque los enemigos de España quisieron quitar de en medio al que hubiera sido, sin duda, continuador de la política de Franco. Carrero no hubiera consentido nunca la reaparición de la masonería ni la disgregación de España en nacionalidades. Y nosotras tenemos que agradecer también el apoyo que siempre recibimos de él.

El Caudillo quiso contrarrestar personalmente este traslado tan mal recibido de José Antonio, rindiéndole toda clase de honores y dándole la preferencia, incluso, por encima de él mismo, en los enterramientos de Cuelgamuros.

Pero todo esto dejaba en la Falange una amarga y rabiosa desazón interior. Porque verdad es que no era el Caudillo quien nos daba de lado, sino algunos de sus colaboradores más influyentes, que tenían sus ideas particulares sobre el pasado y el futuro de España y no nos veían con buenos ojos, hasta el punto de que Miguel y yo habíamos decidido recuperar para la familia el cuerpo de José Antonio y alejarlo de actos oficiales, pero la Falange exigió como suyos, y con razón, sus restos, y nosotros, finalmente, accedimos a ello.

Más adelante, hacia 1957, la aparición de los políticos del Opus Dei —los llamados tecnócratas— venían, asimismo, a marginarnos políticamente, con algunas excepciones muy significativas de quien la Sección Femenina recibió toda clase de ayudas, no sólo por su valor social, sino por un reconocimiento de los valores políticos y humanos de José Antonio. Me refiero, especialmente, a Laureano López Rodó y a Alberto Ullastres, en quienes siempre encontramos apoyo.

El escrito que transcribo a continuación y dos Consejos Nacionales, celebrados uno en Málaga y otro en la Mota, dan la medida de nuestra insatisfacción interior.

María Paz Unciti, como ya se ha dicho, llevaba en Madrid, con su hermana Carina, el Auxilio Azul, que atendía a perseguidos y presos. La asesinaron los rojos, y ante su sepulcro, después de la liberación, pronuncié la siguiente alocución en forma de carta, como pidiéndole excusas por nuestra, a veces, acomodaticia conducta.

> «Camarada María Paz Unciti:
>
> Ante la presencia de tu cuerpo muerto por España y por la Falange, vuelve a revivir en nosotros la trágica obligación que tenemos de entregarlo todo antes de consentir un solo avance del enemigo.
>
> Bien entendido que el enemigo para nosotros no es sólo el que combatimos con las armas en la mano, sino también, y mucho más peligroso, el que quiere aprovecharse de la sangre de nuestros muertos para dirigir situaciones que ellos no provocaron ni merecieron, porque su actuación fue siempre cauta y escurridiza. Quizás en parte seamos nosotros culpables de que hayan llegado a tanto; el transcurso del tiempo y el desgaste de la lucha nos ha ido haciendo más condescendientes; el desaliento moral ha presidido quizá muchas de nuestras claudicaciones. Pero llegan momentos como éstos, en los que volvemos a recordar la apasionada intransigencia de los primeros tiempos que convivimos contigo, camarada María Paz, y queremos volver a ser como éramos entonces, servir a la verdad como antes la servíamos.
>
> Tú también pudiste ceder y no cediste; tú también pudiste avenirte a muchas cosas para salvar el don inestimable de la vida en comienzo, y preferiste perderla por servir a nuestra verdad entera, a nuestra entera verdad falangista.
>
> Si vieras con qué remordimientos hemos pensado muchas veces en si merecía la pena de que tú, todas nuestras camaradas caídas, los miles de falangistas que han muerto por la Patria, y, sobre todos

ellos, José Antonio, hayáis dejado la vida temporal para conseguir una España mejor que nosotros no acabamos de entregaros.

Sacrificios también los hacemos, eso es verdad; la renuncia diaria a muchas cosas apetecibles para la vida, pero al cabo de quince años aún nos debatimos entre gruesas y falsas interpretaciones de nuestra Falange, y, lo que es peor, entremezclados con los que jamás tuvieron la claridad mental suficiente para entendernos.

Yo sé que en una ocasión como ésta se debe perdonar; nosotros les perdonamos todo el mal que nos están haciendo, pero también se debe exigir fidelidad a las razones de vuestra muerte; eso es lo que nos enseñó José Antonio.

Por eso hoy, como él entonces, te decimos:

Camarada María Paz Unciti, gracias por tu ejemplo.

Que Dios te dé su eterno descanso y a nosotros nos niegue el descanso hasta que hayamos sabido ganar para España la cosecha que siembra tu muerte.

Camarada María Paz Unciti: ¡Presente! ¡Arriba España!

Como prueba de nuestra conformidad con tu conducta falangista, impongo sobre tu cuerpo muerto la "Y" de Oro, emblema y singladura de nuestra reina Isabel».

Por otro lado, en el Consejo Nacional de Málaga, en 1956, aflora constantemente esta preocupación, como lo demuestra mi discurso a las camaradas allí reunidas:

«… Nosotras pedimos a la vida mucho más que puedan pedirle los seres contentadizos. Quizá hemos querido exigirle tanto a un mundo lleno de chatos conceptos y de moldes pasados que a veces nos deprime la desilusión. Somos como Quijotes, luchando contra fantasmas de molino.

… Hemos intentado hacer una España más ágil, más limpia, más veraz, más bella, más justa… y la mediocridad nos va pudiendo; no conseguimos romper con las losas agobiantes de la

vulgaridad y el estancamiento. No han querido o no han sabido entendernos la mayoría de los españoles apegados a sus rutinas o a sus rencores. Al cabo de quince años, en los cuales hemos entregado lo más florido de nuestra juventud, nos encontramos con que los valores están subvertidos, los más generosos sacrificios, escamoteados; no se mide el mérito de las personas y los hechos en sí mismos, sino en razón de la tendencia política que sirven o que sirvieron. Una vez más, el intento de una revolución para todos y en todos los españoles puede malograrse si la Falange no acude con ímpetu a sustituir lo caduco…

La tristeza y el peligro para la Falange no está en que no nos entiendan los jóvenes, que esos sí nos pueden entender, porque José Antonio murió a los treinta y tres años y su doctrina es fresca, lozana y poética, como salida de una mente que no ha envejecido. La tristeza está en que ni aun entendiéndonos sean capaces, ahogados por lo que en España ahoga a tantos nobles impulsos, de implantar nuestra revolución… Quizás es que la juventud actual está desilusionada o desinteresada de la política por falta de panorama sugestivo. Le interesa más lo social que las formas políticas completas…»

También por estos motivos de descontento en el Consejo del castillo de la Mota, celebrado el año 1958, se planteó la oportunidad de continuar o no, a pesar de nuestra insatisfacción interna, en la Sección Femenina. Finalmente, pesó más en nuestros ánimos el quehacer que llevábamos entre manos y lo que podíamos aún conseguir y hacer por España, que adoptar la posición más cómoda de dejarlo todo abandonado. Incluso fue por aquel entonces cuando yo presenté mi dimisión al Caudillo. Franco no aceptó ni quiso oír hablar de ello, y me dijo un camarada que le veía con frecuencia que aquello le había afectado y preocupado mucho, cosa que, entre tantas otras, tengo que agradecerle por lo que suponía de confianza en mí. Por estas épocas, más o menos, nacieron los Círculos José Antonio para mantener la pureza de la doctrina. Fueron fundados por mi hermano Miguel, Jesús Fueyo, Luis González Vicén y Julián Pemartín, que fue su

primer presidente. A ellos perteneció, sobre todo en un principio, lo más florido de la Falange. Su último jefe, antes de unirse a ésta, fue Diego Márquez Horrillo.

A pesar de todo cuanto digo aquí, tal y como después han venido las cosas, hemos de reconocer que, pese a todos nuestros disgustos, aquel régimen servía a España, a su irrevocable unidad y a la justicia, y que el nacido después de la muerte de Franco ha hundido a la Patria en los más profundos abismos, enalteciendo así y elevando la figura del Caudillo a las alturas que por su ingente obra, su patriotismo y sus dotes de estadista merece.

CAPÍTULO XIII

LEYES IMPORTANTES

Pero no sólo abríamos escuelas o intentábamos salvar el folklore español con «Coros y Danzas», preparar mejor a las campesinas, dar una cultura general básica a todas las mujeres, cultivar a la juventud; nuestros deseos iban mucho más allá. Queríamos conseguir logros completos con la publicación de leyes que mejoraran la condición profesional de la mujer. Por eso desde el principio se montó el Servicio de Asesoría Jurídica, dirigido primero por Pilar Romeo, y más tarde por Carmen Salinas y Aurora Huber, con asesoramiento también de varones como el abogado Evelio Reillo.

Uno de los más importantes logros conseguidos por la Sección Femenina fue la Ley sobre Derechos Políticos, Profesionales y de Trabajo de la Mujer, promulgada en 1961, y defendida por mí en las Cortes, que ha hecho posible cuanto se ha conseguido legislar posteriormente, aunque se airee ahora por todas partes que las ventajas logradas son debidas a la actual democracia.

Ya durante la guerra civil, y tanto en el Fuero del Trabajo como en el Fuero de los Españoles, elevados tanto uno como otro a rango de Leyes Fundamentales, se recoge un principio de igualdad para todos los españoles y se establece en el orden político el derecho de la mujer a participar directa y activamente en la política mediante el derecho de voto (reconocido ya para la mujer por la Constitución de 1931), y, asimismo, el derecho a ser elegida para cualquier cargo de Gobierno a todos los niveles (única excepción: ocupar la Jefatura del Estado, por el artículo 9.º de la Ley de Sucesión).

Estas declaraciones, recogidas en ambos Fueros, hubieran debido ser la inspiración de todos los principios legislativos, y en ellas está la esencia que prohíbe cualquier norma discriminatoria e injusta que afecte a la «capacidad jurídica privada de la mujer».

Pero, curiosamente, después de la guerra hay como un retraimiento a que la mujer aparezca en el campo público y se le presentan más trabas. Así, en cualquier oposición del Estado que se convocaba antes de esta ley de 1961, a los requisitos necesarios para opositarse añadía la palabra «varón», con lo cual las mujeres quedaban invalidadas automáticamente, aunque tuvieran todos los títulos requeridos. En el sentido de reformar éstas y otras disposiciones que cerraban el paso a la mujer profesional, acudí a varios organismos, porque era injusto exigirles los mismos esfuerzos, los mismos gastos, la misma titulación y al momento de darle una salida con el requisito de varón se les cerraban todas las puertas, pero después de innumerables gestiones para arreglarlo y de no conseguir nada, salvo en el Ministerio de Asuntos Exteriores, que aceptaron inmediatamente la modificación respecto a los lectores de español en las Universidades extranjeras, fue cuando la Sección Femenina se decidió a intentar resolver, de una vez, este importantísimo problema mediante la promulgación de una ley en la que se declarase, de forma terminante, los derechos de la mujer a participar en la vida política, profesional y de trabajo, y a tal efecto se formó una junta para preparar el trámite legal de una proposición de ley. La junta estaba compuesta por: los procuradores Manuel Fraga Iribarne, Emilio Lamo de Espinosa, Antonio Tena Artigas, Francisco Labadíe Otermín, fray Justo Pérez de Urbel; las camaradas Pilar de Baile, Carmen Salinas, que actuó de secretaria, y yo.

Se preparó un proyecto con un contenido realmente idéntico al que saldría aceptado. Se discutió mucho el artículo 3.º en el apartado que se refiere a excepciones, por ejemplo: el que las mujeres no debían entraren el Ejército (idea por aquel entonces aceptada en todos los países). Y tengo que decir, en su honor, que el artículo 4.º acerca de la mujer trabajadora, fue una iniciativa importante de Fraga.

Se decidió que yo, como primera responsable, escribiese una carta a cada procurador enviando el proyecto y explicando en la carta las razones

de la proposición que se iba a presentar a las Cortes para que nos apoyaran, y en menos de un mes contestaron afirmativamente el 85 por ciento de ellos, con lo cual, al obtener tal mayoría el Gobierno, no podría oponerse. Entonces presenté la proposición de ley a don Esteban Bilbao, presidente de las Cortes, ley que fue aceptada sin dificultad, y con ella quedaron derogados los reglamentos menores que se oponían a la incorporación de la mujer a la vida civil y de trabajo. Sin embargo, aún quedaron algunas limitaciones respecto a la carrera judicial, referentes a magistrado, juez y fiscal, que fueron eliminadas en otra ley presentada también por mí en el año 1966, e igualmente aprobada.

La ley de 1961 y su ampliación de 27 de diciembre de 1966, evidentemente, han sido uno de nuestros grandes logros, y la demostración de cuán equivocados están los que creen que es a partir de 1975 cuando se ha empezado a hacer algo para la liberación de la mujer, o que la Sección Femenina se ha limitado a preparar a la mujer para sus deberes familiares, cosa, por otro lado, importantísima e irrenunciable, pero que no se había preocupado de nada más en virtud de una supuesta mentalidad retrógrada.

Pero no son éstas solas las leyes importantes conseguidas que hayan cambiado como de la noche al día la situación de la mujer en España. Bastante más adelante, en el 73, al detectar una fuerte inquietud ante la actitud de los órganos de Gobierno, inició la Sección Femenina una nueva trayectoria para conseguir algo tan trascendental como la reforma del derecho de familia, lo que suponía una reforma del Código Penal. Entre las razones que nos empujaban a ello, las más importantes eran que en él se dictaminaba:

1.º.— La pérdida de la nacionalidad española de la mujer al casarse con un extranjero.

2.º.— La patria potestad, que convertía al marido en señor y juez de cuanto hacía la mujer y sucedía en la casa.

3.º.— La licencia marital, ya que la mujer, al casarse, quedaba incapacitada para comprar o vender lo que le pertenecía por derecho propio. Se daba el caso de que una mujer pudiera hacer todas estas

operaciones de soltera, por ser mayor de edad, y al casarse perdía esta mayoría de edad.

Todo esto fue defendido por Carmen Salinas, asesor jurídico de la Sección Femenina, quien después formó parte de una comisión designada al efecto e incorporada más tarde, por decisión del ministro de Justicia, a la Comisión General de Codificación, quien estimó dar prioridad a los estudios hechos por la primera comisión, incorporando a Carmen Salinas y a Belén Landáburu, representante entonces, también, de la Sección Femenina a la Comisión General de Codificación. Así se consiguió la redacción de un proyecto de ley que se aprobó en el Pleno de las Cortes del 29 de abril de 1975.

Sólo el haber conseguido estas leyes debiera ser suficiente para reconocer los esfuerzos de la Sección Femenina para apoyar en toda su integridad los derechos de la mujer.

CAPÍTULO XIV

HISPANOAMÉRICA

Durante nuestra vida política habíamos hecho varios viajes al exterior, sobre todo al principio, a Italia y Alemania, por aquello de que, con Portugal, fueron los únicos en Europa que veían con simpatía nuestro Movimiento y estaban de nuestro lado. Sin embargo, en seguida comprendimos que nuestra verdadera proyección histórica no era primordialmente en aquella Europa que nos despreciaba, ni tampoco en el nacionalsocialismo alemán, ni en el fascismo italiano, por ser nuestra ideología diferente; y, adentrándonos en la Historia, nos afirmamos en la tesis de que nuestra proyección debía dirigirse al mundo hispanoamericano.

Así concebimos la idea de celebrar un congreso en Madrid, a donde concurrieran grupos de aquellos países y de Filipinas, para conocernos mutuamente y mantener unas vinculaciones con aquel mundo que nunca hubieran debido perderse. Por otro lado, el servicio exterior de la Sección Femenina, que iba ya configurándose regido por Vicky Eiroa, con la colaboración del Instituto de Cultura Hispánica, dirigido por Alfredo Sánchez Bella, en quien siempre encontramos ayuda, se ocupaba de traer becarias estudiantes, profesionales, profesores que, inmediatamente, se ponían de acuerdo con nosotros, con lo cual teníamos ya una base para la organización de nuestro congreso y, por supuesto, todos ellos visitaban el castillo de la Mota y otras actividades nuestras, lo que dio lugar, más tarde, a que las invitaciones no se limitaran sólo a varones, sino también a chicas que convivían en nuestras escuelas durante seis meses o un año y compartían nuestros trabajos.

Por fin, en 1951, se fijó la fecha para el congreso, al que asistieron dieciocho naciones: Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Cuba, Chile,

Ecuador, España, Haití, Filipinas, Méjico, Panamá, Puerto Rico, El Salvador, Uruguay, Paraguay, Perú y Venezuela, con presentación de ponencias y debates interesantísimos, visitas a actividades y, por supuesto, la inevitable al castillo de la Mota, nuestro orgullo y nuestra raíz en cuanto que era la base de nuestra organización.

A partir de este congreso se fundan en Hispanoamérica los Círculos «Isabel la Católica», a imagen de los nuestros, «Medina». A través de estos centros se mantienen, hasta 1975, becas anuales de 20 o 30 alumnas hispanoamericanas en nuestras escuelas, reclutadas a través de cursillos que se daban en los dichos círculos para conseguir una selección. Dentro de unas líneas generales cada Círculo se desenvolvía de una forma diferente. Así, el de la ciudad de Córdoba, en Argentina, dirigido por Josefina Ramón Casas, se dedicó sobre todo al estudio del teatro. Fundó una compañía que se llamó «Clavileño», que ha dado teatro clásico español por toda Hispanoamérica, y muchas de nuestras becarias han realizado allí una labor relevante, como Carmen Torres, colombiana, que hizo en dos años el curso de granja en Aranjuez, y ha colaborado luego mucho para todas estas cuestiones con el Ministerio de Agricultura efe su país. En el Círculo Femenino de Santiago («Macul»), en Chile, había organizada una granja-escuela que era un calco de la nuestra de Aranjuez. Estaba dirigida por una ex-becaria, y, cosa emocionante, en la salita de mandos tenían una mesa camilla como las nuestras. Todo lo de este país estaba organizado por Sarita Filippi, que fue la que asistió, representándolo, al 1. Congreso Hispanoamericano. La labor que en estos años se hizo ha dejado allí una impronta muy grande. La directora del Círculo de Córdoba, Josefina Ramón Casas, ganó durante dos años consecutivos el premio que Cultura Hispánica concedía a la mejor emisión de radio de Hispanoamérica de cara a España. En Chile habían organizado un Servicio Social a su manera. Merece también citarse el Círculo de la Serena, en Valparaíso; el de Buenos Aires, dirigido por Magda Ivanecivich; el de Lima… Todos enviaban becarias. En realidad, estos Círculos eran allí como la parte femenina de los Institutos de Cultura Hispánica. Muchos de ellos siguen funcionando y se han convertido en asociaciones que continúan aún, después de la desaparición de la Sección Femenina, dándonos noticias de manera amistosa.

Como continuación a esta labor con Hispanoamérica, se organizó, en 1948 el primer viaje de los Coros y Danzas, representantes de la diversidad folklórica de España, a los países de aquel continente, ya que entendíamos que un acercamiento de la música popular de cada región a aquellas naciones podía ser una ocasión más de conocimiento, a la vez que un reencuentro con los pueblos de nuestra estirpe y un contacto importante con los numerosos españoles que, por razón de residencia o de exilio a causa de la guerra, vivían allí.

Estaban los grupos encuadrados en la Regiduría de Cultura, regida con verdadero acierto por Maruja Sampelayo, y se decidió que este primer viaje se dirigiera a Portugal, Brasil y Argentina, sobre todo, por ser este último país y su presidente, el general Perón, el único que cuando Europa entera, vencedora en la guerra contra el Eje, nos volvía la espalda, nos ayudó en la todavía difícil situación en que, a causa de nuestra contienda, se desenvolvía España.

Como siempre, recurrimos a nuestros amigos, la España oficial: Ministerio de Asuntos Exteriores, regido entonces por Martín-Artajo, y a las Embajadas, y para materializar el viaje, a la compañía naviera Aznar, que, con verdadera generosidad, nos cedió el barco «Monte Albertia», en unas condiciones verdaderamente favorables. Se componía la expedición de los grupos de Bilbao, Logroño, Asturias, La Coruña, Sevilla, Lérida, Cáceres, Málaga y Zaragoza, y la dirigieron Laly Ridruejo, Maruja Sampelayo, Elvira Hernández, Julia Eseverri, María Antonia Gancedo, Merche Larrazábal, delegada de Vizcaya, y, como capellán, fray Justo Pérez de Urbel. Iba como cronista el estupendo camarada Rafael García Serrano, quien escribió después un delicioso libro basado en el viaje: «Bailando hasta la Cruz del Sur», y junto con Wajda, el guión de la película «Ronda Española», que demuestran hasta qué punto fueron oportunos y políticamente importantes éste y otros viajes que emprendió la Sección Femenina, siempre en función de España.

La vida en el barco era como la de un albergue; izaban banderas, rezaban las oraciones, las chicas lo hacían todo: los camarotes, el servicio de comedor, cuidando de sus trajes regionales, que aparecían siempre impecables, ayudadas por la tripulación, que, desde el capitán (el «capi»,

como le llamaban), hasta el último marinero se volcaban con ellas. Era la vida de una juventud sana, donde convivían hombres y mujeres durante meses enteros y nunca hubo que lamentar un hecho desagradable.

Al llegar a tierra, en verdad, sucedió lo que esperábamos que sucediera, la apoteosis del recibimiento al barco, que venía engalanado y con el variopinto color de los trajes regionales; era un espectáculo inenarrable. El embajador de España, José María de Areilza, firme apologista de la España que vivíamos entonces, y verdaderas multitudes esperaban a las chicas, que llegaban en mensaje de paz y de reencuentro con unos pueblos que de seguro entendían nuestros propósitos.

Después las actuaciones a teatro lleno, donde concurrían amigos del régimen de Franco y los que no lo eran tanto: exiliados de nuestra guerra y gentes distanciadas de España a veces desde generaciones atrás, aparte, por supuesto, de los ciudadanos de aquellos países. Sobre todo entre los exiliados se producían escenas de verdadera emoción, al sentir viva una patria que ellos, por los motivos que fueran, habían tenido que abandonar. Lloraban, se acercaban a las chicas, cada uno buscaba las de su región, las Invitaban, y ellas, con verdadera cordialidad y cariño, confraternizaban con aquellos compatriotas. Hubo alguna casa regional que no había consentido en reconocer el régimen de Franco, ni a su embajador, ni en usar la Bandera española en sus manifestaciones, y que para recibir a los grupos accedieron a hablar con nuestro embajador, y al llegar las chicas ondeaba sobre sus balcones la Bandera nacional, en vez de la republicana o separatista que siempre tuvieron. Pero las representaciones no se limitaban al teatro; acudían a hospitales, asilos, centros de enseñanza… En uno de los hospitales, en donde moría un catalán, pidió por favor oír la sardana antes de partir de este mundo, y allí fue el grupo de Lérida a darle este último gusto. También un viejo exiliado que se quedaba refunfuñando, un poco apartado, al acercarse una de las chicas a hablarle se quitó a toda prisa de la chaqueta una insignia republicana y al ponerle la niña en el ojal un clavel se echó a llorar y se convirtió después en el más entusiasta sostenedor de los Coros y Danzas. Miles de anécdotas podrían contarse, no siempre agradables. También hubo países en donde, por ser representantes de la España de Franco, se negaban a servirles en algunos restaurantes, y hasta

los tramoyistas de algún teatro se negaron a ayudarles, pero todo quedaba superado por el espíritu de los grupos, con la ayuda de la tripulación del barco, incorporada ya a todos los avatares del viaje, y que eran los primeros defensores de las chicas, y con ayudas inesperadas que nos venían de cualquier parte, como el ofrecimiento de un colegio de jesuitas para que los grupos fueran allí a comer, como lo hicieron, mientras duraran las difíciles circunstancias. Hubo también, por otro lado, a veces, intentos de reventar el espectáculo con silbos y pateos, pero que generalmente quedaban en nada, porque, al momento convenido, los que estaban comprometidos, cada cual empezaba a aplaudir al grupo de su tierra y a llorar de nostalgia por la Patria perdida. Aragoneses, castellanos, andaluces, gallegos, asturianos, vascos, canarios, catalanes, extremeños… todos rompían a llorar Incapaces de machacar el espectáculo. Sólo en Méjico llevaron a cabo su agresión, sin consecuencias graves, pero, como siempre, con un alarde de estoicismo por parte de los Coros y Danzas. Decidieron poner una bomba en el teatro. Bailaba el grupo de Santander, con una danza muy rítmica, y, de pronto, el estallido; gritos, carreras, sustos… Acallado el ruido, sin haber perdido ni por un momento el compás, volvía a oírse Imperturbable el ritmo de la danza de la «Baila de Ibio», con la caracola.

Al regreso del primer viaje, al pisar tierra española en Canarias, con letra de García Serrano, se cantó una canción alusiva al viaje que empezaba así: «Beso tu tierra, España, tu cielo, tu luz, tu sol; beso Bandera y aire con todo mi corazón…», que ha quedado como himno de los grupos de Coros y Danzas.

Viajes a Hispanoamérica se hicieron varios. El segundo, en 1949, en el «Monte Ayala», también de la compañía Aznar, fue dirigido por Mercedes Sanz Punyed, secundada por Vicky Eiroa, Elvira Hernández, Mercedes Otero, María Antonia Martí, Pilar Cardama y Aurea Ribas, con los grupos de Segovia, Torrelavega (Santander), Pontevedra, Córdoba, San Sebastián, Astorga (León), Blanes (Gerona), Cieza (Murcia), Olivenza (Badajoz), Baleares y Huesca. En este viaje se recorrieron más países: Perú, Chile, Colombia, Ecuador, Venezuela, Panamá, República Dominicana, Haití…, con el mismo éxito que el anterior y parecidas peripecias. Por supuesto que en estos desplazamientos nadie cobraba nada, y lo que se recogía de las

entradas iba a parar a obras benéficas de instituciones en esos países, especialmente españolas: asilos, hospitales, residencias de ancianos, casas de misericordia… Hubo sitios como en el Perú, a donde fueron invitadas para celebrar la Feria del Cristo de Lima, con el propósito de estar en la capital ocho días sólo, y tuvieron que prorrogar las actuaciones, porque a la media hora de abierta la taquilla se habían agotado las localidades para los ocho días. Porque no era sólo la nostalgia española la que arropaba a los Coros y Danzas; los naturales de cada nación se desvivían por verlos y les aplaudían con el mismo entusiasmo, desde las primeras autoridades, hasta el último cholito, que no se perdía una representación; las acompañaban por las calles, obsequiaban a las «españolitas», como las llamaban, si las veían Ir de un sitio a otro con los trajes regionales.

En uno de estos viajes, al llegar el barco a puerto, el público esperaba en dos filas a cada lado de la pasarela a que las niñas desembarcasen. «¿De dónde sois?», le preguntaron a una de las de Olivenza. «De Extremadura», contestó. «¡Ah!», exclamó complacido el que preguntaba, y añadió con énfasis: «La tierra de los chorizos», a lo que la niña, sin pararse, le contestó sonriendo: «¡Y de los conquistadores!»

Eso tenemos que agradecer a todas aquellas naciones, el cariño con que las acogían y cómo contribuían, con la presencia y el entusiasmo de sus gentes, al éxito de los viajes, ya que de eso se trataba también, de acercarnos a los pueblos de nuestra estirpe y reencontrarnos con ellos.

Estos encuentros causaron también gran impacto en personas de muchísima categoría. Así sucedió con el doctor Severo Ochoa. Después de haber visto «Coros y Danzas» fue tal la impresión que le causaron que en una emisión de radio en que le entrevistaba José María García, en el espacio «Quién cantó las cuarenta», emisión que se hacía para destacar personas y hechos sobresalientes, dijo:

«Pilar Primo de Rivera ha cantado las cuarenta al olvido de las esencias de España con la actuación de los “Coros y Danzas” en América.

»Para esta actitud, siguió diciendo, no puedo tener sino elogios. Como residente en el extranjero desde hace años, una de las emociones que siento más intensamente es el privilegio de poder asistir a estos espectáculos de “Coros y Danzas” tan españoles y, sobre todo, el hecho de que los

participantes en ellos no sean profesionales, sino "amateurs" que dedican muchas horas, que son horas fuera de las horas normales de trabajo, para representar estas manifestaciones artísticas tan genuinamente españolas. Sé que han tenido mucho éxito en Norteamérica y en otros países. Y vuelvo a repetir, tanto para mí como para mi mujer, española como yo, el poder asistir a estas representaciones de los "Coros y Danzas" recientemente en la Feria, en el Pabellón Español de la Feria Mundial de Nueva York, siempre es un motivo de gran regocijo y de gran emoción».

Y más aún, todas las veces que el doctor Severo Ochoa ha venido a España para algún congreso internacional no ha dudado en pedirme que actúen, en un momento o en otro, los «Coros y Danzas» en el congreso y, sobre todo, el grupo de Asturias, su «patria querida».

Todo esto era para nosotras un gran estímulo y un gran acicate más para no cesar en esa labor.

Otros viajes fuera de los Coros y Danzas hicimos a Hispanoamérica; Laly y yo estuvimos en la Argentina siendo embajador Areilza, quien nos acogió, junto con la embajadora, con verdadera cordialidad, y nos puso en contacto con los grupos de mujeres que podían interesarnos. Con Areilza visitamos a la presidenta Evita Perón, mujer verdaderamente importante y entregada por completo a conseguir la justicia social para su pueblo, sus «descamisados», como ella misma los llamaba. Evita era, indudablemente, la mejor colaboradora del general Perón. Nos cogió la Nochebuena en Buenos Aires, y fuimos con los embajadores a la Misa del Gallo. Era impresionante en aquellas latitudes oír una misa de media noche, como en España, lo que te hacía pensar cuán fecunda fue y qué arraigo dejó la presencia española en aquellas tierras, ya para siempre católicas. Otro tanto nos ocurrió con una vigilia de la Inmaculada, en Colombia, con la iglesia abarrotada de fieles, y con una misa oída un domingo en el Cuzco, con los inditos que bajaban de la montaña para oírla.

Visitamos otros países invitados oficialmente. Los presidentes nos recibían todos y aprovechábamos los viajes para ponernos en contacto con grupos de mujeres que, más o menos, pretendían lo mismo que nosotras queríamos para España. Estuvimos en Quito, Lima, Santiago de Chile, Bogotá, Valparaíso, Montevideo… En todas partes explicaba yo lo que

hacía la Sección Femenina: nuestros servicios, escuelas, procedimientos para hacer mayor la eficacia y nuestra fidelidad a los principios políticos de José Antonio. Quiero recordar que en una de estas reuniones, me parece que en Colombia, cuando iba a empezar mi perorata, vi sentado en una de las primeras filas a Camilo José de Cela. Aquella presencia me dejó perpleja. Yo sabía muy bien lo que quería decir, pero un espectador tan distinguido y culto me dejó un poco anonadada por el juicio que pudiera hacer del acto. Estuvo cordial y amigo, y yo, en medio de todo agradecida a su presencia por lo que suponía de revalorización de nuestras cosas, como siempre me ha demostrado en diversas cartas que tengo suyas.

Mientras Vicky Eiroa fue regidora del Servicio Exterior, todos estos contactos los promovía ella, que fue siempre bien recibida, tanto en el Ministerio de Asuntos Exteriores como en otros organismos competentes, embajadas, etcétera, por sus conocimientos del tema y por su carácter dulce y gallego, su cordialidad y eficacia.

Cuando Vicky dejó el servicio exterior para dirigir la Universidad Laboral de Zaragoza, que puso en manos de la Sección Femenina el entonces ministro de Trabajo Romeo Gorría, pasó a sustituirla Carola Ribed, viuda de Carlos María Rodríguez de Valcárcel, con la que continuamos nuestra política en Hispanoamérica. Con ella visité, en un nuevo viaje: Colombia, Perú, Panamá, Nicaragua, Costa Rica y Honduras.

Empezamos el viaje por Perú. Era allí presidente de la República Belaúnde Terry, que nos recibió con muchísimas atenciones. Estaba interesadísimo en conocer detalles de la vida y el pensamiento de José Antonio y sobre ello tuvimos grandes conversaciones. Era nuestro embajador Manuel Alabad, que nos atendió con mucho afecto.

De ahí fuimos a Panamá. El presidente estaba fuera, pero nos recibieron varios ministros. El embajador era Emilio Pan de Soraluce, que nos acompañó constantemente en las muchas reuniones que con los ministros tuvimos.

Luego fuimos a Nicaragua, en donde era Somoza presidente de la República, y nuestro embajador, Ernesto de la Orden, que estuvo siempre con nosotras y también nos ayudó muchísimo, lo mismo que en Honduras nuestro embajador Justo Bermejo.

De Honduras fuimos a Costa Rica, donde no puedo olvidar un té por todo lo alto que nos dio la esposa del presidente de la República. Vinieron en lo sucesivo desde allí varias becarias a España, a nuestros centros, y una de ellas. Marina Volvo Brenes, hizo con nosotras el doctorado de Derecho. De regreso a su país se casó, y en 1980 fue ministro de Cultura con muchísimo acierto.

Por último, fuimos a Colombia. Allí era presidente Carlos Lleras Restrepo y nuestro embajador, Ruiz Morales. El presidente de la República estaba interesadísimo en nuestros servicios, que le parecían magníficos; tenía allí un serio problema con los hijos naturales entre los indios y aunque había un voluntariado muy abnegado para atender este problema estaba mal organizado y él quería hacer algo como nuestro Servicio Social para que fuese eficiente. Para ello pidió, y consiguió, que yo hablase en el Parlamento de los Diputados y explicase cómo funcionaba en España. Me apuraba mucho hacerlo, pues todo lo que me gusta escribir, no me gusta hablar, pero, en fin, lo hice, pues lo consideré un deber ayudarles en eso, si se podía. Organizaron en lo sucesivo un servicio social parecido al nuestro, que trabajó con mucho éxito.

Este viaje tenía como fin primordial preparar el I Congreso Internacional de la Mujer, que debía celebrarse en Madrid, el año 1970, y nos Interesaba mucho una presencia numerosa de los países de Hispanoamérica. A la vista de la triste situación a que hemos llegado después de la muerte del Caudillo, ya para los medios oficiales Hispanoamérica no es Hispanoamérica sino Latinoamérica, en una indigna concesión a países que nada tuvieron que ver con el descubrimiento y colonización del Nuevo Mundo, que fue solo ibero, Portugal incluido, aunque sobre todo hispano, pero así nos arrastramos un poco más ante nuestros seculares enemigos, haciendo concesión con esa cursilada de Latinoamérica al olvido de la verdad y de nuestra historia más gloriosa.

CAPÍTULO XV

RELACIONES EXTERIORES

Desde siempre tuvo la Sección Femenina sus relaciones con el exterior. En los primeros años de la guerra, y aun después, inicialmente con aquellos países que estaban más cerca de nosotros: Italia, Alemania y Portugal; después con todos, hasta culminar en el Congreso Internacional de la Mujer, organizado por la UNESCO, y celebrado en París en 1975, pasando por el que a la propia Sección Femenina fue encomendado con motivo del Año Internacional de la Mujer, en el 70. Porque entendíamos que, conservando por encima de todo nuestros valores y nuestra dignidad, que es lo que estamos perdiendo desde la aparición de la democracia, no se puede vivir aislado del mundo.

Hicimos varios viajes a los países del Eje invitados por las organizaciones femeninas y por las juventudes de Italia y Alemania; en aquellos países vimos de todo, bueno y malo, pero la excesiva disciplina, sobre todo en Alemania, y algunos conceptos religiosos y políticos, no iban con lo nuestro.

En el primero de esos viajes a la Alemania de Hitler fui con Blanca Tetuán y Javier Conde, que dominaba el alemán, y nos hacía profundizar en las raíces de todo aquello tan diferente a lo que nosotros concebíamos, pero, por otra parte, en algunos aspectos digno de admiración: sobre todo a ellos les servía. Sucesivamente fueron también Vicky Eiroa, Carmen Werner, Carmen de Icaza, Gloria González Alias (más conocida por Gloria Navas), Luisa María de Aramburu, María Ontiveros, Julia Alcántara, gran camarada y segunda regidora central de O.J.; representaciones del Frente de Juventudes, con José Antonio Elola a la cabeza, que mantuvo siempre la

dignidad de nuestra postura, sin entregarse bobaliconamente a la admiración de lo que veíamos.

En uno de estos viajes fui encargada por el Caudillo de entregar a Hitler en su nombre una espada de Toledo. En esta entrega de la espada es cuando vi a Hitler por primera y última vez; pero de ahí es de donde debió nacer el rumor de que me iba a casar con él, o a causa de que el historiador, y gran amigo mío, Giménez Caballero concibió esta idea, nada menos que para hacer la unidad de Europa, idea que incluso comunicó indirectamente al mismo Hitler a través de Edith Faupel y Magda Goebbels, y también al Caudillo y a mi tío Antón para que me lo comunicara, según me he enterado hace poco por el propio Giménez Caballero, a quien agradezco, de todas maneras, que confiase tanto en mí. Pero lo cierto es que yo no me enteré jamás de semejante proyecto, ni hubiera consentido en ello, entre otras cosas, porque nunca me sentí depositaría de tan importante misión y, además, porque mi vida privada era sólo mía. Por la época en que entregué la espada a Hitler era embajador de España el almirante Magaz, que fue vicepresidente del Gobierno de mi padre; eso para mí fue un encuentro importante, y sé, además, que después envió un informe muy favorable de nuestro viaje. Yo creo que debió ser debido a la contestación que di a dos ultras alemanes que querían enzarzar a la Falange contra Franco, porque creían que así me halagaban, y me preguntaron si aquella espada era enviada por Franco o por la Falange. Yo les contesté que Franco era entonces el jefe de la Falange.

En viajes de intercambio vinieron también varias veces a España grupos de mujeres y de juventudes alemanas, que visitaban nuestras instituciones, al tiempo que les enseñábamos todo lo admirable de España; en Madrid, por supuesto, el Museo del Prado, que les dejaba anonadados, y Barcelona, Ávila, Toledo, Salamanca, Sevilla…

Fuimos también varias veces a Italia por estos mismos motivos. Italia era otra cosa de mente más cercana a la nuestra, por ser país latino, pero, de todas maneras, como el propio José Antonio manifestó varias veces, doctrinalmente tampoco éramos fascistas por mucho que se empeñe el escritor Gibson en demostrarlo, sin tener una idea profunda y clara de lo que era José Antonio y, por ende, la Falange, aunque nuestros Movimientos

pudieran tener alguna semejanza externa. Tengo que decir, sin embargo, que Gibson ha reconocido después públicamente en TVE (enero 1983) que se había equivocado en su juicio sobre José Antonio. ¡Y tanto! Volviendo a nuestros viajes, en uno de ellos visitamos a Mussolini en su despacho de la plaza de Venecia el grupo que íbamos: Carmen Werner, Carmen de Icaza, Dionisio Ridruejo y una representación del Ministerio de Educación Nacional. Estuvimos en todo momento acompañados por la Marquesa Médicis del Vascello, presidenta de las mujeres fascistas. El despacho de Mussolini era inmenso, con una gran mesa al fondo, detrás de la cual aparecía su figura solemne, como una verdadera efigie romana. Esa misma impresión, sólo que mucho mejor descrita, le causó a José Antonio cuando le visitó. Por cierto que en el hotel donde nos alojábamos se alojaba también el rey don Alfonso XIII, desterrado de España. En nuestras entradas y salidas del hotel no habíamos reparado en su presencia, y corrió la voz de que yo no había querido saludarle. Como esto no era así, ya que hubiera sido mezquino y descortés el no hacerlo, nos acercamos a él, que, lleno de cordialidad y nostalgia, comentó con nosotros los avatares de la guerra e hizo grandes elogios de la Sección Femenina.

Por otro lado, nuestros viajes no se limitaban a actos oficiales; visitábamos también todo lo admirable que había en cada país. En éste tuvimos la suerte de que el director de la Casa de España era Eugenio Montes, falangista de siempre e intelectual de primera magnitud, quien, con Dionisio, nos hizo ver una Italia como jamás habíamos conocido, a pesar del respeto y admiración que sentíamos ya por su historia y su arte inigualables; ver Roma con Eugenio Montes era una verdadera delicia.

Posteriormente, en otro viaje, eliminado ya el régimen fascista, visitamos al Papa Pío XII, a quien entregué todas nuestras normas de formación, para que supiera, a ciencia cierta, lo que hacíamos en España, ya que en algunos sectores había un cierto recelo sobre nuestros procedimientos. El Papa, aquel gran Papa que fue Pío XII, debió leer lo que yo le dejaba, o al menos enterarse de ello, porque al cabo de un tiempo supe que preguntó si seguíamos con aquellas normas y si seguía yo al frente de la Sección Femenina, lo que me hace suponer que no debieron disgustarle. Fray Justo Pérez de Urbel, el supremo artífice en la materia de nuestra

formación religiosa, venía también. Yo, desde aquel viaje, conservo la bendición de Pío XII, que fue solicitada para mí por el entonces embajador en el Vaticano, Joaquín Ruiz-Giménez, quien posteriormente presidió una peregrinación nuestra con motivo del Año Santo.

También fuimos a Portugal, el país amigo, donde, como siempre, tomamos contactos con los grupos femeninos y visitamos al presidente Oliveira Salazar. Como he dejado consignado, todos estos países mandaban después a España representaciones de sus juventudes para conocer nuestra organización.

Siguiendo esta toma de contacto con el extranjero, en el año 70 organizamos el I Congreso Internacional de la Mujer, que se celebró en el Palacio de Exposiciones de Madrid, cedido gratuitamente a este fin a la Sección Femenina. Asistieron al congreso 1.100 mujeres, de ellas 400 hispanoamericanas; pero vinieron también francesas, alemanas, danesas y muchos españoles y españolas que no pertenecían a la organización, médicos, profesores, sociólogos, con lo cual nuestro ámbito internacional y de prestigio dentro de España se iba ensanchando. Se presentaron más de 500 trabajos en cuatro ponencias, una de ellas «La mujer y la familia», dirigida por el profesor Adolfo Muñoz Alonso, tan vinculado a nosotras, y que publicó después un libro magistral, «Un pensador para un pueblo», sobre José Antonio y su doctrina. Con motivo de la ponencia hubo una doctora uruguaya que en una improvisada conferencia hizo una fervorosa defensa del aborto, a la que contestó Muñoz Alonso con su sabiduría habitual y unas razones tan contundentes en contra de semejante barbaridad, que la doctora en cuestión no supo qué contestar. Otra de las ponencias, «La mujer en el trabajo», la dirigió, con todo acierto, el también profesor González Seara, entonces en nuestros grupos y posteriormente directivo de *Cambio 16*, periódico desafecto a lo que representó la España de Franco. Por supuesto que no es el único caso de cambio de postura a la aparición de la democracia.

Fueron las otras dos ponencias «La mujer en las comunidades políticas» y «La mujer en la cultura». Tomaron parte, entre otras, como mujeres destacadas: Francisca Bohigas, Ángeles Galino, Lilí Álvarez, Marta Portal, Maravillas Segura, Pilar Urbano, la periodista…

Por cierto, recuerdo que ya entonces el régimen era más asequible a algunos desconciertos, se producían protestas y posturas abiertamente disconformes, una de las cuales nos llegó hasta las puertas del congreso en forma de manifestación de mujeres comunistas, con gritos y pancartas pidiendo la libertad de detenidos. Quisieron verme y yo las recibí, pero les dije que en aquellos momentos tenía poco tiempo para escucharlas, que fueran otro día a la Sección Femenina y que allí las atendería en todo lo que quisieran decirme. Por supuesto que no fueron; lo que les interesaba, sobre todo, no era hablar en un despacho, sino alborotar y demostrar su descontento ante un congreso internacional, lleno de representaciones extranjeras.

Como siempre, recibimos la ayuda inapreciable de nuestro amigo Sánchez Bella y muchos ministros se interesaron por el congreso, realzándolo con su presencia. Cultura Hispánica también nos apoyó, pero ayuda económica, lo que se llama ayuda económica, recibimos poca; suerte que con nuestro lema de «Lánzate al espacio» no se nos ponía nada por delante. Fue nombrada presidenta de honor y presidió la inauguración doña Carmen Polo de Franco, y lo clausuró Doña Sofía, todavía como Princesa de España.

En el año 75 la UNESCO creó el Año Internacional de la Mujer, con el encargo de que cada nación organizase un Congreso propio hasta culminar en el de París, donde debían concurrir todos los países. En España la organización de este Año Internacional le fue encomendada por el entonces presidente del Gobierno, Carlos Arias Navarro, a la Sección Femenina, que lo convocó con participación no sólo propia, sino de todos los sectores femeninos, que, individual o colectivamente, acudieron en gran número, y la presencia en el comité organizador de algún miembro de cada Ministerio. Se presentaron ponencias como en el anterior, y a la clausura del Año Internacional, en París, acudimos Carola Ribed y yo, con mujeres de otros grupos, como representantes de España. Carola y yo llevábamos todo lo referente a la Sección Femenina, que interesó profundamente a la presidenta general, madame Françoise Giroux, secretaria de Estado para la condición de la mujer, con la que nos entrevistamos y pusimos en sus manos todos

nuestros trabajos, que vimos después en cierta manera habían acoplado algunos de ellos a sus planteamientos.

Mientras, y entretanto, también como promoción internacional, organizábamos en verano un albergue en Masnou (Barcelona) para extranjeras. A él concurrían todas las naciones en una convivencia propicia al conocimiento entre todas las distintas organizaciones, y se limaban las incomprensiones que pudiera haber por razones políticas. El albergue fue un éxito, y todos los días, junto a las banderas de España, la de Falange y la tradicionalista, presidía las tareas la de una de las naciones de cada grupo de albergadas.

También, y como contactos con el exterior, los grupos de Coros y Danzas, además de por Hispanoamérica, viajaron a Oriente Medio y a Europa: Alemania, Gran Bretaña, Portugal, Francia, Suiza, Italia, Bélgica… En todas partes tuvieron una acogida desbordante y no esperada, y en Bélgica fue tan grande que la gente se subía a las butacas aplaudiendo a rabiar al aparecer el grupo de Aragón, por su impresionante jota. Allí fueron, además, recibidas en palacio por los reyes Balduino y Fabiola.

Y dentro de lo internacional también debo mencionar la participación de la Sección Femenina en las reuniones de interparlamentarios de todos los países que tenían lugar bien en España o en el extranjero.

Una celebrada en Palma de Mallorca, otra en Ceilán y otra en Londres. Por cierto que en la de Ceilán, que se prestaba a un hermoso turismo, nos quedamos casi solos como representantes de España en la conferencia Arcenegui y yo, que no pudimos disfrutarlo nada más que en un pequeño paseo a lomos de elefantes, que si nos descuidamos nos bañan en el río, a donde iban decididos a meterse si no los detiene su conductor indígena. Después de este viaje es cuando se organizó la reunión de interparlatentarios en Londres, para la que fui designada por el entonces presidente de las Cortes, Conde de Mayalde, yo creo que en premio a mi asiduidad a la de Ceilán, donde no había faltado a las reuniones ni un solo día, e incluso habíamos propuesto soluciones a diversos problemas. El embajador entonces en Gran Bretaña era Manuel Fraga, que nos recibió y atendió con toda cordialidad, y no sólo eso, sino que nos ayudó también en nuestros intereses parlamentarios. Y puesto que de viajes hablo, y debido a

la mentalidad ahorrativa que teníamos en la Sección Femenina, recuerdo una cosa graciosa que me sucedió. Como de Londres tuve que volver antes de acabarse la conferencia, a causa de una gripe, al llegar a Madrid hice devolver en las Cortes el dinero que me sobró de las dietas, cosa que dejó perplejo al administrador, que no sabía qué hacer con aquel dinero, al que habían dado ya salida, pero yo no quería quedarme con lo que no había gastado.

CAPÍTULO XVI

UN DÍA CUALQUIERA

Al regresar a Madrid, después de la guerra, como nuestra casa de Serrano estaba completamente desmantelada, nos habíamos instalado tía Ma y yo en General Oráa, 29. Mi hermana Carmen tomó también piso en Madrid, pero, casada con un diplomático, estaba siempre en algún lugar del mundo, si bien acudía aquí cada vez que iba a tener un hijo. Miguel vivía, asimismo, en Madrid, como igualmente mi cuñada Rosario, viuda de Fernando, y, aunque yo estaba muy ocupada y entregada de lleno a la Sección Femenina, nos veíamos todos con frecuencia. Miguel venía muchas veces a almorzar a casa y se ocupaba cariñosamente de tía Ma, y a mí me gustaba sacar por ahí a mis sobrinos. Recuerdo que algunos domingos por las mañanas llevaba a Mónico a tomar algo a los niños de Fernando, todavía muy pequeños, y frecuentemente venía con nosotros Dora Maqueda, y al momento de pagar yo me las veía y me las deseaba, porque los niños, con el afán de salvaguardar mi escaso patrimonio, empezaban a decir por lo bajinis: «Que pague Dorita, que pague Dorita», y aunque yo les daba patadas por debajo de la mesa y codazos para que se callasen, Dorita terminaba por oírlo y, lo que es peor, por pagar, y ella tampoco tenía una perra. A mí me gustaba mucho ir con los hijos de Fernando porque, como ya he dicho, quizá por ser seguidos, de entre los hermanos estuvimos siempre muy unidos, y para mí sus hijos eran como una continuidad de su vida tan prematuramente arrebatada.

Vivíamos entonces en España una época de grandes restricciones, porque la guerra había dejado al país exhausto. Al terminar ésta se instauró el día sin postre una vez por semana, el plato único y las cartillas de racionamiento, con lo que se intentaba paliar un poco la situación tan

difícil; los comedores de Auxilio Social funcionaban a tope para los más necesitados, y todos contábamos nuestros gastos al céntimo.

Me preocupaba muchísimo que tía Ma estuviese bien cuidada y tenía muchas veces remordimientos de dejarla sola por mis quehaceres en la Sección Femenina. Ella recibía todas las atenciones con mucho agradecimiento, y la verdad es que todas se las merecía. Recuerdo lo contenta que se puso cuando los flechas del Frente de Juventudes mandados por Sancho Dávila fueron el Día de la Madre a ofrecerle unas flores, porque decía Sancho, y con razón, que había sido la madre de José Antonio.

Por esta época tuvimos la gran desgracia de perder, de una manera casi fulminante, a mi hermana Carmen. Antes había ya fallecido su marido, de manera que Miguel, tía Ma, mi primo Miguel y yo nos hicimos cargo de sus hijos, ayudados por una señorita, Carmen Cuevas, que tenían de toda la vida y los quería como si fueran suyos. Eran cuatro: José Antonio, Paloma, Fernando y Casilda, todavía muy jóvenes, y con todo cuidado hicimos lo posible por ocupar, dentro de lo difícil que ello es, el puesto de sus padres. A los chicos los dejamos en el mismo colegio donde estaban, el de los Jesuitas de Villafranca de los Barros, a donde yo me desplazaba para asistir a los repartos de premios y festivales con el fin de que no notaran un vacío familiar. A Casilda, la pequeña, la llevamos a un colegio de la Sección Femenina que teníamos en Rascafría, donde, a través de los procedimientos más modernos, se formaba a las alumnas con toda responsabilidad. Tengo que destacar aquí a José Antonio, el mayor de los cuatro, que a los 16 años, al perder a sus padres, se hizo cargo, ayudado por mi primo Miguel Primo de Rivera, de los bienes de su casa, además de terminar la carrera de abogado y de vincularse con entusiasmo a la Falange.

Este gran esfuerzo que hicimos ha sido para mí por el cariño y la compenetración que los cuatro me han demostrado y me demuestran todos los días.

Cuando Miguel dejó de ser ministro de Agricultura y fue nombrado embajador en Londres, yo iba con frecuencia a pasar unos días con él en la Embajada, lo que siempre suponía un cambio de vida agradable y el enterarme un poco de lo que pasaba por el mundo. Miguel, no es que yo lo diga, fue un embajador estupendo que no dejó de plantear ni uno solo de los

contenciosos entre la Gran Bretaña y España, incluido Gibraltar. Por cierto que el embajador que le había precedido le aconsejó que no tocara el tema, a lo que contestó Miguel que era lo primero que pensaba plantear. Además, por su simpatía arrolladora y por su ingenio, dejó en los ingleses un recuerdo imborrable durante mucho tiempo. Incluso entre la familia real tenía grandes simpatías.

Todo esto en cuanto a mi vida familiar, que no era sino una parte de mi vida, ya que la más importante era la que dedicaba a la Sección Femenina. Entonces la delegación estaba ya instalada en Almagro, 36. Allí llegaba yo todas las mañanas a eso de las 9 y en seguida despachaba con la secretaria racional, Syra Manteola. Syra era guapa, simpática, inteligente, con una enorme personalidad; había empezado en Burgos como regidora de Personal, y después, aún allí, pasó a ser secretaria nacional. Tenía grandes dotes de organización, y fue para mí y para la Sección Femenina uno de sus más importantes puntales.

Venía luego mi secretaria particular, Toni San Román, una de las personas más buenas que he conocido, dispuesta siempre a ayudar a todo el mundo, y despachábamos los miles de asuntos de trámite pendientes cada día. Una o dos veces por semana teníamos junta de regidoras para discutir os temas importantes que se podían presentar. Más adelante esa junta se amplió, con lo que se llamó Consejo rector, que era un organismo al que pertenecían no sólo algunas regidoras centrales, sino también camaradas destacadas como Dora Maqueda, Carmen Werner, Carola Ribed, Nuria Vives, Oliva Tomé, Andresa López, Ana Bravo, Carmen Verbo, Ángela Cuenca, Monchis Tey… Muchas mañanas tenía que ir a despachar con algún ministro, y especialmente a la Secretaría General del Movimiento, en aquella época regida por el vicesecretario Rodrigo Vivar Téllez, persona fiel a sus ideas y que siempre se ha mantenido valientemente conforme a sus principios.

Iba a casa a almorzar y volvía a mi despacho a las cuatro. Siempre había actos oficiales a los que asistir, reuniones de comisiones, juntas políticas, las Cortes, el Consejo Nacional, el Consejo Nacional de Educación, y, además, as recepciones de las Embajadas, a las que era conveniente y

necesario asistir; también conferencias, conciertos, exposiciones… y los buenos amigos con los que a veces nos íbamos a cenar.

CAPÍTULO XVII

DEPARTAMENTO DE FORMACIÓN

Antes de entrar en la enjundia de la Sección Femenina, conviene hablar un poco del ambiente en que nos desenvolvíamos. No era para nada un coser y cantar. España vivía todavía unos criterios timoratos y excesivamente pacatos que no hacían demasiado fácil nuestra labor. La educación física, ciertas reformas sociales, costumbres más abiertas, aunque estrictamente correctas, nacidas de la guerra, chocaban con posturas intransigentes que nos costaba vencer. Por otro lado, en cambio, otros grupos nos encontraban demasiado cerradas. Nosotras, sin embargo, buscábamos el equilibrio, la naturalidad y la justicia, sin caer en ninguno de los dos extremos. En este equilibrio encontramos siempre el apoyo de fray Justo Pérez de Urbel y de camaradas con amplio sentido revolucionario, que nos apoyaron en nuestras inquietudes sociales.

No puedo seguir hablando sin entrar un poco en cómo funcionaba la Sección Femenina, puesto que la Sección Femenina y yo éramos la misma cosa, y cómo concebíamos nuestra proyección sobre el ser humano y cómo esta proyección debía abarcarlo en su totalidad. Por eso todos los departamentos iban dirigidos a conseguir este fin, cada uno en su esfera. Así, el departamento de formación se encargaba de formar a la persona en su integridad religiosa y política. Dependía directamente de mí, sin regidora intermedia, por ser el que dirigía la formación general, asesorada en lo religioso por fray Justo Pérez de Urbel, y en lo político por una jefe, que primero fue, con verdadero acierto, hasta que se casó, Josefina Veglisón, y después Julia Eseverri, con la misma eficacia. Y numerosos asesores especializados en materia política: Julián Pemartín, Javier Conde, Jesús Fueyo…

La formación religiosa, por supuesto, era misión exclusiva de fray Justo, quien elaboraba los programas, incluso hizo algún texto, elegía los asesores provinciales y organizaba los cursos para estos mismos asesores, que se celebraban en el castillo de la Mota. Toda la formación que de él recibimos queda consignada en el capítulo IX, y era como una novedad en aquella España un poco pacata y quizás en algunas cosas más beata que profundamente religiosa.

La política la llevábamos entre la jefe del departamento y yo, basada, sobre todo, en los textos de José Antonio; para nosotras no había más política que aquélla, aparte de que para conocimiento de las alumnas se explicaba también historia de las ideas políticas y otras materias propias del tema. Contábamos con un cuadro de profesores importante, además de las instructoras y profesoras de la Sección Femenina, que, formadas por eminentes maestros, impartían luego estas enseñanzas en colegios mayores y menores, institutos, escuelas, albergues, y en nuestras propias instituciones. Por otro lado, también las dirigentes de la Sección Femenina, delegadas y mandos provinciales, recibían esta formación en el castillo de la Mota, escuela de instructoras de juventudes, de especialidades… para poder ellas mismas controlar su eficacia en las provincias.

Llevaba también este departamento las *Cátedras Ambulantes*. Formaban estas grupos de camaradas especializadas, incluso alguna era médico; en número de cinco o seis se desplazaban a los pueblos más abandonados para impartir cultura. Al principio vivían alojadas en el pueblo durante unos 45 a 60 días, y enseñaban, de acuerdo con el médico y los maestros, lo relativo a cuidados sanitarios, cultura, industrias rurales, legislación social y también educación, lo que llamábamos convivencia social, según el texto de Carmen Werner. A las clases asistían los que querían: hombres, mujeres y niños, y, por supuesto, todo absolutamente gratuito. Con las niñas se seguía el plan de nuestras casas de Flechas. Este servicio fue un éxito desde el principio, y a partir de 1944 los grupos de cátedras estaban motorizados en cuatro camiones y cuatro remolques, en los que podían llevar, incluso, una clínica sanitaria hasta con pantalla radiológica. A estas caravanas les pusimos el nombre genérico de «Francisco Franco», y las íbamos numerando según teníamos más. Llegamos a conseguir hasta 62, donadas casi todas a través

del Plan de Desarrollo por López Rodó, y otras por las Diputaciones provinciales, con lo que todas las provincias estaban más que atendidas. Las profesoras vivían en uno de los camiones, que tenía una pequeña cocina y ducha, y, como todo en la Sección Femenina, lo hacían con verdadero espíritu de servicio, porque la vida era realmente muy dura, según costumbre, y con unas remuneraciones mínimas y unas pequeñas dietas de 40 pesetas diarias para manutención. Claro que los mandos tenían todas de 25 a 30 años, y a esa edad todo se aguanta con estoicismo.

Al llegar al pueblo se Instalaba la cátedra en la plaza, y la jefe visitaba a las autoridades para explicarles nuestros propósitos y congraciarse con ellos: el alcalde, el cura, el médico, los maestros… La verdad es que siempre recibieron a la cátedra con agrado y nos ayudaron mucho. Las clases estaban constantemente llenas, y, cosa curiosa, les interesaba mucho la convivencia social o manera de comportarse bien, porque estaban ávidos de cultura en todos los órdenes. Pero aprendían también a utilizar sus recursos naturales. En los pueblos de la Alcarria, en Guadalajara, llevamos a una experta en apicultura, María Estremera, y fue tan grande el tumulto para acudir a sus clases sobre las abejas que hubieron de ponerse tiendas de campaña en la plaza para que la gente de los pueblos vecinos pudiera dormir allí. También se pasaban, para completar las clases, películas sobre el tema, cedidas por el Ministerio de Agricultura, que les llenaron de asombro y no querían ver más películas que las de las abejas.

Una de las provincias visitadas por las cátedras fue Teruel, cuando aún andaban por allí los maquis, así que había que desplazarse de un sitio a otro con la Guardia Civil. En uno de los pueblos supimos que el hijo de un cabecilla de los maquis estaba muy enfermo, pero que podría salvarse si se le llevaba a Madrid, al hospital del Niño Jesús. Se le propuso a la madre, quien no se atrevió a decidirlo sin consultar al marido, huido en los montes, pero, conseguido el permiso, gracias a la cátedra, se llevó el niño a Madrid, con el beneplácito también del entonces gobernador, general Pizarra, y curó. En otro4e los pueblos de Teruel coincidió la cátedra con la inauguración por el Caudillo de nuestro albergue de Albarracín, en aquella provincia, y lo llevamos también a la cátedra para que viese, a lo vivo, cómo funcionaba. En una de las clases surgió una mujeruca analfabeta que allí estaba

aprendiendo a escribir porque tenía un hijo en la «mili» y ella quería escribirle sin intermediarios, y cada cinco minutos se dirigía al Caudillo para decirle: «Mire, señor Caudillo, qué bien hago ya las letras; fíjese qué bien ha quedado esta A», mientras el Caudillo, todo solícito, se acercaba a la mujer para ver sus escrituras, pero sobre todo se le notaba la emoción al comprobar la inmensa labor de las cátedras por toda España, y el sacrificio generoso de las chicas que las regentaban.

Para su sostenimiento y acción contábamos siempre con la ayuda de los gobernadores civiles, grandes protectores, en general, de toda nuestra labor.

Episodios podríamos contar cincuenta mil. Gracias a las cátedras se recogieron infinidad de canciones y bailes populares, platos típicos de cocina, porque nosotras les enseñábamos a ellos, pero los pueblos a nosotras también. Las clases no se limitaban sólo a la enseñanza: les llevábamos el ocio con música y películas que pudieran distraerlos, y deportes y gimnasia para la juventud. Un día en que se proyectaba la película «Raza» se estropeó el sonido y hubo que suplirlo con la participación vocal de las profesoras, que, como la habían proyectado cientos de veces, se la sabían de memoria. Se procuraba, asimismo, llenar la vida espiritual de los que quisieran, organizando, de acuerdo con los párrocos, ejercicios espirituales. Hubo también sus romances amorosos. Varias bodas salieron de las cátedras de entre las chicas con maestros, médicos y quizás algún alcalde, y conservábamos (ahora no sabemos dónde estarán) cientos de cartas de maestros, curas y alcaldes pidiendo por favor que no se fuera la cátedra al acabar su ciclo, por el bien que con ella había recibido el pueblo.

Existieron también las cátedras fijas, que funcionaban como centros sociales, principalmente en las barriadas de las grandes ciudades, si bien con características algo diferentes a las ambulantes.

Las cátedras existieron mientras existió la Sección Femenina, hoy disuelta, porque, como decía José Antonio: «El hombre es el sistema», y, eliminado el hombre, como en este caso, han dejado de funcionar, o al menos de llevar ilusión y alegría a unos pueblos que confiaban en la Falange y ahora se han quedado huérfanos.

El departamento de formación organizó también una peregrinación a Roma, con motivo del Año Santo de 1950, como ya se ha dicho, con una asistencia de más de mil camaradas. El portaestandarte de esta peregrinación fue Paco Labadíe, gobernador entonces de Tarragona, y también falangista de mérito, de mucho mérito, que sigue fiel a sus ideas.

Hubo otra segunda, con motivo del Doctorado de Santa Teresa, otorgado por Pablo VI. Como era nuestra patraña, allí fuimos todas e hicieron al Papa la ofrenda de frutos con trajes regionales. El embajador entonces en el Vaticano era Antonio Garrigues, hombre inteligente y simpático que nos atendió con verdadera cordialidad, y desde aquí quiero rendir también mi agradecimiento a su mujer, Elena Walker, mucho más joven, activa colaboradora del Auxilio Azul en el Madrid rojo, que cuando en España no había nada, al terminar la guerra, nos proporcionó, a través de los Estados Unidos, ya que ella era americana, casi todas las vacunas que necesitábamos para la lucha contra la mortalidad infantil.

Dos peregrinaciones más se hicieron a Santiago de Compostela en gracia también a dos Años Santos Compostelanos, con todos los ritos litúrgicos establecidos por fray Justo y la belleza del canto Gregoriano; todo esto lo hacíamos no por exhibirnos, sino porque nuestra conciencia católica así nos lo exigía, y porque necesitábamos de Dios y cuando alguien necesita de Dios tiene que buscarle.

El capitán general Muñoz Grandes,

Miguel y Pilar

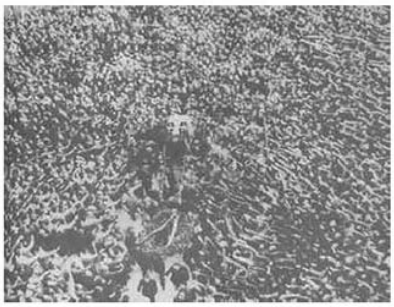
Estado en que se encontraba el féretro en el momento del desenterramiento. Junto a él, de izquierda a derecha, Adolfo Muñoz Alonso, Agustín Aznar, José Solís, el periodista Ismael Medina y el padre Nazario de la Rasilla.

El cuerpo de José Antonio, a hombros de sus camaradas, camino de Cuelgamuros. Lo llevan, entre otros, José Luis Arrese y Ramón Serrano Suñer.

Pilar, acompañada de las mandos de la Sección Femenina. Entre ellas, Lula de Lara, Maruja Sampelayo y Asunción Olivé

Una gran multitud de falangistas seguiría, a pie, entre El Escorial y el Valle de los Caídos, al féretro de José Antonio. Millares de falangistas acudieron a El Escorial, sin previa convocatoria, e impidieron, con su presencia, que el traslado se efectuase en un furgón fúnebre.

Una vista de la comitiva por la carretera de El Escorial a Guadarrama. El traslado y la forma en que fue proyectado causaron hondo malestar entre los falangistas



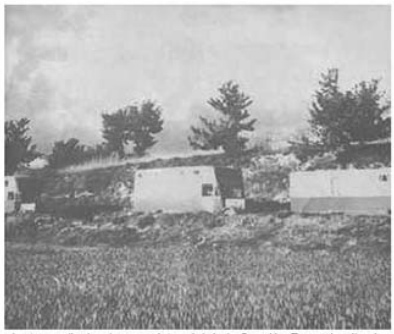
Impresionante escena de la llegada del féretro ala basílica de la Santa Cruz del Valle de¡ os Caídos. Un bosque de brazos en alto saluda a los restos de José Antonio, que fue enterrado ante el altar mayor, en el crucero del templo.

El abad mitrado de la comunidad benedictina, don Justo Pérez de Urbel, que fue guía espiritual y consejero cultural de la Sección Femenina, reza las preces fúnebres, momentos antes de la inhumación definitiva

Arriba, Pilar, con Syra Manteola, en los tiempos en que ésta era secretaria nacional de la Sección Femenina.

Un momento de la firma de documentos, en una jornada cualquiera, con su secretaria, Marisa Valdés.

Pilar, con su secretaria, Tony San Román, Ramón Serrano Suñer y Salvador Merino, durante la conmemoración del acto fundacional de Falange, en el teatro de la Comedia



La tarea divulgadora y asistencial de la Sección Femenina llegó hasta los más ignorados rincones de España. Arriba, tres camiones de la Cátedra Ambulante «Francisco Franco», en ruta hacia diversos pueblos. Estos furgones eran, a un mismo tiempo, escuela y enfermería; también servían de albergue a las estoicas divulgadoras.

Un ejemplo de la pobreza y austeridad de medios con que actuaba la Sección Femenina: la delegada provincial de Toledo y la delegada local de Campillo de la Jara, caminan como Santa Teresa, a lomos de pollino, durante un viaje de inspección

Las cátedras ambulantes fueron un verdadero revulsivo en los ambientes rurales españoles. Su labor asistencial llegaba a los mismos hogares campesinos, como refleja la imagen de la izquierda. en la que una divulgadora, arrodillada junto al barreño, ha dado una lección práctica de higiene infantil. Lugar: Villanueva de Perales (Madrid).

Una lección colectiva de artesanía múltiple, aprovechando siempre los productos naturales de la zona.

Todo un pueblo congregado en la plaza, contempla la clausura de un curso de la cátedra ambulante.

Otra escena educativa, esta vez en el poblado de absorción de Villaverde. La labor social en el suburbio madrileño fue ejemplar por parte de la Sección Femenina

Una vista de la Escuela de Mandos del castillo de las Navas del Marqués, otro de los centros formativos de la Sección Femenina

Haciendo ejercicios sobre la barra, algunas de sus jóvenes alumnas, en una exhibición de fin decurso. La Sección Femenina ha sido la gran impulsora de la educación física entre las mujeres españolas

En la Escuela «Ruiz de Alda», de Especialidades, un grupo de jóvenes alumnas se entrena para su participación en la Gimnastrada de Viena, de 1965.

Prácticas de socorrismo para cumplidoras del Servicio Social femenino

La acción de la Sección Femenina abarcaba todo género de actividades. Arriba, un curso de esquí, en Navacerrada, organizado por la Escuela de Especialidades «Ruiz de Alda».

Señales de banderas en un campamento juvenil.

Actividades deportivas en un albergue para minusválidas celebrado en Aguilas (Murcia)

La actividad cultural como medio de formación de la personalidad fue una constante en la labor de la Sección Femenina. Los Conciertos para la Juventud, organizados por la S.F. y dirigidos por Alberto Blancafort, abrieron un campo de atención cultural entre los jóvenes, que, además de espectadores, participaban como músicos y corales.

Otro gran éxito cultural: el Teatro Nacional de Juventudes «Los Títeres». La escena corresponde a la obra de Alfredo Mañas «La feria del come y calla». Actores y actrices principiantes encontraron aquí su camino del éxito

Junto a las obras originales, el teatro «Los Títeres» representó numerosas obras clásicas del teatro infantil y juvenil. Arriba, una escena de «El pájaro azul», de Maeterlink. Entre los actoras y actrices, destacaban Galiana, las hermanas Goyanes, Emilio Laguna y Tina Saiz. En ningún caso se produjo discriminación por razón ideológica, Y todos colaboraron con entusiasmo.

Una escena de «El pequeño Príncipe», de Saint-Exupery

En estos centros educativos se gestó la gran transformación de la mujer española. Arriba, a la izquierda, vista de la Granja Escuela «San Isidro», de la Sección Femenina, instalada en Las Rozas (Madrid). A la derecha, también arriba, entrada a la Escuela de Especialidades «Ruiz de Alda».

La Granja Escuela «Onésimo Redondo», de Aranjuez

CAPÍTULO XVIII

LABOR CULTURAL

Dividida la Delegación Nacional en regidurías, una de ellas, ya desde Burgos, fue la de Cultura, llevada entonces por Lula de Lara y después, liberado ya Madrid, por Maruja Sampelayo, licenciada y auxiliar de Cátedra, procedente del Instituto-Escuela que era entonces en España la Institución con mayor altura pedagógica; porque la verdad es que la Sección Femenina procuraba buscar los valores de donde procedieran, cabida cuenta, además, de que esos valores se incorporaban por su libre voluntad a la Falange con alma y vida, como en el caso de Maruja.

España estaba en déficit de cultura y había que elevarla; entonces la sección Femenina empezó por montar bibliotecas ambulantes y fijas que, con libros de naturaleza cultural o recreativa, recorrían los pueblos y barrios de las ciudades, donde, gratuitamente, se podía leer o consultar lo que se quisiera. En este servicio nos asesoró y siguió después con nosotras el profesor Lasso de la Vega, verdadero experto en la materia. Contábamos, aproximadamente, entre bibliotecas ambulantes y fijas, con más de 180.000 lectores por año, aparte, posteriormente, de las ya más eruditas de os Círculos Medina y las escuelas: castillo de la Mota, escuela del Pardo, Castillo de las Navas, Julio Ruiz de Alda, Onésimo Redondo, Ramiro Ledesma Ramos… para formación de las alumnas.

Nació entonces también como un embrión de «Teatro Popular», que recorría los barrios de Madrid con obras de tipo cultural medio; en esta ateta recibimos la ayuda importante del actor José Franco. Más adelante este teatro primitivo evolucionó hasta convertirse, con verdadero éxito, en de «Los Títeres», regentado por la Regiduría de Juventudes.

Otra de las actividades dirigida por el departamento de Cultura fueron las escuelas de formación para la lucha contra el analfabetismo, verdadera plaga en la España de la época; todo ello queda consignado en el capítulo X como una de las primeras tareas a la liberación total de España. Para ayuda en esta labor de formación se empezó a editar la revista Consigna.

Como otra actividad del momento, a causa del cambio de vida operado entonces, se vio la necesidad de montar escuelas del hogar. La España de 1983 no ha entendido para nada la eficacia de esta actividad y moteja despectivamente a la Sección Femenina de anticuada, inmovilista, retrógrada, cuando estas enseñanzas, como ya he dicho, estaban establecidas y siguen funcionando en todos los países de Europa: Francia, Bélgica, Holanda, Alemania, Dinamarca… Ahora que con el «cambio» nos sentimos tan europeos que hasta para respirar nos lo tienen que enseñar de fuera, no esta mal que en esto estemos a nivel mundial. Las enseñanzas de hogar para España fueron reconocidas por decreto del Ministerio de Educación de 28-11-1939, y, por supuesto, no estorban, sino que, por el contrario, ayudan a este momento difícil para las casadas que, por muy profesionales que sean, tienen que atender, además, personalmente a las tareas domésticas, concebir, dar a luz, criar a los hijos y ocuparse de su educación. Aparte de que estas enseñanzas tan denigradas no sólo se referían a coser y guisar, sino, asimismo, a todo lo que una familia puede necesitar en su vivir diario: mecánica del automóvil, nociones de electricidad, fontanería, pintura, carpintería. Se hicieron algunas publicaciones con tanto éxito, como el libro de cocina de Anita Asensio, del que se han hecho 24 ediciones, y que aun después de desaparecida la Sección Femenina ha vuelto a ser reeditado por el Ministerio de Cultura eliminando el nombre de Anita Asensio y el de Sección Femenina, aunque la gente sigue solicitándolo en las librerías como «el libro de cocina de la Sección Femenina». En 1941, por otro decreto del Ministerio de Educación, estas enseñanzas se hicieron obligatorias en el Bachillerato.

Otro de los menesteres de la Regiduría de Cultura fue la difusión de la música, no ya solamente la conservación del folklore, como venimos apuntando, sino para despertar la afición a la música culta a través de conciertos en los Círculos Medina, escuelas mayores, y posteriormente con

los específicos para la juventud, con explicación previa de autores y partituras, promovidos por la Regiduría de Juventudes. Además, como no conseguimos hacer obligatoria la enseñanza de la música en el Bachillerato, como era nuestro propósito, la pusimos como puntuable entre las asignaturas de hogar.

Aunque conocido, no podemos desdeñar en este capítulo la recogida y difusión de canciones, romances y bailes populares por la Sección Femenina. Cada provincia, en un sublime esfuerzo y mediante grupos de camaradas, han entresacado de lo más profundo de la tierra la danza y la canción olvidadas desde siglos, para dar a conocer al mundo la variedad y riqueza de nuestra música popular. Ideados por mí y secundada primero por Lula de Lara y después, durante treinta años, por Maruja Sampelayo, echaron a andar los «Coros y Danzas». En esta inmensa tarea recibimos el consejo inapreciable de don Ramón Menéndez Pidal, quien nos dijo que buscásemos la autenticidad por encima de todo, y que no desarraigásemos lo propio de cada región; así, los catalanes cantaban en catalán; los vascos, en vasco; los gallegos, en gallego, en un reconocimiento de los valores específicos, pero todo ello, y sólo en función de España y de su irrevocable unidad, dentro de la unidad peninsular. Para estímulo de los grupos, se organizaban concursos con representaciones teatrales, a las que no faltaba nunca Menéndez Pidal, y que actuaban como jurados no sólo camaradas, sino expertos de muy distintas procedencias políticas, entre otros, Manuel Augusto García Viñolas, Carmen Bravo, Mompou, Oriol Martorell, Lola Rodríguez de Aragón… De 3.000 participantes primeros en Coros y Danzas, se llegó a más de 60.000, los cuales no cobraban ni un céntimo y ponían todo su entusiasmo en que su grupo quedara bien. Con los Coros y Danzas se ha recorrido, en triunfo de españolidad, el mundo entero; Mosseiev, el mundialmente conocido director de bailes rusos, aseguraba, después de verlos, que España es el país con más rico folklore del mundo. Esta inmensa labor quedaba consignada en los ficheros de la Regiduría de Cultura, quien, con todo detalle de indumentaria, instrumentos, música, conservaba la autenticidad de cada uno de los grupos. Con el «cambio» no sabemos a dónde habrá ido a parar todo este trabajo de investigación. Quedarán algunos discos, imágenes del NO-DO y las películas «Ronda

Española» y «Donaire de España», que demuestran el éxito mundial de los Coros y Danzas. Ahora, dispersos los grupos, sólo algunos se mantienen gracias al tesón de sus componentes; otros, muy pocos, manejados por entes particulares, siguen actuando, pero sin hacer alusión para nada a su origen en la Sección Femenina.

En cambio, el mundo sigue reconociendo nuestra labor a través de organismos internacionales, donde Maruja Sampelayo, por sus conocimientos, todavía en los años 80 sigue actuando en cargos directivos.

Otro de los logros de la Regiduría de Cultura fue la creación, desde los años 42-43, de los «Círculos Medina», a los cuales les puse este nombre genérico porque Medina del Campo, con su castillo de la Mota, era nuestra raíz. Se fundaron los primeros en Madrid y Barcelona, después en varias provincias, siempre para difundir cultura a través de conferencias, conciertos, bibliotecas, exposiciones, cursos monográficos… Actuaron en el de Madrid, entre otros: don Ramón Menéndez Pidal, el doctor Marañón, Serrano Suñer, Felipe Ximénez de Sandoval, José María de Areilza, doctor Vallejo Nájera (hijo), el Marqués de Lozoya, Antonio Almagro, el profesor Muñoz Alonso… Se hizo también un homenaje a los hermanos Machado, y se dieron conciertos por: Ataúlfo Argenta, Joaquín Rodrigo, Lola Rodríguez de Aragón, Luis Galve, Gonzalo Soriano… Se hicieron exposiciones de pintores españoles e hispanoamericanos: Rosario Velasco, Marina Roeset, María Josefa Sotomayor, grabados de Eulalia Luna… Los Círculos de provincias seguían la misma pauta de acercar los valores del momento al interés de sus asociados, unos, afiliados al Movimiento, pero otros muchos no.

Al disolverse la Sección Femenina algunos de estos Círculos, como tantas cosas más, pasaron a depender del Ministerio de Cultura. Prueba palpable de la inquietud cultural que en todo momento movió a nuestra organización.

CAPÍTULO XIX

JUVENTUDES

Las Juventudes Femeninas no dependían en un principio de la Sección Femenina; en seguimiento de un patrón foráneo de entonces se encuadraron primero en la O.J., y después en el Frente de Juventudes, y aunque la Sección Femenina proponía a la regidora que actuaba dentro de las Organizaciones juveniles, las normas para las flechas y su encuadramiento no emanaban de nosotras. De este problema he hablado ya en el capítulo VIII. Pero una vez resuelto y en nuestras manos las Juventudes Femeninas, nombré regidora central a Carmen de Isasi, antigua delegada provincial de Cádiz y falangista de siempre, y como auxiliar, a Pilar Rodríguez de Velasco. Su labor al frente de la regiduría fue muy eficaz y, sobre todo, cuidadosa, porque, nombrada posteriormente, a la muerte de Laly, regidora de Administración, fue una estupenda ecónoma, que nos enseñó a economizar, a economizar al máximo. Son curiosos los detalles de nuestra administración: a nadie se le daba un bolígrafo nuevo como no llevara el viejo consumido hasta el final… Se editó entonces la llamada «tarifa de uso y duración» para defensa de nuestro patrimonio, en la cual se asignaba tiempo de vida a todos los enseres de las instituciones, muebles, ropa, vajillas… Había cosas, como lámparas y otras semejantes, las cuales debían Jurar más de cien años, según estuvieran en uso alterno o continuo. Esta tarifa, confeccionada por María Josefa Alvarez de Sotomayor, según nuestras normas, le hacía mucha gracia a nuestro admirado amigo y consejero el profesor Juan Velarde, quien decía que se encerraba en ella lodo un tratado de economía.

A Carmen de Isasi la sustituyó como regidora de Juventudes María Nieves Sunyer, delegada provincial hasta entonces de Barcelona, en donde

sabía hecho una gran labor. María Nieves, persona cultivada e inteligente, sabía pertenecido al S.E.U., y sus inquietudes se inclinaban preferentemente a elevar el nivel cultural de la juventud, y como principal exigencia la formación integral de sus mandos. Escogió como auxiliar central a Mina Cuesta, estupenda colaboradora y antigua delegada provincial de Segovia, donde realizó una buenísima labor, y fue, con su gemela Icha, más tarde eficiente secretaria mía, una de las promotoras del resurgimiento folklórico segoviano. Su padre había sido asesinado en la guerra.

Existía ya la escuela de instructoras en la Quinta del Pardo, cuando aún pertenecían las flechas al Frente de Juventudes, regentada primero por Julia Alcántara, viuda de guerra, que había sido también estupenda regidora y antigua delegada de Pontevedra, y luego por Tina Ridruejo, siempre preocupada por la cultura. En esta escuela actuaron profesores importantes, como Carlos Alonso del Real y Luis de Sosa. Más tarde se trasladó al castillo de las Navas, bajo la dirección primero de Teresa Loring, posteriormente consejero nacional y secretaria nacional de la Sección Femenina, y siempre fiel, hasta en los peores momentos, a los principios joseantonianos; después la dirigió Julia Eseverri, y por último Andresa López Enseñat, persona de grandes inquietudes culturales que, apoyándose en los nuevos métodos pedagógicos, dio un cambio importante a la escuela de instructoras, al convertirla, al mismo tiempo, en Escuela Normal, con lo que las alumnas salían con la doble titulación de maestras e instructoras. El castillo-palacio de las Navas, del que no hemos hablado todavía, fue cedido a la Sección Femenina por la Resinera Española. Nosotras lo restauramos en su integridad; era una verdadera ruina, y, siguiendo nuestra costumbre, como en el de la Mota, lo enriquecimos con distintas obras de arte, como los preciosos frescos de la capilla, por Francisco Farreras, y obras de Pancho Cossío, de Vázquez Díaz, un estupendo retrato de José Antonio y otros cedidos por el Patrimonio Nacional. Se empezó con la capacitación de instructoras generales de juventudes, pero, posteriormente, se creó primero la escuela de Magisterio privada, con lo que se daba a la instructora general de juventudes una dimensión docente de tipo profesional. Más tarde, el Ministerio de Educación Nacional aprobó un plan de estudios para enseñanzas de Magisterio sensiblemente más profesional y didáctico, que

preparaba estupendamente a las chicas para su futura misión. Como el castillo de la Mota, su influencia se dejó sentir en toda la comarca, y no digamos ya en el pueblo de Las Navas. Se organizaban conferencias, conciertos, obras de teatro, cursillos especializados. Afluían las visitas, y el número de alumnas aumentaba todos los años, hasta la disolución de la Sección Femenina. La escuela ya no admitió alumnas en el 77, y en 1978 se clausuró definitivamente, viéndonos obligadas a trasladar a las escuelas universitarias de Ávila las alumnas que quedaban, con el consiguiente perjuicio para ellas.

Y puesto que de castillos estoy hablando, no quiero dejar de mencionar el palacio de Peñaranda de Duero, en Burgos, que denominamos «Ramiro Ledesma Ramos» en homenaje al fundador de las J.O.N.S. Se compró por una suma muy módica al médico del pueblo, en 1959. Lo inauguraron, después de su reparación, el Caudillo y doña Carmen, y asistió a la ceremonia Trinidad Ledesma Ramos, hermana de Ramiro. En él se dieron durante años cursos de cumplidoras del Servicio Social, para maestras y, en verano, cursos para S.E.U. o universitarias. En el pueblo no había teléfono y se instaló al inaugurar nosotras la escuela; así como Jorge Vigón, entonces ministro de Obras Públicas, arregló a tal fin la carretera y la plaza del pueblo, de verdadera belleza. Lo llevó durante años, con mucho éxito, la camarada María Ortiz, hoy religiosa. Posteriormente, en seguimiento de nuestra costumbre de unir la tradición con la revolución, a las escuelas nacionales les poníamos los nombres más representativos de nuestra Falange. Por esto, la Mota se llamó José Antonio, esta de Peñaranda, Ramiro Ledesma Ramos, y las dos más modernas de Aranjuez y Madrid: Onésimo Redondo y Julio Ruiz de Alda. Sólo a la de las Navas, por estar enclavada en la provincia de Ávila, donde nació la reina Isabel, le pusimos el glorioso nombre de Isabel la Católica.

La preparación de las instructoras era fundamental para la formación integral de la juventud en el aspecto político, educación física, música, teatro, actividades extraescolares, de forma que las alumnas adquiriesen cultura al tiempo que se divertían. Por supuesto, la formación religiosa entraba también en el horario de las escuelas.

A través de nuestras instituciones actuaban las instructoras en albergues de verano, círculos de juventudes, estaciones preventoriales, pero, al paso del tiempo, teníamos ya colegios menores para estudiantes de Bachillerato o de Magisterio, con una asistencia total de 44.000 alumnas; colegios de Primera Enseñanza (E.G.B.) actual, reconocidos por el Ministerio, con una asistencia, aproximada también, total de 2.800.000 alumnas; colegios «San Benito», de segunda enseñanza, con matrícula moderada para que pudieran asistir niñas de bajo nivel económico; el de la Ciudad Lineal, de Madrid, regido por María Teresa García Gil, con verdadero éxito, así como los de Zaragoza, Rascafría… Casi todas estas instituciones, al desaparecer la Sección Femenina, han desaparecido también; sólo los de primera enseñanza han interesado al Gobierno y siguen funcionando por el prestigio conseguido y con la misma dirección que tenían. Las bibliotecas de estos centros eran cuidadísimas. A la música, concebida absurdamente en otros tiempos como clase de adorno, se le daba una enorme importancia. Muchas vocaciones musicales salieron de ellos; 40 niñas del colegio Carmen Cabezuelo, en la barriada de San Blas, de Madrid, entraron en el Conservatorio, y cada colegio tenía su orquesta propia, formada por alumnas. También, como se ha dicho, organizó la regiduría los «Conciertos para la Juventud», para público en general, dirigidos por el maestro Alberto Blancafort. Se celebraban en teatros de Madrid, y a ellos acudía con frecuencia Doña Sofía, entonces Princesa de España, con los infantes.

Ninguna materia del saber se abandonaba: dibujo, pintura imaginativa, teatro representado y leído con obras modernas y de valor universal para que las niñas tuvieran una formación literaria completa. Nuestros colegios eran, sin duda, centros modelos visitados muchas veces como tales por los interesados en la materia.

También se montaron escuelas de Formación Profesional en Zarauz, Benicasim y Vitoria, para niñas que no querían seguir el Bachillerato. Tanto en estas escuelas como en los colegios menores, se las rodeaba de un ambiente familiar, para que las alumnas no se sintieran masificadas, y se daba, para admitirlas, preferencia a las niñas de ambiente rural, donde siempre encontraban menos facilidades para estudiar.

En este orden de cosas, el presidente de la Diputación Provincial de Madrid, Carlos González Bueno, encargó a la Sección Femenina de la organización del colegio Francisco Franco. Bajo la experta dirección de la licenciada Oliva Tomé, delegada provincial de Madrid, el colegio adquirió un enorme prestigio y se amplió posteriormente para estudiantes universitarios.

El teatro infantil, abierto al público, fue otro de los logros de la Sección Femenina. Sobre el año 60, dirigido primero por Suárez Radillo y Miguel Narros, y posteriormente, durante casi 15 años, por Ángel Montesinos, con María Navarro como ayudante, puso en escena obras de verdadero valor y estrenos exclusivos para nuestro teatro, como «La feria del come y calla», de Alfredo Mañas, y la primera representación en España de la ópera de Menotti «Amalphy y los visitantes nocturnos». Algunos de nuestros colaboradores procedían de ambientes no adictos al régimen. Lo sabíamos, pero no nos importaba ni a ellos tampoco; nos ayudaban con sinceridad, y la Sección Femenina nunca estuvo cerrada a exclusivismos. Como adaptadores de obras teatrales contábamos con: José Hierro, Ricardo López Aranda (Premio Lope de Vega)… como actores: Suárez Radillo, Nicolás Dueñas, Tina Sainz, Emilio Laguna, las hermanas Goyanes… Compusieron música para nuestras obras Carmelo Bernaola y Alberto Blancafort; como decoradores tuvimos pintores de la categoría de Viola, Guinovart, Viudes, Víctor Cortezo… Cuando la Sección Femenina desapareció, desapareció también el teatro de «Los Títeres», que así se llamaba, después de una gloriosa andadura, como desaparecieron tantas otras cosas que eran importantes para España.

CAPÍTULO XX

EL S. E. U.

Al fundarse la Falange se creó simultáneamente el Sindicato Español Universitario (S.E.U.), de cuya dirección primera encargó José Antonio a Manolo Valdés, Alejandro Allanegui, Matías Montero y David Jato, con un grupo de estudiantes que se habían unido a él. Entran desde sus comienzos algunas chicas: Clotilde Salazar, hermana de Alejandro, posteriormente jefe del S.E.U.; Justina Rodríguez de Viguri, como ya he dicho, primera delegada del S.E.U. y jefe, después, de la primera Escuela de Mandos de la Sección Femenina de Málaga; Mercedes Fórmica… y en adelante otras muchas universitarias que se han destacado después como mandos de la Sección Femenina: Pilar Anadón, que confeccionó casi todos los textos de Formación de la Sección Femenina; Parusa Nieto, Cheli Valcarce, las ya dichas varias veces, Vicky y Pilar Lago… Como puede verse, desde siempre hubo entre la Sección Femenina y el S.E.U. una vinculación irreprochable, no sólo porque la Sección Femenina naciera en el S.E.U., sino porque en entendimiento y acción siempre fueron unidos.

Personalmente, esta vinculación al S.E.U. venía en realidad a llenar un deseo no cumplido de mi vida, como expliqué más tarde, al recibir la beca de Colegial de Honor en el Colegio Mayor «José Antonio», de Madrid, con las siguientes palabras:

> *«Todo el mundo en su vida tiene algunos huecos no cubiertos, alguna parte de su vocación frustrada, y en mí quizá sea ésta la de no haberme incorporado a la edad en que me correspondía a la luz de la Universidad. Por otro lado, en la primitiva Falange, la Sección Femenina y el S.E.U. éramos una misma cosa, figurábamos en los mismos ficheros todas como estudiantes y, como tales,*

miembros del Sindicato; compartíamos nuestra vida de riesgos y esperanzas con las centurias y los grupos de Medicina, de Derecho, de Filosofía. Las banderas del S. E. U. las hacíamos nosotras, los emblemas del S. E. U. los bordábamos nosotras, sólo ya cuando la organización fue creciendo es cuando oficialmente nos separaron. Pero aquella primera unión y la vocación intelectual en muchas de nosotras ha dejado para siempre como unos hilos subterráneos que nos unen en todas las coyunturas».

La organización femenina del S.E.U., como Regiduría Central de la Sección Femenina, no se organiza hasta después de la guerra, y funciona a caballo entre la Sección Femenina y el S.E.U. propiamente dicho.

Su tarea fundamental consistía en un servicio social universitario para la formación y posterior ayuda a las camaradas que, muchas veces entonces, antes de que consiguiese la Sección Femenina la promulgación de la Ley de Derechos Políticos, Profesionales y de Trabajo de la Mujer, de la que he hablado en el capítulo XIII, se encontraban con grandes dificultades para ejercer sus carreras.

Otra de sus tareas era proporcionar mandos o profesorado a la Sección Femenina.

También la incorporación de las camaradas a círculos culturales universitarios, lo que a veces suponía alguna dificultad, porque en ciertos sectores del mundo universitario había algún recelo hacia nosotras, fomentado y creado «sotto voce» por los grupos subversivos que allí había, bajo la mirada un tanto complaciente de las autoridades.

También fue importante el montaje de Colegios Mayores, promovidos entre la Sección Femenina y el S.E.U., en los cuales llegamos a alcanzar verdadero prestigio bajo mandos tan responsables como los de Pilar de Baile y de Conchita Pérez Zalabardo, en la Almudena; En Salamanca, Carmen Moreno, ahora monja dominica, y en Valencia, Conchita Rodríguez; Valladolid, Lolita de la Peña; Santiago, María Luisa Rodejas…

Otro servicio interesante fue el de la campaña de extensión cultural en zonas rurales que dirigía la camarada Chely Valcarce, regidora entonces del S.E.U., y que consistía en organizar durante el verano un mes de enseñanzas

generales a semejanza de lo que hacían las Cátedras Ambulantes. Se llegaron a conseguir unos cuarenta cursos.

Y, finalmente, se organizaban también bibliotecas y residencias para universitarias, albergues y campamentos con dos o tres turnos cada verano.

Para conseguir todos estos fines se celebraban en la Mota cursos de formación cada dos años; seminarios nacionales sobre la problemática de la Universidad; mesas redondas en los distritos sobre la situación de la mujer y las dificultades que encontraba para situarse; intercambios entre distritos para mesas redondas o seminarios; importantes reuniones de estudio en una granja-escuela de Las Rozas que cedía para el caso la Sección Femenina. En el mundo cultural, círculos, festivales, conciertos, teatros… En San Rafael teníamos unas reuniones para universitarias de toda España; solían acudir entre 115 y 120. La mayoría de estas manifestaciones eran mixtas.

La Regiduría del S.E.U., como ya hemos dicho, tuvo siempre que luchar con dificultades en la Universidad, porque las fuerzas clandestinas hacían cuanto podían para desprestigiarnos, y la verdad es que la clase gobernante más ayudaba a este desprestigio que otra cosa, y después de la muerte de Franco la aparición de una pluralidad de sindicatos y fuerzas políticas que nos combatían abiertamente hicieron cada vez más difícil nuestra actuación, que terminó al desaparecer la Sección Femenina en el año 75.

CAPÍTULO XXI

LABOR ASISTENCIAL Y AFRICANA

Terminada la guerra civil, en la que había sido necesario preparar rápidamente enfermeras para atender los menesteres de la contienda, como se preparaban alféreces provisionales, los cursos primitivos de tres meses entraron en una normalidad de dos años de duración, al revalidar este título, por una orden de enero de 1942, en atención a los servicios prestados durante la guerra por más de 10.000 camaradas. La responsabilidad de la regiduría la llevó, primero, Carmen García del Salto; después, Chelo Muñoz Monasterio, que fue quien verdaderamente dio auge al departamento, y también Pilar Esponera, Carmen Werner y la médico Pilar Lago. Pero aun reconocidos los títulos por la Facultad estaban las enfermeras en condiciones de inferioridad con los practicantes, y, promovida por nosotras una junta de todos los interesados en problemas sanitarios, se arregló el asunto mediante la unificación de la carrera con tres años de estudios y Bachillerato, como se exigía en toda Europa. El director general de Sanidad era el doctor Palanca.

Dependían, asimismo, del departamento las divulgadoras sanitario-rurales, de cuyo contenido y fines se habla en el capítulo X, principalmente creadas para la lucha contra la mortalidad infantil como una de las primeras preocupaciones nuestras. Como tantos servicios en la Sección Femenina, estas camaradas carecían de remuneración; sólo algunos Ayuntamientos de los pueblos, al comprobar su eficacia, les daban una pequeña ratificación. Al liquidarse la Sección Femenina se habían realizado más le 1.500.000 visitas a niños, se habían repartido más de 800.000 dosis de acuna antidiftérica; los tratamientos dados a domicilio pasaban de 1.000.000, y el

número de divulgadoras movilizadas, unas 3.000, preparadas convenientemente en cursos especiales.

También llevaba la regiduría los cursos y actividades de las asistentas sociales, que ejercían su profesión, sobre todo, en los suburbios de las grandes ciudades. En toda esta labor recibimos asesoramiento, sucesivamente, de los doctores: Agustín Aznar, Boch Marín, Luis Navas Migueloa, Manolo Morales, Armando Muñoz Calero, Turégano, Rico Abello… y en las provincias, asesoramientos médicos provinciales.

También acudimos, porque se nos necesitaba, al África Ecuatorial.

Todo lo que fuera incrementar allí la influencia de España y ayudar a la mujer a ocupar su puesto y a hacer valer sus derechos, nos parecía una de nuestras primeras obligaciones; por esto, cuando recibí, a través del Ministerio, una petición para que se enviase profesorado de la Sección Femenina a los Institutos creados por el Gobierno en la región ecuatorial de Fernando Poo y Río Muni, empezamos a pensar en la gran obra que se podía hacer; en el 63, las autoridades nativas vinieron personalmente a pedirme que enviara profesoras. Recuerdo que vino Federico Ngomo (después atrozmente asesinado por Macías en el momento de la independencia) con el comisario general de Río Muni, general Díaz de Villegas. Poco después, en enero del 64, la Dirección General de Plazas y Provincias Africanas, por medio de su secretario general, señor Yanguas, me escribió también pidiendo para el Sahara las «cátedras ambulantes», porque «los nativos pedían alguien que enseñara a sus mujeres a coser, a cuidar de sus hijos, de su casa…», ya que sus estructuras estaban cambiando y habían pasado de vivir en la jaima (tienda de gruesa piel), sin la menor comodidad, a las casas que el Gobierno edificaba en algunos núcleos de población y las daba a los nativos. La designada para esta misión, y en general para todo lo del Sahara y la Guinea, fue Concha Mateos, entonces regidora de las cátedras ambulantes y espléndida camarada para lo que fueran misiones difíciles. Así, previa una inspección al territorio de Lolita Bermúdez Cañete, regidora del S.E.U., decidimos acometer la empresa.

En el Sahara, tanto en Villa Cisneros como en El Aaiún, el Gobierno había creado unos Institutos, y fue allí, con el nombramiento de profesora

de enseñanza política, donde se instaló Concha Mateos en una residencia del Gobierno. Al principio las autoridades tenían un cierto recelo a que empezase a actuar, y con la excusa de que estaban en el tiempo del Ramadán le aconsejaron que no hiciera todavía sus visitas. Pero ella se decidió y se hizo por la calle amiga de los niños, que la miraban como a una curiosidad, y fueron los niños los que la introdujeron en las casas. Había escuelas públicas, pero los niños, mejor sus madres, no tenían constancia de enviarlos a ellas. Era una sociedad estratificada y, por lo mismo, muy difícil de mover. Mientras Concha se iba haciendo amiga de las mujeres, preparó un proyecto de asistencia social para empezar, y lo presentó al delegado del Gobierno, con un presupuesto de 2.300 pesetas al mes. El 2 de mayo de 1964, fecha de tan heroica recordación, se inauguró la escuela con asistencia de todas las autoridades y… con apuestas entre los españoles residentes de que Concha no conseguiría dar un solo baño a un niño saharaui. No sólo consiguió bañar a uno, sino que era tal el número de madres que acudían para aprender a lavarles y limpiarles que Conchita tuvo que pedir auxilio a las mujeres de los españoles que estaban destinados allí. Muchas la ayudaron, pero la que trabajó con verdadero ahínco fue la mujer del alcalde, Lolita Serra del Pozo, también camarada nuestra.

Tengo que hacer constar que en nuestras enseñanzas se procuraba, sobre todo, respetar sus gustos y costumbres, no colonizar, sino ayudar a mejorar, a través de la aplicación de su misma manera de vivir; así, si en la escuela se enseñaba a hablar, leer y escribir en castellano, se daban también clases de árabe.

Es difícil explicar la dificultad de impartir estas enseñanzas en esa sociedad, como hemos dicho, tan estratificada, y así, entre ellas, se producían situaciones que a nosotras se nos hacían casi imposibles de entender, porque había grados de preeminencia, según las tribus, y, en cuanto a enseñanza de las niñas, a los 10 u 11 años, sus madres las retiraban de la escuela, al considerarlas ya casaderas, y no debían mostrarse a los demás en espera del próximo matrimonio.

Entretanto, aumentaba el número de alumnas a la escuela: niñas y madres. Habíamos empezado dando tres horas de cursos por las tardes. Ahora no bastaban ya todas las horas del día. Se había nombrado un asesor

de puericultura, un residente español, José Álvaro, que trabajó siempre con nosotras con gran dedicación hasta el fin y no quiso nunca cobrar ni un céntimo. Había venido un grupo de divulgadoras sanitarias que, asesoradas por una asistente social, iban a las casas, en donde se solicitaban sus servicios.

En octubre siguiente, el delegado del Gobierno nos ofreció un nuevo edificio, y allí se montó un colegio de E.G.B. para niñas. Se organizaron secciones femeninas en distintos núcleos urbanos; niñas saharauis en grupo fueron a alberguéis, primero a Canarias y luego a la Península, y una de nuestras alumnas llegó a ir a la Universidad e hizo dos años de Medicina, antes de que todo se fuera al traste.

Nuestra misión fue también intentar situar a la mujer al par de los hombres, sacándola de la inferioridad donde había estado arrumbada durante cientos de años.

El Gobierno español había recalcado siempre a los saharauis que el día que España se retirase el Sahara debía convertirse en un Estado independiente por medio de un referéndum. Esta política seguimos nosotras, y el resultado fue que, cuando llegaron los problemas de la independencia, todas nuestras alumnas se fueron al Frente Polisario, y varias de ellas han sido las que han recorrido Europa y América para explicar a los distintos países el problema de su independencia.

Estuvimos en el Sahara desde 1964 hasta octubre del 75. Pocos días antes de la célebre «marcha verde» se vinieron a España todas nuestras camaradas, y allí quedaron estas niñas y mujeres a las que se había abierto un camino hacia la civilización, guardando un respeto profundo por sus costumbres, religión, lengua, su modo de estar, y se les había enseñado que su puesto era al lado del hombre, y no el de un mueble más en el interior de la «jaima».

En Guinea la evolución había sido más fácil. Ya que allí, aunque adulterado, se hablaba español y eran cristianos, y en el Sahara la religión era la mahometana y el español que se hablaba, muy rudimentario. Accediendo a los deseos expresados por las autoridades navitas, se organizó en Río Muni una escuela de hogar permanente. Después se establecieron dos colegios menores, uno en Santa Isabel y otro en Río Muni. Todos los

gastos estaban pagados por las autoridades nativas, es decir, por el presidente de la Diputación de cada una de estas provincias.

En Río Muni, en la escuela, además de las enseñanzas de hogar, se daban clases de bachillerato, y había una escuela de Magisterio. Todo ello, reconocido oficialmente por el Ministerio. Se organizó también un colegio menor y equipos de cátedras ambulantes, para internarse en los poblados de las provincias, y se preparó a monjitas nativas para que hicieran la labor en la selva. Se llevaron a la Península alumnas de nuestros centros a un albergue primero, y luego a un recorrido por España. Más adelante varias vinieron aquí para estudiar en colegios menores, y algunas siguieron carreras. En la Almudena se formaron varias ATS. Dos de ellas fueron más tarde directoras de un hospital en su país. Para que las alumnas pudiesen seguir el bachillerato se habían enviado allí algunas maestras. La primera en ir a Río Muni fue Pilar Santalices.

Luego ya todo empezó a torcerse, hasta que llegó la independencia, y fue Macías, y no el candidato que era por España, el que fue elegido. Evidentemente, retiramos de allí las camaradas, aunque Macías nos instó varias veces a que las dejáramos, asegurando que él las protegería y ayudaría. Así terminó todo, y muchas de nuestras antiguas alumnas murieron asesinadas.

Como puede verse, la Sección Femenina no dejaba ni un solo campo por atender.

CAPÍTULO XXII

LABOR SOCIAL

Nace en el 37, en plena guerra, lo que llamamos entonces «la Hermandad de la Ciudad y el Campo», por exigencias del momento, debido a la necesidad de una mayor colaboración con la mujer del medio rural, donde, por el desplazamiento de los hombres a los campos de batalla, ella tenía que ocupar los sitios que quedaban por atender en las tierras de cultivo. Este servicio fue regido, sucesivamente, por Ana María Hurtado de Mendoza, Pilar Ontiveros y Mónica Plaza, procurador en Cortes por Palencia y estupenda camarada, con verdadera inquietud social, que ha prestado y sigue prestando muy buenos servicios a la Sección Femenina. Como regidora de Trabajo, en una denominación ya más amplia, se ocuparía, además:

a) De la formación fundamental social y profesional de la mujer trabajadora.

b) De una colaboración regulada con los sindicatos para el estudio y promoción de medidas de carácter social y legal sobre el trabajo femenino.

c) Colaboración con los Ministerios de Agricultura, Industria y Trabajo.

Es decir, a esta regiduría correspondía la ordenación y ejecución de la política social de la Sección Femenina en relación con el trabajo de la mujer.

El *medio rural* era quizás aquel en que la mujer estaba más desatendida en cuanto a preparación, y, por ello, ya en el 41 creamos la primera Granja-Escuela «Hermanas Chabás», para formación de la campesina, en el pueblo de Llanos de Cuart (Valencia), y para paliar la necesidad de formar profesorado, en el año 1950 nace la escuela nacional de orientación rural para la mujer «Onésimo Redondo», en Aranjuez, de acuerdo con el

Ministerio de Agricultura. Allí se dieron los primeros cursos de formación de profesorado, dirigidos por ingenieros agrónomos, veterinarios y demás personal especializado nombrado por el Ministerio, que reconocía oficialmente los títulos.

Poco a poco fuimos abriendo otras granjas-escuelas en Las Rozas (Madrid), Amorebieta (Vizcaya), Alcañiz (Teruel), Nules (Castellón), Polanco (Santander), Seseña (Toledo), Belchite (Zaragoza)… Se abrió así una nueva profesión para la mujer, la de Instructoras Rurales, Maestras Rurales y Auxiliares de Granja.

En el 52, y siempre en el deseo de ser útiles a todas estas mujeres campesinas, la Sección Femenina pasa a formar parte de las Cámaras Agrarias y Hermandades de Labradores y Ganaderos.

En cuanto al *servicio doméstico*, también fuimos nosotras las que conseguimos, porque era justo, algo importantísimo. En 1944 empezó a elaborarse un proyecto de Montepío Nacional de Servicio Doméstico, que se convirtió en realidad, contra viento y marea, debido a las circunstancias de entonces, incorporando las profesionales del servicio doméstico a los beneficios de la Seguridad Social, al tiempo que se atribuía a la Sección Femenina la orientación y dirección social del mismo, cometidos que se ratifican posteriormente, al convertirse el citado Montepío, en 1969, en la actual Mutualidad Nacional de Empleadas de Hogar. Aquí colaboró mucho Parusa Nieto por su formación jurídica y sus inquietudes sociales.

Por medio de las visitadoras sociales y las escuelas de empleadas de hogar (llegamos a tener 71) hemos ayudado mucho a superar la situación de desventaja en que muchas chicas de servicio se encontraban, por carecer de una adecuada instrucción elemental.

En cuanto a la *artesanía*, se ha hecho una labor verdaderamente importante. Era preciso encontrar una solución a la falta de puestos de trabajo en el campo y ocupar muchos momentos prácticamente vacíos para la mujer, ya que las tareas agrícolas son siempre en estaciones determinadas. La artesanía es la herencia viva de un glorioso pasado gremial; nosotras quisimos salvarlo, como quisimos salvar nuestro folklore; para eso, aunque desde el primer momento habíamos empezado a actuar,

nació en 1953 la Obra Nacional de Artesanía «Ayuda al Hogar». Este ensayo pretendía:

a) Crear puestos de trabajo femeninos.

b) Ofrecer ala mujer campesina una manera de aumentar sus ingresos, c) Potenciar una fuente de riqueza.

d) Rescatar nuestra bellísima artesanía.

e) Ofrecer puestos centralizados de recibo de los trabajos.

En el año 1963 la Regiduría Central de Trabajo elevó a la Comisaría del Plan de Desarrollo un detallado informe de la experiencia realizada, y, gracias a esto y al apoyo directo del Caudillo, el 11 de mayo de 1968 se crea la Empresa Nacional de Artesanía, que, siempre contando con la colaboración de la Sección Femenina y, además, con varios organismos del Gobierno, se ocupa de llevar adelante la obra que se empezó en 1939.

Referente a los *sindicatos*, se ha hecho una gestión permanente para impulsar la participación sindical de la mujer. En la década de los cuarenta se inician cientos y cientos de reuniones, y su influencia se refleja en la línea ascendente de participación de las mujeres en la vida sindical.

Teníamos enlaces sindicales en todos los gremios, hasta alcanzar el número de 22.695.

Por distintas leyes, decretos y órdenes, consiguió la Sección Femenina, el principio de igualdad de retribuciones (1961), la igualdad jurídica en la contratación y ejercicio de todos los derechos laborales y sindicales (1970), la abrogación de excepciones, como la que negaba a la mujer el acceso a los cargos profesionales de registrador, juez y fiscal (1966), las de los años 74, 75 y 76, sobre comercio, cooperativas y relaciones laborales y capacidad política de la mujer. No se pudo conseguir aún la igualdad de hombre y mujer trabajador o funcionario, respecto a causar iguales derechos pasivos, a pesar del empeño que en ello puso Mónica Plaza, última regidora de Trabajo, a quien se debe la mayoría de los logros de carácter social, por su eficacia y tenacidad para defender en todo momento lo que creía justo.

CAPÍTULO XXIII

EDUCACIÓN FÍSICA

Antes de 1939, tanto el deporte como la educación física parecían en España cosas impropias de la mujer. En algunos buenos colegios se hacía algo de gimnasia y algunos juegos, pero no una educación física completa, y algunas chicas, en número reducido, practicaban el tenis y un poco de jockey. Nada más.

A la Sección Femenina le ha incumbido, por tanto, ser casi la iniciadora de la educación física y deportiva para la mujer en España, y hemos sido, a la vez, creadoras de una nueva profesión femenina: la de Profesoras e Instructoras de Educación Física y Deportes.

En 1938 el Caudillo nos había encomendado la formación de la mujer, y, para que ésta fuese completa, «mens sana in corpore sano», organizamos en Santander un primer cursillo para preparar instructoras de Educación Física, aún en plena guerra.

Tropezamos, para poner en marcha este servicio con mil dificultades; una de las mayores era carecer de buena orientación, pero también la de la incomprensión de las gentes y del ambiente para todo lo que fuera educación física femenina. En algunas provincias hasta se impedía a las chicas montar en bicicleta, pero para esto, como para todo, necesitábamos expertos, y, estando en Zamora, en el tercer Consejo de nuestra Sección Femenina, Lula de Lara me presentó al doctor Luis Agosti, que ella había conocido en un hospital de Santander y que venía al Consejo.

Luis Agosti, campeón de lanzamiento de jabalina de España, era un gran deportista. Su amor al deporte y su calidad como tal le hicieron ser elegido, en Madrid, en donde era estudiante, para formar parte de la representación que de allí se enviaba a la Olimpíada de Amberes; esto le permitió, ya en

plena guerra, no regresar a Madrid, sino irse a Biarritz, y de allí entrar por Hendaya en zona nacional para incorporarse al Ejército de Franco, y en el frente de Teruel le volaron una pierna de un morterazo y de otro le partieron el radio derecho.

Luis Agosti, entusiasta, tan amante del deporte y que por suerte para nosotras, por su invalidez, no podía volver al frente, fue para nuestra educación física, en ciernes, la salvación. Le nombré asesor nacional, y como tal dirigió ya, junto con nuestra regidora Cándida Cadenas, ese primer cursillo de Santander que acabábamos de organizar. A este primer cursillo asistió como alumna María de Miranda, entonces enfermera muy eficiente en Málaga, en donde había prestado grandes servicios, y que más tarde sería también con toda eficacia regidora central de Educación Física, después de María Teresa Castro, gran deportista ésta, y una de las raras mujeres que en España jugaba al jockey.

Estando María Teresa de regidora, montó Agosti con ella, ya liberado Madrid, una escuela en la Ciudad Lineal, donde se dio un primer curso intensivo para profesoras de tres meses de duración, con tres horas de gimnasia diaria, una de gimnasia rítmica y otra de bailes populares. Fue la primera vez que se asociaron los bailes populares a la educación física, porque la idea de Agosti era que cada pueblo tiene su propio estilo en cuanto a expresión corporal, y sí era importante que las futuras profesoras lo conocieran. También se enseñaba y practicaba la gimnasia con acompañamiento de música popular; quería intentar hacer algo más español, en vez de copiar servilmente a alemanes y suecos.

En el 42 o 43 se pusieron en marcha los primeros campeonatos de gimnasia rítmica, gimnasia, marcas mínimas en carreras de salto, baloncesto y natación.

También organizamos unos clubs llamados «Medina» para las niñas que al salir del colegio desearan continuar haciendo gimnasia y deportes.

Teníamos para capacitar profesorado las escuelas de El Pardo y la de «Julio Ruiz de Alda», porque nos hacían falta muchas instructoras. Al contrario que en otras disciplinas, todas las escuelas, colegios e institutos acogieron con entusiasmo las clases de gimnasia. Y, claro, teníamos que proporcionar a todos el profesorado adecuado. Los cursos empezaron por

tener tres meses de duración, hasta llegar a tres y cuatro años. Venían extranjeros a verlos, estudiarlos y participar en ellos.

En 1948 hubo una Olimpíada en Londres y fue invitada la Delegación Nacional de Deportes de España; María de Miranda, nuestra regidora central, ostentó la representación; también en la Reunión Internacional de Educación Física, que tuvo lugar en Copenhague, fue María de Miranda quien representó a España, ya que en algunas reuniones internacionales a las cuales a veces no asistía la representación nacional española, siempre estuvo invitada como tal la Sección Femenina.

Fueron asesores de esta regiduría en tenis, baloncesto y balonmano Alfonso Jorquera y Lilí Álvarez; en natación, Baldomero Sol… Conchita Sierra, que fue después también regidora central de Educación Física, formó parte del Comité Olímpico Español.

También asistimos a diferentes reuniones convocadas en el Japón y en Sudáfrica.

Nuestra presencia solicitada en organismos y competiciones internacionales demuestra hasta qué punto de prestigio y eficacia había llegado en educación física y deportes la Sección Femenina.

CAPÍTULO XXIV

PRENSA Y PROPAGANDA

El departamento de Prensa y Propaganda, como todos, empieza a funcionar en plena guerra. Es entonces Marichu de la Mora quien lo lleva como regidora central, y de auxiliar, Clarita Stauffer. Muy pronto se empieza a publicar la revista *Y*, a la que sigue *Ventanal*. Pero el departamento se desarrolla realmente en Madrid, ya terminada la guerra, y teniendo a su frente, como regidora, a Lula de Lara, con carnet de periodista, estupenda camarada, muy dinámica y amiga, como yo, del mundo intelectual. Casi en seguida se empezó a editar la revista *Consigna*, fundamentalmente pedagógica, de la que se hacían 10.000 números mensuales y se repartía gratis entre las maestras que dirigían nuestras escuelas de formación. En la revista, aparte de artículos culturales interesantes, se ayudaba a las maestras en lo que podríamos llamar asignaturas de «su profesión».

A la revista *Y* siguió la revista *Medina* y después *Teresa*, que se publicó hasta el último momento. Debía su nombre a una indicación de Víctor de la Serna, también muy amigo nuestro, y que nos dio la idea de adoptar el nombre de la Santa bajo cuya advocación estaba la Sección Femenina, siempre fiel a sus modelos, puesto que la primera revista había llevado por nombre la *Y* de Isabel la Católica. Por cierto que Jesús de la Serna, su hijo, actual subdirector del periódico *El País*, fue durante muchos años redactor-jefe de *Teresa*.

El departamento se ocupaba también de las relaciones públicas, cosa que Lula hacía perfectamente, involucrando a toda la intelectualidad de la época, que colaboraba siempre que hacía falta: Luis Felipe Vivanco, Luis Rosales, José Luis López Aranguren, Camilo José de Cela, Jaime

Campmany, Federico Muelas, Guillermo Díaz Plaja, maestro Rodrigo, Gerardo Diego; naturalmente, García Viñolas, que fue quien reclamó en Burgos a Lula para el departamento de cinematografía cuando llegaba de zona roja y estaba en San Sebastián en Auxilio Social.

En cuanto a publicaciones, además de las revistas ya citadas, se editaron también *Escuela Hogar* y *Bazar*, dedicada a los niños, y los libros de texto obligatorios en aquel momento de educación política y de educación física, que siempre se vendieron a un precio irrisorio, pues teníamos a gala no cargar el presupuesto de los padres, y, naturalmente, los libros de texto para las escuelas de hogar. También editó Prensa y Propaganda el libro «Mil canciones españolas», con ilustraciones de Cárdenas y un prólogo mío. En el traspaso se ha quedado con el libro el Ministerio de Cultura, como con todo lo nuestro, y suprimido toda referencia a nosotras. En este cancionero las canciones iban publicadas en su lengua vernácula, en una comprensión de las peculiaridades regionales, que siempre tuvo la Falange, dentro de defender, como el más importante de todos los bienes, la irrevocable unidad de España.

Como regidora de Prensa fue también Lula en el primer viaje de Coros y Danzas a Hispanoamérica, y cuenta que en la Argentina, Perón no pudo, por razones de su cargo, asistir a la representación de los Coros y Danzas, y entonces las invitaron a todas a comer en la Casa Rosada y después los Coros y Danzas darían allí su espectáculo. Para prepararlo, sigue diciendo Lula, habló con un secretario de embajada que le enseñó los inmensos salones donde los grupos tendrían que bailar, con unos suelos de mármol brillantes como el sol y maravillosamente encerados. Previno al secretario de embajada que, para que pudiesen bailar, era necesario quitar la cera y poner resina en el suelo. No sé si no lo entendió o no se atrevió a decirlo; el caso es que se limitó a hacer echar polvos de talco sobre el mármol. Llegado el día, y sentados ya en sendos sillones en la presidencia, Lula estaba entre Perón y Evita; se abrió la puerta y, según iban entrando las camaradas en el salón con todo su brío y tocando las castañuelas, iban rodando por el suelo una después de otra; no quedó una en pie. Menos mal que todo el mundo, empezando por Perón y Evita, y los músicos, y las camaradas, se echaron a reír, pues aquello parecía un verdadero campo de

batalla. Hubo que traer alfombras y sobre ellas bailaron las chicas, como siempre, muy bien.

Quiero precisar que Perón los recibió a todos en la puerta de la Casa Rosada y fue saludando personalmente a cada uno de los músicos y bailarines; por cierto que el señor Vidal, que era un músico de Cáceres, se entusiasmó tanto al dar la mano a Perón que con la otra empezó, según la costumbre española, a darle golpes en la espalda, lo que imitó Perón, a su vez, con gran contento de los grupos.

CAPÍTULO XXV

TIEMPOS DIFÍCILES

Como se ha visto al pasar de los días, la tarea de la Sección Femenina iba creciendo; había conseguido engranarse con el Estado a través de una serie de disposiciones que iban marcando un camino permanente en relación con los problemas de España, y que en adelante se fueron ampliando hasta conseguir la Ley de los Derechos Políticos, Profesionales y de Trabajo de la Mujer, que le abrían todos los caminos.

Entretanto seguían los Consejos Nacionales en distintas provincias: *Barcelona*, con una intervención, como siempre, de Dionisio Ridruejo, y que, haciendo alusión a la sardana, la relacionaba con la unidad de España. «Bailadla, sí, en toda su pureza, pero no cerréis la rueda…» Este Consejo lo clausuró en Gerona Pedro Gamero del Castillo, vicesecretario entonces del Movimiento, y hubo un final de danzas populares catalanas. *Granada*; allí lo llevamos porque se conmemoraba ese año el aniversario de la conquista de la ciudad por los Reyes Católicos. El de *Santiago*, para honrar al Apóstol, y donde la tuna estudiantil iba todos los días a cantarnos «Triste y sola se queda Fonseca; triste y llorosa queda la Universidad…», y con un recuerdo especial para los falangistas gallegos insignes: Eugenio Montes, Jesús Suevos, Salas Pombo, José Luis Taboada… El de *Guadalupe*, donde recorrimos la ruta de los conquistadores, y recordamos especialmente a José Luna. *Bilbao*, donde tanta vinculación teníamos con personas que, como nosotras, entregaban sus vidas al servicio de España: Pilar Careaga, condiscípula mía de colegio, primera mujer ingeniero industrial, posteriormente estupenda alcaldesa de Bilbao y que, milagrosamente, salvó su existencia al ser víctima de un atentado de ETA. Javier Ibarra, presidente de la Diputación, asesinado después por ETA. Pilar Villabaso, delegada

entonces de la Sección Femenina. Como muy destacada también, Merche Larrazábal, más tarde delegada, asimismo. José Luis Aznar, que fue tan generoso para nosotras cediéndonos los barcos de su compañía para los viajes de Coros y Danzas a América, y, por encima de todos, el gobernador civil, Genaro Riestra, estupendo falangista y protector insigne de la Sección Femenina, que nos hizo donación de la Granja de Amorebieta y del Preventorio de Gallaría, donde prestaron estupendos servicios Josefina Lajusticia y Maruja Cuervo.

Desde el principio quisimos hacer nuestros Consejos itinerantes para que las provincias nos conocieran y conocerlas nosotras mejor a ellas, hasta el punto que más que señalar la fecha de algunas realizaciones las relacionábamos con el hecho geográfico: esto salió del Consejo de Zaragoza; aquello se acordó en el de Valencia…

Entretanto, se iba desarrollando la segunda guerra europea, y en medio de ella, algo para nosotras muy entrañable: la División Azul, unidad de voluntarios que se formó por orden del Jefe del Estado como participación de España en la guerra contra el comunismo cuando, el 22 de j unió de 1941, Hitler atacó la Unión Soviética. Se alistó la División Azul bajo el lema proclamado por Serrano Suñer, de «Rusia es culpable», y miles de voluntarios, falangistas la mayoría: Agustín Aznar, Dionisio Ridruejo, Eduardo Montarco, José María Gutiérrez del Castillo (Chemari), se presentaron en masa. Referente a la División Azul, pienso que el mandarla a Rusia fue quizás una manera de esquivar el entrar en la guerra y mantener a España neutral, porque, de entrar, indudablemente hubiéramos tenido que hacerlo aliados con el Eje, lo que Franco había evitado muy sagazmente en su entrevista con Hitler en Hendaya, porque la guerra aquélla ya estaba perdida, aunque quizá, por otro lado, nunca es bueno quedarse al margen de los acontecimientos internacionales, porque no perderás pero tampoco ganarás nada, como más de una vez he oído decir a José Antonio con respecto a la guerra del 14.

Con la División Azul fue también un cuerpo de enfermeras nuestras, todos mandados por el general Muñoz Grandes. Muchos estupendos camaradas se quedaron para siempre en las estepas rusas, como Enrique

Sotomayor, los Ruiz Vernacci, los García Noblejas, Pepín Cavanilles, Carlos Figuerola…

Más adelante, el 17 de julio del 42, Franco anunció la convocatoria de unas Cortes. Los procuradores todavía no eran elegidos por los cauces naturales, sino nombrados directamente por el mismo Caudillo o por los municipios. Yo fui nombrada por el Caudillo.

En España había paz, pero en la sombra antiguos monárquicos, socialistas, liberales, no dejaban de conspirar para cambiar nuestro régimen; quizás esto hizo pensar a Franco en buscar una continuidad, y en una junta presidida por él nos planteó la conveniencia de traer la Monarquía. Los que allí estábamos nos quedamos al principio sorprendidos, y después fuimos dando nuestra opinión. Raimundo, Arrese, el obispo de Madrid-Alcalá, Eijo y Garay; José Antonio Elola Olaso y yo dimos nuestro parecer sobre los Inconvenientes que esto podía representar. Al menos nuestra conciencia quedó tranquila. Algún tiempo antes ya Teresa Loring y yo habíamos manifestado a Torcuato Fernández Miranda nuestras inquietudes sobre este problema. No sé si fue en esta misma junta o en otra presidida también por el Caudillo cuando, ante las quejas de la poca participación que se daba a los falangistas en la gobernación del Estado, a pesar de su enorme participación en la contienda y de haber reconocido como base del nuevo Estado los 26 puntos de la Falange, Franco nos explicó que también estamentos de la derecha habían prestado su ayuda; por ejemplo, el capitalismo a través de sus representantes más destacados, como March y algunos otros, que cuando España en guerra no sabía de dónde sacar el dinero ni para material bélico fueron ellos los que aportaron todo lo necesario para estos fines. Por eso no era justo prescindir de ellos en la reconstrucción de la Patria.

Así llegó el año 45, en que la guerra entre aliados y los regímenes fascistas (Italia y Alemania) fue perdida por el Eje. Esto, Indudablemente, supuso una tremenda dificultad para España, porque, sin motivo ni fundamento, nos englobaron con los regímenes caídos, y entonces el aislamiento en que siempre nos habían tenido las democracias occidentales hicieron arremeter a éstas contra España. A Impulsos de la URSS, en 1946, se propuso en la ONU, a través de Polonia, la retirada de los embajadores

de todos los países en España y el cierre de las fronteras; esto, al contrario de lo que el mundo preveía, dio lugar a la primera y grandiosa manifestación en la plaza de Oriente, de Madrid, en diciembre de 1946, en apoyo de Franco y del régimen que había ganado nuestra guerra. Sin embargo, algunas Repúblicas iberoamericanas y algunos Estados árabes del Próximo Oriente se habían opuesto a tal resolución de la ONU y dejado aquí sus representantes diplomáticos, pero la nación que nos ayudó de verdad en estos momentos fue Argentina, que nos envió varios barcos de trigo y carne congelada. Era presidente entonces allí el general Perón, y fue la misma presidenta Evita, mujer de gran categoría, quien vino a entregárnoslo, en un rasgo de cordialidad y amistad en aquellos momentos en que todos nos abandonaban. Ni que decir tiene que se la recibió como agua de mayo y con todos los honores. Nosotras también quisimos unirnos al homenaje, y en la plaza Mayor de Madrid le hicimos una demostración de Coros y Danzas y le entregamos una colección de trajes regionales para un museo que ella pensaba montar en Buenos Aires.

Por entonces, como sucede ahora, empezaron algunos a cambiar de chaqueta para no comprometerse con lo que el mundo entendía por fascismo, y donde, sin ninguna razón, incluían a la Falange. Lo cierto es que en una emisión de Radio Nacional para celebrar la conmemoración de la fecha del Primero de Abril, día de la Victoria, en 1946, se habló de todas las aportaciones personales y colectivas a la guerra y a la España nacional, menos de la de José Antonio y de la Falange. Tía Ma y yo, que estábamos escuchándola, como es natural, botamos en seco por lo que suponía aquel escamoteo de la verdad, y yo, ni corta ni perezosa, cogí el teléfono para protestar airadamente. Se me contestó que todo aquello que estaba diciendo lo dijera por escrito. Al día siguiente dirigí una carta al entonces director de Radio Nacional, que fue la que transcribo a continuación:

> «Madrid, 2 de abril de 1946.
>
> Señor director de Radio Nacional de España. Madrid.
>
> Muy señor mío:
>
> Según dije el otro día por teléfono, quiero hoy confirmar por escrito mi protesta con motivo de la emisión de esa Radio Nacional,

el sábado 30 de marzo. En esa emisión, que se organizó para conmemorar la Victoria, se partió de un principio falso y se ignoró adrede durante toda ella la aportación de la Falange al Movimiento. Lo que supone o muy mala fe por parte de los organizadores de los programas, o un desconocimiento tan absoluto de los hechos que dicen muy poco en favor de la competencia de los dirigentes de la radio. No hay nada que exaspere tanto como las injusticias, y la emisión del sábado fue absolutamente injusta desde el principio hasta el final. Conste que al formular esta protesta no hablo como hermana de José Antonio, *al que no se nombró ni una sola vez*, sino como falangista, para recordar a esa radio tan desmemoriada la heroica participación de mis camaradas en el Movimiento. Con todos los respetos hacia Calvo Sotelo, a quien tanto estimo por varios motivos, y con toda mi admiración por su gloriosa muerte, he de recordar a la radio que antes del 13 de julio habían caído asesinados en las calles de España cerca de un centenar de falangistas, cuyos nombres, José Ruiz de la Hermosa, Juan Cuéllar, Matías Montero, Manuel Rodríguez Gimeno, Manuel Carrión y tantos otros, no son desconocidos para los españoles. Que para esa fecha José Antonio, Onésimo Redondo, Julio Ruiz de Alda y todos los jefes de la Falange estaban ya en la cárcel, donde fueron después asesinados, porque llevaban tres años diciendo cosas que no eran nada gratas para los servidores de la anti-España ni para los de la Ceda, copartícipes poco antes del poder. Que la Falange estaba enlazada con todos los mandos militares del Movimiento que se preparaba; o sea, que no fue una cosa hecha a sus espaldas a la que se incorporó más o menos alegremente. Prueba de ello, las cartas de José Antonio dirigidas al general Mola desde la cárcel de Alicante y al propio Caudillo, de cuyas cartas pueden ser testigos los portadores de las mismas, de los cuales, falangistas todos, algunos fueron asesinados, pero otros viven todavía. Y en cuanto a la aportación de la Falange a la guerra, todos los frentes de España estaban guarnecidos en gran parte por camisas azules de la Falange. De esto pueden ser testigos los generales que mandaban dichas

unidades. Castilla solamente sacó doce banderas, algunas de las cuales tienen la Laureada colectiva. Y lo mismo Aragón, Extremadura, Galicia, Asturias, Andalucía, con los Tercios de Mora Figueroa y de Zamacola; Marruecos, Cataluña y hasta Navarra, de donde salieron de toda la parte baja casi tantos falangistas como tradicionalistas del Norte. Como testimonio de esto que aquí digo, unas listas que conservo de cuando la Sección Femenina mandaba el aguinaldo a los camaradas, y en las que figuran *encuadrados en unidades de Falange*, aparte de los miles de falangistas que había en el Ejército, más de *doscientos mil*. Hechos destacados de estas unidades: *El Alto de los Leones*, con los falangistas de Castilla mandados por Onésimo Redondo y por Girón. La sierra de Alcubierre, posición defendida por los falangistas, que fueron muertos todos ellos antes de entregarla, y cuya acción heroica fue mencionada en el parte oficial de guerra. Y tantos más que sería largo de enumerar, pero que demuestran en todo momento el valor heroico de la Falange. Aparte de esto, como digo antes, había encuadrados en el Ejército miles de falangistas, y el noventa y cinco por ciento de los alféreces provisionales salieron también de las filas de la Falange. En el Alcázar de Toledo había falangistas, cuyo jefe, Pedro Villaescusa, y muchos más murieron en el asedio. En el "Baleares", como en toda la escuadra española, había falangistas voluntarios, y se hundió aquel barco cantando el "Cara al Sol". Pues bien, en la famosa emisión del sábado se habló de todos los que aportaron su esfuerzo a la guerra, de la salida de los requetés de Navarra; se enumeraron uno por uno los tercios de los tradicionalistas, heroicos y gloriosos, no lo dudo, pero ni más heroicos ni más gloriosos que los falangistas, de los cuales, ni como colectividad ni como individualidades, *se dijo ni una sola palabra en Radio Nacional*. Como si la Falange hubiera estado ausente de la guerra. Y para este silencio no creo que puedan alegar conveniencias políticas exteriores, porque, en ese caso, se hubiera hecho sólo como una exaltación del Ejército y del Caudillo, silenciando más o menos todas las aportaciones civiles al

Movimiento, pero no sólo la de la Falange, aportación que, por otro lado, es nuestra única justificación de permanencia en el Estado. Después de mi llamada telefónica prometieron enmendar la emisión del día siguiente, y así fue, en efecto, en parte, porque hablaron de la muerte de José Antonio y de que había arrastrado tras de sí a toda la juventud ilusionada, pero siguieron sin decir ni una sola palabra de la actuación de los falangistas en la guerra, y como esta emisión se oye en América pido que se rectifique en el sentido de contar la Historia como es, y no como quisieran que fuera unos cuantos señores, de los que, desde luego, no la han hecho gloriosa.

Brazo en alto.— La Delegada Nacional.

Firmado: Pilar Primo de Rivera.

Saludo a Franco. ¡Arriba España!»

El 31 de marzo de 1947 se anunció oficialmente que España volvía a ser una Monarquía, aunque sin Rey, mientras viviera el Jefe del Estado, y el 7 de junio se promulgó la Ley de Sucesión, que fue sometida por el Caudillo a referéndum.

Con la Ley de Sucesión, se daba a Franco la posibilidad de elegir y preparar para Rey a un príncipe educado en España. Después de múltiples conversaciones con don Juan, por fin, en 1949, llegó a España para seguir sus estudios aquí y ser educado para reinar el Infante Don Juan Carlos, hijo mayor de don Juan.

Por otro lado, el aislamiento español, que había ido desapareciendo paulatinamente, no desapareció en realidad hasta 1950, en que la ONU, el 5 de diciembre, anuló la resolución del 46 y pidió a Madrid la reanudación de las relaciones diplomáticas. La España de Franco había triunfado.

CAPÍTULO XXVI

LA SECCIÓN FEMENINA EN EL RÉGIMEN

Todo este ajetreo diario me daba un inmenso trabajo, pues yo quería cumplir lo mejor posible mi misión. La mayor parte de nuestros hombres tenían hacia nosotras, y yo me daba muy bien cuenta, una cierta ternura, una cordialidad especial, quizá como un sentido de protección, porque veían en la Sección Femenina una entrega total que hacía más patente nuestra juventud, sin ningún deseo personal y una gran fidelidad a José Antonio.

Y si en esos hombres políticos encontré hacia mí un afecto especial, fue aún más marcado y en mayor grado el que siempre me demostró el Generalísimo. Constantemente nos prestó su ayuda, su colaboración, y si algunas veces estoy segura que pensaba: «A esta pesada hay que dejarla», tenía en mí absoluta confianza y estaba seguro de mi fidelidad. Decía de nosotras que éramos «muy tercas», pero nos dejaba siempre hacer lo que queríamos. Yo, que le traté a lo largo de los años, puedo decir que siempre vi en él, sobre todo, su amor a España y un inmenso deseo de servirla, y era grande la confianza que nos daba como estadista, por su clarividencia y por su serenidad, que nos solucionaba todo. Los encuentros con él nos hacían sentirnos en terreno firme por la seguridad tremenda que nos daba de que los españoles bajo su dirección no vacilarían en el cumplimiento de su destino. Tenía con nosotras detalles verdaderamente conmovedores, pues le preocupaba muchísimo la escasez de medios con los que nos desenvolvíamos y las miserables dietas que teníamos para los viajes, pues éstas daban para el desayuno y el almuerzo, pero por la noche, como no te invitase el gobernador, ya no cenabas. Cenas, por supuesto, que resultaban bastante agradables, porque he de decir que en la mayoría de los

gobernadores encontramos siempre apoyo y cordialidad; además, nos solían dar un whisky antes de cenar y disfrutábamos de la compañía de sus mujeres, que solían ser encantadoras. Recuerdo que en una de nuestras entrevistas con Franco antes de entrar le dijo a su ayudante que nos preguntara si nos habían subido ya las dietas, lo que demostraba su preocupación por nuestra miseria.

También vi mucho a doña Carmen; la invitábamos siempre a nuestras inauguraciones y otros actos y acudía a ellos con mucha cordialidad. El Príncipe de España, llevado por el Duque de la Torre, visitó el castillo de la Mota, siendo todavía muy joven, y más tarde, lo mismo él que Doña Sofía, asistieron con frecuencia a actos de la Sección Femenina. A la entonces Princesa de España la veíamos con frecuencia, pues iba con sus hijos, los Infantes, a los conciertos para la juventud, y siempre nos demostraban confianza. Recuerdo que una vez fue a Egipto siendo ya Reina y nos pidió para llevarse todas las bases de nuestra organización, porque quería demostrar allí lo que en España se hacía con las mujeres.

Por otro lado, ¿qué ministros son los que recuerdo con más afecto por la cordialidad que tuvieron con nosotras o las ayudas que prestaron a la Sección Femenina? Por supuesto, todos los que pasaron sucesivamente por el Ministerio de Educación y Ciencia, todos los de Hacienda, los de Asuntos Exteriores, los de Sindicatos, los de la Secretaría General del Movimiento, los de Agricultura, Trabajo, Vivienda, Información y Turismo, Plan de Desarrollo… ya que con todos ellos teníamos siempre asuntos que resolver para nuestra organización y, además de ayudarnos, nos aguantaban con santa paciencia todas las latas que les dábamos. Es preciso darse cuenta de que en aquel entonces no era, como ahora, normal encontrar a mujeres metidas a organizar, resolver, discutir problemas que pertenecían a la Administración. Por eso, su modo de proceder con nosotras tuvo más mérito. Algún nombre quiero recordar especialmente, como el de los que, por su origen, estaban más vinculados con nosotras, como Raimundo Fernández Cuesta, Fermín Sanz Orrio, José Antonio Girón, Carlos Rein, José Luis Arrese, Miguel, mi hermano… Otros que, incorporados posteriormente, por su simpatía y comprensión de nuestros problemas, nos echaron una mano, como José Solís, Alfredo Sánchez Bella, Torcuato

Fernández Miranda, Herrero Tejedor, López Rodó, José Utrera Molina, Licinio de la Fuente… y algunos otros que siempre nos ayudaron, cada uno en su momento: Serrano Suñer, Martín-Artajo, Fernando María Castiella, José García Hernández…

CAPÍTULO XXVII

EL «MILAGRO ESPAÑOL» Y LA DESCOMPOSICIÓN DEL RÉGIMEN

En el mundo, entretanto, habían sucedido muchas cosas: la muerte de Evita, la caída de Perón, la guerra fría, la entrada de España en la ONU, el resurgimiento alemán, los levantamientos de Hungría y de Praga… y España, que mejoraba de día en día, cuando ya se vislumbraba con nuestra industrialización el «milagro español». Por otro lado, empezó a caer sobre nuestra Patria esa lluvia de turistas atraídos por la España lejana y diferente, y deseosos de disfrutar la paz, la tranquilidad, la euforia que nuestro País vivía entonces y que, en parte, contribuyeron al gran «boom» de los niños 64 y siguientes. Otro de los más importantes logros de Franco fue el nacimiento de una inmensa clase media que venía a romper las desigualdades económicas anteriores, una clase media que trabajaba con entusiasmo y llenaba teatros, restaurantes y hoteles. Una España en donde televisión, lavadora y coche, así como el piso propio y la casita o el apartamento en la sierra o en la playa eran patrimonio de todos. Una España donde el linero corría fácilmente, donde no había casi parados y en donde el que rebajaba sacaba un rendimiento a ese trabajo. Por otro lado, la juventud podía ir a la Universidad, porque también un sistema de becas ayudaba a los capacitados sin medios suficientes. Y a ese crecimiento del nivel de vida económico y cultural no fue ajena la Falange. Cada cual en su esfera: sindicatos, Frente de Juventudes, S.E.U. y Sección Femenina contribuyeron, con su inquietud revolucionaria, a que esto se consiguiera. Raimundo, jirón, como ministro de Trabajo; Sanz Orrio, Solís, Sancho Dávila, José Antonio Elola, Martín Villa, Ortí Bordás y toda la Sección Femenina, porque en todas las camaradas alentaba el ansia de justicia: Syra,

Teresa Loring, Laly, Mónica, Pilar Lago, Josefa Veglisón, Maruja Sampelayo, Vicky, Chelo Muñoz Monasterio, Lula, Conchita del Pozo, Carmen Isasi y todas las delegadas provinciales.

La Sección Femenina continuaba su trabajo cada vez más intenso. Habíamos tenido los Consejos de Valencia, Zaragoza, Sevilla, Oviedo, Tarragona, Burgos, Cádiz, Pamplona, Málaga… que cada uno marcaba una ampliación a nuestro quehacer, especialmente el de Málaga, en 1956, que dio un rumbo nuevo a la Sección Femenina más en consonancia con los tiempos que corrían, y conforme al espíritu de adivinación que preconizaba José Antonio cuando decía: «De apoyarnos en la tradición, no como remedio, sino como sustancia; no con ánimo de copia de lo que hicieron nuestros antepasados, sino con ánimo de adivinación de lo que harían en nuestras circunstancias». (Obras completas «La Tradición y la Revolución». Agosto, 35). Pero esta postura no la entendieron muchos, ni aun dentro de la Sección Femenina.

En el año 61 se consiguió en las Cortes, defendida por mí, nada menos que la aprobación de la Ley de los Derechos Políticos, Profesionales y de Trabajo de la Mujer, que abría a las mujeres todos los caminos para su promoción.

Un acuerdo de Secretaría General facilitaba la estabilidad en el funcionariado a los que trabajaban en el Movimiento, proporcionándoles así un futuro mejor como pago a los servicios que tan desinteresadamente, y sin esperar nada, prestaban.

Pero nunca nada es definitivo, y el equilibrio de que está hecho el bienestar de un pueblo es fácil de romper. Gracias al esfuerzo de un hombre —Franco—, secundado por millones de personas, y gracias al espíritu que José Antonio había metido en el ánimo de los falangistas, todo había ido bien hasta ese momento, pero de cuando en cuando empezábamos ya a notar un no sé qué, algo enrarecido en el ambiente que nos preocupaba. El Movimiento se vio relegado a segundo término; casi solamente podían actuar en la política social, lo que hacían con notable resultado, a través de sindicatos, del seguro de enfermedad, protección a la maternidad, ayudas económicas, fundación de Universidades Laborales, numerosos centros de Educación y Descanso… Otro hecho ocurrió por estas fechas que marcaba

bien el nuevo camino: el 20 de noviembre del 55 el Caudillo acudió a la misa anual por José Antonio, sin uniforme del Movimiento, que siempre llevaba en esta ocasión.

Franco iba, pues, reorganizando el Estado en estas nuevas condiciones que no eran quizá lo que él quería, pero a las que se veía empujado por las circunstancias exteriores.

En 1962 se reunieron en Munich políticos españoles de distintos colores, entre ellos Gil Robles, Dionisio Ridruejo, Íñigo Cavero… para plantear el futuro de la democracia en España, y, entretanto, el problema sucesorio, que tanto preocupaba al Caudillo, iba adelantando. El 1 de enero del 67 don Juan Carlos cumplió 30 años, y el 22 de julio del 69, Franco, en las Cortes, lo propuso ya como su sucesor en la Jefatura del Estado.

En el 69, los signos adversos se iban acumulando; hubo un nuevo cambio de Gobierno en el que entró una aportación mayor del Opus, y en unos actos en Guadalajara y en León, presididos por el ministro secretario del Movimiento, entonces Torcuato Fernández Miranda, éste se presentó sin camisa azul. Se iban eliminando los signos externos de la Falange… Se eliminaba a los falangistas de puestos directivos y representativos… y, en cambio, la cordialidad y elogios hacia la Sección Femenina iban en aumento. En el Consejo que tuvimos en San Sebastián, en 1970, Torcuato hizo un estupendo discurso en nuestro elogio. La verdad es que en Fernández Miranda la Sección Femenina encontró siempre apoyo y cordialidad, que culminó con el acto del castillo de la Mota, donde me impuso el collar de la Orden de Cisneros, con otro buenísimo discurso que queda consignado en el capítulo XI. De todas maneras, me interesa aclarar que no es que yo me aterre a los signos externos; en el Consejo de Málaga ya se trató este tema con diversidad de opiniones, pero hay momentos en que el signo exterior manifiesta lo que se lleva por dentro, y eso es importante.

Entretanto se habían celebrado los Consejos Nacionales de Medina del Campo, Valle de los Caídos, Castellón, Pontevedra, Gerona, Madrid, San Sebastián, Murcia y Logroño. El de Medina, celebrado en la Mota, fue también bastante conflictivo, porque se discutió si marcharnos o seguir sirviendo al sistema, como ya se ha dicho en el capítulo XII. Y en el de

Logroño, que fue el último, una representación del Consejo fuimos a Alfaro a llevar unas flores a la tumba de mi madre, allí enterrada, porque era la madre de José Antonio. En el de San Sebastián nos atendió muchísimo Juan María Araluce Villar, que era presidente de la Diputación, y posteriormente fue asesinado por ETA.

En 1970 se pensó el suprimir el acto del Teatro de la Comedia; el Caudillo encargó a Torcuato que nos consultase a Raimundo y a mí para saber nuestra opinión. Los dos nos negamos a la supresión. En la Comisión Permanente del Consejo Nacional se propuso lo mismo y yo defendí mi posición. En el acta quedó la constancia de mi voto en contra.

También se debatió el tema en el Pleno del Consejo Nacional, y Elola, en contra de casi todos, pero apoyado también por mí, defendió la postura que había sostenido yo en la Permanente. Fernández Miranda, generalmente seguro y sereno, estaba, según parecía, desconcertado, y terminó la sesión como el rosario de la aurora. Recuerdo que a la mañana siguiente Torcuato me llamó para decirme que, a pesar de lo ocurrido, nada le quitaba el sueño, sino ¡la falta de cariño de la Sección Femenina!

Este año, pues, no hubo acto público en el Teatro de la Comedia. En el segundo Pleno del Consejo Nacional, Raimundo, ante el Caudillo y el Príncipe, hizo un estupendo discurso, y al hablar el Caudillo recomendó, de una manera especial, que «cuiden de la Sección Femenina». Según iban pasando los años nos iba demostrando más afecto. En medio de un principio de descomposición, yo pienso que él se daba cuenta de nuestra buena fe, y por eso nos demostraba confianza.

Los actos del 20 de noviembre en Alicante se prohibieron, asimismo, por Secretaría General. En contraposición, pretendían hacer un homenaje a la Sección Femenina, con lo que habríamos caído en la impopularidad ante todos los camaradas que no confiaban ni en el Gobierno del Opus ni en aquella Secretaría General. La verdad es que nosotras tampoco sabíamos muy bien a qué atenernos ni respecto al Opus ni a Secretaría, aunque ellos se mostraban encantadores con nosotras y nos ayudaban.

Lo cierto es que estábamos bien vistas en todas partes; en las elecciones municipales y de consejeros locales el éxito de la Sección Femenina fue arrollador. Por aquellos días dio Fraga una conferencia en el Ateneo

hablando de lo que con las mujeres se había conseguido, y nombró a Victoria Kent y a mí como promotoras en la defensa de sus derechos. Como ya el ambiente estaba enrarecido, hubo un cierto murmullo entre el público, que sólo reconocía ese mérito a Victoria Kent, pero Fraga, con su valentía y seguridad habituales, afirmó que de lo dicho sostenía los dos nombres.

Por otro lado, en el Consejo Nacional se presentaban informes que, si con cierta cautela todavía, apuntaban ya una abertura en demasía complaciente con los regionalismos, tanto que en las notas tomadas por mí, en según qué párrafos, los tengo señalados como peligrosos. Porque para mí, por encima de todas las calamidades que puedan venir a España, no hay ninguna comparable a la de su desintegración, al rompimiento de su unidad histórica, aun en el entendimiento de que nunca nos opusimos a una cierta soltura administrativa, pero jamás a un rompimiento político como el que se ha producido con la autorización de las autonomías, promulgada en la Constitución del 77, que habría que derogar, a la que, por supuesto, y por esta razón de las nacionalidades, voté que no en el referéndum. El propio Fernández Miranda, promotor, sin embargo, del cambio, reconocía que el término «nacionalidades» era equívoco y peligroso.

Los años iban pasando y la salud del Caudillo empeoraba de día en día. Físicamente envejecía, aunque su cabeza continuaba clarísima. Los enemigos del régimen aprovechaban esta circunstancia para tomar posiciones.

Y entonces sucedió algo que iba a resquebrajar definitivamente los cimientos del régimen y torcer la historia de España: el asesinato de Cartero Blanco, en diciembre de 1973. En el ánimo de todos era el sucesor natural del Caudillo, y absolutamente compenetrado con él. Su asesinato vino a dejar España sin asidero y empezaron los bandazos. La inesperada eliminación de Fernández Miranda para sucederle en la jefatura del Gobierno, ya que era vicepresidente, y, por supuesto, capaz, y el incomprensible nombramiento de primer ministro a favor de Carlos Arias, estupendo alcalde de Madrid anteriormente, pero ministro de la Gobernación en el momento del asesinato, nos asombró a todos. Por otro lado, los planteamientos que propuso el nuevo presidente en el discurso del 12 de febrero del 74, la Ley de Asociaciones Políticas, que venía a ser el

retorno a los partidos, y más adelante la Ley de la Reforma Política, vinieron a acabar definitivamente con lo que, con tanto esfuerzo y generosidad, se cabía conseguido con la Victoria.

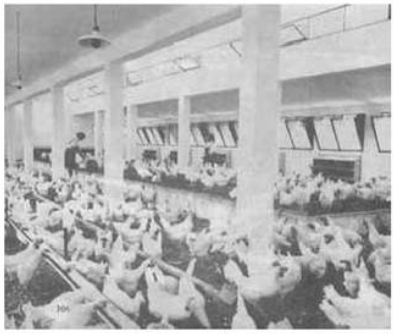
Para colmo, un gravísimo accidente ocurrido el 6 de junio de 1975 vino a hacer más difícil la situación. Herrero Tejedor, ministro-secretario general del Movimiento desde el 6 de marzo anterior, había acudido a la inauguración de una escuela rural de la Sección Femenina en Palencia. Quedó impresionado por la labor que allí se hacía y me dijo, lleno de entusiasmo, que teníamos que llevar periodistas españoles y extranjeros para que hablaran de aquello. Terminada la inauguración, al marcharse, como iba solo en el coche, varios nos ofrecimos a acompañarle, pero, con una especie de presentimiento, nos dijo que iba a aprovechar el camino para descansar. Le dejamos, pues, y se fue solo, y, en un cruce de carreteras le la llanura castellana, donde la visibilidad era absoluta, un camión, parado en una gasolinera, echó de repente a andar y le cogió de lleno, sin que nadie pudiera explicarse cómo no le había visto el conductor ni cómo pudo suceder; es más, muchos llegamos a pensar que no fue un accidente casual.

Poco después pasamos nosotras por el lugar del choque, de vuelta para Madrid y vimos el coche del ministro-secretario, que había sufrido muy poco, rodeado por la Policía. Preguntamos con angustia qué le había pasado a Herrero Tejedor y nos dijeron los policías que se lo habían llevado a Villacastín y que iba muy grave. Aquello era pleno campo, así es que seguimos hacia Madrid y desde el primer pueblo en donde pudimos encontrar un teléfono llamamos a Secretaría General para comunicar lo sucedido.

La muerte de Herrero Tejedor fue otro duro golpe para la Falange y para España, porque de vivir él probablemente no se habrían producido muchas de las cosas que después sucedieron, o se habrían resuelto de otra manera, ya que era un hombre muy preparado, honesto y gran español. Con él, y protegido por él, había empezado ya a brujulear hacía unos años Adolfo Suárez, que, peldaño a peldaño, iba haciendo toda una carrera política en el interior del Movimiento. Confiar en él fue un fallo importante de Herrero Tejedor.

Así llegamos al otoño del 75. El Caudillo parecía muy recuperado de su última enfermedad y todos esperábamos que el mal momento había pasado, pero entonces empezó el proceso de Burgos, que fue otro síntoma de la debilidad que se estaba apoderando del sistema; la insolencia de los procesados, sin reacción suficiente por parte de la Administración, y la clara postura, separatista ya, en la actitud de los detenidos, demuestran cómo se iba perdiendo el poder. Europa entera y algún país de otros continentes se metió en el asunto haciendo gala de la no-intervención que siempre preconizan en los asuntos interiores de los pueblos. Con el fin de protestar por estas injerencias, tuvo lugar la última gran manifestación, en vida del Caudillo, en la plaza de Oriente, para demostrarle que el pueblo estaba con él. Todos le vimos aparecer en el balcón del palacio, con el Príncipe a su lado, emocionado y contento a un tiempo. Fue su última aparición ante un público multitudinario que gritaba enloquecido: «España, unida, jamás será vencida», como en un último asidero para que aquello no se hundiera. Tuvo el Caudillo que salir repetidas veces al balcón, pues el público no cesaba de repetir el viejo grito de «¡Franco!, ¡Franco!, ¡Franco!», sin que ni altavoces ni llamadas pudieran hacerlo callar.

Las enseñanzas de las granjas escuela eran completasen cada especialidad. Arriba, aspecto de la vaquería que servía de unidad básica para las industrias lácteas en la escuela de Aranjuez.



El centro de enseñanza de Avicultura, en la misma Granja Escuela «Onésimo Redondo», del Real Sitio

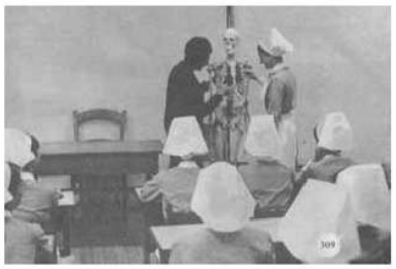
El ciclo de enseñanzas era completo. Arriba, una clase de curtido de pieles y su posterior confección.

Enseñanza de trabajos de cestería. Apréciese la presencia de una joven guineana de las muchas que siguieron estudios en escuelas de la Sección Femenina

Las enseñanzas de la Sección Femenina atendían también a las prácticas mecánicas más usuales. Arriba, una clase de fontanería.

Un curso de técnica y mecánica de la electricidad en el automóvil, seguido en el Círculo « Medina» . La asistencia estaba abierta a mujeres de todas las edades

Quizás haya sido la Medicina uno de los campos en donde la labor de la Sección Femenina ha destacado con mayor brillo. Arriba, un curso de divulgadoras sanitarias en Castellón de la Plana.



Curso para Ayudantes Técnicos Sanitarios, en la Escuela de Especialidades « Ruiz de Alda», de Madrid

Otro aspecto de una clase de prácticas en la Escuela de A.T.S., instalada en el Colegio Mayor «Nuestra Señora de la Almudena», de Madrid.

Un grupo de jóvenes cumplidoras del Servicio Social, aprenden los primeros auxilios en un curso de Socorrismo y Salvamento.

Ninguna edad y ningún sector social quedó ajeno ala inquietud social de la Sección Femenina. Arriba, una escena en la guardería infantil de la Sección Femenina instalada en el Poblado de Absorción de Vallecas.

Una joven cumplidora del Servicio Social, atiende el comedor del Centro de Diabéticos

El alto sentido pedagógico y el dominio en las técnicas de la educación, prestigiaron los centros escolares acogidos y regidos por el Patronato de la Sección Femenina. A la derecha, una clase de modelado en el grupo escolar « Carmen Cabezuelo».

Vista de un aula del colegio de «San Benito», de Rascafría (Madrid), uno de los centros de enseñanza más prestigiosos del Patronato de la Sección Femenina. Algunos de estos centros han sobrevivido, por su prestigio, a la existencia de la propia S. F.

Entre las actividades de la Sección Femenina más populares, figuran, sin duda, los Coros y Danzas. Por ellos se han rescatado para nuestro tesoro cultural, multitud de danzas y canciones olvidadas. Los Coros y Danzas fueron también plataforma de hermandad con las tierras y los pueblos hispánicos de América. Arriba, una vibrante jota del grupo zaragozano.

Los Coros y Danzas de la Sección Femenina desfilan por las calles de Quito, capital del Ecuador, durante su viaje por América

Arriba, el actual monarca, Don Juan Carlos I, cuando aún era príncipe, fotografiado junto a Pilar Primo de Rivera, durante su visita al castillo de la Mota. Con ellos, el Duque de la Torre, preceptor del Príncipe, y Nuria Vives, entonces directora de la Escuela de Mandos «José Antonio»

La actual Reina de Holanda, cuando aún era princesa, junto a su hermana, recibe unas muñecas ataviadas con traje regional español, de manos de los integrantes de Coros y Danzas que viajaron a los Países Bajos. La Sección Femenina fue recibida en todas partes con simpatía y amistad

La Sección Femenina actuó con eficacia en toda suerte de foros internacionales en los que representó a España. Arriba, Pilar Primo de Rivera, en la Reunión Interparlamentaria. Junto a ella, Arcenegui, García Valdecasas, Licinio de la Fuente y el Conde de Mayalde.

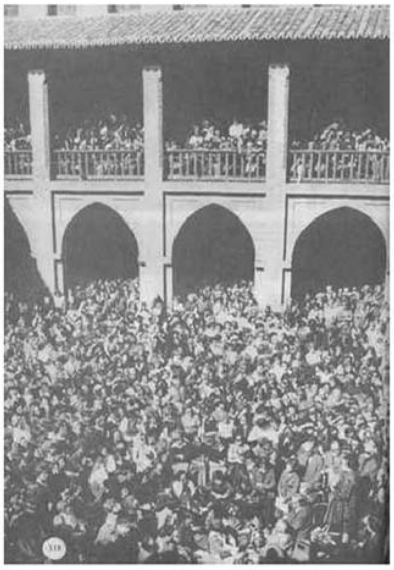
En Ceilán, con Arcenegui, José Ramón Alonso y Nicolás Franco y Pascual del Pobil.

Carmen Salinas, representante de España en las Naciones Unidas; era asesora jurídica de la S.F.

Pilar Primo de Rivera saluda a la Reina Sofía durante su visita a un centro de la Sección Femenina. Junto a Pilar, el obispo de Cuenca, monseñor Guerra Campos. En segundo plano, a la izquierda, la esposa de Alfredo Sánchez Bella

Pilar, durante su discurso en el acuartelamiento de la Legión, en Melilla, donde fue descubierta una lápida en honor a su padre, Don Miguel Primo de Rivera

Ante el monumento a los Caídos de la Legión, en el mismo acuartelamiento melillense, Pilar se fotografía con sus sobrinonietos, junto al sargento Roque, después del acto castrense celebrado en honor de Don Miguel. Los niños descubrieron la lápida-homenaje



Millares de mujeres de toda España se reunieron en el castillo de la Mota para rendir homenaje de despedida a Pilar Primo de Rivera, tras la disolución de la Sección Femenina. Una vista del patio central, en donde se celebró el homenaje.

Arriba, los fosos y las murallas del castillo, ocupadas también.

Pepe Farré, durante su discurso.

Otro momento del acto. Junto a Pilar, Dom Justo, Raimundo Fernández Cuesta y Antonio María de Oriol

Emocionadamente, Pilar Primo de Rivera lee su discurso de gratitud por el homenaje que le fue ofrecido en el castillo de la Mota, en el que comenzó la andadura de promociones y promociones de mujeres españolas vocadas por el servicio a España y a los ideales falangistas. La organización fue cancelada oficialmente por los políticos del «cambio». Pero la obra realizada permanece más allá de la inconsecuencia administrativa. El ejemplo de Pilar sigue vivo en el alma de quienes estuvieron a sus órdenes Y colaboraron con ella en la Sección Femenina

CAPÍTULO XXVIII

LA MUERTE DE FRANCO

El 17 de octubre se inicia lo que iba a ser la última enfermedad de Franco. Lo que se anunció en un principio como una ligera gripe, para no inquietar al pueblo, hubo que llamarlo por fin con su nombre de enfermedad grave. Cuando el pueblo se dio cuenta de lo que esta gravedad significaba, la inquietud, la ansiedad se extendieron por todas partes. Nos llenaba de angustia presentir el fin del Caudillo, de un lado por lo que esto supondría para España, y de otro, porque le teníamos afecto y agradecimiento por los cuarenta años que con tanto acierto nos había gobernado. Fui con distintas camaradas varias veces a El Pardo para interesarnos por su salud. Hablábamos con Carmen, su hija, y con los ayudantes, y comprendíamos que aquello no tenía ya solución. Hasta que llegó la fatal madrugada del 20 de noviembre, en una coincidencia sorprendente con la muerte de José Antonio.

Para España entera fue un tremendo impacto. La lectura de su testamento por Carlos Arias, a través de la radio, puso emoción en miles de españoles, pues Franco supo marcharse como había vivido: pensando en España y sirviéndola hasta el último momento.

Durante más de cuarenta y ocho horas el pueblo en masa, de noche y de día, se aglomeraba en las colas para rendirle el último homenaje. Familias enteras con sus hijos, viejos, jóvenes, niños, tullidos e inválidos… allí estaban reunidas todas las clases sociales en un mismo deseo de demostrar su cariño, y en el fondo un enorme sentimiento de orfandad. La gente estaba sin comer, en el frío mes de noviembre, y hablaba en voz baja. Madrid estaba en un luctuoso silencio.

Por delante de su cadáver desfilaron los Príncipes de España, serios y emocionados, y España entera.

Allí estaban muchos compañeros de los primeros tiempos de la guerra, los que con él habían luchado para sacar España adelante, los antiguos camaradas de los tiempos difíciles, así como los que habían compartido con él la vida política: Ruiz-Giménez con todos sus hijos, Raimundo, Girón, Solís, Sánchez Bella, Torcuato… y tantos más.

También nosotras, por supuesto, fuimos a ofrecerle nuestro tributo, y no por una razón protocolaria, sino porque, como el resto de España, sentíamos de verdad aquella muerte. La adhesión fue muy semejante a la que se produjo cuando la muerte de mi padre.

En el mundo la conmoción fue muy grande; aparte de los gobernantes y jefes de Estado que vinieron al entierro, muchos países, Cuba uno de los primeros, declararon días de luto oficial. Para sorpresa del mundo, a quien nuestros enemigos había hecho creer que la muerte de Franco traería en España jaleos, levantamientos, es decir, el caos, había sucedido todo lo contrario. Se le había rendido un homenaje impresionante; el pueblo sentía su muerte como la de un padre, como la de un Caudillo, y los primeros momentos de la transición se iban a efectuar en completo orden y paz.

Para asistir a su entierro se llenó de nuevo esa plaza de Oriente, en la que tantas veces el pueblo de Madrid le había aclamado, vitoreado y apoyado, pero esta vez el balcón del Palacio Real permaneció vacío.

En nuestra revista *Teresa* publiqué, en nombre de la Sección Femenina, el siguiente recordatorio:

> «No voy a hacer un réquiem en la muerte del Caudillo. Su vida, en realidad, ha sido una vida gloriosa y buena, honradamente buena. Nunca agradecerá bastante España a Franco lo que ha hecho por ella. Era un hombre al que quizá no conocíamos; sabíamos, sí, que como militar era extraordinario, pero sus dotes de político fuera de serie se nos han ido revelando en esos casi cuarenta años de gestión. Los problemas más difíciles nacionales e internacionales se le han planteado durante su mandato, y él, con una serenidad y un desapasionamiento poco común en los españoles, con una seguridad

impresionante, los ha ido resolviendo. Poco a poco íbamos confiando más en él, hasta alcanzar la plena confianza de España, porque sabíamos que nos sacaba de todas. No creo que ningún pueblo haya tenido más fe en sus gobernantes que los españoles en Franco. Todas las clases vivían tranquilas y no querían variar; no es verdad que echaran de menos libertades y participación, porque lo que querían era vivir en paz y con justicia, y eso, con creces, se lo otorgaba Franco, acompañado por un inmenso equipo de hombres y mujeres que, seguidores del pensamiento político de José Antonio, iban construyendo ese milagro de la España de la postguerra, donde se ha hecho realidad nuestro deseo de Patria, Pan y Justicia.

Lo que es preciso ahora es que los continuadores, en un mendicante afán de europeizarnos, de hacernos simpáticos a nuestros enemigos de siempre, no vayan a perder lo que con tanta sangre y tantos sacrificios se ha conseguido. Franco nos ha enseñado, con su conducta, a vivir de pie y no de rodillas, ante un mundo en decadencia, y a ser leales a los que todo lo dieron por España, por una España unida y justa».

Como procurador asistí, junto con Teresa Loring, Mónica Plaza y Ana Bravo, el día 23, a la proclamación de Don Juan Carlos como Rey de España. Por supuesto, íbamos con nuestra camisa azul.

Escuchamos sobrecogidas el juramento que el entonces presidente de las Cortes, Alejandro Rodríguez de Valcárcel, le tomó y que prestó Don Juan Carlos ante las Cortes Españolas y el Consejo del Reino. Con la mano derecha sobre los Evangelios:

—«Juro por Dios y sobre los Santos Evangelios cumplir y hacer cumplir las Leyes Fundamentales del reino y guardar lealtad a los principios que informan el Movimiento Nacional».

—«Si así lo hicierais —contestó Valcárcel con sincera responsabilidad— que Dios os lo premie, y si no, que os lo demande».

De momento, cuanto Franco había previsto para después de su muerte se desarrollaba puntualmente, y porque era Franco quien lo había previsto y decidido, el pueblo español recibía con esperanza al Rey y acataba su mandato. Empezaba una nueva era.

El mensaje que pronunció el Rey a continuación fue bien recibido en conjunto. El ambiente de la calle era irreprochable, aunque en el fondo de muchos corazones se escuchaban las preguntas ¿y ahora qué?, ¿adónde vamos? Hasta el momento todo había funcionado normalmente, pero había que echar a andar.

CAPÍTULO XXIX

«EL CAMBIO»

Nosotras seguimos trabajando como siempre. Era entonces ministro secretario del Movimiento José Solís. De momento todo continuaba igual, pero pronto los síntomas alarmantes volvieron a aparecer, y esta vez con mayor peligrosidad.

Unos meses antes, hablando con Herrero Tejedor, nos dimos cuenta de que estaba ya muy pesimista, pues veía que a la muerte de Franco las cosas no seguirían como estaban y sería preciso organizar agrupaciones políticas o asociaciones. Nos dijo que debíamos estar preparadas y esto nos permitió convertir en asociaciones de tipo cultural algunas de nuestras creaciones: como Coros y Danzas, las Instructoras de Juventudes, los Círculos Medina, las cátedras permanentes, que se convirtieron en Asociaciones de Vecinos, y nació también «Nueva Andadura», para mantener en cierto modo las esencias de la Sección Femenina.

A Solís le sucedió como ministro secretario del Movimiento Adolfo Suárez. Recuerdo que en una reunión que tuvimos con varias delegadas provinciales y que él presidió, en el Círculo Medina, nos habló ya, a medias palabras, de lo que se preparaba, y nos dijo que lo que había que hacer era prepararnos para ganar las próximas elecciones, pues, quieras que no, a ello tendríamos que llegar. Las delegadas salieron con el alma en los pies, y yo, además, verdaderamente indignada. Esa mañana había leído en *Arriba* un artículo sobre la regionalización que no me gustó nada por lo que pudiera tener ya de desviaciones separatistas, y recuerdo que se lo comenté a Suárez en la reunión. «Pues ese artículo —me contestó— lo he mandado poner yo». Me dejó asombrada pensar que el Secretario General del Movimiento podía ya tener sus veleidades con los nacionalismos, y es que quizá no

habíamos conocido todavía bien a Suárez y aún confiábamos en él. No podíamos pensar que la desmembración de España era el precio concertado para una transición simuladamente tranquila.

En el mes de julio del 76 cae el Gobierno Arias, y entonces Torcuato Fernández Miranda, presidente de las Cortes, presenta una terna al Rey para elegir nuevo presidente, en el que va incluido el nombre de Suárez, que es el elegido por Don Juan Carlos para presidente del Gobierno.

Para sustituirlo en Secretaría General se nombra ministro secretario a Ignacio García, y entonces se me confirmaron los aires de cambio que veníamos sospechando. En una junta en la Secretaría General, presidida por él se planteó ya la conveniencia de ese cambio, alegando como motivo la prolongada situación que habíamos vivido. Yo aduje que no entendía por qué Francia seguía viviendo de los planteamientos de su revolución triunfante dos siglos después de aquélla; por qué Rusia seguía viviendo, asimismo, de los principios de la suya desde hacía sesenta años, y por qué nosotros, después de lo que había costado ganar nuestra guerra, no podíamos seguir viviendo de la misma manera, aun aceptando algunos cambios precisos por el desgaste del tiempo, pero sin demoler lo fundamental. Evidentemente, nadie me apoyó, pero nadie tampoco me contradijo.

Cuando Adolfo Suárez fue nombrado ministro secretario del Movimiento se trajo a José Luis Graullera y le nombró gerente de servicios. Graullera, que no era falangista, en el trato diario con los que lo eran cambió su manera de pensar e hizo lo que pudo para que la transición fuera menos desastrosa, al menos materialmente.

Después, ya Suárez jefe del Gobierno, se lo llevó a la Presidencia como secretario de Estado.

Con el encargo como a tal de intentar paliar nuestro desánimo, organizó un almuerzo en la Casa de Suecia al que nos invitó, y también nos reunimos en el castillo de las Navas, donde trató de convencernos que era necesario prescindir de la política y organizamos de manera distinta para intentar salvar lo más posible de nuestra obra. Sin ser falangista tenía admiración por los funcionarios falangistas. «Yo, que no soy falangista —solía decir—, tengo que reconocer la lealtad de los funcionarios de Secretaría General», y

hay que agradecerle que, cuando llegó la disolución del Movimiento, fue él quien se ocupó de la integración de los funcionarios en otros Ministerios para que no quedaran desarbolados; sin embargo, ante nosotros la excesiva amistad con Suárez, de quien ya no nos fiábamos, nos daba qué pensar.

Así las cosas, el 1 de abril de 1977 se publica un Decreto-Ley por el que desaparece el Movimiento, y entonces mi presencia al frente de la Sección Femenina no tenía ya razón de ser; presenté mi dimisión y propuse a Vicky Eiroa para sustituirme, pero Suárez ni siquiera me recibía, y al ver que no conseguía nada se lo dije a Torcuato y le expliqué mi idea de mantener lo que se pudiera salvar, con este nombramiento. Y, gracias a una llamada de Torcuato, fui recibida. La verdad es que Suárez tenía prevista para sucesora mía a Carmen Horca (que había estado con él en Televisión), persona de una gran categoría intelectual contra la que yo nunca he tenido nada, sino sólo admiración, pero entendía que en aquellos momentos la sucesión debía recaer en una camarada de la Sección Femenina, organización a la que no pertenecía Carmen Llorca. Finalmente, Suárez me recibió en la Moncloa. Le expuse mi idea y le dije que traía la propuesta; se la tendí, y él, sin cogerla, y señalando una mesa, me dijo: «Déjala ahí». Para conseguir mi propósito, hablé incluso con la Reina Doña Sofía. Tengo que decir que, pensándolo bien, quizá fue una equivocación mía querer poner en mi lugar a Vicky, pues Carmen Llorca habría tenido más libres las manos para actuar.

Pocos días después nos convocaron en Presidencia, entonces aún en Castellana, 3, para hacer el relevo, y allí, Alfonso Osorio, vicepresidente del Gobierno, me dio el cese y dio posesión a Vicky con algunas palabras de bienvenida; luego, volviéndose hacia mí, me dijo: «Gracias, Pilar», ni más ni menos; con estas dos palabras el Gobierno español despachó los cuarenta y pico de años de servicios de la Sección Femenina. Todos nos quedamos anonadados de esta curiosa manera de proceder, y entre otros periodistas que allí estaban recuerdo que el representante del diario *El País* comentó conmigo: «¿Cómo se pueden liquidar cuarenta años de servicio con un "gracias, Pilar"?». Efectivamente: ¿Cómo se puede despachar así la entrega fervorosa de tres generaciones?

Al margen de esta despedida tan poco gloriosa por parte de la Administración, el día 7 de mayo de 1977 un grupo de camaradas y amigos,

especialmente las autoridades de Valladolid y Medina, quisieron rendir en mi persona homenaje a la Sección Femenina antes de su disolución. El acto se celebró en el patio de honor del castillo de la Mota, que resultó insuficiente para la multitud, más de 15.000 personas; además de llenar los antiguos fosos, tuvieron que quedarse en gran parte en la explanada exterior. Acudieron de todos los pueblos de España personas de todas las edades, de todas las clases sociales, mujeres jóvenes y menos jóvenes, muchas gentes anónimas y algunas otras con un nombre y un puesto en la reciente historia de España. En el acto hablaron los que siempre fueron fieles a España, que es a la que, en todo momento, había servido la Sección Femenina. Palabras estupendas de María Teresa Íñigo de Toro, directora de *La Voz de Valladolid*, compenetrada con la Sección Femenina, y que, con luminoso sentido poético, supo resumir nuestro quehacer. Del alcalde de Medina, Juan Antonio Cendón Tadeo, nuestro apoyo más firme por su comprensión hacia nuestra labor, que nos hacía sentirnos a todos como si fuéramos medinenses; la doctora María del Carmen Martínez, en nombre de la Sección Femenina. También José Farré, director general de Asistencia y Servicios-Sociales, quien presentó un resumen impresionante, como ninguna de nosotras lo hubiéramos podido hacer, de todos los trabajos de la Sección Femenina, y que, con un claro conocimiento de nuestras intenciones, nos dijo al final:

> «En el creciente guirigay de revanchas y denuestos en el que está entrando nuestro país, la Sección Femenina se salva. Surgirán tentativas —¡qué duda cabe!— de enlodar su obra, pero nadie podrá presentar argumentos, mínimamente sólidos, que puedan ensombrecerla, porque nadie tiene títulos suficientes para enfrentarse con la honestidad, con la eficacia, con el rigor, con la austeridad, con la abnegación y con el bien hacer con que han trabajado —y seguirán trabajando— las mujeres que Pilar ha formado, promoción tras promoción.
>
> … La Sección Femenina ha sido la excepción, probablemente la única excepción, de estricta identidad con lo que José Antonio había soñado para nuestro pueblo».

Este formidable discurso de José Farré espero publicarlo íntegramente algún día.

Por último, pronunció unas palabras Raimundo Fernández Cuesta, llenas de hondo sentido falangista y cordial camaradería, con un final para mí de lo más halagador… «Te respeto, te admiro, porque en ti veo el espíritu de tu hermano José Antonio».

Asistieron al acto, realzándolo con su presencia, entre otros que siento no recordar: fray Justo Pérez de Urbel, Antonio Oriol, ex-ministro de Justicia; Juan Velarde, Javier Carvajal, Agustín Aznar, José María Gutiérrez del Castillo (Chemari), el alcalde de Medina y los gobernadores civiles de Valladolid y Álava, y, como homenaje popular, trajeron de Asturias un *ramu* con sus típicas roscas para «la gran fiesta de nuestra Pilar», como explicó el camarada Carlos Cabal.

La Sección Femenina hizo también su ofrenda en nombre de todas las provincias que con tanto ahínco habíamos recorrido durante más de cuarenta años, para conseguir para todos, en cuanto de nosotras dependiera, «la Patria, el Pan y la Justicia». Unas preciosas monedas con el escudo de cada una de las provincias españolas.

Fue una jornada emocionante, con el convencimiento profundo en todas nosotras de que una etapa histórica terminaba, pero que no se disolvería, sino que quedaría como abono y semilla para un futuro de esperanzas.

> *«… Y cuando anochezca sobre el castillo —según palabras de María Teresa Íñigo de Toro—, y en lo alto estén las estrellas, España te dirá, suavemente, gracias; te dirá, suavemente, que "el Señor es tu pastor y nada te faltará, porque en lugar de pastos te ha colocado"; España entera te dirá gracias y adiós, Pilar, adiós…»*

Otros testimonios más pequeños, pero no menos entrañables, vinieron también a compensar los vacíos de aquellos momentos, como el mensaje de sor María Pilar, Hermanita de los Pobres de Segovia: «A Pilar Primo de Rivera, el saludo y la oración de una Hermanita que, después de Dios y de sus padres, todo lo recibió de la Sección Femenina».

Cartas como ésta se recibieron miles de todos los pueblos de España por donde habían pasado: las Cátedras Ambulantes, las Divulgadoras Sanitarias, las Instructoras Rurales, las de Juventudes…

Vicky estuvo en el puesto unos cuatro meses, en Almagro, 36, y tuvo como secretaria particular a Carola Pereyra, una buena y fiel camarada de siempre. A Vicky sucedió Carmen García Moreno y posteriormente García Margallo. La Sección Femenina se deshacía por momentos; los servicios pasaban a distintos Ministerios, y tengo que decir que el archivo pudo salvarse gracias a que supimos, con alguna anticipación, el día en que los locales debían quedar vacíos. Ello dio tiempo a preparar los legajos según las explicaciones que para hacerlo nos dio Carmen Pescador, una experta en ello, y se llevaron veinte camiones llenos de carpetas perfectamente preparadas y etiquetadas a Alcalá de Henares, en donde están archivadas y dependen de Presidencia; de otra manera probablemente todo habría desaparecido, como sucedió en otros locales.

Las camaradas poco a poco fueron integrándose en distintos Ministerios, y rápidamente en todas partes se distinguieron por su seriedad, su responsabilidad y su trabajo. Yo sé que más de un jefe de departamento al pedir un funcionario aclaraba al solicitarlo: «… Pero, si es posible, mándanos uno del Movimiento»; por supuesto, entre ellos la Sección Femenina.

Antes de todo esto, también en las Cortes se planteó el tema de la reforma, que era para todos un caso de conciencia. Casi se dividieron en dos bandos, los que estaban de acuerdo con el cambio, que eran los más, y, por supuesto, los menos falangistas, y los que no. A mí se me planteó el dilema de que muerto Franco, y sin José Antonio, algún cambio habría que hacer necesariamente, porque no en balde cuarenta años de vida política pueden permanecer estáticos; es decir, en aquel momento hacía falta tener el sentido de adivinación que nos propuso José Antonio, y por este motivo me abstuve en la votación. Que había que hacer un cambio en según qué cosas era evidente, pero, por supuesto, no este cambio promovido por los que más obligación tenían de mantener los principios fundamentales. Mi abstención no cayó bien entre algunos falangistas, pero yo hice lo que en conciencia creía que debía hacer.

Así empezó el desmantelamiento de lo que durante cuarenta años se había edificado con tanto esfuerzo. Todos los descontentos, los aprovechados, los ambiciosos, los miedosos, los decididos a cambiar de chaqueta con tal de situarse se lanzaron al ruedo de la nueva situación. Camaradas que habíamos conocido durante años llenos de entusiasmos falangistas eran ahora unos demócratas irrefrenables. Si habían ocupado altos puestos en el régimen de Franco, renegaban de ello, como en una carrera, para hacerse perdonar el haber sido ministros, embajadores, rectores de Universidad… una vergüenza, y, en casos, una traición a juramentos prestados.

En medio de este ciclón de «arrebata capas» nació la U.C.D., un partido formado artificialmente por ideologías muy diferentes. La U.C.D. fue un buñuelo de viento sin unidad ideológica y que lo mismo que se hizo se deshizo, pero cuyas consecuencias han sido fatales para España.

Volvió también a aparecer el separatismo, con toda virulencia, en Cataluña y en las provincias Vascongadas, donde no se limitaba a planteamientos ideológicos, sino que fueron seguidos de asesinatos llevados a cabo por ETA y otras organizaciones, principalmente contra el Ejército, la Guardia Civil, fuerzas de la Policía y empresarios que se resistían a pagar el impuesto revolucionario y que no hacían sino promover riqueza en aquellas provincias. En Cataluña también el separatismo se disparaba. Se asesinaba a generales, alcaldes y empresarios, así como en Madrid y otras partes de España. Para poder hacer su «cambio» en paz, se pactó con las regiones separatistas el futuro reconocimiento de sus autonomías, de tal guisa, y con tales ventajas que ellos mismos reconocían que en el 36 no habían disfrutado de tantas prebendas. Para paliar las diferencias, decidió el Gobierno, ateniéndose a la Constitución, esa Constitución de las nacionalidades que hay que cambiar necesariamente algún día, a dar la autonomía a todas las regiones españolas, es decir, volver a los Reinos de Taifas. Para conseguir sus propósitos, no se dudó en vender la integridad de España. El Partido Comunista fue también legalizado en el 77, un día de Viernes Santo; así, las fuerzas hostiles conseguían en unos meses mucho más de lo que habían conseguido en los años de la República.

Cuando llegaron las elecciones del 78, la U.C.D. consiguió una mayoría considerable, pero muy pronto nos dimos cuenta de que no gobernaba, de que la Constitución que acababan de aprobar no era la Constitución que España necesitaba, que el paro era alarmante, que la economía iba de mal en peor, que, en consenso con los socialistas, se iban legislando todos los desastres: autonomías, divorcio…

Toda esta descomposición dio lugar a un intento de golpe militar el 23 de febrero de 1981, encabezado por el prestigioso general Milans del Bosch, héroe de nuestra guerra y de la División Azul; el general Armada y el teniente coronel de la Guardia Civil, Tejero Molina, que ocupó las Cortes y sometió a todos los diputados para tratar de salvar a España de la catástrofe, en un intento de reconducción del proceso político, pero sin derramar una sola gota de sangre.

La verdad es que cuando los españoles vimos por la «tele» todo el proceso de ese levantamiento muchos nos llenamos de esperanza. Yo recordaba el golpe de Estado de mi padre, que, sin ninguna violencia, dio a España siete años de paz y prosperidad. El 23-F. fracasó y siguieron las condenas a sus protagonistas, pero ¿no habrá fracasado también España?

CAPÍTULO XXX

MAÑANA SALDRÁ EL SOL

No puedo terminar este relato sin hacer mención especial de la abnegación y entrega de tantas camaradas partícipes en la Sección Femenina, desde las que desempeñaban los puestos más importantes, hasta la flecha que servía de enlace; me habría gustado hablar de todas ellas y de una manera especial de las delegadas provinciales que se han ido sucediendo. Claro que esto es imposible, pero, sin embargo, no quiero dejar de citar a algunas de las que todavía no he hablado:

—de Álava, Sofía Valero y Conchita Ibáñez;

—de Almería, Mercedes Alonso, que pasó posteriormente a ser delegada de Alicante, y también Angela Cuenca, vicepresidenta, además, de la Diputación Provincial y muy prestigiada aun hoy día, después del cambio, en su provincia;

—de Alicante, Ana Ballenilla, posteriormente procurador en Cortes;

—de Ávila, Angeles Gómez, primero, y luego Sonsoles Bernaldo de Quirós, que ha trabajado allí hasta la disolución de la Sección Femenina;

—de Badajoz, María Antonia Muñoz Capilla, más adelante jefe de la Escuela Ruiz de Alda;

—de Baleares, Catalina Sureda y María Antonia Llinás;

—de Barcelona, Casilda Cardenal, viuda de guerra; luego María Josefa Viñamata, y posteriormente, durante muchos años, Monchis Tey, que compartía su cargo con el de procurador en Cortes, consejero nacional y concejal del Ayuntamiento. Cuando las inundaciones del año 62 fue, con toda la Sección Femenina, la más importante ayuda para las autoridades barcelonesas;

—de Burgos, Antonia González;

—de Cáceres, Matilde García;

—de Castellón Josefa Sancho;

—de Coruña, María Espinosa, que más tarde fundó el colegio de Nuestra Señora del Camino, en Madrid; después Santas Bruquetas y María del Carmen Navarro;

—de Gerona, María Cobarsí;

—de Granada, Rosalina Campos;

—de Guadalajara, María Martín de la Cámara, luego delegada provincial de Madrid, y María Teresa Butrón;

—de Guipúzcoa, Maite Quincoces y Conchita Ferrer;

—de Huelva, Carmen Granell;

—de Jaén, Mercedes Collada;

—de Las Palmas, Blanca Naranjo;

—de León, Delfina García Cela;

—de Lérida, Isabel Piñeiro;

—de Logroño, Elena Rodríguez, prestigiada por sus buenísimas cualidades;

—de Lugo, Pura Pardo;

—de Madrid, Carmen Blanco y Oliva Tomé, licenciada y diputado provincial;

—de Málaga, María Antonia Gancedo y María Antonia Martí;

—de Murcia, Fuensanta Guaita y Carmen Verbo, espléndida delegada, prestigiada en toda la provincia, y muy eficaz;

—de Navarra, María Dolores Trías;

—de Oviedo, Paula Echevarría, cuyo marido fue uno de los defensores de la ciudad durante el sitio; después, Isabel Arcos y Lolina Caso de los Cobos;

—de Palencia, Isabel Reinoso;

—de Pontevedra, Lila Ozores, primera delegada; Pilar del Río y Pilar Cardama;

—de Salamanca, Purificación Barrios, licenciada y de una fidelidad constante;

—de Santander, Mariuca Castañeda;

—de Segovia, Maruja Álvarez Casas;

—de Sevilla, Ana Bravo, procurador en Cortes, concejal del Ayuntamiento y diputado provincial, licenciada en Ciencias Químicas y muchas cosas más;

—de Soria, María Moscardó, hija del general y hermana de uno de los héroes de nuestra guerra; después, Catalina Enrich;

—de Tarragona, Montserrat Company;

—de Tenerife. Isabel Vilar;

—de Teruel, Rita Navarro;

—de Toledo, Nieves Beltrán, de una fidelidad a toda prueba;

—de Valencia, Carmen Adalid, universitaria; Isabel Castellví, y Maruja Fernández, licenciada, y cada una en su momento, inmejorables delegadas;

—de Valladolid, Antonia Trapote, que fue delegada muchísimos años:

—de Vizcaya, Merche Larrazábal y Lolita Gayarreta;

—de Zamora, Angeles Cisneros;

—de Zaragoza, Rosina Carrillo;

—de Ceuta y Melilla, Pilar Socasau y Manolita Reyes, y, sobre todo, la inspectora Matilde de la Guardia.

Y otras muchas que sin ser delegadas han entregado toda su capacidad y eficacia a la Sección Femenina en distintos servicios: como Conchita del Pozo y Soledad Santiago, en los departamentos de Educación y Secretaría Técnica; Maite Casas, Pilar Rodríguez, en Personal; Pilar Rodríguez de Velasco, Maruja Eyré, Isabel Vicent, Elena Calero…

Tampoco quiero dejar de pensar en los camaradas que con su extraordinaria entrega han servido a la Falange y que aún no he citado: Agustín del Río y Enrique Pavón Pereyra, gracias a los cuales, por la eficacia y el cariño que han puesto en la recopilación de las obras de José Antonio, no sólo España, sino el mundo entero ha llegado al conocimiento de nuestra doctrina.

Juan Velarde e Ismael Medina, consejeros en todo momento y verdaderos amigos; Vizcaíno Casas, que con tanto ingenio sabe defender a España. El grupo de EL ALCAZAR, encabezado por el profundo periodista Antonio Izquierdo; Ángel Palomino, Joaquín Aguirre Bellver, Gibello, Maisterra, Juan Blanco…, valientes defensores en todo momento de los

valores hispánicos. El también muy brillante periodista Emilio Romero. Los profesores Jesús Fueyo y Javier Conde; José Miguel Ortí Bordás, que, como tantos, desde el S.E.U. siempre nos ayudaron, José Luis Taboada, Carlos Rodríguez de Valcárcel, Rodolfo Martín Villa, este último apartado desde la muerte del Caudillo de cuanto para nosotros es fundamental…

Disuelta la Sección Femenina que yo empecé y acabé, volví a casa a la vida familiar con los hijos de mis sobrinos, que ya iban creciendo. Los de Miguel: Fernando, Pelayo, Miguel, Rocío Bosco, Cosme, Damián, Inés y María… Los de María Fernanda: María, Macarena, Juan, Fernando… Los de José Antonio: Carmen, Juan, María, Casilda, José Antonio, Ignacio, Leonor. Rafael y Teresa… Los de Paloma: Rafael, Fernando, Iván, Inés y Miguel… Los de Fernando: Conchita y Carmen, y los de Casilda: María y Ángel, un chico con gran capacidad para estudiar; una de sus profesoras afirma que sólo por enseñarle a él merece la pena enseñar. También muchos de los otros siguen con brillantez sus estudios correspondientes, cosa que a mí me enorgullece.

Así va pasando la vida y aunque a veces, sin duda, se han sentido soledades y nostalgias, el haber tratado de ser útil a España y a la Falange compensa de muchos renunciamientos, y más si se piensa en los miles de camaradas, hombres y mujeres que todo lo dejaron por servir.

Pero un día, debido a los nuevos planteamientos, todo terminó: ilusiones, realidades, tantos sacrificios de miles de personas y, lo que es más duro, tanta sangre ofrecida con alegría… Cuarenta y dos años en la entrega de tantas vidas, ¿es posible que hayan sido inútiles? Tenemos que esperar y confiar en que no, porque España, a pesar de cambios, de traiciones, de egoísmos, no puede morir dividida en nacionalidades, en grupos y partidos y dejar de ser. La Falange no ha muerto porque no fue nunca una solución circunstancial, sino todo un cuerpo de doctrina filosófico, histórico-político para remediar los males de España y los fracasos de tantos planteamientos encerrados en los estrechos moldes de izquierdas y derechas.

Aunque parezca paradójico, la juventud de hoy no lucha por bienes materiales, ni por conseguir situaciones ventajosas; la prueba es que casi todas las rebeldías vienen de países donde la miseria y la injusticia social están desterradas. Lucha porque, harta de materialismo, quiere encontrar

una salida a las necesidades ideológicas y espirituales del alma, buscándola incluso en la misma pobreza y desaliño personales. Llámese libertad, autenticidad, sinceridad, desprendimiento, servicio mejor que beneficio; en estos planteamientos, ¡qué pronto nos encontramos con José Antonio!

La diferencia radica en que, precisamente por su autenticidad, José Antonio exponía su doctrina sin tener que desfigurar sus costumbres ni romper su corrección, y los de ahora se desmelenan para decirlo, porque en el fondo, quizá, son menos auténticos o menos originales. Pero centrada la rebeldía de hoy, en muchas cosas coincidiría con José Antonio:

«Nuestra revolución —decía— es la del espíritu contra la materia.

De la armonía contra el número.

De la calidad contra la cantidad.

De los cuerpos sociales contra las colectividades puramente numéricas.

De la nación viva contra la patria sin alma».

Y ya en sentido jocoso, que también sería del gusto de la juventud de hoy, frente a aquella España, en más de su mitad retrógrada, pacata, hipócrita, falta de gracia y de soltura, pedía José Antonio «una España alegre y faldi-corta» y que se determinara por algo. «Los partidos centristas —decía también— son como la leche esterilizada: no tiene microbios, pero tampoco vitaminas».

Yo no cambiaría mi juventud por la de ninguna otra generación, ni aun por la de ahora, con suponerme esto tener muchos años menos. Porque el valor de los años no está en los que se tienen, sino en la ilusión con que se viven. Y nuestra generación, gracias a José Antonio, ha sido, indudablemente, la generación más generosa, más esperanzada, más cierta de lo que quería.

A mi modo de ver, ése es el valor principal de José Antonio: haber descubierto para los españoles la más sugestiva empresa común: haber revalorizado la autenticidad de España «sin patrioterías ni chafarrinones zarzueleros»; haber reconocido los males de la Patria con el «Amamos a España porque no nos gusta»; haberla concebido entera con proyección histórica al definirla «Unidad de destino en lo universal»; haber exigido para todos los hombres, por el hecho de serlo, la urgencia de una revolución que les diera una vida más justa y más digna.

De estos conceptos nace, en los que le seguimos, una exigencia rigorista, característica, asimismo, de José Antonio, intelectual sobre todo, metódico, directo, enemigo furibundo del tópico y de la fácil diatriba. El no buscaba lo cómodo ni lo espectacular, sino la raíz de las cosas, la perfección y la belleza en la forma; la razón que convence al que es capaz de razonar; la autenticidad que le acompañó hasta el último momento de su vida. «A esto tendí y no a granjearme con gallardía de oropel la póstuma reputación de héroe. No me hice "responsable de todo" ni me ajusté a ninguna otra variante del patrón romántico. Me defendí con los mejores recursos de mi oficio de abogado, tan profundamente querido y cultivado con tanta asiduidad».

Y, sin embargo, estas características, que por su dificultad parecen destinadas a ser entendidas sólo por minorías, el pueblo las entendió, como entendía las sutilezas teológicas de los Autos, de Calderón; y es que cuando al pueblo se le llama con la verdad el pueblo lo entiende y sabe distinguir muy bien lo auténtico de lo mercenario. Por eso siguió a José Antonio, quizá también porque no lo halagaba: «Al pueblo no hay que obedecerle, sino servirle», decía. Y en otro sitio: «La masa no entiende casi nunca los movimientos de los jefes».

Lo cierto es que José Antonio fue capaz de hacer atractivo el proyecto de una España distinta de la que se debatía entre la acritud y la estupidez, y de arrastrar tras de sí a lo mejor de la juventud con las almas partidas. Porque, al ser el hombre en sí sujeto político, necesita llenar esta dimensión 3e su naturaleza para encontrarse a sí mismo.

De ahí el triste espectáculo de la juventud actual, que en el afán natural de concebir su propia fórmula busca y no encuentra; y al hallarse con la desilusión se entrega a la apatía, a la indiferencia o a la subversión, sin darse cuenta de que la solución la tiene tan cerca, con sólo remozarla al talante de su época.

Todo esto ya lo va comprendiendo el mundo y hasta buscándolo y deseándolo con ahínco, quizá cuando la ceguera de muchos españoles está en trance de eclipsarlo. Pero ahí está y renacerá de nuevo. Y a nosotros nos cabrá la gloria de haber sido los primeros, no solamente en el entendimiento, no solamente en la disconformidad frente a los

conformismos, sino también los primeros en el sacrificio de miles de los nuestros y en el supremo sacrificio para la Falange de perder a José Antonio.

Falange defiende lo que para tantos es ya fundamental, sobre todo la irrevocable unidad de España, deshecha en estos momentos a causa de las autonomías, que acabarán con nuestra Patria si antes no se pone remedio. Remedio que no está más que en la Falange, porque aunque ahora para ésta el horizonte se presenta negro, cuando todos los grupos y todas las ideologías hayan fracasado, cuando un desorden aún mayor que el actual se haya apoderado de España, allí estará la Falange, como estuvo siempre, en defensa de su dignidad ahora por los suelos, de la justicia social, del respeto al hombre, de su derecho al trabajo y a disfrutar de sus beneficios, de la libertad en suma, para ser, vivir y creer.

Por muy malos que sean los tiempos yo nunca olvidaré un poema escrito por José Antonio en unos momentos en que la vida no era feliz para él y que, sin embargo, terminaba con un optimismo esperanzador:

… «¡Mañana saldrá el sol sobre mi huerto!»…

APÉNDICE DOCUMENTAL

I. INFORME GRAFOLÓGICO SOBRE PILAR PRIMO DE RIVERA

Por
Carlos Juan Ruiz de la Fuente

Tipo de letra: Ascendente, regular, dextrógira, clara, redondeada *(leves indicios angulosos)*, dinamogeniada, *(Brown-Séguard)*, bien espaciada, igual, graciosa, grande, rellenada, natural, rápida y ligada.

Su escritura indica una fuerte personalidad, contra la que seguramente se habrán estrellado inútilmente esfuerzos y presiones ajenas. Es una de esas personas de las cuales dicen sus profesores que «no pueden hacer carrera de ella».

En su grafología se encuentran algunos resultados en aparente contradicción. Así, por ejemplo, da GENEROSIDAD Y EGOÍSMO. La explicación es sencilla: es de una gran generosidad para las cosas grandes, y su egoísmo se manifiesta en un acendrado amor a los objetos, sobre todo a los de uso personal. Más que egoísmo, se podría decir que es escrúpulo exagerado.

Los rasgos básicos de su carácter son:

Ardor: gran ardor, persistente y original, de familia. Gran imaginación. Gracia. Actividad. Alegría. Claridad de espíritu. Dulzura. Firmeza, Cultura *(espíritu muy cultivado)*. Gran rectitud. Mucha vivacidad. Orgullo del nombre. Orden, pero tal vez más para las cosas externas que para las particulares.

Todas estas cualidades las tiene marcadísimas y en alto grado.

Y continuando por orden alfabético:

Agrado. Afecto. Admiración entusiasta por las cosas bellas. Agitación. Cierto altruismo. Alegría atractiva. Ambiciones nobles. Cierto amor al confort. Amabilidad. Naturaleza ardiente y sensible. Grandes aspiraciones. Deseo de atraer y retener. Amor a la claridad.

Benevolencia. Buen humor. Buena salud.

Algo candorosa. Propensa a los celos. Continuidad de ideas. Constancia. Momentos de cólera rápida que se va como llega. La coquetería indispensable en una mujer, pero atormentada por un leve complejo de inferioridad. Espíritu crítico. Rachas de confianza en sí misma. Cuidado. Corrección. Cortesía, un poco limitada por la timidez. Naturaleza comunicativa, pero que determinadas circunstancias transformaron en prudente reserva.

Distracciones momentáneas: Discreción. Desconfianza formada al correr de la vida.

Sentido estético. Entusiasmo. Espíritu emprendedor. Esperanza. Energía. Excitación.

Fidelidad. Finura.

Intuición. Inspiración. Inteligencia viva. Impresionabilidad.

Justicia. Juicio.

Lealtad. Lógica.

Perfectibilidad. Precisión. Ponderación. Cierto positivismo. Precipitación en determinadas ocasiones y circunstancias. ¿Presbicia? Prudencia. Espíritu de protección. Perseverancia. Paciencia a voluntad. Capacidad de pasión. *(¡Aquí de los celos!)*

Reserva. Resistencia. Razón.

Sencillez. Susceptibilidad. Una gran sensibilidad acompañada de una ternura contenida.

Timidez. Talento. Cierta terquedad en ocasiones.

Espíritu vivo. Voluntad. Gran valentía.

Posee las mejores cualidades para ser una falangista de primer orden:

Ardor e ingenuidad en alto grado *(la ardorosa ingenuidad de que hablara José Antonio)*.

Valentía. Rectitud. Intuición. Firmeza y alegría.

Alteza de miras y espíritu de justicia.

Sensibilidad y discreción.

Orgullo. Actividad. Espíritu emprendedor y perseverancia.

Tal es el resumen.

¡Arriba España!

II. SONETOS A JOSÉ ANTONIO

A LA MUERTE DE JOSÉ ANTONIO

TORBELLINO de luna entre las redes,
paraninfo mortal de las palmera,
gaviotas del mástil prisioneras,
súbita mar, que las espumas cedes.

¡Oh litoral! Tu soledad concedes
a quien angustia con la suya, enteras,
tiernas falanges, pubertades fieras,
entre el cañón y el olivar paredes.

Antes de huir a la estrellada cita,
por tu pulso arrancada de lo inerte
la brisa retorcióse, manuscrita.

Ya hasta el final, mientras mi noche dura,
si puso Dios palmeras en tu muerte
circundara cipreses mi ventura.

IGNACIO AGUSTÍ

EN EL RECUERDO
DE JOSÉ ANTONIO

COMO un viento de sangre levantado
entre los gritos que la muerte ordena;
como la pauta que el ardor serena
entre la furia del vivir forzado.

Como un bosque de luz y un arco alzado
en los umbrales que la vida estrena,
fuiste, doncel de España, con tu pena,
redentor, arquitecto y monte airado.

Viste, al partir más alta la bandera;
te doblaste en la luz de tu presencia;
no hay ángel que no sepa tu latido.

Fértil hiciste eterna primavera
y entre el rumor que clama con tu ausencia
no habrá lugar donde habite tu olvido.

JOSÉ MARÍA ALFARO

A JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

ESTE que veis en piedra recogido,
precoz halago de una tierra fría,
prolongó por banderas de alegría
la recia forma que ganó al olvido.

Su amorosa señal cifró el sentido
que ordena la dispersa valentía,
y Él ocupó la muerte que venía
sobre su patria con el sueño herido.

No le niega la noche, que aventura
más alta luz al reino de su altura,
ésta, inflamada voz que la convierte.

Y, rendida en el aire la frontera,
triunfe, Señor, del llanto, su bandera
que nos da la distancia de la muerte.

MANUEL AUGUSTO

SONETO A JOSÉ ANTONIO

SI por murallas, pasión nunca sabida,
voces proclaman tu carne como escena,
¿qué tu boca sin sed, de tierra llena,
responde a nuestro amor y enorme vida?

¿Escucharás siquiera la florida
rama de encina, por siglos tan serena,
o el vidrio que derrama en dura pena
peña sufriendo ríos sin medida?

Muerte cegó tus ojos y usó el frío
hierro en tus pies, cadenas destinadas
a privarte del aire y del roció.

José Antonio, señor, yacen desesperadas,
olvido del invierno y del estío,
las naves mozas por tu canto armadas.

ÁLVARO CUNQUEIRO

SONETO A JOSÉ ANTONIO

ESE muro de cal, lívido espejo
en que araña su luz la madrugada,
de infame gloria y muerte blasonada
coagula y alucina alba y reflejo.

Para siempre jamás. La suerte echada.
El grito de la boca en flor rasgada
—en el cielo, un relámpago de espada—
y, opaco, en tierra, el tumbo. Después, nada.

Y ahora es el reino de las alas. Huele
a raíces y a flores. Y el decirme,
decirte con tu sangre lo que sellas.

Por ti, porque en el aire el neblí vuele,
España, España, España está en pie, firme,
arma al brazo y en lo alto las estrellas.

GERARDO DIEGO

SONETO EN LA MUERTE
DE JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

QUEDE la tierra allí con su momento.
No rompa el aire su mortal sentido.
Aquí yace la lanza que ha tenido
rasgada la tiniebla al firmamento.

No se ha roto el empuje de tu aliento.
Tu anhelo, en soledades encendido,
sigue su curso, ya que no es vencido
por la sorpresa del sudor sangriento.

Deja mirar tu luz a quien espera,
cisne del pensamiento, en la morada
donde la muerte trasparenta el ceño.

No queda el mar porque la muerte quiera
sin su bravura y vida desatada:
nunca es ceniza el valeroso sueño.

MANUEL DÍEZ CRESPO

SONETO A JOSÉ ANTONIO

PARÁBOLA cumplida en desafío,
logro del ser en el espacio inerte,
dejas tu voz cautiva de la muerte
para el himno triunfal de mi albedrío.

Quiere picar amarras el navío
que airada playa de esperanza advierte,
y hacer, fiesta del rumbo, que se alerte
mi charca pestilente en ágil río.

Nadie pinte ni estampe su figura,
ni quiera el verso fiel alzar su grito,
ni la pluma cincele piedra dura.

No del bronce rotundo necesito:
me basta con un lienzo de infinito
y en el cielo una luz de desventura.

CARLOS FOYACA

SONETO A JOSÉ ANTONIO

AMOR. Amor. Las del amor dormidas
plazas del corazón, enamoradas,
las de pluma y estrella fabricadas,
le fueron por su sangre prometidas.

Prometidas le fueron codiciadas
ciudades de celestes avenidas;
las de una juventud de almas partidas
islas en primavera conquistadas.

Amor. Amor. Su historia estaba escrita,
no por soldado en río ni lucero,
sí por amante en amorosa cita.

Solo ya y de la tierra prisionero,
a la Tierra rindió en amor primero
y en cada espiga y rosa resucita.

ROMÁN JIMÉNEZ DE CASTRO

SONETO A LA MANERA DE QUEVEDO EN HONOR Y MEMORIA DE JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

Siento haber de dejar deshabitado
cuerpo que amante espíritu ha ceñido;…

QUEVEDO

LA gravedad profunda de la muerte
era, para tu sangre, vencimiento,
para tu juventud, desasimiento
de hacer arquitectura el polvo inerte.

Vino luego el dolor de recogerte
en tierra que cumplió tu mandamiento.
¡Tu voz, que dio contorno al sentimiento,
se dobla ante el mandato de la suerte!

Pero España clamó, desarbolada,
por convertir en fuerza su impotencia
y unir el pensamiento con la espada.

Y por hacer más corto su camino,
cambiaste por la gloria la existencia
y Dios elevó a norma tu destino.

PEDRO LAÍN ENTRALGO

ETERNIDAD DE JOSÉ ANTONIO

... desierto un corazón siempre encendido,
donde todo el amor reinó hospedado.

QUEVEDO

LATIR de nueva sangre a sucederte
por derramadas, valerosas venas,
los pechos convertidos en almenas,
el pulso, sin recelo de la muerte.

Latir en yermo desolado, inerte,
de rejas que remueven las arenas
y flor prometen en semillas plenas
de querer lo que quieres, de quererte.

Latir de la sonrisa moribunda
y del saludo póstumo del brazo
en el celeste rumbo del presente.

Tanto latido es gloria que circunda
la promesa del pan al eriazo
bajo la presidencia de tu frente.

EDUARDO LLOSENT Y MARAÑÓN

ORACIÓN A JOSÉ ANTONIO

En noviembre de 1936

JOSÉ ANTONIO, ¡Maestro!… ¿En qué lucero,
en qué sol, en qué estrella peregrina
montas la guardia? Cuando a la divina
bóveda miro, tu respuesta espero.

Toda belleza fue tu vida clara.
Sublime entendimiento, ánimo fuerte,
y en pleno ardor triunfal temprana muerte
porque la juventud no te faltara.

Háblanos tú… De tu perfecta gloria
hoy nos enturbia la lección el llanto;
mas ya el sagrado nimbo te acompaña

y en la portada de su nueva historia
la Patria inscribe ya tu nombre santo…
¡José Antonio! ¡Presente! ¡Arriba España!

MANUEL MACHADO

SONETO
A JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

EN aquel tiempo en que la hispana cría
tomaba el pecho la nodriza extraña,
un hombre mozo a plenitud salía
cocido a fuego en el dolor de España.

Místico, anuncia; exento, desafía;
aguza en flecha vuelos de su entraña
y espada y lirio, en el azul del día,
clamor de juventudes le acompaña.

Su siembra cuaja, grana la cosecha;
¿qué es de él?… Cielos allá, rígida flecha,
marcó y sobrepujó los derroteros.

De José Antonio dije: trascendido
que no muerto, ¡hoy es vértice encendido
de una mitología de luceros!

EDUARDO MARQUINA

SONETO A JOSÉ ANTONIO

ANTES fueron tres siglos de descielo
desterrados del mayo de lo Eterno,
y el alma, deshojada en el invierno
de España, vagabunda por su hielo.

Corazón de trasmundo sin latido,
roto el reloj de torre de la Historia;
ni párpado de luz, ay ni memoria
en las grutas oscuras del olvido.

Pero viniste tú, en la frente el nido
de Primavera, y levantaron vuelo
del charco estrellas y águilas del lodo.

Y, émula de tu amor y tu sentido,
la muerte vino a darle prisa al cielo,
pues es la humana vida corta y todo.

EUGENIO MONTES

A JOSÉ ANTONIO

TODO amanece en ti, cándidamente,
por obra del amor que se hizo espada,
desposando una muerte tan lograda
que busca el mar memoria de la fuente.

Ala fuiste de amor, ala ferviente
de cuanto da visión a la mirada,
y España, en tu voz sola sustentada,
ama la luz que en la pupila siente.

¡Ay de la luz cegada por la brisa
del mal en la llanura redentora
donde la paz se salva del olvido;

burlada está la muerte, que ya avisa
tu postrera actitud de aquella aurora:
los hombros en la arena y no vencido!

ALFONSO MORENO

PENIEL DE JOSÉ ANTONIO

JOSÉ ANTONIO LUCHA CON SU ÁNGEL

24.— «Y quedóse solo Jacob y luchó con él un varón, hasta que rayaba el alba».

……

28.— «Y él dijo: No será tu nombre Jacob, sino Israel; porque has peleado con Dios y con los hombres y has vencido».

Génesis, XXXII.

HE aquí a Jacob, en soledades ásperas,
que, lejos de las tiendas de sus nómadas,
nocturnamente pugna con un ángel
miembros promiscuos y fundidos hálitos.

Este, así, mozo frágil y este dolmen,
por tres vegadas milenario sílice,
ara en que tres culturas desangráronse,
trabados veo, como nupciales púgiles.

Amor, amor, cruenta antropofagia,
amor que tanto como escupas, bebes.
—«¡Te quiero, ruge, porque no me gustas!»

A la aurora, ya el ángel derribado,
cedía al vencedor su propio nombre
y José Antonio se llamaba España.

EUGENIO D'ORS

SONETO A JOSÉ ANTONIO

SOLEDAD absoluta y oro fino
del aire de noviembre en la alborada,
y el don de la verdad en la mirada
con el vasto milagro del camino.

Ya velas en el cielo cristalino
de España, y en la noche desvelada,
ardiente de jazmín, recién nevada
sobre la claridad de tu destino.

No ver pero temblar. No ver la muerte
y sentir en la noche su eficacia
y el olor de la tierra de Castilla.

Hablar sin la palabra, ver sin verte,
y buscarte en la niebla de la gracia
hacia la luz remota de la orilla.

LEOPOLDO PANERO

JOSÉ ANTONIO

NO sé decir tus obras: no el riente
fruto de tu pensar claro y tranquilo:
porque me lleva el corazón en vilo
la inmensa humanidad de la simiente.

Tu obra es sonora, exacta y evidente.
Tu vida es un recóndito sigilo.
Tu obra es dureza: y es tu vida un hilo
frágil que, aún vivo, te hizo ya el Ausente.

Y esa es la gran verdad: esa que llena
tu vida de tu ser más hondo y serio.
Esa: la duda, la ilusión, la pena,

la palmera, la sangre, el cementerio.
La obra tuya ¡qué clásica y serena!
La obra de Dios en ti… ¡qué hondo misterio!

JOSÉ MARÍA PEMÁN

A JOSÉ ANTONIO

SEMBRADOR prodigioso de optimismo
sobre rutas rebeldes y desiertas,
anhelos infundió a las almas yertas
y descuajó cizañas de egoísmo.

Prodigio hasta el milagro de si mismo,
señaló a la tarea normas ciertas,
y adalid de romance abrió las puertas
de la perdida fe y del heroísmo.

Y fue como celeste mensajero,
vidente de la Patria, hoy transida
de místico fervor y afán guerrero;

vaticinó sin miedo al homicida
mental, que fulguraba en su sendero,
y al fin cayó, pero su muerte es vida.

FRAY JUSTO PÉREZ DE URBEL

SONETO A JOSÉ ANTONIO

LAUREL azul la pólvora homicida,
y bandera la sangre de tu duelo.
Lo proclaman la espada y el desvelo
y la razón del cielo descendida.

Y tu mármol muriendo, vida a vida,
la muerte de una Historia sin consuelo,
porque el oriente, al filo de tu celo,
se incendiara más hondo en cada herida.

Laurel, mármol, bandera, desplegados
en una absorta luz de profecía,
que hasta el fuego, cumplida su amargura,

lleva por los caminos enlutados…
Lo proclaman los ojos a porfía
con lirios levantando tu escultura.

P. PÉREZ CLOTET

SONETO EN LAS HONRAS
A JOSÉ ANTONIO

EL rastro de la Patria, fugitivo
en el aire sin sales ni aventura,
fue arrebatado, en fuego, por la altura
de su ágil corazón libre y cautivo.

De la costra del polvo primitivo
alzó la vena de su sangre pura
trenzando con el verbo su atadura
de historia y esperanza, en pulso vivo.

Enamoró la luz de las espadas,
armó las almas, sin albergue, frías,
volvió sed a las aguas olvidadas.

dio a la espiga y a la estrella,
y, por salvar la tierra con sus días,
murió rindiendo su hermosura en ella.

DIONISIO RIDRUEJO

SONETO A JOSÉ ANTONIO

LA voz que urdió al gentil de las Españas
tambores de Hermandad, santiaga tropa,
y se escanció, ya sangre, en cada copa,
asaltando los dientes vuelta entrañas;

aquella que alanceó ínsulas extrañas
—eres tú, ¡oh Patria!, en taparrabos u hopa,
marca africana y no arrabal de Europa—,
duerme hoy bajo un poniente de guadañas.

José Antonio: va a reír la primavera
y sólo tú nos faltas en la risa;
pero tu voz nos llega como antaño.

Convertida en colérica bandera,
restalla sus mensajes todo el año
y el vuelo de tus flechas nos avisa.

FÉLIX ROS

SONETO A JOSÉ ANTONIO, QUE DESCUBRIÓ, EXPRESÓ Y DEFENDIÓ LA VERDAD DE ESPAÑA. MURIÓ POR ELLA.

TÚ amaste el ser de España misionera
frente al peligro y por la luz unida,
el ser de la evidencia enaltecida
del mar latino en la ribera entera;

tú la verdad de España duradera
de la esperanza y del dolor nacida,
verdad de salvación al tiempo asida,
verdad que hace el destino verdadera;

tú la unidad que salva del pecado,
la unidad que nos logra y nos descubre
en los ojos de Dios como alabanza;

¡ya no tienes la vida que has salvado!,
la tierra te defiende y no te cubre
como el vivir defiende la esperanza.

LUIS ROSALES

SONETO
A JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA, MUERTO

REGLADA ya tu luz blanca, beata,
más allá del saludo y los corales,
más alta y firme que las imperiales
cúpulas frías dónde la cruz se ata;

pergamino de fe sin una errata
—joven lirio, sangrientas iniciales—
de la España en el tronco de sus males,
clavó con rosas, remachó con plata.

Movió su vuelo reposado y fuerte
herrumbre, costra, polvo, húmedo raso,
trocando el gris en sol, el hierro en ala;

y en acto de servicio hacia la muerte
¡la Falange de amor que se abre paso
por esa luz que tu mirar señala!

JUAN SIERRA

EPITAFIO A JOSÉ ANTONIO

CISNE fue. Cisne esbelto que agoniza
y mueve estrellas conmoviendo el aire,
derrumbando las alas de los pájaros
y en la ceniza derrumbando el fuego.

Vivió, clamó y murió verticalmente,
cambiando con el plomo la sonrisa.
Y conmovida en lágrimas, la noche
el alba lo encontró, muerto, a sus plantas.

Su sangre ya salpica las estrellas.
Su sangre enturbia el rumbo de los peces.
Donde su cuerpo, fulminado, yace,

su fuente es acueducto de la Patria
con la cal destilada de sus huesos
fundadores de rosas y laureles.

ADRIANO DEL VALLE

SONETO
A JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

Será eterna en nosotros tu memoria,
y puesto en el dorado y alto asiento
defenderás mejor tu patrio suelo.

FERNANDO DE HERRERA

JOSÉ ANTONIO, mi voz acostumbrada
a renovar la duda en la alegría,
tierna y secreta en el umbral del día,
también ha sido fiel a tu llamada.

Para alcanzar la cumbre deseada
quebraba ya su albor mi poesía,
cuando tu aurora coronó la mía
y tuve a España por tu voz ganada.

Privilegiando el cielo en la memoria
la forma de su claro mandamiento
tu abierto corazón cumple en la historia.

Y mientras gime mi postrer lamento,
torres de juventud cantan tu gloria
sobre la airada majestad del viento.

LUIS FELIPE VIVANCO

III. REFERENCIAS EPISTOLARES

DIONISIO RIDRUEJO (enero 1939)

> «No es posible que las mujeres vivan sólo para remediar miserias y consolar desdichas. Junto a esa misión abnegada y sublime les corresponde la de saturar el ambiente nacional, purificándole».

JUAN PEMARTÍN (1939)

> «Por mujeres, debéis ser siempre fieles a vuestro temperamento femenino, evitando toda falsificación. Debéis cultivar, sobre todo, con anhelo de superación, las cualidades genuinas de la mujer, y si queréis acertar siempre, sed siempre mujeres auténticas».

BLANCO SOLER (1940)

> «Es hoy la Falange Femenina, atenta al palpitar humano del momento, la que encauza mis afanes de veinte años».

IGNACIO B. ANZOÁTEGUI (escritor argentino)

> «… lo más auténticamente mío de "Mis horas de España" es aquello de: "Y sepan los extranjeros que he nombrado a Pilar". Lo más auténticamente mío, porque está lleno de la esperanza de que tú habrías de juzgarlo como un desafío nuestro. Nunca he escrito nada más cargado de intención ni con un sentido más directo. Todos esperamos con enorme interés la llegada del conjunto de bailes regionales que sabemos ya triunfante. Lástima que tú no te

resolvieras a venir para conocer todo esto tan tuyo y que podrías hacer aún más nuestro.» (Buenos Aires. 30-4-1948).

CAMILO JOSÉ CELA

«… lo que dije de la contribución de la Sección Femenina a la Cultura no es más que la verdad, y el que la gente quiera o no quiera reconocerlo ya no es cosa tuya ni mía. No tienes, por tanto, nada que agradecerme.» (Palma de Mallorca, 12-1-1980).

AGUSTÍN DE FOXÁ, conde de Foxá

Himno a Pilar

«En pie, Flechas de España, Falange victoriosa,
dame el fusil pequeño, que oigo una clara voz,
para que yo gozoso viera una Patria hermosa
mis hermanos mayores cayeron cara al sol.

Recia tierra de España, juro en tus primaveras
que mi mano de niño, cansada de jugar,
será ancha, y grande, y libre para clavar banderas
en todas tus montañas y alzarlas sobre el mar.

Un día dejaremos la madre y los amigos,
cuando la Patria quiera y suene su tambor;
montaremos guardia en medio de los trigos
para ganar, valientes, las batallas de Dios.

En pie, Flechas de España, ¡arriba, camaradas!
escuelas y talleres tenemos que fundar
en un soto florido, al pie de las espadas,
porque en la España nueva ha amanecido ya».

«La amistad de siempre, desde mi amistad inolvidable con José Antonio y los tibores chinos de tu casa de Madrid y la plazuela de San Julián. Salamanca, los “onejos” de Lima, han fundamentado, a

través de los años, mi afecto y mi admiración hacia ti y a tu magnífica obra patriótica.» (16-5-1954).

ERNESTO GIMÉNEZ CABALLERO

«… hay que mantener la piedad, la memoria, la gratitud, sin desfallecimientos, día a día, hora a hora, año tras año, ante los que sois, como José y tú, haces místicos de una victoria que hoy gozan millones de seres sin saber ya a quiénes se la deben.» (28-3-1966. Aniversario de la liberación de Madrid).

ENRIQUE LARRETA

«Ya estará usted enterada, probablemente, de la visita que hicimos, hace tres días, con el gobernador de Ávila. Valero Bermejo, al castillo de la Mota, en Medina del Campo. La directora, persona encantadora y de mucho talento, nos colmó de atenciones. Mi gratitud no puede expresarse. Almorzamos allí y luego bailes, cantares… ¡Qué gran impresión, qué gran recuerdo! La obra de usted, querida amiga, es verdaderamente admirable…» (18-7-1948).

JUAN DE CONTRERAS, marqués de Lozoya

«En España, después de nuestra guerra, se han hecho grandes cosas en el terreno de las Bellas Artes. Acaso ninguna tan perfectamente conseguida como la resurrección de nuestras danzas populares, gracias al esfuerzo de la Sección Femenina de la Falange Española. Los espectáculos de danzas folklóricas, organizados por esa entidad, son algo único y extraordinario, que en riqueza de color y de movimiento, en sentido tradicional y en finura y perfección de detalle, acaso no tengan rival en ningún país del mundo. Todo esto que iba a morir lo ha salvado la Sección Femenina, y merece, por esto, la gratitud de todos los amantes de lo bello, cualquiera que sea su pensamiento político.» (24-3-1948).

IBRAHIM DE MALCERVELLI

«Si España —a la que tanto amo— sintiera a Hispanoamérica como la sientes tú, ¡qué gran poderío cultural, político, social y estratégico adquiriría todo lo español! Como argentino, como indómito gaucho y como falangista de la primera hora, te envío mi más calurosa y entusiasta enhorabuena por tu estupenda lección que pronunciaste ayer en el Instituto de Cultura Hispánica. Es ésta mía una más de las mil felicitaciones que constantemente tengo que enviarte por tu espléndida labor al frente de la heroica y fecunda Sección Femenina, que cada día brinda a España un buen ejemplo de altísimo y valioso servicio.» (6-11-1965).

MARÍA DE MAEZTU

«Por separado, me he permitido remitirle un ejemplar de mi último grabado referente a su hermano José Antonio, que le ruego me haga el honor de aceptar. Puede usted suponer la emoción y el cariño que he puesto en este trabajo recordando al amigo y al hombre a quien tanto debemos todos los españoles.» (24-12-1937).

GREGORIO MARAÑÓN Y POSADILLO

«Van, en estas líneas, mis más cordiales gracias para que las transmitas a los artistas incomparables de la Sección Femenina de Coros y Danzas que han hecho lo mejor que se puede hacer en esta vida: hacer olvidar sus dolores físicos y sus penas a los que de unos y otras sufren. En su nombre, a usted y a todos, les dedico el mejor y más agradecido recuerdo…» (31-12-1951).

RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL

«Mucho le agradezco, querida y admirada Pilar Primo de Rivera, su tan cariñosa felicitación en mi noventa aniversario, y las preciosas flores cyclamen que, aún inmarcesibles, recrean mi vista;

mucho le agradezco también los libros, muestra de la fecunda obra de Falange Femenina que siempre me ha interesado sobremanera.» (Marzo-59).

EUGENIO MONTES

«Muchas veces, siempre, pero sobre todo en estos últimos tiempos, hablábamos de la Falange, de José Antonio y de ti. Por la Falange masculina y femenina sentía gran admiración Natividad, que fue enfermera (en hospital de sangre en el frente de Madrid) de la Primera Bandera de Castilla. Evocaba con emoción los orígenes heroicos, y lamentaba, como lamento yo, que se le pongan obstáculos a la perennidad de una doctrina eterna.» (22-10-1978).

FRAY JUSTO PÉREZ DE URBEL

«Retirarse en este momento de confusión, de cinismo y de apostasía sería un gesto bonito y que aplaudiría todo el mundo menos los brigantes, claro está, pero hay otra cosa más útil, aunque te cueste. De ninguna manera dimitir; a lo mejor les interesaba que te fueses. Lo mejor es continuar, pero sin claudicar, profesando nuestro Movimiento con tesón, con *terquedad*. Si no les gusta, que te echen. Sería una manera más elegante de salir, aunque no creo que lleguen a ese extremo. Nadie, por lo demás, podría asustarse de haber creado una situación difícil. Sería el desenlace normal de las cosas. ¿Cómo la hermana de José Antonio podría renunciar a José Antonio v su doctrina? Yo creo que nada de esto ha muerto. Espero que sin pasar mucho tiempo alguien ha de levantarla bandera de una Falange aún inédita.» (4-11-1969).

CÉSAR PICO (Argentino)

«Este ovillejo vulgar.
Pilar.
en vanos versos arrimo.

Primo.
hacia la luz de tu vera.
de Rivera.
Cantar tus glorias quisiera.
las glorias de tus hazañas
en dilatadas Españas.
Pilar Primo de Rivera». (Sin fecha).

RAFAEL SÁNCHEZ MAZAS

«La gran amistad que le tuve (a Miguel) me reaviva con inmenso dolor cuantos recuerdos imborrables, entrañables y patéticos tantas veces, desde la muerte de vuestro padre, que de vosotros guardo, y no te digo ya de José Antonio. Todos habéis honrado a vuestra casa y servido a España durante generaciones, con egoísmo emocionado e inteligente, y Miguel no faltó a la tradición de los suyos.

»Con gran pena también supe el fallecimiento de vuestra tía monja en Andalucía. José Antonio me daba escapularios que ella le mandaba. Quedas ahora tú, querida Pilar, que tanto has hecho y harás todavía, si Dios quiere, para rezar y recordar a los tuyos, cuyas vidas todas te pueden llenar de consuelo.» (19-5-1964).

ANTONIO TOVAR

«Estos días he tenido una alegría y una conmoción muy grande al revivir toda la historia de la Falange. No sé si tendrás noticia del libro de Stanley G. Payne "Falange, a historie of Spanish fascism", Stanford University Press, 1961. Es una historia partidista, hecha por un izquierdista, de la Falange, pero con buenísima documentación y un espíritu que ha comprendido la cosa. Considero para la memoria de José Antonio una verdadera fortuna la existencia de un libro así, que lo aísla de lo que ha venido después y lo pone en su sitio, yo creo que con justicia y admiración. No dejes de procurarte este libro.

»Yo voy a ver si consigo que lo publiquen en español en alguna parte.» (Salamanca. 20-1-1962).

RAMÓN SERRANO SUÑER

«Soy yo quien agradece vuestra carta, la que tú y Miguel me escribís con motivo de mi asistencia al traslado de los restos de José Antonio. ¿Quién más cerca de vosotros que yo en todo cuanto a su gran verdad se refiera? Al menos en lo humano y español, pues me Interesa siempre tomar estas cautelas puntualizadoras, para no hacer especulaciones políticas o para salir al paso de la mezquindad de los especuladores. (Lo único que no me pareció bien —así lo he manifestado sin rodeos— es que los organizadores no me incluyeron en ninguno de los turnos establecidos para llevarlo sobre mi hombro; claro que no importó para que lo llevara, porque en la misma basílica gentes delicadas realizaron en justicia el sacrificio de cederme su puesto, y así me evitaron el que yo mismo me lo tomara…) Tú sabes que cierta y constante —cuán por encima de toda contingencia alguna personalmente penosa— es mi devoción por todo cuanto a José se refiere, y mi cariñosa amistad con vosotros.» (5-5-1959).

PEDRO SAINZ RODRÍGUEZ (Ministro de Educación Nacional)

«Querida Pilar: Antonio Quintana va a verte de mi parte para informarme de cuál es tu criterio sobre la relación que debe tener la Organización Femenina con este Ministerio o con la Delegación de Educación.

Sin perjuicio de (que) tú le des una primera explicación, creo debemos tener una conversación detenida en la que te diré cuál es mi criterio sobre la educación de la mujer. Ya sabes que por mi parte te daré las máximas facilidades para todo y que deseo que marchemos de común acuerdo y sinceramente unidos».

JOAQUÍN RUIZ-GIMÉNEZ

«No necesito decirte, porque estoy convencido de que lo sabes, que mi fidelidad a ti es muy honda, a ti y a todo lo que permanece válido y esperanzado en el pensamiento de tu hermano. Por desdicha, los hombres de nuestra generación no hemos sido capaces de hacer fructificar ese pensamiento en las entrañas de nuestro pueblo; si se hubiesen realizado los cambios de estructura que él preconizaba, a estas horas se abrirían a nuestra Patria horizontes más claros. Sin embargo, nadie tiene derecho a desesperanzarse, y unos en una latitud, otros en otra, hemos de seguir en la brecha hasta conseguir para nuestra España la justicia, la libertad y la paz auténticas con que él soñara.» (9-1-1970).

«Me parece excelente, y muy justificada, la proposición de ley que habéis puesto en marcha para rectificar la ley de 22 de julio de 1961, en cuanto al ascenso de la mujer a los puestos de la carrera judicial. Una vez más coincido plenamente contigo en algo que es de estricta justicia.» (4-6-1966).

RICARDO DE LA CIERVA

«Como todo el mundo advierte, cada vez que profundizo más en la figura de José Antonio voy comprendiendo más su valor de futuro.

»Ahora, tras el "Cara al Sol" de la Plaza de Oriente, hay una gran revalorización de la Falange histórica. Me cabe el gran honor de haberme adelantado a defender a José Antonio y a su espíritu en el año triste en que la confusión ha llegado a lo más hondo… Medito mucho en estos días sobre el gesto de tu padre cuando retiró a España de la Sociedad de Naciones y a las pocas semanas la Sociedad de Naciones le dio la razón y le suplicó el reingreso de España. Los tiempos son otros, pero hay una gran lección que permanece: la fe en España, como la fe de don Miguel y de José Antonio».

AGUSTÍN MUÑOZ GRANDES

«Felicita en mi nombre a las recompensadas, pero que no se envanezcan, que si bien todos les debemos gratitud por la labor que realizan, es más, mucho más, lo que ellas deben a Dios por haber nacido en España.

»Como labor inmediata que sólo vosotras podéis realizar está la de reponer rápidamente los estragos que la guerra produjo con la pérdida de cerca de un millón de hombres en plena juventud, dedicando vuestra atención preferente al niño y muy particularmente en su período de lactancia, educando, al propio tiempo, a la madre en la tan importante y difícil misión que en la vida le corresponde. Hay que evitar a toda costa la terrible mortandad infantil que hoy nos azota, haciendo una intensa campaña casa por casa y organizando todos los establecimientos de puericultura que sean precisos, hasta desterrar tan grave mal, Franco lo exige porque sabe que de otro modo España se hundiría y la F.E.T. de las J.O.N.S. pasaría por la vergüenza de no haber sabido evitarlo.

»Para tratar de todo ello esta semana te veré en nuestra Casa, mientras tanto, saluda a todas en mi nombre, que cada una cumpla con su deber y que la austeridad y modestia cristianas presida la vida de todas las españolas que por ser lo tienen que alardear de la elegancia y fineza de sentimientos que hizo grande a la Santa que hoy todos veneramos.» (Madrid. 15-10-1939).

FERNANDO SUÁREZ GONZÁLEZ

«Estás tan acostumbrada a ser Pilar Primo de Rivera que seguramente no valoras lo que significa para mí una carta tuya, máxime concebida en los términos de la que acabo de recibir. Puedes creer que estoy profundamente emocionado e inmensamente agradecido.

»La autenticidad política la aprendí en fuentes que te son muy próximas y entrañables. En esa línea me he querido mover, dentro del marco estricto de la legalidad constitucional. Sabes, como yo,

que los gobiernos prefieren definir en cada instante la ortodoxia y que llegan incluso a mediatizar las instituciones para imponer su voluntad. Así ocurre que las Cortes no son reflejo del país, sino de los ministerios. El hecho me parece muy grave y llega un momento en que, manteniendo la independencia, estás erosionando al propio régimen, porque acabas poniendo de relieve la inconsecuencia entre sus afirmaciones teóricas y sus actitudes concretas. Eso molesta a los gobernantes y divierte a una oposición radical a la que en modo alguno quiero servir. No tenía más remedio que irme al silencio…

»Pero, ¡qué duda cabe de que seguiré sirviendo a España! Esta misma mañana he tenido que intentar poner un poco de cordura a los jovencitos contestatarios de la Facultad, donde hace mucha falta orientación y magisterio. Espero consagrarme a ello y poner desde aquí mi grano de arena en el futuro.» (16-11-1971).

JUAN DOMINGO PERÓN

«Al alma de la Falange, doña Pilar Primo de Rivera, con todo mi afecto y mi admiración.» (Madrid, 5-2-1961).

«Muchas gracias por sus buenos deseos hacia mi Patria. Con el éxito justicialista hemos tenido una gran alegría, pero no olvidamos la tremenda responsabilidad que ello entraña. Quiera Dios que estemos a la altura de esa responsabilidad. Por lo menos el empeño no nos ha de faltar.» (Madrid. 14-5-1973).

EDUARDO CARRANZA

«A Pilar, con fe, esperanza y amistad.» (16-5-1958).

JOSÉ ANTONIO GIRÓN

«Tú nunca me pides nada porque siempre me entregas el regalo de tu ejemplo, que es para mí precioso y necesario.

»En esta ocasión, además, con tu carta del veintidós, me haces el indecible bien de anular, tú sola, con tu cordialidad, con tu

sencillez, con tu auténtico cariño de camarada prócer, todo el mal que se ha intentado hacerme, y que yo, en lo íntimo de mi corazón, he ofrecido a Dios para sufragio de tanto camarada como nos precedió en mayores sufrimientos y, si es posible, para añadir una minúscula chispa a la gloria de José Antonio. Si él ha sido complacido yo quedo feliz y dispuesto a aguantar cuanto quieran echar sobre mí.

»Te agradezco esta enternecedora prueba de amistad. Ya sabes con cuánta admiración, con cuánto íntimo respeto correspondo a todo ello y hasta qué punto en mí no es vano decir que estoy a tus órdenes. A esas camaradas ejemplares que te siguen en la más hermosa obra del Régimen, en la más pura, en la más diamantina, te ruego que les expreses, con mi gratitud, la esperanza de que ellas, bajo tu mando, han de seguir orando y laborando por la estirpe y ordenando la mentalidad, el corazón y la existencia toda de quienes hayan de seguirnos en la Historia.» (24-1-1953).

SEÑORA DE CHIANG-KAI-SHEK (esposa del presidente de la República de China)

«Querida señorita De Rivera: su fotografía y el libro-informe sobre la organización de la Sección Femenina de la Falange Española han sido recibidos. Muchas gracias por ello.

»He leído su texto y lo encuentro de mucho interés, especialmente a la vista de la amplitud y variedad del trabajo y actividades atendidos por su organización. Están ustedes haciendo un espléndido trabajo.

»Con la fotografía adjunta le envío los buenos deseos y los saludos de las mujeres de China libre a las mujeres de España. Suya sinceramente… (Taipei, Taiwan. 10-2-1955).

JOAQUÍN VAQUERO TURCIOS y MERCEDES IBÁÑEZ

«Querida Pilar, gracias de todo corazón del triple regalo que nos haces: arte, el pensamiento de tu gran hermano y tu cariño. Te

quieren…»

CARLOS MARTÍNEZ DE CAMPOS, duque de la Torre

«Su Alteza Real el Príncipe Juan Carlos de Borbón regresó encantado de su visita al castillo, donde pudo apreciar la magnífica organización que tan acertadamente dirige, y me encarga que la felicite en su nombre.

»Cumplo con mucho gusto su deseo y, por mi parte, uno la mía más sincera a la del Príncipe, y le envío mi enhorabuena por el patriótico trabajo realizado.» (10-6-1955).

OTTO DE HABSBURGO

«En el nombre de mi hermana y de mi hermano Rodolfo, así como en el mío propio, quisiera escribirla esta carta para decir toda nuestra gratitud por las encantadoras horas que pudimos pasar en el castillo de la Mota.

»La obra que usted realiza allí es, de verdad, admirable. Salí muy impresionado por el espíritu que rige la escuela. Todos nuestros votos son para lo que usted hace allí al servicio de España y de la causa católica.» (París, 2-11-1962).

ALFONSO DE BORBÓN

«Quiero darle, en nombre mío y de mi hermano Gonzalo, las gracias por la oportunidad que nos ha dado de poder visitar el castillo de la Mota. Ha sido una visita gratísima a uno de los eslabones principales de esa gran obra que ha realizado y que España tanto necesitaba. Al mismo tiempo, quiero agradecerle las publicaciones que nos ha enviado, y, en especial modo, las obras completas de ese gran político y gran español que fue su hermano José Antonio, al que tengo una gran admiración.» (16-7-1965).

JOSÉ MOSCARDÓ

«Insisto en mi felicitación a esa magnífica Sección Femenina, que es la Delegación que mejor funciona entre las treinta y tantas que dependen de mí, y conste que este chicoleo es la primera vez que se lo digo a alguien.» (29-7-1954).

F. VON PAPEN

«Très chère Excellence: A l'instant je viens de recevoir une lettre de notre Ami commun. Périco Prat, qui me parle du rappel à Dieu de votre grand frère vénéré —et je m'empresse de vous dire comment j'éprouve avec vous cette perte immense et douleureuse— perte irremplaçable pour votre grande patrie, la chère Espagne.

»Périco me parle aussi de son grand émouvement, quand au cimétière et au lieu de grands discours, on a chanté le "Cara al Sol" comme dernier hommage —et puis l'appel et la réponse: "España Una, Grande y Libre"!

»Quel heureux pays ou la tradition et la foi forment encore les bases irrébranlables de sa vie éternelle!

»Je m'incline au souvenir de votre grand frère et vous prie, chère Excellence, de bien vouloir croire à mes hommages respectueux et plein d'affection.» (Le 12 Avril 1964).

IV. CARTA AL MINISTRO SECRETARIO GENERAL DEL MOVIMIENTO

Madrid, 23 de noviembre de 1973

Excmo. Sr. Don Torcuato Fernández-Miranda
Vicepresidente del Gobierno
y secretario general del Movimiento
Madrid

«Querido Torcuato:

Más bien lenta de reacciones, me quedé el otro día con la preocupación de no haber expresado en la Permanente mi pensamiento con entera claridad. Y por la confianza que inspiras, porque sé que, dada tu preparación y buenas dotes, lo harás todo para lo te lo expongo ahora con la responsabilidad de ser cabeza de una organización a la e arrastrado a miles de personas.

Primer punto:

Estoy absolutamente de acuerdo, como dije allí, con el planteamiento que hiciste: un Movimiento no puede estar parado durante cuarenta años, porque eso sería su muerte. Más, hay que preparar el futuro del Príncipe. Pero me acomete la duda de si la falta de atractivo que ofrece el Movimiento para la gente joven no habrá sido por haberlo dejado vacío de contenido político concreto, ya que dentro de él los falangistas siguen siendo falangistas: los tradicionalistas, tradicionalistas: los de la democracia, demócratas: el Opus, pero el Movimiento en sí no es nada, y se comprende que para la juventud no ofrezca atractivo, aunque sí siguen ofreciéndolo los grupos en él inmersos. Yo de la Sección Femenina sé decirte que todos los años tenemos una incorporación de unas 3.000 de entre 17 y 20 años, que unas se afilian y otras no, pero que se incorporan

voluntariamente y aceptan nuestros planteamientos, que, en definitiva, las llevan al Movimiento. Por otro lado, fuera del Movimiento siguen existiendo otros grupos que ofrecen sugestión: los Círculos José Antonio, las F.E.S., los tradicionalistas, que se van a Montejurra, y, por supuesto: socialistas, comunistas, etcétera. Me voy a permitir una pedantería, pero que viene muy bien al caso. Al Movimiento, como dice Ortega, "le ha faltado un proyecto sugestivo de vida en común".

Segundo punto:

Creo que tenemos una enorme responsabilidad y les debemos una lealtad absoluta a murieron. Dieron la vida, que es lo más que puede entregar un hombre, a más de situaciones cómodas y gangas terrenas.

Tercer punto:

Como te digo, estoy de acuerdo con la Ofensiva Institucional; hay que hacerla, y José Antonio la hubiera hecho, pero también debemos tener en cuenta, según como quede la cosa, a las miles de personas que han entregado su esfuerzo sin regatear nada, sin ambicionar nada, sólo por servir, y no por subir, que es mucho de lo que pasa ahora, y que por no tener una seguridad económica se vayan a quedar al garete.

No sé si subsistirán las organizaciones, si se va más a las asociaciones, como quiera que sea, también a mí algún día me gustaría hablarte de ciertas personas.

Perdona esta larga carta, pero creo obligación mía el decirte las cosas con la sinceridad que tú nos pides y en la seguridad de que lo que hagas estará bien hecho.

Con todo afecto.

Perdona lo mal que va esta carta, pero la hice a toda velocidad porque me tengo que ir a Pamplona.

PILAR PRIMO DE RIVERA»

V. INFORME SOBRE LA SECCIÓN FEMENINA ELEVADO AL CONSEJO NACIONAL DEL MOVIMIENTO EL 12 DE FEBRERO DE 1969

La Sección Femenina como Delegación del Movimiento basa principalmente su actuación en los artículos 7.º y 8.º de la Ley del Movimiento y de su Consejo Nacional, y, en cierto modo, como organización paraestatal, en la colaboración con todos los Ministerios, especialmente en las funciones educativas y sociales.

Y todo esto partiendo del modo de vida de 1969, si bien sin rupturas irremediables con todo lo anterior, ya que entendemos que lo que justifica nuestra presencia es la vinculación al 18 de Julio y a todas sus consecuencias derivadas del mandato de Franco. Pero lo que quiero decir requiere, a mi modo de ver, un planteamiento remoto para llegar a conclusiones actuales, por lo menos a las que la Sección Femenina, después de una ya larga experiencia, ha ido llegando. Porque basta con echar una ojeada a setenta años atrás para darnos cuenta de la rapidez de los cambios de todo orden producidos en la sociedad.

Concretamente, la vida femenina desde principio de siglo hasta ahora ha cambiado en el mundo radicalmente con respecto a la educación, a los gustos, a las costumbres y al trabajo. Varias guerras transcurridas en estos 69 años, entre ellas la nuestra, han acelerado vertiginosamente los acontecimientos, los descubrimientos científicos, y producido un cambio total en la mentalidad de los pueblos y de los hombres.

Por eso sería necio el querer resurgir de una guerra, de una revolución, con la misma mentalidad con que se empezara. Sin embargo, en medio del marasmo y de la conveniencia de la novedad, porque si no el mundo no avanzaría, hay principios de categoría permanente, pudiéramos decir enraizados con la eternidad a través de siglos de cultura y de verdad, que no debemos perder so pena de extraviarnos en las más profundas tinieblas, en el más desconcertante torbellino. En momentos de transición como el

actual, hacia una nueva era, tan malo sería la quietud inoperante como el ensayo loco que sin asidero fijo va adhiriéndose a todas las novedades.

De ahí, que lo importante en estos cambios tan bruscos sea buscar los principios y, dentro de ellos, ser más actual que nadie. Pero sin perder la verticalidad, sin perder el eje, que es uno de los peligros que en estos momentos nos amenazan. «Miles y miles de primaveras se han marchitado, y aún dos y dos siguen sumando cuatro, como desde el origen de la Creación». (Esto, por supuesto, es de José Antonio).

Así, al hilo de lo dicho, el principio de los principios será la verdad. La verdad absoluta de Dios. Por eso lo que interesa en cualquier planteamiento es buscar la verdad, partiendo De Dios, para aplicarla a su imagen terrenal el hombre, dotado por ser hombre, de una Libertad y de una dignidad absolutamente respetables. Y entonces aceptar o no las Novedades o aceptarlas a medias, que si parten del respeto al hombre como reflejo de la Verdad, cualquier proyecto llevará muchas garantías de acertar.

Pero, yendo a lo nuestro, estas mutaciones alcanzan también, como es natural, y en sumo grado, a los sistemas políticos. Por eso es preciso que a quienes nos ha tocado la responsabilidad deformar política y socialmente a la juventud y a la mujer después de tres guerras nos encaremos con los problemas partiendo de ese punto, de forma que, basándonos en el hombre como portador de valores eternos, nos lleve a la inserción de éste en la Patria, en el Universo y en la eternidad.

Así puestas las cosas, el principio de nuestro quehacer será el formar a la niña y a la mujer en todas sus dimensiones e incorporarla, activa y políticamente, al servicio de la Patria, de una Patria diversa en sus regiones, pero irrevocablemente unida hacia un destino universal.

Que desde hace tiempo hubiera sido preciso que la mujer estudiara, que la mujer trabajara como un ineludible deber de aportar su esfuerzo al bien común y mejorar la cultura en su propia persona, indudable, que debiera haber empezado mucho antes, venciendo las resistencias arcaicas y rutinarias que ahora la Sección Femenina, en servicio a una mayor justicia social, estamos venciendo en España con la Ley de los Derechos de la Mujer que abarca a toda clase de trabajadoras y a las universitarias, con el Montepío del Servicio Doméstico, con la incorporación directa a la política

a través de las Cortes. Consejo Nacional del Movimiento, ayuntamientos, diputaciones y tantas cosas más, indudable también, que el mundo actual, para elevarse económicamente y alcanzar un nivel cultural más alto, necesita del esfuerzo de la mujer, sin género de dudas, pero en todo hay una primacía, y debemos pensar también si por salvar sobre todo lo económico vamos a perder lo moral, el eje.

Porque no es lo mismo la mujer casada con la responsabilidad fundamental de hijos menores y marido en casa, o la viuda con hijos menores también, que la viuda o la casada sin hijos o hijos mayores, y ya no digamos de la soltera, que es libre del todo.

Por eso, así puestas las cosas, y para servir a la verdad, conviene establecer una escala de valores que nos permita, además, afianzar el vínculo familiar, estamento primero de toda sociedad, y en estos momentos también en peligro, aun partiendo del hecho de que la aparición masiva de la mujer en el trabajo y en el estudio es un hecho real no sólo español, sino del mundo entero, y, a mi modo de ver, conveniente, y que de esa premisa debemos partir. Bien que este hecho pueda nacer de causas: económicas, vocacionales o de evasión, pero lo cierto es que ahí está con sus peligros y sus ventajas, y hay que contar con él. Por eso sería preciso, para compensar, establecer una manera de ayuda económica a la mujer casada, con responsabilidades familiares, para que, sin dejar de trabajar del todo, tuviera, sin agotarse, tiempo suficiente para ocuparse de la casa, del marido y de los hijos, sin que eso impida su preparación personal, ya que una mujer inteligente y culta hasta los menesteres secundarios los hace mejor que la ignorante, y cuanto más compartir las preocupaciones y responsabilidades del marido y educar a los hijos.

Ahora, y partiendo del ser religioso, político y social que es el hombre al que tenemos que formar, voy a dar cuenta de los procedimientos utilizados por la Sección Femenina a través de sus distintas Regidurías y de los escasos medios con que contamos para desenvolver nuestra misión. Si bien en esto del dinero tengo que agradecer a todos los que a través de sus departamentos ministeriales nos echan una mano, porque sin su ayuda sería materialmente imposible poder subsistir, ni cumplir con lo a nosotros encomendado, como ahora podrán ver.

Pero más que una cuenta solamente numérica, pesada y rutinaria, voy a apuntar las intenciones que nos guían en todo nuestro quehacer, en todo nuestro servicio. Entiendo Por el concepto de servicio la gloriosa servidumbre a una política sugestiva capaz de mejorar la suerte de España y de atraer a la juventud.

Porque estamos convencidos de que la juventud, con sus revueltas, no busca casi nunca sienes materiales, la mayoría ahíta de bienestar, lo que busca sobre todo es saciar el vacío teológico que un apoliticismo negativo ha dejado en ellas. Por eso entendemos que una política constructiva con proyección actual sería un importante contrapeso para los que van de buena fe.

Por otro lado, tampoco pretendemos hacer de nuestra organización coto cerrado, Según los últimos planteamientos del Estatuto del Consejo Nacional con la nueva reorganización en estudio, se abre a todos, tanto personas como entidades que de verdad quieran colaborar y contrastar sus pareceres, como se dice ahora, cosa que, por otro lado, para nosotros no es nuevo porque ya lo veníamos haciendo, igual con respecto a las mayores que a las Organizaciones de Juventudes.

A esto va encaminada la organización, montada de la siguiente manera, hasta que el consejo Nacional determine su estructuración definitiva:

Disposiciones legales en las que nos apoyamos: Decreto Ley de 28 de diciembre de 1939. Ley de 6 de diciembre 1940.Orden Ministerial de 24 enero de 1945. Decreto de 29 de Noviembre de 1964. Ley Orgánica del Estado de 10 de enero 1967. Ley Orgánica del Movimiento y de su Consejo Nacional de 28 de junio de 1967.

ÓRGANOS DE GESTIÓN

El Consejo Rector, que funciona periódicamente y es elegido libremente en sus dos terceras partes por el C.N.

La Junta de Regidoras, en reuniones quincenales.

ÓRGANOS DE REPRESENTACIÓN

El Consejo o Asamblea Nacional que se reúne cada dos años.

El Consejo o Asambleas Provinciales, en igual plazo de tiempo.

INSTITUCIONES

Red de Escuelas Nacionales y Provinciales para la formación de dirigentes y profesorado, según la especialidad o niveles, que funcionan todo el año.

Escuela Mayor «José Antonio» (en el castillo de la Mota, restaurado por la S.F.). Capacidad, 125; asistencia media anual, 630 alumnas.

Escuelas Nacionales «Isabel la Católica», de dirigentes juveniles y del Magisterio (castillo de Las Navas, restaurado por la S.F.) y «Santa Teresa», de Barcelona. Capacidad, 265 alumnas.

Escuela Nacional de Instructoras Rurales «Onésimo Redondo», en Aranjuez, reconocida por el Ministerio de Agricultura. Capacidad, 100 alumnas.

Escuelas Nacionales de Especialidades «Julio Ruiz de Alda», Madrid, **«Roger de Lauria»**, Barcelona, y **«Joaquín Sorolla»**, Valencia, para profesorado de Hogar, Educación Física, A.T.S., Asistentes Sociales, reconocidas por el Ministerio de Educación y Ciencia. Capacidad, 754 alumnas.

Colegio Mayor Femenino «Santa María de la Almudena», Madrid, y en proyecto el de Oviedo, con apoyo del Ministerio de Educación y Ciencia. Capacidad, 108 alumnas.

Escuela «Santa Teresa», de asistentes sociales, en: Salamanca, Córdoba y Granada. Capacidad, 100 alumnas.

Escuela Nacional para profesorado de Política **«Hermanos Aznar»**, en El Pardo (Madrid). Capacidad, 120; asistencia anual, 600 alumnas.

Para cumplidoras del Servicio Social, **«Ramiro Ledesma Ramos»**, en Peñaranda de Duero (Burgos) —palacio del siglo XVI, restaurado por la S.F. — Capacidad, 106; asistencia anual, 318 alumnas.

Otras escuelas de especialidades o instituciones diversas en Barcelona, Madrid, Málaga, Vitoria, Sevilla, El Escorial, Navacerrada, Cartagena, Valladolid, Benicasim, Huesca, Deva y Zarauz, en Guipúzcoa. Capacidad, 1.032 alumnas.

Diez escuelas menores de formación para delegadas locales, divulgadoras rurales e instructoras elementales, en: Vitoria, Barcelona, Cádiz, Castellón, Coruña, Málaga, Segovia, Santa Cruz de Tenerife, Santander y Valencia. Capacidad, 537; asistencia anual, 1.819 alumnas.

Siete granjas-escuela menores en Madrid, Castellón, Toledo, Valencia, Zamora, Teruel y Zaragoza. Capacidad, 364; asistencia anual, 1.092 alumnas. Más 150 hogares-rurales.

Dieciséis colegios menores, para estudiantes de Bachillerato y Magisterio, en: Almería, Castellón, Cuenca, Gerona, Huelva, Jaén, León, Lugo, Orense, Luarca, Santander, Soria, Tarragona, Teruel, Valencia, Zamora y El Aaiún. Capacidad, 1.339 alumnas.

Veintiocho albergues de juventudes en Alcudia, Águilas, Aguimés, Albarracín, Amorebieta. Benicasim, Canfranc, Cercedilla, Cervera de Pisuerga, Deva, Gallaría, Mangirón, Masnou, Ontaneda, Piles, Poblet, Poo de Llanes, Sada, San Hilario, Sanlúcar de Barrameda, San Rafael, Torremolinos, Valencia de Alcántara, Vallvidriera, Vera de Bidasoa, Vegacervera, Villanua y Zarauz. Capacidad, 2.454; asistencia anual, 19.362.

Escuelas de Patronato, 138 secciones en: Madrid, Barcelona, Vizcaya, Huelva, Málaga Valencia, Santander, Cádiz, Álava, Castellón, Ciudad Real, Alicante, Granada y Valladolid. Capacidad, 4.684 alumnas.

Centros de Enseñanza Media, dos secciones filiales en Barcelona y Valladolid.

Colegios reconocidos «San Benito» en: Barcelona, Madrid, Pamplona, Zaragoza, y Rascafría (Madrid). Capacidad, 1.217 alumnas.

Setenta y dos cátedras ambulantes «Francisco Franco». Por todos los pueblos de España. 50 de éstas, además, están radicadas en cada una de las provincias españolas como Misiones Pedagógicas, con una maestra al frente nombrada por el Ministerio de Educación y Ciencia, con cargo económico al Plan de Desarrollo y a nuestro presupuesto.

Régimen interno de las Universidades Laborales de Zaragoza y Cáceres, dependientes del Ministerio de Trabajo. Capacidad, 2.440 alumnas.

Régimen interno de la Ciudad Escolar «Francisco Franco», dependiente de la Diputación Provincial de Madrid. Capacidad. 1.800

alumnas.

Régimen interno de una Escuela de Secretariado en Sevilla, dependiente de la Diputación Provincial. Capacidad, 150; asistencia anual, 600 alumnas.

Régimen interno y edificio propio de la Sección Femenina de dos Escuelas-Hogar de Enseñanza Primaria, dependientes del Ministerio de Educación y Ciencia, en Cervera de Pisuerga (Palencia) y Ontaneda (Santander). Capacidad, 300 alumnas.

Treinta y dos guarderías infantiles en las provincias de: Barcelona, Málaga, Madrid, Alicante, Las Palmas, Granada, Córdoba, Badajoz, Sevilla y Valencia, con 61 parvularios dentro de ellas, encomendados a maestras parvulistas. Capacidad, 2.060 alumnas.

Treinta y cuatro talleres de artesanía construidos con cargo al Plan de Desarrollo, en: Ecija, Vélez-Blanco, Mojácar, Nerja, Níjar, Gador, Cifuentes, Cogolludo, Río Tinto, Encinasola, Puerto del Rosario, Arrecife, Santa Lucía, San Bartolomé, San Nicolás, Astorga, La Bañeza, Mazo, La Guancha, San Leonardo de Yagüe, Cuéllar, Carbonero, Cantalejo, Mora de Toledo, Talavera de la Reina, Arcos de Jalón, el Aaiún, Badajoz, Granada y Zamora. Capacidad, 2.525 alumnas.

Ciento noventa y nueve Escuelas de Hogar en toda España para cursos libres y cumplidoras del Servicio Social. Capacidad. 5.901; asistencia anual, 55.000 alumnas.

Diecisiete Círculos Culturales Medina en Madrid, Alicante, Barcelona, Castellón, Ciudad Real, Cuenca, Las Palmas, León, Lérida, Logroño, Palma de Mallorca, Soria, Valencia, Zaragoza, Burriana (Castellón), Cieza, Jumilla (Murcia). Abiertos a todo el mundo para difundir cultura y propagar enseñanzas caseras, técnicas del hogar, modas, etcétera.

Seiscientos treinta círculos de juventudes en toda España, para realizar en ellos una labor extra-escolar y extra-laboral, a través de la música, el teatro, las bibliotecas, los juegos, etcétera, abiertos a toda la juventud española.

Total de asistencia anual en los anteriores centros formativos, excepto: Cátedras, Círculos Medina y Círculos de Juventudes, que acogen personal innumerable: 95.465.

DELEGACIÓN NACIONAL

ÓRGANOS CONSULTIVOS

La Asesoría Jurídica. Asiste como secretaria a las Juntas de Recompensas y de Compras; redacta contratos y todo lo referente a las propiedades y asuntos jurídicos de la Sección Femenina.

Secretaría Técnica. Es un órgano de estudio, documentación, asistencia técnica y coordinación de los servicios centrales de la Sección Femenina.

Este servicio se responsabiliza de la confección y tramitación de expedientes de reconocimiento de centros docentes y formativos de Sección Femenina, así como de la orientación técnica de la revista pedagógica «Consigna», destinada a las maestras.

SERVICIOS CENTRALES

Regiduría de Personal. Durante el bienio 1967-68, la Regiduría de Personal ha tramitado 7.565 nuevas solicitudes de afiliación a la Sección Femenina.

Con un movimiento de unos 400.000 expedientes personales en toda España.

Campaña de albergues y residencias de verano. Se movilizan unas 4.000 personas cada año, durante los meses de verano, como dirigentes de los turnos de albergues de juventudes, trabajo, cursos para Magisterio. S. Social, estudiantes y graduadas, etcétera.

Personal fijo que presta servicios en la organización:

Personal administrativo: 2.851, con un promedio mensual por persona de *2.068* pesetas.

Personal especializado: 3.558, con un promedio mensual en nómina de *1.082* pesetas.

Colaboradores: 1.521, con un promedio de nómina mensual de *420* pesetas.

Además de este personal existen 4.231 camaradas que actúan como delegadas, secretarias y regidoras locales, que no perciben ninguna remuneración por su cargo por actuar en localidades de menos de 50.000

habitantes. Asimismo, hay 2.085 divulgadoras rurales que actúan percibiendo una gratificación que alcanza una media de 150 pesetas mensuales.

Centros oficiales en los que actúa profesorado de S. Femenina.

144 Institutos Nacionales de Enseñanza Media.
154 Secciones Delegadas.
82 Institutos Técnicos.
86 Secciones Filiales.
113 Estudios Nocturnos.
10 Estudios Nocturnos en Filiales.
54 Escuelas Normales de Magisterio.
42 Escuelas de Comercio.
12 Universidades.

Es decir, *un total de 697 centros*.

Actúan en estos centros, destinados a la Sección Femenina, *3.929 profesoras de Hogar, Política y Educación Física*. Además de 3.183 que ejercen en centros privados.

Regiduría de Prensa y Propaganda. Esta Regiduría está al servicio de todos los demás departamentos cumpliendo la función que su denominación indica.

Para ello se divide en los siguientes apartados:

Ediciones. Abarca todas las ediciones de cualquier género. El volumen aproximado de éstas es de *2.300.000 ejemplares* por año, de diferentes materias. A título de muestra, diremos que sólo de las Obras Completas de José Antonio se han hecho 5 ediciones de 25.000 ejemplares, osea, 125.000 en total.

Propaganda. Corresponde a esta sección la distribución general de todo el material de propaganda de la Sección Femenina, servicio fotográfico, organización de actos públicos, Consejos Nacionales, etcétera. Enlace con TV. NO-DO y emisoras de Radio. Realización, distribución y archivo de documentales cinematográficos, organización de sesiones especiales de propaganda cinematográfica para grupos de extranjeros, etcétera.

Prensa. Con periodistas tituladas al frente, este departamento tiene como misión: redacción y distribución de cuantas noticias y escritos sobre actividades de la Sección Femenina interesa dar a conocer. Fichero y archivo general de prensa.

Publicaciones periódicas. En el servicio de Prensa y Propaganda se editan, distribuyen y administran: la revista «Teresa», de información para la mujer: revista «Consigna», de carácter pedagógico y destinada al Magisterio femenino: semanario «Bazar», para niñas, de entretenimiento, pero siempre con un criterio formativo, tanto en el cuidado de los textos como de las ilustraciones, habiendo obtenido por dos veces el premio del Ministerio de Información y Turismo a la mejor publicación para niñas.

Servicio Exterior. Como no se puede vivir ausente del mundo, corresponde a este departamento enlazar con todas las naciones y cuantos congresos, reuniones internacionales y seminarios han de celebrarse, y en los que la presencia activa de la Sección Femenina deba estar representada, y, asimismo, el conocimiento de cuantos documentos se editen en la ONU, UNESCO, Consejo de Europa y otros organismos internacionales.

La Sección Femenina está representada en los siguientes organismos internacionales:

Unión Interparlamentaria, UNESCO, ONU, OIC (Oficina Internacional Católica de la Infancia), CEA (Conferencia Europea de la Agricultura), UIOF (Unión Internacional de Organismos Familiares), FISEC (Federación Internacional Deportiva de Escolares Católicos), FISEP (Federación Internacional Católica de Educación Física), FIOP (Federación Internacioval Grupos Folklóricos), FIYE (Federación Internacional Albergues Juveniles), CISS (Conferencia Internacional del Servicio Social), LAPSGW (Asociación Internacional de Educación Física y Deportes para Niñas y Mujeres), ICHPER (Asociación Internacional de Salud, Educación Física y Recreación), dependiente de la WOCPT (Organización Mundial de las Profesiones Docentes), IAII (Comisión Internacional de Auxilio Internacional a la Infancia), JMC (Juventudes Mundiales Católicas), y a los amigos de la UNICEF, como, asimismo, al Bureau del Comité de Educación Extraes-colar del Consejo de Europa, en donde Teresa Loring y María Nieves Sunyer han sido designadas como cargos directivos.

Corresponde también a esta Regiduría llevar la Secretaría de la Junta Central Coordinadora de los Círculos Culturales Femeninos Hispanoamericanos, estudiando y preparando las convocatorias de becas que se conceden por la Sección Femenina a través de la misma, orientando y atendiendo a las becarias tanto de Hispanoamérica como de otros países.

Existen en la actualidad un total de 26 Círculos, repartidos entre los países de Argentina, Bolivia, Colombia, Chile, Costa Rica, Ecuador, Méjico, Perú y Uruguay, como consecuencia de las resoluciones del I Congreso Femenino Iberoamericano celebrado en Madrid en 1951.

El número de becarias que vinieron a España a través de estos Círculos es hasta ahora de 674, más 72 de otros países no hispanoamericanos.

Como consecuencia de esta labor realizada durante tantos años, y comprendiendo el interés e importancia de la misma, se habilitará por el Plan de Desarrollo la concesión de un crédito para la construcción de un Colegio Mayor Universitario Femenino Hispanoamericano de 200 plazas.

Esta Regiduría lleva personalmente las relaciones de la Sección Femenina con el Ministerio de Asuntos Exteriores y el Instituto de Cultura Hispánica, del que también recibimos ayuda.

SERVICIOS FORMATIVOS

Formación

Aspectos que comprende y fundones que realiza

Comprende:

a) El Departamento de Formación Religiosa.
b) El Departamento de Formación Política.
c) El Departamento de Cursos.

a) Departamento de Formación Religiosa. Orientar la Formación Religiosa en toda la Sección Femenina, conforme a las normas establecidas por el Concilio, que ya nosotros, con muy ligeras modificaciones, veníamos practicando desde hace veinticinco años, en obediencia a las normas benedictinas introducidas sabiamente en nuestra formación por fray Justo Pérez de Urbel, asesor nacional de la Sección Femenina. El fin de toda esta

formación es llevar, *voluntariamente*, a las que por nuestras manos pasen, a la necesidad de Dios.

b) Departamento de Formación Política. La orientación política de toda la Sección Femenina, conforme a las leyes establecidas, basada, en lo fundamental, en la doctrina de José Antonio. Organización de los cursos de actualización y acción política.

c) Departamento de Cursos. La planificación de todos los cursos de carácter nacional y provincial, dentro de nuestra propia organización. En la planificación de estos cursos se considera: el aspecto formativo general y básico en cuanto a la religión, a la política y la convivencia social, para conseguir un grado de mayor refinamiento y sensibilidad en la educación de los españoles.

El presupuesto con que cuenta esta Regiduría se destina a actividades del Departamento de Religión y montaje de capillas, y a las actividades del Departamento de Política, que se distribuyen de la siguiente forma:

Gratificación a los conferenciantes sobre temas de política en el ámbito nacional y provincial.

Adquisición de material bibliográfico destinado al Gabinete de Formación Política de la Regiduría Central y a las Escuelas Mayores.

Concesión de becas para asistencia a cursos.

Semanas Sociales.

Asistencia al curso de Peñíscola sobre la Administración Local.

Curso de la Universidad Internacional de Santander.

Como proyección de la Sección Femenina en la vida política española, termina el año 1968 con:

3 consejeros nacionales.
6 procuradores en Cortes.
116 concejales.
11 diputados provinciales.

REGIDURÍA DE CULTURA

Círculos Medina. Son centros eminentemente culturales, en los que se celebran actos diversos, tales como conciertos, conferencias, recitales,

exposiciones, etcétera… y cursos de enseñanzas prácticas, aplicadas en su mayoría a las necesidades modernas del hogar. La asociación a estos Círculos está abierta a toda la persona que lo desee. En la actualidad existen:

Número de Círculos: 15.
Número de actos al año: 415.
Asistencia: 20.750.

Bibliotecas. Este departamento tiene como misión tanto promover y estimular la lectura como la elección, compra y distribución de libros en las distintas bibliotecas de la Sección Femenina. Los límites del presupuesto forzaron a reducir éstas a 75, de las cuales 60 son de consulta y 15 generales.

Departamento de Música. El Departamento de Música tiene como finalidad la difusión de cultura musical en todo el ámbito de la Patria, por entender que el conocimiento de la música es indispensable a un pueblo que quiera elevar su cultura. Así, con el método Orff, concursos de Coros y Danzas, villancicos, etcétera, se va difundiendo desde la infancia el amor a la música y su aprendizaje.

Capítulo aparte merecen los Coros y Danzas, que, con un enorme esfuerzo por recoger y revitalizar el folklore español, han hecho posible la creación de ese estupendo conjunto de grupos que, en misión cultural y política de España, han recorrido el mundo entero, y muy especialmente los países de Hispanoamérica, donde entre los naturales de aquellas naciones y los españoles radicados allí se han producido escenas de reencuentro verdaderamente impresionantes.

En estas actividades musicales participan y se movilizan más de 75.000 componentes de los grupos, aparte del público de conciertos organizados también por este departamento.

Departamento de Escuelas de Hogar*:*

Escuelas de Hogar …	199
Número de alumnas que pasan anualmente por estas escuelas entre cursos de matrícula libre y Servicio Social …	50.000

Subvención anual para estas escuelas … 406.230

que repartidas entre las 199 dan un promedio de 2.041 pesetas

REGIDURÍA DE JUVENTUDES

El artículo 7, párrafo d), y el artículo 8 de la Ley Orgánica del Movimiento y su Consejo Nacional, determinan lo que debe ser el fin de la Regiduría Central de Juventudes.

Contribuir a la formación de las Juventudes Femeninas para incorporar a estas nuevas generaciones a la tarea colectiva, y fomentar así su plena participación en la vida nacional.

La organización adecuada para el logro de una actuación eficaz se fundamenta en:

a) La formación y capacitación de dirigentes de nuestra organización y de organizaciones ajenas dedicadas a la juventud.

b) Atención preferente al planteamiento y organización de cursos, instituciones específicas y Gabinete de Estudios y Publicaciones.

c) Actuación conjunta con organizaciones o asociaciones que actúen en la misma tarea.

d) Dirigir la formación de la juventud a través del campo: escolar, laboral y extra-escolar.

e) Planificar y dirigir los centros pilotos de la propia organización.

En el campo escolar, con:

Los Colegios de Primera Enseñanza en régimen de Patronato … 21

Los Colegios de Segunda Enseñanza, bajo la advocación de San Benito … 6

Los Colegios Menores … 16

En el campo laboral, con:

Escuelas de Formación Profesional … 5

Talleres de Formación Profesional … 61

En el campo extra-escolar con:

Los Círculos de Juventudes … 630

Teatro de juventudes, representado y leído, con mención especial, por su valor artístico y educativo, en Reunión Internacional de Teatro de Juventudes celebrada en París, ya que la chabacanería y la gracia facilona están ausentes de nuestros programas.

Conciertos para la juventud escolar, con explicación pedagógica sobre los mismos.

La estadística numérica de la Regiduría de Juventudes no se da porque abarca a toda la juventud española.

Esta Regiduría se relaciona con la Delegación Nacional de Juventudes, a través del Consejo Nacional de la Juventud.

REGIDURÍA DE ESTUDIANTES Y GRADUADAS

El fin de esta Regiduría es la formación y promoción política, social y profesional de la mujer universitaria.

Estos fines se llevan a cabo:

En el campo universitario, a través de:

a) Albergues de Servicio Social Universitario de Verano.
b) Actividades de aire libre.
c) Coros y Danzas.
d) Reuniones de formación de mandos.
e) Reuniones formativas e informativas.
f) Colegios Mayores, seminarios, etcétera…

En el campo profesional, a través de:

a) Boletín Informativo para graduadas.
b) Reuniones profesionales.
c) Ayuda a oposiciones.
d) Residencia para graduadas.

Departamento técnico. Este departamento tiene como principal misión la investigación.

Bibliotecas. Formada por textos de consulta, políticos, profesionales, etcétera.

Relaciones con asociaciones universitarias internacionales.

REGIDURÍA DE EDUCACIÓN FÍSICA Y DEPORTES

La misión de esta Regiduría es hacer llegar a todas las niñas y mujeres españolas la práctica de la educación física por la importancia que tiene en el desarrollo total del individuo.

Cometidos de esta Regiduría:

a) Formación del profesorado de Educación Física en sus distintos grados, en la Escuela Nacional «Julio Ruiz de Alda», parte femenina del Instituto Nacional de Educación Física. Función encomendada a la Sección Femenina por el Estado con respecto a esta disciplina.

b) Realización de los planes de Educación Física a través de todos los centros de enseñanza en los distintos grados.

c) Divulgación de la práctica deportiva en la organización de competiciones a nivel local, provincial y nacional.

d) Coordinación con organismos internacionales.

e) Organización y promoción de clubs deportivos y culturales.

f) Colaboración con los distintos organismos nacionales implicados en las tareas de Educación Física.

Como escuelas colaboradoras a la de «Julio Ruiz de Alda», para formación de profesorado de Educación Física de grado elemental, funcionan en la actualidad las regionales de Sada (La Coruña), Vitoria, Castellón, Cádiz, Málaga y Santander, con un promedio por curso de 60 alumnas.

Divulgación de la práctica deportiva con la organización de competiciones a nivel local, provincial y nacional.

El número total de participantes por deportes en este último año ha sido:

Baloncesto: 29.610 participantes.

Balonmano: 5.916 participantes.

Balonvolea: 7.214participantes.

Atletismo: 8.658 participantes.

Natación: 1.500 participantes.

Gimnasia: 23.332 participantes.
Tenis de mesa: 200 participantes.
Total movilización deportiva en edad escolar, año 1968: *86.430*.

Colaboración con los distintos organismos nacionales implicados en las tareas de Educación Física. La Regiduría Central de Educación Física colabora y coordina con los siguientes organismos:

Ministerio de Educación y Ciencia: Dirección de Enseñanza Primaria.
Delegación Nacional de Educación Física y Deportes.
Junta Nacional de Educación Física.
Federaciones Deportivas Nacionales (Comités Femeninos).

SERVICIOS DE ACCIÓN SOCIAL

Regiduría de Divulgación y Asistencia Sanitario Social. Esta Regiduría se divide en tres grandes secciones:

A) Asistencia social.
B) Educación sanitaria.
C) Formación de personal especializado.

A) Asistencia social:

Fines:

Orientar a las familias e individuos en crisis, a la juventud, a las madres gestantes y lactantes y a las comunidades todas a través de la familia, municipio y sindicato.
Organizar, dirigir y supervisar:
Las guarderías infantiles, que acogen a hijos de madres trabajadoras procedentes de migraciones interiores y que son permanentes o temporeras, según las necesidades.

B) Educación sanitaria:

Fines:

Educación sanitaria en materia de:
Lucha contra la mortalidad infantil (superada).
Higiene.
Puericultura.

Alimentación y nutrición (campañas de alimentación infantil, cursos de educación en alimentación y nutrición).
Socorrismo.
Campaña de rehabilitación de inválidos.
Campaña de donantes desinteresados de sangre.
Organización y control de los servicios sanitarios complementarios de actividades de Sección Femenina.

C) Formación de personal especializado:

Fines:

La formación de:

Asistentes sociales.
A.T.S. femeninos.
Ayas (auxiliares de Puericultura).
Divulgadoras (auxiliares de puericultura) socorristas e iniciadas en alimentación y nutrición.

Colaboraciones con otros organismos:

Presidencia del Gobierno.
Ministerio de Trabajo.
Ministerio de Gobernación.
Ministerio de Educación y Ciencia.
Ministerio de Vivienda.
Ministerio de Agricultura.
Ministerio de Justicia.
Ministerio de Asuntos Exteriores.
Ayuntamiento:
O.T.E.A.N.
P.R.O.L.A.C.
A.S.A.
Cruz Roja Española.
Lucha contra el cáncer.
Protección de Menores.
Asociaciones de: Inválidos Civiles. Minusválidos y de Padres de Niños Subnormales.

REGIDURÍA DE TRABAJO

A la Regiduría de Trabajo corresponde la ordenación, dirección y ejecución de la política social de la Sección Femenina en relación con el trabajo de la mujer.

Los fines se centran en promover la elevación del nivel de vida social y profesional de la mujer que trabaja, y a ella corresponde realizar las siguientes funciones:

Funciones:

a) Centros y planes para la formación fundamental, social y profesional de la mujer trabajadora.

b) Colaboración regulada con los sindicatos para el estudio y promoción de medidas de carácter social y legal sobre el trabajo femenino.

c) Colaboración con los Ministerios de Agricultura, Industria y Trabajo.

Campo de acción. Los fines y actividades se proyectan sobre el campo nacional del trabajo femenino y en los sectores agrario, industrial, artesano y del servicio doméstico.

Cuerpo especializado. Este servicio, para su funcionamiento, cuenta con:

a) Un Cuerpo Nacional de Instructoras Rurales.

b) Un grupo de visitadoras sociales en todas las provincias.

c) Las enlaces de empresas de trabajo.

Un año de actividades-1968. Sobre el sector del campo se han celebrado 1.012 cursos de Formación Profesional Agraria y Doméstico-Rural, a los que asistieron *33.060 mujeres campesinas*.

En el sector industria y en los cursos de Servicio Social y especiales de Formación Profesional Acelera y de captación social para la mujer trabajadora, el promedio anual de asistencia supera a las *45.000 mujeres*.

Las reuniones y jornadas celebradas para el estudio y promoción de medidas sociales para el trabajo femenino pasaron de las *525*, y en ellas intervinieron *33.200 mujeres*.

En el sector servicio doméstico se abren los hogares-residencias para las empleadas del hogar en Madrid y Barcelona, y se organizan cursos de Formación Profesional (técnicas del hogar) en todas las provincias. Actualmente asisten a estos cursos *4.980 mujeres*. Nuestra colaboración con el Instituto Nacional de Previsión incide directamente en los planes del Montepío Nacional del Servicio Doméstico, creado por gestión directa de la Sección Femenina para la seguridad social de este sector de trabajo femenino.

Para el sector artesano funciona la Obra de Artesanía Ayuda al Hogar, creada para dar trabajo en su casa a la mujer del medio rural y explotar la artesanía como riqueza de España. En ella están incluidas más de *6.000 mujeres*, las que, trabajando en su casa en labores artesanas, consiguen aumentar los ingresos familiares en un promedio mensual de *1.000 a 3.000 pesetas*, según épocas, trabajo, situaciones, etcétera.

Las ventas han superado los diez millones de pesetas. Recogiendo esta experiencia, colaboramos en esta misión con el Ministerio de Industria para la creación de la Empresa Nacional Artesana.

Aparte del presupuesto de la Delegación Nacional y los Ministerios de Agricultura, Trabajo, Plan de Desarrollo y la Delegación Nacional de Sindicatos nos conceden una serie de subvenciones *no* fijas, para aplicar, en forma de becas y ayudas, para acciones concretas programadas en colaboración con dichos organismos.

Esta Regiduría cuenta con 9 Centros Regionales para la promoción social y profesional de la mujer campesina, 160 de ámbito local, y la Escuela Nacional de Instructoras Rurales.

DEPARTAMENTO DEL SERVICIO CENTRAL DE CÁTEDRAS

El Servicio Central de Cátedras abarca las Cátedras Ambulantes «Francisco Franco», de la Sección Femenina, y las Cátedras «José Antonio», del Instituto Nacional de la Vivienda.

Las primeras se proyectan yendo los equipos a los pueblos y viviendo en ellos durante cursos de 45 a 60 días.

Las Cátedras Ambulantes, provistas de un personal especializado, atienden a la promoción cultural, sanitaria y humana de todo el pueblo,

asistiendo a las clases y charlas desde los niños a los ancianos. Animan, promueven, informan y orientan, en general, sobre todos los temas que necesitan en los pueblos, y principalmente sobre los problemas que cada uno de ellos en particular tienen.

Trabajan los equipos en colaboración con Primera Enseñanza, Ordenación Rural, Extensión Agraria, Delegación de Sanidad, Sindicatos, Juventudes, Información y Turismo, Extensión Cultural, cura párroco, etcétera, y en estrecho contacto con el Gobierno Civil, Diputaciones Provinciales y Ayuntamientos de los pueblos.

La Sección Femenina, a través de las Cátedras, es entidad colaboradora de Alfabetización y Promoción Cultural de Adultos.

En esta labor de las Cátedras hay que tener en cuenta la dureza de vida a que va sometido el equipo que las integran. Invierno y verano, con fríos y calores, instaladas en la estrechez de un camión-vivienda, no tienen fin en el horario de trabajo ni un solo minuto para la intimidad, tan necesaria.

Las Cátedras «José Antonio» realizan la misma labor, pero de forma permanente y estable.

Existen *72 equipos* de Cátedras Ambulantes y pendientes de concesión solicitudes de provincias para crear 12 más.

Trabajan en ellas *72 jefes y 380 profesoras*, capacitadas en cursos de Sección Femenina.

Las dietas del profesorado son de *40pesetas diarias* para la manutención.

Contribuyen al sostenimiento de las Cátedras: Ordenación Rural y Diputaciones Provinciales.

Por el primer cuatrienio del Plan de Desarrollo se han construido 40 remolques-vivienda y 27 remolques-clínica, y se han podido ir dotando de material de enseñanza, pero nos faltan medios para nóminas y actividades (cursos).

Las Cátedras «José Antonio» las debe conservar y sostener en su totalidad, según Decreto, el Instituto Nacional de la Vivienda.

Los cursos especializados en 1968 han sido 287, en los cuales se han recorrido 593 pueblos, con una matrícula de 70.000 personas y asistencia casi total de los habitantes de los pueblos.

REGIDURÍA DEL SERVICIO SOCIAL

Se configura el Servicio Social en el decreto de creación (7-10-37), como deber nacional de la mujer española comprendida entre los 17 y 35 años. Su finalidad específica es la incorporación de la mujer a las tareas del Estado. El Servicio Social tiende a esa necesaria incorporación a las tareas comunes, cuyo debido cumplimiento y realización imponían el rigor de una capacitación adecuada a la revitalización de un recto sentido de responsabilidad y servicio.

Estos son, a grandes rasgos, el sentido y fines del Servicio Social. Reconoce a la mujer como parte integrante de una sociedad activa, al margen de la cual no puede permanecer. Le incumbe, dentro de ella, una función de servicio que el Estado tiene perfecto derecho a reclamársela. Para la mujer es un deber, a la par que un derecho, que le confiere honor y dignidad.

Cometido y fin de la Regiduría

El Servicio Social se compone de dos fases, una formativa, en beneficio de la propia cumplidora y de la sociedad, y otra de prestación social.

Máximo a cumplir entre las dos fases, 6 meses, ya que a gran número de mujeres, en base a estudios anteriores o situación profesional, se les bonifica parte del Servicio Social.

Se divide en dos partes:

1.ª parte. Control documental del cumplimiento del Servicio Social.

2.ª parte. Control de la realización del Servicio Social en función de la misión informativa.

Reciben la formación en*:*

—Escuelas de Hogar.

—Escuelas de Formación.

—Escuelas Mixtas de Formación y Hogar.

—Escuelas de Internado.

Prestación: Se realiza en establecimientos, servicios e instituciones culturales y asistenciales, estatales, paraestatales y privados, en:

—Bibliotecas.
—Hogares.
—Comedores para niños.
—Clínicas y hospitales.
—Centros de maternidad.
—Auxiliares en el Cuerpo de Divulgación.
—Talleres y oficinas.
—Lucha contra el cáncer.
—Rehabilitación de inválidos.
—Suburbios.
—Viviendas-ajuares.
—Lucha contra el analfabetismo.
—Socorros de urgencia.
—Campañas de vacunación, etcétera.

Incorporación anual: De sesenta mil a setenta mil cumplidoras al año en toda España.

REGIDURÍA DE ADMINISTRACIÓN

Es la encargada de regir, con el máximo orden y austeridad, toda la economía de la Sección Femenina.

PRESUPUESTO DE GASTOS DE LA DELEGACIÓN NACIONAL EN EL EJERCICIO ECONÓMICO 1968

Presupuesto general de Hacienda … 297.743.503,00 ptas.

Esta cantidad, que dicha así, de pronto, parece exuberante, no es nada si se tiene en cuenta que debe repartirse entre toda España, todas las actividades, todo el personal y seguros sociales de la Sección Femenina, el sostenimiento de *1.242 instituciones* que actúan sobre una media de 298.700 alumnas, funcionando todo el año, y entre unas *9.000 personas* en trabajo permanente. Fuera de esto hay otra movilización también permanente de instructoras generales de Hogar y de Educación Física, cuya nómina corre a cargo de los centros privados y no cargan del todo el presupuesto de la Sección Femenina, aunque también algo.

Aparte de las subvenciones fijas, recibimos recursos extraordinarios de distintos organismos (cuyo importe varía anualmente), y que compensan en parte la falta de dotaciones para llevar a cabo las actividades que desarrolla la Sección Femenina.

Los organismos de los que recibimos recursos extraordinarios son:

Secretaria General del Movimiento.
Ministerio de la Vivienda.
Ministerio de la Gobernación.
Ministerio de Educación y Ciencia.
Ministerio de Trabajo.
Ministerio de Agricultura.
Delegación Nacional de Educación Física y Deportes.
Delegación Nacional de Sindicatos.
Plan de Desarrollo.

Esta es la obra de la Sección Femenina, con sus aciertos y sus errores, regida por un equipo abnegado y eficiente, nacida a la vida del pensamiento político de José Antonio, incorporado en gran parte al Movimiento Nacional, ya que entendemos que toda obra trascendental debe responder a una idea. La acción por la acción, sin impulso ideológico, no trasciende al alma y pierde, por tanto, razón de eternidad. O, como bien decía José Antonio: «La acción sin la constante vigilancia del pensamiento es pura barbarie».

Esta es la obra de la Sección Femenina, que, en colaboración con el Estado, dentro del Movimiento Nacional, sirve como mejor puede a España y a su Caudillo, Francisco Franco.

¡Arriba España!

AUTORES CONSULTADOS

Eduardo Alvarez Puga.
Historia de la Falange
Francisco Bravo.
Historia de la Falange
Ricardo de la Cierva.
Historia de la guerra civil española
H. G. Dhams.
Franco ante la Historia
Víctor Fragoso del Toro.
La España de ayer
Rafael García Serrano.
Bailando hasta la Cruz del Sur
Antonio Gibello García.
José Antonio, apuntes para una biografía polémica
Adolfo Muñoz Alonso.
Un pensador para un pueblo
Enrique Pavón Pereyra y Agustín del Río Cisneros.
José Antonio, Obras completas
Dionisio Ridruejo.
Casi unas memorias
Ana María Sagrera.
Miguel Primo de Rivera: el hombre, el soldado, el político
Luys Santamarina.
Hacia José Antonio
Hugh Thomas.
La guerra civil española
Felipe Ximénez de Sandoval.
Biografía apasionada de José Antonio
Varios autores:

«¡Presente!»

PILAR PRIMO DE RIVERA Y SÁENZ DE HEREDIA. Nació en Madrid el 4 de noviembre de 1907. Hermana de José Antonio, fundador de Falange Española e hija del general Miguel Primo de Rivera y Orbaneja, Militar y Dictador en la década de 1920.

Entusiasta miembro de la Falange, lideró su Sección Femenina, de la que fue Delegada Nacional desde 1934 hasta su desaparición en 1977. Posteriormente, Pilar también fue la presidenta de la Asociación de Veteranas de la Sección Femenina, denominada «Nueva Andadura» en noviembre de 1.977, puesto que desempeñó hasta su muerte en 1991.

Le fue concedido el título de Condesa del Castillo de la Mota y numerosas condecoraciones, entre ellas: la Gran Cruz de Isabel La Católica, la Cruz de la Orden de Alfonso X el Sabio, el Gran Collar de la Orden de Cisneros y la Medalla del Mérito al Trabajo.

Falleció el 17 de marzo de 1991 en Madrid. Está enterrada en el Cementerio madrileño de San Isidro.